

EL CEO *italiano*

LLEGAR HASTA ÉL TENDRÁ SUS CONSECUENCIAS

ARIADNA BAKER

EL CEO *italiano*

LLEGAR HASTA ÉL TENDRÁ SUS CONSECUENCIAS

ARIADNA BAKER

Primera edición.

El CEO italiano

©Ariadna Baker.

©septiembre, 2025

©imágenes por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51

Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Epílogo
RRSS

Capítulo 1



Andrea

Me bajé del taxi que me había dejado en una esquina de la plaza donde había quedado con mi amiga Tessa. Aún faltaban diez minutos, pero la vi sentada ya en una mesa de la terraza a la que solíamos venir los fines de semana para empezar el día. Apenas eran las doce de la mañana de aquel sábado que nos regalaba un espléndido sol de primeros de septiembre.

Llevaba unos taconazos blancos muy finos, combinados con una falda vaquera de verano en rosa pastel y una blusa de gasa, remangada hasta los codos del mismo tono que las sandalias. Me sentía monísima, en sintonía con el momento. En mi cuello brillaba un collar dorado —regalo de mi madre— que hacía juego con las pulseras de aro que llevaba en la muñeca.

—Ya era hora de que llegases —me recriminó con tono bromista.

—Date con un canto en los dientes de que he llegado unos minutos antes y no después. —Me agaché para darle un beso en la mejilla, con una de mis mejores sonrisas, esa que sabía que le haría olvidar cualquier queja.

—Pues me lo daré… pero antes tengo dos noticias para ti: una buena y otra mala. ¿Por cuál quieres que empiece?

—Siempre por la buena. —Me reí, acomodándome en la silla justo cuando se acercó el camarero.

—Hola, ¿qué pongo por aquí?

—Dos cervezas y dos tapas de ensaladilla rusa. —Se adelantó Tessa a responder antes de que yo pudiera abrir la boca.

—Marchando el pedido. —Nos guiñó un ojo con una sonrisa cómplice. Nos conocía desde hacía tiempo, y con nosotras se permitía una familiaridad que pocas veces mostraba con otros clientes.

Tessa medía 168cm. Era delgada, de figura esbelta, aunque con un aire ligeramente atlético. Su cuerpo estaba tonificado, con los hombros sutilmente marcados y la cintura estrecha. Su piel, clara y con un matiz rosado, armonizaba con el castaño claro de su cabello. Ese contraste realzaba la finura y delicadeza de sus facciones.

Tenía una melena que le caía hasta la mitad de la espalda, lisa, aunque con suaves ondas en las puntas. Me encantaba y, lo admito, la envidiaba en el buen sentido: era justo como me habría gustado tenerla a mí. Un sueño que, sin embargo, me quedaba muy lejos.

El flequillo abierto le enmarcaba la mirada y la hacía parecer aún más joven, suavizando sus rasgos. Sus ojos, grandes y almendrados, de un verde oliva precioso, estaban adornados por largas pestañas oscuras. Con rostro ovalado, pómulos altos, nariz recta y labios finos, pero definidos, era una muñeca preciosa.

Yo, en cambio —Andrea, por cierto, así me llamo—, era casi lo opuesto a ella. Mis, 165cm (tirando al alza) contrastaban con sus centímetros de ventaja. Mi constitución era curvilínea, con caderas anchas y piernas fuertes. No era delgada, pero mis proporciones me daban una presencia imponente. O eso me repetía Tessa, y con los años había acabado por creérmelo.

Me sentía muy a gusto con mi físico y mi apariencia. Mi piel era morena, de un tono claro, salpicada de pecas que me cruzaban la nariz y las mejillas. El cabello, rizado y rebelde, me caía hasta los hombros, iluminado por algunas mechas. Mis ojos, color miel, eran redondos y muy expresivos; en ellos se adivinaba una mirada cálida y risueña que completaba mi rostro

redondeado, con nariz pequeña, mejillas llenas y una sonrisa amplia de labios carnosos. Vamos, todo un portento de mujer.

—Y bien, dime. —La animé, dando un golpecito con los dedos en la mesa.

—La buena es que anoche vi que Alex publicó un *post* anunciando que, tras un año de casados, han decidido separar sus caminos. —Levantó el brazo hacia atrás como si celebrara un gol.

—¿En serio? —Me acababa de quedar muerta.

Alex. El nombre aún me sonaba a traición, aunque no fuese mi historia. El típico encantador… hasta que dejaba de serlo.

—Me dejó a mí para casarse con ella en seis meses y mira: el karma hizo su trabajo. —Aplaudió con una sonrisa pícara y feliz.

—Qué fuerte me parece. Vamos, que no me extraña ni lo más mínimo, pero bueno, para ser sincera, esperaba que durasen un poco más. En fin…

—Dice que por «diferencias en el matrimonio». —Se rio con ironía.

— Me alegra que lo tomes así, después de lo que sufriste. Que todavía me acuerdo de esos tres días llorando en pijama, sin ducharte, comiendo galletas y helado como Bridget Jones… Y yo queriendo arrancarle los pelos uno a uno a ese idiota.

—Y lo más increíble viene ahora… —Abrió las manos como si iniciara una función.

—Tachán. —Hice un redoble con las manos.

—Lo bueno de esta noticia es que me escribió esta mañana para tomar algo. Creo que quiere arrastrarse hacia mí. Es más, creo que nunca me olvidó; jamás dejó de ver mis historias ni de darle corazones.

—Si aceptas, me pierdes. Y no es una amenaza: es una advertencia.

—Lo he mandado a freír espárragos. Simplemente, le contesté eso, y además le sugerí que se fuera a dar por culo a otra que no lo conociera. Me respondió con un emoji de un dedo pulgar hacia arriba. Supongo que se quedó enrabietado.

—Así me gusta. No se merece ni que le contestes: fue un cerdo contigo y te trató como una auténtica mierda. No lo olvides jamás. No es perdonable ni la forma en que te dejó ni, mucho menos, lo que hizo. Suerte tiene de que no lo hubieses bloqueado, porque yo lo habría borrado hasta del mapa.

—Tranquila, que una ya quedó bien escarmentada.

Me gustaba escucharla hablar así. La Tessa de antes se habría echado a temblar con solo leer su nombre en la pantalla. Pero ahora… ahora parecía más firme, más ella. Había algo en su mirada, en su tono de voz, que me decía que de verdad estaba pasando página con respecto a ese capítulo de su vida.

—Eso espero. ¿Y la mala? —pregunté, refiriéndome a la noticia.

—La mala es que mi hermana…

—¡Qué rabia me da cuando te quedas callada creando intriga! ¡Me pones de los nervios! ¡Quieres hablar ya!

—Está embarazada —dijo, volteando los ojos.

—¿De quién? Hasta donde sé, no tenía pareja.

—Estás muy antigua. Hoy en día no hace falta tener pareja para ser madre. —Me miró con indignación.

—¿In vitro?

—Inseminación artificial, con esperma de donante…

—¿Y ya está embarazada?

—Sí. No dijo nada hasta estar completamente segura.

—Me quedo más muerta todavía, pero oye, es su decisión. Al fin y al cabo, tiene la vida medio solucionada.

—Eso mismo le dije a mi madre, que casi entra en cólera al enterarse. Pero bueno, mañana la verás cosiéndole algún trapito al bebé. ¡Como si no la conociera! El caso es que voy a ser tía, ¿no me digas que no mola?

—Muchísimo. Es verdad que la noticia sorprende, pero la felicito de corazón. Laura siempre ha sido una joven con la cabeza muy amueblada y se ha currado su futuro. Tiene su piso, su independencia económica… ¿Acaso necesita un hombre para cumplir su deseo de ser madre?

—Pues no. Y así no tendrá que compartirla en caso de separación. —Se echó hacia atrás justo cuando el camarero regresó con la comanda.

—Entonces no veo qué tiene de malo la noticia.

—Que la caída de esa ilusión de Alex es la buena, buenísima. —Su rostro se iluminó de felicidad.

—Me parece genial que lo veas así, pero no quiero que lo malo que le pase a él sea tu único motivo de alegría. Tienes mil cosas por las que estar contenta. Tienes que soltar de una vez esa parte del pasado. Siempre te lo dije: cree en ti, y no dejes que nadie, ni consciente ni inconscientemente, se tome la libertad de manejar tu vida.

—¿Chinchín? —Cogió su cerveza y la alzó para brindar contra la mía.

—Chinchín. Por tu *sobri*, por nosotras y por todo lo bonito que la vida nos depare.

—A mí me podría deparar, por ejemplo, un hombre rico, buenísimo y guapo a rabiar… pero que solo tenga ojos para mí.

—¿Algo más? —Rodé los ojos—. ¿Tiene que ser un míster para enamorarte?

—Sí, y que además tenga los bolsillos bien llenos —insistió.

—Madre mía, qué paciencia, la mía. —Me pasé la mano por la cara.

—¿Y qué tal la vida? —preguntó Tessa, con ese tono entre curioso y resignado, como si esperara que le contara algo capaz de romper la rutina, de desafiar lo predecible.

—Buena pregunta… como si no estuvieras al tanto cada día —me burlé, pinchando un trozo de ensaladilla con el tenedor.

La verdad era que mi vida no tenía grandes giros de guion últimamente. Y quizá, en el fondo, esa calma era justo lo que necesitaba. Aunque también había momentos en los que me sentía en pausa, viendo cómo los demás avanzaban a su ritmo mientras yo seguía anclada en la misma estación.

—Pues mira, yo te he traído dos noticias y un mensaje rechazado. —Se encogió de hombros mientras hundía el tenedor en la ensaladilla para probarla.

—Me acabo de acordar de que tengo un salseo. —Me froté las manos mientras me reía, mirándola con picardía.

—Cuenta, cuenta, soy toda oídos.

—Resulta que Mariana se ha liado con su jefe el fin de semana pasado. La invitó a pasar tres días a una isla de Canarias. Anoche me hizo una videollamada y me lo contó toda emocionada.

—Pero ¿ese hombre no estaba casado y con dos niños pequeños?

—Así es. Y le dije que, aunque ella no tenga que rendir cuentas a nadie, está siendo cómplice de una traición… y quien traiciona a una familia, puede traicionar a cualquiera. Pero está ciega: de siempre le atrajo ese tipo.

—Pues que no se le olvide que es la otra.

—Le da igual. Está encantada porque dice que la va a llevar a París en otra escapada.

—Y ya verás la emoción que le queda cuando le diga que no la quiere ni en la empresa para quitársela de encima. A tu prima se le va la olla, en serio: no madura.

—¿Chinchín por nuestra madurez? —pregunté con ironía, alzando la cerveza.

—No te burles, que nosotras estamos demasiado cuerdas para todo lo que hemos vivido —soltó con un suspiro profundo.

—No dramatices —negué riendo.

Me encantaba verla así, tan ella. Tessa había resurgido de una etapa que, sinceramente, pensé que la dejaría hecha polvo durante mucho tiempo. Pero no: había renacido con más fuerza. A veces, cuando la escuchaba hablar de Alex con tanta naturalidad, no podía evitar sentir un orgullo ajeno, de ese que se experimenta cuando una amiga demuestra que todo el dolor valió la pena para convertirse en una versión más fuerte de sí misma.

A Tessa se le vino el mundo abajo cuando Alex la dejó por aquella chica. Tenían un piso comprado, planes de futuro, y todo se desmoronó de golpe. Ella aún vivía con sus padres, así que lo único que hicieron fue vender la vivienda y cerrar una relación en la que ella había apostado a muerte. La vida le demostró que él no iba tan en serio como muchos veíamos desde hacía tiempo, aunque, claro, se dice que el amor es ciego… y ella era la única que no lo veía.

Tuvo la suerte de aprobar unas oposiciones hace cuatro años y conseguir un puesto fijo en el ayuntamiento, lo que le daba bastante libertad: trabajaba de lunes a viernes y solo en horario de mañana.

Ahora estaba a punto de estrenar un piso que había comprado sobre plano unos meses atrás y que le entregarían en octubre. Tenía muchísima ilusión por ese momento: entrar en su propio hogar y alcanzar por fin la independencia que tanto ansiaba. No es que estuviera mal en casa de sus

padres, pero, como decía, necesitaba sentirse en la suya y tener el control absoluto de su vida sin tener que dar tantas explicaciones.

En mi caso, me independicé hace un año, cuando me compré un apartamento. Pude dar la entrada gracias a un dinerito que me dio mi padre de la herencia que había recibido de mis abuelos. Me alcanzó para eso y para amueblarlo; el resto, obviamente, fue con una hipoteca que el banco me aprobó, con una cuota lo bastante cómoda como para poder afrontarla. Eso sí: me esperaban veinte años de pagos.

Mi trabajo como periodista *freelance* me iba bien. Colaboraba con varias revistas digitales del corazón y también con mis redes sociales, donde tenía un buen número de seguidores y solía grabarme en vídeo comentando las noticias de última hora. También escribía artículos por encargo, pero debo reconocer que lo mío era el salseo. No porque fuera cotilla, ni mucho menos, sino porque se me daba bien investigar y explicar ese tipo de historias.

Y es que, como decía siempre, no me consideraba una persona chismosa ni me gustaban los corrillos donde se hablaba mal de alguien que ni siquiera estaba presente. Eso me parecía de muy mal gusto. Pero eso no me impedía dar la noticia rosa que tantos esperaban sobre los personajes públicos. Para mí era, simplemente, trabajo; nada que ver con mi vida personal.

—¿No te cansa a veces? —me preguntó Tessa, como si me leyera el pensamiento.

—¿El qué?

—Tener que estar tan conectada a la vida de otros. Como si no tuvieras suficiente con la tuya propia.

—A veces sí. Pero también tiene algo adictivo. El mundo del corazón es como un gran teatro: todos fingen y tú eres la única con la lupa. Me siento un poco detective.

—Eres más psicóloga que periodista, en realidad.

—Puede ser. Pero al menos elijo lo que cuento. Y cómo. Eso también es poder.

—Me alegra que pienses así. Te juro que hay días en los que veo tus vídeos y pienso: «Esta tía es brillante, no sé cómo no está ya en televisión».

—Pues, porque prefiero hablar en pijama desde mi salón —bromeé, aunque no era del todo mentira.

Hubo entonces una pausa. Ese silencio cómodo que solo se tiene con alguien que te conoce bien. Me quedé mirando la plaza: los árboles se mecían con una brisa suave, una pareja empujaba un carrito de bebé, una señora regañaba a su perro. La vida seguía. Siempre seguía. Y de pronto me vino un pensamiento repentino a la cabeza:

«¿Será esto la felicidad? Este momento. Esta calma. Esta certeza de que estamos bien, al menos por ahora».

—¿En qué piensas? —preguntó Tessa, apurando el último sorbo de su cerveza.

—En que, a veces, no se necesita tanto para estar bien.

—¿Y eso?

—No sé… Me he dado cuenta de que llevamos un rato aquí, hablando, riéndonos, sin dramas. Y me siento plena. Sin adornos. Sin filtros. Solo nosotras.

Tessa me miró con ternura. Guardó silencio unos segundos y luego dijo algo que me marcó:

—Es que la felicidad, Andrea, no es un objetivo. Es un instante.

Me quedé con esa frase resonando. La repetí mentalmente varias veces, como quien graba una nota de voz para no olvidarla. Quizás tenía razón. Quizás siempre la había tenido.

Nos levantamos poco después. Pagamos la cuenta, saludamos al camarero con una sonrisa y salimos a la calle como quien se dispone a reconquistar el día.

Y sí, puede que la vida no fuera perfecta. Puede que arrastráramos hipotecas, heridas, dudas y planes rotos. Pero teníamos algo mejor: nos teníamos la una a la otra.

Y eso, a veces, es más que suficiente.

Capítulo 2



Andrea

Horneaba un bizcocho de limón mientras redactaba un titular sobre el amor de mi vida. Sí, el amor de mi vida. Ese gran amor que me acompañaría hasta el último de mis días.

Aunque suene cursi o poco creíble, hay verdades que se sienten con una intensidad inexplicable. Y esta era una de ellas. Lo sabía. Lo sentía. Aquel amor no era un capricho pasajero ni una obsesión juvenil: era un lazo invisible que me unía, desde la distancia, a un hombre que no me conocía. Pero eso no importaba. No cuando el corazón seguía su propia lógica, ajena a la realidad.

¿Y quién era ese hombre? Ni más ni menos que el dueño de la firma de moda más prestigiosa del mundo, que además llevaba su nombre: *Stefano Marchetti*.

No solo lo amaba a él. Amaba todo lo que contenía su imperio: la ropa, el calzado, los perfumes, el maquillaje. Todo era una fantasía que me enloquecía.

Recuerdo la primera vez que lo vi en una revista: me impactó tanto que pasé varios días en *shock*, sin reaccionar a nada. Desde ese momento comenzó mi rechazo hacia la mayoría de los hombres que me atraían. Era curioso: bastaban un par de días con ellos para que la comparación con

Stefano se impusiera y terminara por darme cuenta de que no me llenaban. En mi cabeza siempre resonaban las mismas palabras: *«No tiene su voz… ni sus ojos… ni su aura…»*. Y entonces, simplemente, perdía el interés.

¿Qué era yo para Stefano? Nadie. Ni siquiera sabía de mi existencia. Quizá, en alguna ocasión, habría leído algún artículo mío sobre él, su trabajo, su estilo, su profesionalidad. Pero estaba segura de que nunca se habría preocupado por saber quién estaba detrás de esas líneas. Y, aun así, daba igual. Yo lo amaba como si formara parte de mi vida; a veces incluso podía sentirlo. Era mi pareja imaginaria: siempre presente, complaciéndome en todo. Me montaba demasiadas películas en la cabeza, sí… pero ¿y lo feliz que me hacían?

Aquel día me había levantado con una información corroborada por una imagen: Stefano estaba en España y lo habían visto entrar en una productora. Con esa prueba audiovisual, la localización y los datos, tenía material suficiente para armar un buen titular y desarrollar la noticia. En mis manos estaba una bomba mediática. Un contenido por el que cualquiera mataría. Sabía, además, a qué revista ofrecérselo primero: la que mejor me pagaría. Unos seiscientos euros por el artículo y la imagen.

Y no me equivoqué. Eso fue exactamente lo que me ofrecieron nada más enviarlo por correo. No tardaron en contestar y, tras aceptar la oferta, lo publicaron de inmediato en la web y en las redes sociales de la revista.

Stefano salía guapísimo en la foto robada. Pero ¿cómo no iba a estarlo, si era todo un portento de hombre?

Italiano, con una altura de 180cm. No es que lo hubiese medido personalmente; ese dato era de dominio público para cualquiera que se interesara en buscar información sobre él. Su cuerpo se notaba trabajado, definido y fuerte, aunque sin exceso. Seguramente fruto de la práctica regular de ejercicio… porque, si aquella constitución era natural, resultaba una injusticia divina, lo poco que debía de costarle mantener semejante apariencia.

Tenía un tono de piel precioso, un bronceado natural que lo hacía aún más atractivo. Su cabello, de un castaño oscuro, estaba cortado al ras en los

laterales y un poco más largo en la parte superior, donde varios mechones parecían caer con desenfado… aunque se notaba que todo estaba perfectamente colocado. Desde la primera vez que lo vi, siempre había llevado ese mismo estilo.

Sus ojos también destacaban: un azul profundo, con pequeñas motas más claras que los iluminaban. Me quedaba atontada observándolos; me recordaban al mar cuando el sol acaricia la superficie y los destellos se expanden en reflejos de luz. Su mirada era intensa, penetrante, capaz de desarmar cualquier pensamiento como si se clavara directamente en ti. Y, al mismo tiempo, transmitía cierta desconfianza, como si analizara todo lo que se cruzara en su camino.

Sus rasgos eran marcadamente varoniles: rostro alargado, mandíbula definida, nariz recta de proporciones justas y labios medianos, ligeramente arqueados… demasiado tentadores como para no perderse en ellos.

La pequeña cicatriz junto a la ceja izquierda no le restaba atractivo; al contrario, le otorgaba un aire aún más interesante y cautivador. Sus manos, grandes y firmes, parecían hechas a medida para sus dedos largos.

Su presencia imponía, sí, pero no de una forma agresiva; más bien de esa manera que te obligaba a estar pendiente de él, incapaz de apartar la mirada de todo el conjunto.

A veces, mientras lo observaba en fotos, me preguntaba qué habría detrás de esos ojos. ¿Tendría días malos? ¿Se sentiría solo? ¿Reiría por las noches viendo vídeos absurdos? Me gustaba imaginar que sí. Que detrás de ese ídolo mediático existía un hombre real, imperfecto, con manías, dudas y miedos. Como todos. Y, aun así… lo amaba.

Se me caía la baba pensando en él, pero ahora tocaba grabar el contenido de la noticia para mis redes sociales. Siempre lo hacía una vez que el titular ya estaba publicado.

En el salón tenía habilitado un rincón especial para grabar: allí entraba el sol con la luz perfecta para la calidad que exigía en mi contenido.

Terminé la grabación y apenas tuve que editar nada antes de colgarla y dejar que «volara», como solía decir.

Entonces sonó el timbre. Salí a abrir la puerta a mi padre, que ya venía subiendo. Solía visitarme a menudo —vivía cerca— y siempre estaba pendiente de mí, por si necesitaba algo.

—Buenas, hija, ¿qué tal estás? —Me besó en la mejilla.

—Bien, papá, hola. Acabo de subir una noticia que vendí esta mañana a una revista.

—Tienes muy buenos informadores. —Sonrió.

—¿Un vinito y arreglamos el mundo?

—Sí, con un poquito de mojama y hueva de maruca que he traído. —Sacó los paquetitos.

—Qué ricas, por favor. —Se me hacía la boca agua con semejante manjar.

Me puse a descorchar la botella mientras Alfonso, mi padre, cortaba las lonchas en la tabla y me contaba que había estado desayunando esa mañana en la calle con su amigo Fermín.

Él y mi padre habían sido compañeros en una empresa internacional que fabricaba piezas para aviones. Los dos eran ingenieros. Fermín, viudo; mi padre, separado desde que yo tenía diez años.

La relación entre mis padres siempre fue muy mala. Aún recuerdo el día de mi comunión: mi madre lo arruinó todo por querer ser el centro de atención y yo terminé llorando sin consuelo. A partir de aquel momento, mi padre empezó a darse cuenta de que no valía la pena seguir luchando por mantener una familia rota y decidió plantarle cara. Fue entonces cuando Sonia, mi madre, anunció que se marchaba de casa. Y en ese preciso instante —por muy feo que suene— llegó la paz a nuestro hogar.

Mi madre era enfermera en el hospital principal de la ciudad. Vivía con su última pareja, con la que llevaba apenas un año y que, como era costumbre en ella, no duraría demasiado. Me llamaba de higos a brevas, solo para presumir de alguna tontería, pero nunca fue una madre al uso; más bien todo lo contrario: distante, despreocupada, completamente ausente desde que quedé al cuidado de mi padre. Lo bueno es que hacía ya mucho tiempo que había dejado de afectarme. Con el amor de mi padre crecí siendo una adolescente feliz y llena de cariño.

—Me ha comentado Fermín la posibilidad de irnos al sur de Portugal unos días, ahora que está menos masificado. —Mi padre tenía todo el mes de vacaciones; desde que se separó prefería septiembre como mes libre para ocuparse de los inicios de curso de mis estudios, y al final se acostumbró tanto que lo dejó así—. Me ha parecido una buena idea. Va a mirar algún alojamiento bien ubicado y que tenga la opción del todo incluido.

—Vamos, que vais a poneros morados de comer y beber. —Me reí—. Hacéis muy bien.

—Y también haremos algo de turismo, para conocer esa zona del Algarve que se ve tan bonita. Lo mismo hasta nos animamos a subir en coche hasta Lisboa y Oporto.

—Tenéis tiempo de sobra, aprovechad el viaje y disfrutadlo. Deja de pensar en mí, que yo estoy bien. —Le acaricié la mejilla y dejé el vino sobre la mesa.

—Salud, hija. —Levantó su copa para chocarla con la mía.

—Salud, precioso. —Sonreí.

Mi padre tenía sesenta y dos años, pero se conservaba de maravilla; como diría mi abuela —que falleció hace ya cinco años—, estaba «muy metido en manteca». Apenas tenía arrugas y se cuidaba muchísimo. Divertido, prudente y servicial, siempre estaba pendiente de mí y de las personas que lo rodeaban. Con mi madre nunca volvió a tener relación de ningún tipo: fue la única persona a la que dejó atrás de manera fulminante… y razones no le faltaban.

Capítulo 3



Andrea

—¿Te quedas a comer? —le pregunté a mi padre tras la segunda copita de vino—. Tengo hecha una pasta carbonara y freiré unos nuggets de pollo que preparé anoche.

—Con la condición de que de postre me pongas un trozo de ese bizcocho. ¡Huele que alimenta!

—Eso está hecho. Además, te prepararé una porción para que te la lleves.

—Me siento muy afortunado. —Me guiñó un ojo, y yo esbocé una sonrisa. No había persona en el mundo que me cayera mejor que él.

Preparé la mesa y nos sentamos a comer en la cocina. Me encantaba hacerlo allí: era amplia y muy cómoda. Para ser sincera, era la parte del piso que más amaba. La había diseñado con una gran mesa que servía no solo para comer, sino también como encimera a la hora de cocinar. Fue el espacio en el que más dinero invertí y el que elegí con mayor cuidado, buscando siempre la combinación perfecta entre estilo y confort. El resultado era un habitáculo de diseño, totalmente funcional y acogedor.

—Jacobo, el hermano de Fermín, se ha comprado una parcela a las afueras. Mañana vamos a inaugurarla con una barbacoa.

—Qué bien. Por cierto, vi a la hija de Fermín trabajando en el banco del centro comercial.

—Sí, la trasladaron de oficina y la han hecho directora.

—Cómo me alegro. Se la ve muy maja, siempre sonriente.

—Sí, además, es muy graciosa; a mí me llama tío, igual que a Fermín.

—Y a mí siempre me saluda con mucho cariño, preguntándome cómo estoy.

—Es igualita a su madre.

—Sí, tienen un parecido espectacular, también en la forma de ser. Las dos son adorables. —Sonreí—. Veo que tienes las vacaciones completitas con la barbacoa y el viaje a la vista. Me encanta que hagas planes.

—Hay que aprovechar el tiempo libre. Y ya sabes cómo es Fermín: un culo inquieto. Siempre anda inventando algo.

—Si fuera mujer, sería tu pareja perfecta. —Se me escapó una risilla.

—Pues sí que es verdad. —Rio él también.

Él era mi roca. Mi padre siempre estuvo ahí, incluso cuando todo se venía abajo. Cuando mi madre decidió marcharse, fue él quien se quedó, quien me dio estabilidad, quien me enseñó a reír aunque la vida no fuera perfecta. Y por eso, cada vez que lo veía ilusionado con algún plan, me brillaba el alma.

—Esta carbonara está mejor que la de muchos restaurantes —dijo tras dar el primer bocado.

—Gracias, chef. Tú sí que sabes valorar la cocina hecha con amor. —Reímos los dos.

—Y con un vino así, mejor todavía. Lo único que falta es que aparezca por la puerta ese tal Marchetti y ya está el cuadro completo —añadió en tono

burlón.

Solté una carcajada. Mi padre sabía perfectamente lo que significaba Stefano para mí.

—Ay, papá… ¿Te imaginas? Que llamara al timbre ahora mismo y me dijera que ha venido a conocer a la periodista que tanto lo elogia…

—Yo le invito a mojama y le doy mi bendición si te hace feliz —bromeó, alzando de nuevo la copa.

—¡Eso, papá! No se puede pedir más. —Reí. Entonces me surgió una pregunta que no dudé en hacerle—: ¿Tú, tuviste alguno así? —pregunté, con un brillo travieso en los ojos.

—Claro que sí. Cuando tenía tu edad estaba loquito por una actriz italiana: Gina Lollobrigida. Me parecía un ángel caído del cielo. Tenía sus fotos pegadas en la pared.

—¿Y cómo lo superaste?

—Con el tiempo… y con tu madre. Aunque eso ya es otra historia.

—Una historia que prefiero no reabrir.

—Totalmente de acuerdo —dijo, y volvimos a reír.

Después de comer, tomamos un café con el bizcocho y nos despedimos. Iba a darse un bañito en la playa; el tiempo aún invitaba a ello, y mi padre era de esas personas que en abril ya estaban morenas. ¡Cómo le gustaba el mar!

Me quedé leyendo los comentarios de mi publicación y, como siempre, había de todo. Las redes eran un campo de batalla abierto para personas enfadadas con el mundo, dispuestas a explotar con cualquier contenido. Pero, gracias a Dios, también estaban quienes comentaban desde el respeto y el cariño. Ya me había acostumbrado a esta nueva era digital, en la que todos los que creábamos contenidos estábamos expuestos a recibir críticas que muchas veces ni siquiera tenían que ver con lo publicado. Mi regla número uno era

clara: no podía permitir que esos comentarios cargados de inquina me afectaran. Y lo llevaba bastante bien.

El atardecer se colaba por la ventana y teñía el salón de tonos dorados y cálidos. Me senté en el sofá, con una manta ligera sobre las piernas, el portátil al lado y el móvil en la mano. Tenía notificaciones nuevas, pero las ignoré. No estaba para *likes* ni estadísticas. A veces necesitaba desconectar del ruido de fuera para poder escuchar lo que pasaba dentro.

Me quedé mirando el reflejo del sol en el suelo. Estaba tranquila, sí… pero también había una incomodidad suave latiendo en mi pecho. Persistente. La conocía bien. Era esa sensación de saber que faltaba algo, aunque no supiera exactamente qué.

¿Era Stefano una fantasía que me protegía del vacío?

No podía evitar hacerme esa pregunta. A veces me daba miedo reconocer que lo usaba como refugio, como un escudo emocional contra la decepción. Porque esa era la verdad: los hombres reales no lograban enamorarme. Podía sentir atracción, podía dejarme llevar… pero nunca conseguía conectar. Siempre los comparaba. Siempre perdían.

Y, sin embargo, hubo uno. Uno que sí me tocó. Uno que dolió dejar ir.
Su nombre me vino sin querer: Raúl.

Todo empezó con un cruce de mensajes en redes sociales: un comentario suyo en una publicación mía, una respuesta graciosa, una conversación que se fue alargando durante días. Después vinieron los cafés, los paseos, las miradas cómplices.

Raúl era amable. Tenía una sonrisa honesta, de esas que te hacen sentir que puedes confiar. Trabajaba como editor en una pequeña editorial independiente. Amaba los libros, el cine europeo… y el queso. A pesar de no tener nada que ver con el mundo de la moda o la imagen, siempre me decía que me veía como un personaje de película francesa.

—*Tienes ese aire de que podrías romper en poesía o en drama en cualquier momento* —me solía decir entre risas.

Era cariñoso, detallista. Me hacía sentir especial.

Y, sin embargo…

—*¿Otra vez viendo vídeos de ese diseñador italiano?* —me preguntó una noche, cuando subí a mis historias un clip de Stefano en una gala.

—*Sí. ¿Qué pasa? Me encanta* —respondí sin darle importancia, mientras le daba al *play* por cuarta vez.

—*Lo sé, pero… a veces siento que lo idealizas demasiado.*

—*No es para tanto, Raúl* —dije sin más.

—*¿No? Llevamos varias semanas juntos y ya me has dicho dos veces que «esto te recuerda a algo que viste en una campaña de Stefano Marchetti». ¿Cómo compito con alguien así?*

Lo miré, sorprendida. No me había dado cuenta. No era consciente de cuánto hablaba de Stefano ni de que él pudiera sentirse eclipsado.

—*No estás compitiendo con nadie* —le dije, con suavidad.

—*¿No? Porque a veces siento que sí. Que tú… no estás del todo aquí. Que parte de ti vive en un mundo donde existe alguien perfecto que ya lo llena todo.*

No supe qué responder. Porque, en el fondo, tenía razón.

Las semanas siguientes fueron una mezcla de momentos bonitos y silencios incómodos. Yo intentaba moderarme, hacer espacio para Raúl, concentrarme en lo que teníamos. Pero cuando estábamos juntos, mi mente a veces volaba. Comparaba sus gestos, su ropa, incluso su aroma… con los de Stefano. O, mejor dicho, con lo que yo imaginaba que sería Stefano.

Una noche, mientras veíamos una película, me tomó la mano y me miró muy serio.

—Andrea… ¿puedo preguntarte algo sin que te ofendas?

Asentí.

—¿De veras quieres estar con alguien real? ¿O prefieres seguir soñando con un imposible, porque así nadie te decepciona?

Me dolió. No por la dureza de la frase, sino porque tenía toda la razón.

A los pocos días terminamos. Fue una ruptura tranquila, madura. Él me abrazó antes de irse y me susurró:

—Cuando estés lista para alguien de carne y hueso, que también pueda hacerte sentir magia… llámame.

Nunca lo hice. No porque no lo quisiera, sino porque sabía que aún no podía. Mi estándar estaba marcado por un ideal.

Ese recuerdo me dejó un nudo en la garganta, como si el peso de lo no vivido me aplastara el pecho. ¿Cuántas veces más iba a hacerme esto?

Me levanté del sofá, fui a la cocina, me serví otro vaso de vino y regresé al escritorio junto a la ventana. Abrí mi cuaderno de ideas. No el digital, sino el de verdad: el de tapas duras, con páginas llenas de garabatos, frases sueltas y notas incompletas. Lo pasé hasta una página en blanco y escribí:

«¿Cómo se deja de amar lo que nunca fue real?»

Me quedé mirando la frase. Tenía fuerza. Quizá era el comienzo de algo más grande: un ensayo, un artículo… o tal vez un cuento. Porque eso era lo bonito de escribir: podías convertir tus heridas en historias, hacer alquimia emocional.

Pensé en Raúl. En Stefano. En mí.

Me pregunté si algún día sería capaz de enamorarme sin condiciones, sin comparaciones, sin construir castillos sobre arena.

Pero luego recordé lo feliz que me hacía soñar. Porque, cuando cerraba los ojos y pensaba en Stefano, no era solo a un hombre a quien veía. Era a una versión de mí misma que todavía creía en la magia, en el amor elevado, en las conexiones profundas. Y eso también tenía valor.

Volví a escribir:

«A veces, el amor imaginario nos protege de las heridas reales. Pero también nos impide vivirlas. ¿Y si el riesgo fuera el verdadero precio del amor?»

Capítulo 4



Stefano

Me llamo Stefano Marchetti. Nací en Venecia, una ciudad que parecía flotar entre la belleza y el recuerdo. Allí crecí: entre *vaporetti*, puentes centenarios y el perfume salado del Adriático. Fui hijo único, no por elección mía, sino porque la vida lo decidió así. Algunos decían que ser hijo único era un privilegio; otros, que era una condena. En mi caso, fueron ambas cosas.

Mi padre, Carlo Marchetti, era un hombre de tierra. Vinicultor con alma de comerciante y manos de campesino. Dueño de uno de los viñedos más importantes de Italia, con bodegas que llevaban el sello de nuestra familia y distribuían vino por todo el mundo. Su vida giraba en torno a la uva, al clima, al suelo, a los años buenos y a los años difíciles. Para él, el vino no era solo una bebida: era una forma de entender el mundo. Creía, con una fe casi ciega, que yo seguiría sus pasos. Que un día me pondría sus botas manchadas de barro, me colgaría las llaves de la bodega al cinturón y caminaría por las hileras de vides como si fueran los corredores de un palacio heredado.

Pero nunca fui ese hijo.

Desde pequeño sentí que mi lugar no estaba en la tierra, sino entre telas, luces y cuerpos en movimiento. Crecí admirando a mi madre, Elisa: una exmodelo de fama mundial, un icono de belleza italiana que, mucho antes de convertirse en la mujer de Carlo Marchetti, había sido coronada Miss Italia. Yo la conocí más en camerinos y en pasarelas improvisadas en el salón de casa que entre barricas o depósitos de acero inoxidable.

Aún recordaba cómo me quedaba embobado observándola cuando se preparaba para un desfile o una sesión de fotos. La forma en que sus manos acariciaban los vestidos, la elegancia con la que caminaba —aunque estuviera descalza en la cocina—, la armonía natural de su cuerpo con cada prenda que vestía. Y esos vestidos… Aquellos tejidos que caían como agua sobre su piel, que brillaban bajo la luz del atardecer y susurraban secretos de seda y encaje. Fue entonces cuando supe, sin necesidad de decirlo, que mi camino sería otro.

Quería crear eso. Quería vestir a las mujeres como mi madre. Quería darles alas de tela, convertirlas en poesía viva. Con el tiempo, fundé mi propia firma: *Stefano Marchetti*. Y hoy, con orgullo y cicatrices, podía decir que era una de las casas de moda más prestigiosas del mundo. No fue fácil. Nunca lo es. La moda puede ser tan despiadada como hermosa.

Pero pocos, casi nadie, sabían que yo vestía una armadura invisible. Una que nadie notaba, que nadie podía tocar ni atravesar. No estaba hecha de metal, ni de cuero, ni de hilo. Se había forjado a base de decepciones, de traiciones silenciosas, de decisiones estúpidas tomadas en momentos de debilidad o de orgullo. Cada cicatriz me enseñó algo, sí, pero también me cerró un poco más.

Ahora me encontraba en España, en el sur, más concretamente. Había viajado por trabajo, como tantas veces, esta vez para presentar mi nueva colección en un evento que llevaba meses gestándose. Todo estaba prácticamente listo. Mi equipo funcionaba con la precisión de un ejército bien entrenado. Aun así, la tensión flotaba en el aire. No por los detalles, sino por aquello que nunca se podía controlar: las miradas, las críticas, la emoción del público.

Estaba sentado en la *suite* del resort, una de esas habitaciones elegantes, pero impersonales, cuando sonó el móvil. Vi el nombre en la pantalla y sonreí antes de descolgar.

—¿Ya lo tienes todo preparado? —La voz de mi madre atravesó el auricular como un abrazo tibio—. ¿Estás nervioso?

—Mamá… —Sonreí—. No sé por qué me preguntas siempre lo mismo si sabes la respuesta.

—Porque soy tu madre —replicó con ese tono entre dulce y firme que nunca cambiaba—. Y porque es normal tener nervios antes de un gran día.

—No estoy nervioso —mentí.

—Claro que sí. Pero en cuanto pongas un pie en el recinto, se te pasará. Ya verás.

Me giré hacia el ventanal. La ciudad se extendía a mis pies como un tapiz de tejados y rumor contenido. El cielo azul y el sol brillante parecían un presagio de que, como ella decía, todo saldría bien. Pensé en lo que me aguardaba: los focos, las modelos, los periodistas. La música que abriría el desfile y la última prueba de sonido que aún me quedaba por revisar.

—¿Y papá? —pregunté.

—En los viñedos. Ya sabes cómo es cuando están a punto de lanzar un nuevo vino. No lo espero por casa estos días.

Asentí, aunque ella no podía verme. Claro que lo sabía. Mi padre solía desaparecer entre las vides cada vez que sentía que algo importante estaba por nacer. Era su ritual.

Charlamos unos minutos más. Me preguntó por la comida, por el alojamiento, por si dormía bien. Las preguntas de siempre. Las que, por alguna razón, nunca me molestaban cuando venían de ella. Al colgar, quedó ese pequeño vacío que siempre dejaba una llamada con mi madre. Ese silencio después del cariño.

Y entonces lo vi.

Un mensaje en la pantalla del móvil. No decía mucho, era corto. Pero bastó para arrancarme una sonrisa de esas que no planeas y que te sacuden sin permiso. No respondí. Solo lo leí, sonreí… y lo dejé ahí, flotando en la notificación.

Me levanté, caminé hasta la cafetera de cápsulas y me preparé un café. El aroma llenó el ambiente con una familiaridad reconfortante. Revisé correos, respondí a algunos con frases medidas y firmes. Llamé a dos de mis asistentes. Todo estaba bajo control. Lo que no lo estaba, no dependía de mí.

Después, me senté frente al gran ventanal. Las vistas eran hermosas, sí. Pero a veces uno no mira lo que tiene delante, sino lo que carga dentro.

Pensé en lo que había recorrido. En lo que había perdido por el camino. En lo que me negaba a recuperar. En esa armadura que, aunque me protegía, también me alejaba. Y justo cuando el pensamiento comenzaba a pesar, otro mensaje iluminó la pantalla. Vi el nombre en la notificación, sostuve el móvil un instante y cerré los ojos con un suspiro largo, de esos que no dejan dudas del agotamiento.

Lo deslicé hacia un lado, haciéndolo desaparecer.

No quería saber nada de esa persona. No en este momento.

Volví al sofá y abrí el portátil. La pantalla me saludó con diseños, fechas, nombres, tallas. Todo seguía su curso. Mi madre tenía razón: en cuanto pusiera un pie en ese recinto, los nervios quedarían atrás. Bastante atrás.
Solo tenía que cruzar la puerta.

Después de cerrar el portátil, me dejé caer hacia atrás, dejando que la cabeza se hundiera en el respaldo. Cerré los ojos un instante, solo uno. El silencio era denso, apenas roto por el murmullo lejano del tráfico y el leve zumbido del aire acondicionado. Y, sin quererlo, me vi de nuevo allí: en la casa donde crecí, en nuestra villa, a las afueras de Venecia, y en la villa de la Toscana, entre hileras interminables de viñas y las sombras alargadas de los cipreses.

La villa de la Toscana era una casa enorme, de esas que parecían diseñadas para el eco más que para las personas. Pero tenía alma. La construyó mi abuelo, piedra a piedra, cuando la guerra aún era un recuerdo fresco y el vino apenas alcanzaba para vivir. Recuerdo los suelos fríos en invierno, la chimenea que parecía arder siempre y el olor constante a madera vieja, tierra

húmeda y mosto. A veces me pregunto si por eso nunca quise quedarme. Si esa mezcla de olores tan entrañable era, para mí, también una cadena.

Mi padre se levantaba antes que el sol. Siempre. Incluso en invierno. Lo encontraba en la cocina, ya vestido con su chaqueta de trabajo, los pantalones gastados y las botas embarradas. Nunca necesitó despertador: tenía un reloj interno afinado por la rutina, por los años, por la dedicación inquebrantable al viñedo.

—*El vino no espera, Stefano* —me decía mientras se tomaba el primer café del día—. *Como tampoco espera el mundo. Si llegas tarde, bebes lo que queda, no lo mejor*.

Yo asentía, sin entender del todo. Con el tiempo comprendí que no hablaba solo del vino. Hablaba de la vida. De su vida. Y del tipo de hombre que esperaba que fuera yo.

Mi madre, en cambio, vivía a otro ritmo. Un ritmo más leve, más estético. Aún recuerdo las tardes de domingo, cuando mi padre se iba a supervisar los barriles y ella ponía música clásica en el salón, abría un libro de arte o un catálogo de moda, y me dejaba sentarme a su lado, con las piernas cruzadas en el sofá. A veces sacaba cajas de fotos antiguas, revistas de cuando fue modelo, incluso algunas coronas de flores que había guardado del certamen de Miss Italia. Todo eso me fascinaba.

—*¿Eras feliz en aquella época, mamá?* —le pregunté una vez, siendo aún un niño.

Ella sonrió, bajando la mirada hacia una foto en blanco y negro donde aparecía desfilando por una pasarela al aire libre, vestida de azul noche.

—*Era distinta* —dijo—. *No sé si más feliz. Pero distinta. Sentía que volaba, ¿sabes? Que el mundo era enorme y todo estaba al alcance*.

Aquella frase se me quedó grabada: sentía que volaba. Yo también quería sentir eso.

Así fue como empecé a dibujar. Primero, garabatos; después, siluetas. Figuras femeninas estilizadas, a veces torpes, pero siempre vestidas con trajes imposibles, con volantes que desafiaban la lógica o telas que parecían flotar por arte de magia. A escondidas, claro. Sabía que mi padre no lo entendería. Y tenía razón.

La primera vez que encontró uno de mis cuadernos de bocetos, yo tenía once años. Fue en la cocina, una noche en la que se me olvidó recogerlo de la mesa. Él había llegado tarde, después de pasar horas en la bodega. Lo vi al día siguiente, apoyado contra el marco de la puerta de mi habitación, con el cuaderno en las manos.

—*¿Qué es esto?* —preguntó, sin levantar la voz.

—*Son dibujos* —respondí, sin saber cómo defenderme.

—*¿Dibujos de vestidos?*

Asentí.

—*¿Por qué haces esto?*

No supe qué decir. Sentí que cualquier respuesta sería incorrecta. Que ya lo había decepcionado solo por dibujar telas en lugar de tractores.

—*Tú eres un Marchetti* —añadió—. *Y los Marchetti no se dedican a vestir mujeres. Hacemos vino. Es lo que hacemos. Es lo que eres.*

Me dolió más de lo que habría imaginado. Como si, de pronto, alguien me dijera que el mundo que yo soñaba no tenía lugar en el mío.

Pero mi madre, al enterarse, no dijo nada. Solo me llevó a una tienda del centro de Venecia y me compró una caja de lápices de colores profesionales, los mismos que usaban los ilustradores de moda.

—*No dejes que nadie decida qué puedes o no puedes ser* —me dijo aquella tarde—. *Ni siquiera tu padre.*

Aquel gesto fue una promesa. Y también una declaración de guerra silenciosa.

Con el tiempo, esa guerra se volvió más fría, más distante. Mi padre nunca aceptó del todo mi elección. Tampoco la combatió. Simplemente se resignó. Como quien asume una cosecha mala: con tristeza, pero sin más pelea. Nuestra relación quedó atrapada en esa tierra de nadie, donde las palabras eran pocas y las expectativas, demasiadas.

Y lo logré. Pero ¿a qué precio?

La armadura empezó a forjarse entonces. Cada decepción, cada mirada de mi padre que no encontraba en mí lo que buscaba, cada comentario en cenas familiares del tipo «Si hubieras nacido con las manos de tu abuelo…». Todo eso iba creando capas. Invisibles, pero pesadas.

A los diecisiete me fui de casa. Me aceptaron en una de las mejores escuelas de diseño de Milán. Mi madre lloró. Mi padre no dijo nada. Me llevó en coche hasta la estación y, antes de que subiera al tren, me entregó una botella de vino envuelta en un trapo.

—*Es de la cosecha del año que naciste* —dijo—. *Guárdala. Quizá algún día la entiendas.*

Todavía la conservo. Cerrada. Intacta.

A veces me pregunto si era su forma de decirme que me quería. Que, pese a todo, seguía siendo su hijo. Pero nunca lo sabré con certeza.

Con los años fui escalando. Primero, trabajos mal pagados; después, pequeñas colaboraciones. Hasta que un día una editora de una revista importante vio uno de mis diseños en una pasarela universitaria y me ofreció una oportunidad. El resto… bueno, el resto ya es historia para muchos.

Lo que nadie sabía era cuántas veces estuve a punto de rendirme. Cuántas veces escuché voces —no solo externas, también internas— que me decían que no era suficiente, que era un impostor, que ese mundo era demasiado

cruel. Y lo era. Lo es. La moda puede ser brillante por fuera y estar podrida por dentro. Pero también puede salvarte. Puede darte sentido.

Mi madre lo sabía. Ella siempre lo supo.

Cuando lancé mi primera colección bajo mi nombre, *Stefano Marchetti*, ella fue la primera en felicitarme. Me envió un ramo de orquídeas blancas con una nota que decía: «Tú también vuelas ahora. No aterrices nunca».

No sé qué habría sido de mí sin ella. No sé si podría haber sostenido el peso de mi armadura sin su presencia constante, incluso en la distancia.

El móvil vibró de nuevo sobre la mesa. Otro mensaje. De la misma persona. Uno que ni esperaba ni deseaba. Lo leí en la notificación, sin abrirlo. Y, sin pensarlo demasiado, deslicé el dedo para hacerlo desaparecer. Otra vez.

No. Ahora no tenía espacio en la cabeza para esa persona. Ni en el corazón. Hoy no. Porque, desgraciadamente, había heridas que uno creía curadas, y bastaba un nombre para que volvieran a sangrar.

Respiré hondo. Abrí el portátil y me sumergí en el trabajo: diseños, ajustes de última hora, confirmaciones con el equipo de estilismo, correos del departamento de comunicación. Todo parecía bajo control, pero el desfile estaba a horas de distancia, y el miedo —ese que nunca admitías, pero que te susurraba desde el fondo del pecho— seguía ahí.

Aun así, la voz de mi madre regresaba a mí como un mantra:

«En cuanto pongas un pie en el recinto, se te pasará».

Me repetí esa frase mientras trabajaba. Como si fuera una oración. Como si, al creerla, los nervios pudieran deshacerse en cuanto pisara el escenario. Quizá ella tenía razón. Quizá la tenía siempre.

O quizá solo era su forma de decirme que confiara. En mí. En lo que había creado. En el camino recorrido.

Volví a mirar por la ventana. Este lugar me parecía menos ajeno ahora. Más cercano. Más mío.

Capítulo 5



Andrea

Amanecía un nuevo día en el que, como siempre, a las siete, sin despertador y por mis propios medios, ya estaba en pie. Era una costumbre adquirida en la carrera, cuando madrugaba para los últimos repasos. Con el tiempo se volvió un hábito que mi cuerpo no parecía dispuesto a soltar, aunque mi libertad de horarios ya no me obligara a ello.

Me estiré en la cama, respiré hondo y sonreí. Algo en el ambiente olía a promesa. A uno de esos días que, sin saberlo aún, se convierten en recuerdo.

Mientras preparaba un café, abrí un mensaje de Tessa: una ecografía de su hermana. Me sorprendió lo nítida que se veía la silueta del bebé con apenas doce semanas de embarazo.

La observé unos segundos, sonriendo, y le respondí con corazones y emojis de celebración. ¿Acaso la llegada de ese bebé no lo merecía? Sabía que se convertiría en el centro de atención de su familia… y también del mío, porque yo me sentía parte de ellos.

Días atrás, cuando Tessa me lo contó por primera vez, le mandé un mensaje de voz a su hermana para felicitarla y transmitirle la emoción que me había provocado la noticia. Ella lo recibió con alegría y me contestó con un sencillo «te quiero» que me llegó directo al corazón.

Cogí el café y lo dejé sobre la mesa, donde me senté a revisar mis redes y las de algunos personajes públicos que ya retomaban sus rutinas después de pasar el verano entre playas paradisíacas y viajes idílicos. Aunque, para muchos, el resto del año parecía también unas continuas vacaciones.

Me llamó la atención una *influencer* muy famosa que llevaba varios días sin compartir contenido con su pareja. Ellos solían mostrarlo todo: comidas, salidas, cualquier instante juntos. Lo anoté en mi agenda para seguir ambos perfiles, porque tenía el presentimiento de que ahí había noticia.

Tres cafés y un buen puñado de revisiones después, me di cuenta de que ya eran las nueve de la mañana. Hora perfecta para salir de compras y desayunar con calma en alguna de las terrazas de la zona.

Elegí, como *outfit*, un vestido largo de tirantes, blanco, una monería que me había regalado Tessa a principios de verano. Lo combiné con unas sandalias planas de cuero atadas al tobillo y un bolso tipo tote, grande, a juego, que por cierto fue regalo de mi padre por mi cumpleaños, aunque elegido por mí.

Me colgué el móvil al cuello, me puse las gafas de sol y salí del portal. Esa sensación de contacto con la calle me encantaba y me recargaba de energía.

Frené el paso al llegar a un escaparate que siempre conseguía llamar mi atención: una tienda de delicias de mar en conserva. Lo que más me fascinaba eran los mejillones en salsa —enormes— y los lomos de atún que solía preparar en montaditos con pimientos asados. A veces también compraba mojama y hueva de maruca, aunque de eso solía encargarse mi padre, que aparecía con los paquetitos en casa porque sabía que me volvían loca.

Me decidí por varios productos, pero los dejaría para la vuelta: no quería ir cargando justo al empezar mi paseo.

Sonó el móvil y contesté. Era mi padre, que me avisaba de que ya se iba con Fermín hacia Portugal. Bromeé pidiéndole que me trajese muchas cosas, como si le hiciera falta, cuando en realidad era él el primero en comprarme de todo cuanto veía.

Mientras hablaba con él, me acomodé en una terracita y pedí otro café con una tostada de aceite, ajo y tomate. Nos despedimos con mis mejores deseos para el viaje, y me relajé para disfrutar de mi desayuno al aire libre. ¿Había plan mejor que ese? En ese momento, no.

Una notificación me hizo desviar la mirada hacia el móvil.

Tessa: *Tengo dos noticias, una buena y una mala.*

No pude evitar reírme: era el patrón que siempre usaba para captar mi atención.

Andrea: *Empieza por la que más rabia te dé, porque conociéndote puede ser hasta la buena.*

Tessa: *¿Sabes que tengo invitación para el desfile del viernes de la firma de Stefano… y que contará con su presencia? Es más: puedo llevar a una invitada.*

Acababa de quedarme muerta: yo misma había solicitado entradas en varias revistas y ni siquiera me aceptaron la petición.

Andrea: *¡No me jodas! Se me acaba de poner la piel de gallina.*

Tessa: *Para que veas que, gracias a tu amiga, vas a conseguir el sueño de verlo en persona.*

Andrea: *¡Te como! ¿Y cuál es la mala?*

Tessa: *Que hoy me vas a tener que cocinar uno de esos arroces con marisco que te salen tan ricos.*

Andrea: *Ahora mismo voy al mercado y compro todo para hacértelo. ¿Sabes que te quiero y que me acabas de hacer la mujer más feliz del mundo?*

Tessa: *Tenemos que conseguir que te hagas una foto con él para que la enmarques y la pongas en tu zona de trabajo.*

Andrea: *Ojalá… aunque lo veo muy difícil.*

Tessa: *Difícil, dice…*

Conociéndola, era capaz de lo impensable con tal de que yo consiguiera esa foto. Estaba flipando, en *shock*, y sentía todos los nervios agolpándose en el estómago. ¿De veras lo iba a ver en persona? ¡Me moría!

¡Dios mío, quería que llegase ya el momento! Intenté relajarme, pero era imposible: acababan de hacerme el mayor regalo de mi vida.

Andrea: *¿Te imaginas que intento acercarme a él y tiene un gesto feo conmigo, consiguiendo así que se me caiga el mito?*

Tessa: *Feo el que le haría yo, que por muy Stefano que sea, a mí no me mueve ni un pelo. Ni que se le ocurra, vamos…*

La veía capaz de eso y de mucho más. Si me hacían un feo, Tessa se comía a quien fuese. Tenía carácter, personalidad y, además, era de armas tomar si alguien osaba molestarme.

Me pasé todo el desayuno fantaseando con ese instante, sumida en una nube de emoción. ¿De veras iba a ver a Stefano Marchetti? ¿A mi amor platónico, a mi ídolo, a ese ser que había habitado mis fantasías más dulces y persistentes durante años? ¿Qué sentiría al tenerlo delante después de pensarlo tanto en la distancia?

Aboné la cuenta y me dirigí al mercado a comprar el marisco para el arroz que pensaba preparar a mi amiga. Caminaba con la mente ida, incapaz de concentrarme mientras observaba las piezas que brillaban en cada puesto. Tuve que reñirme a mí misma para decidir de una vez dónde comprar. De lo feliz que estaba, terminé llevándome incluso un bogavante: quería darle personalidad al plato y, de paso, regalarnos un homenaje en forma de capricho.

De regreso, aproveché para comprar pan y pasé por la tienda de conservas marinas —*mis delicias de mar*, como solía llamarlas—. No me corté un pelo en llevarme varias latas: quería tener reservas suficientes para cualquier picoteo o cena improvisada.

Ya en casa, me quité la ropa y me puse cómoda: unos pantalones cortos de algodón, una camiseta y la melena recogida en un moño alto.

Me dirigí a la cocina, saqué la compra de las bolsas y me serví una copa de vino blanco. La ocasión lo merecía.

Comencé a preparar el sofrito del arroz mientras, de fondo, sonaba *Caruso*. Una de mis canciones favoritas, como tantas relacionadas con Italia. Precisamente de allí era Stefano. De Venecia. Un lugar que llevaba tiempo deseando visitar y que me había prometido conocer pronto.

Descubrí *Caruso* gracias a él: un día subió a Instagram una foto en la terraza de su casa, copa de vino en mano, y mencionó que estaba escuchando ese tema. Desde entonces, puedo decir sin exagerar que la he escuchado más de mil veces. Incluso hubo días en que la ponía en bucle durante horas. Nunca me aburría: esa canción me inspiraba, incluso para redactar mis artículos.

Apuré un sorbo de vino, deseando ver entrar a Tessa por la puerta para soltar toda la euforia que me recorría. Y justo entonces sonó el timbre. Fui a abrir con toda la ilusión del mundo, la misma con la que la esperaba en el umbral, lista para abrazarla y cubrirla de besos.

—Me has hecho la mujer más feliz del mundo.

—Lo sabía. Lo supe en cuanto me ofrecieron la invitación. —Sonrió, siguiéndome hasta la cocina, donde le serví una copa de vino—. No sabes lo feliz que me hace conseguir que, al fin, coincidas en persona con tu gran amor. Aunque no voy a ser cínica: creo que me encantaría que se te cayera el mito y salieras de ese enamoramiento emocional en el que vives.

—Pero yo soy feliz. No necesito tenerlo en mi vida para fantasear con que lo tengo y disfrutarlo igual.

—Sí, claro… ¿me vas a decir que es lo mismo tenerlo entre las manos que en la mente? Por favor, Andrea. —Volteó los ojos.

—Siempre estás con lo mismo. —Me reí.

—Además, tú a ese hombre le das mil vueltas. No es por nada, pero ¿tú no te ves? Podrías tener al que quisieras.

—Voy a echar el arroz y obviar tu irrealidad.

—¿Irrealidad? —resopló—. Deberías quererte más.

—Me quiero, pero tengo los pies en la tierra.

—No, no los tienes. Porque no eres realista.

—Lo que pasa es que tú no puedes ser objetiva con el cariño tan grande que me tienes.

—Puede ser, pero mis labios dicen lo que mis ojos ven. No se trata de cariño, ni siquiera del amor infinito que te tengo: es la realidad, esa que tú no quieres ver. Por cierto, qué rico este vino.

—Sí, cambia de tema —me reí—. De todas maneras, luego te puedes llevar una botella. Pedí una caja de seis.

—¿Solo una?

—Claro, mujer, para tenerlas aquí cuando vengas. —Volví a reír.

—Seguro que las pediste pensando en tu padre.

—Celosa…

—Un poquito. —Hizo el gesto con los dedos y, acto seguido, siguió comiendo unos mejillones en salsa de los que había comprado un rato antes y que había puesto de picoteo mientras se hacía el arroz—. Estos mejillones están que se salen del pellejo. Son un vicio.

—Por cierto, ¿qué tal tu hermana con el embarazo? Hablé con ella un par de veces y la noto muy feliz.

—Lo está. Y como ya te dije que pasaría, mi madre ha empezado a comprar madejas de hilo para hacerle bodis al bebé… —Volteó los ojos y después se río, negando con la cabeza.

—Ese bebé va a ser la alegría de todos.

—Y su madrina —se señaló a sí misma— será la que consienta en todo.

—Y su tía, Andrea. —Me apunté con el dedo.

—Más te vale.

El arroz con marisco quedó delicioso y terminamos con la paellera completa —obviamente era de las pequeñas—. Entre risas y charlas, nos bebimos una botella de vino mientras planeábamos el evento. Lo que más me tenía en dudas era el vestido que llevaría para la ocasión.

Aunque intentaba no exteriorizarlo, estaba de lo más inquieta. Para mí, verlo en persona por primera vez iba a ser un día importante, de esos que se quedan en la retina para siempre.

—¿Y si me decepciona? ¿Y si tiene un mal gesto conmigo y me rompe el corazón?

—Pues lo hará. Y yo estaré ahí para arrastrarlo de los pelos. Ese hombre a mí no me mueve ni un pelo, así que ten por seguro que lo trataré como a cualquier otro mortal si se porta mal contigo.

Me reí. Tessa era una fuerza de la naturaleza: directa, protectora, apasionada. Siempre lista para defenderme del mundo, incluso de mis propias

ilusiones.

Seguimos hablando del desfile, de las ganas que teníamos de asistir. Yo estaba hecha un manojo de nervios, aunque intentaba disimularlo.

—¿Qué te vas a poner?

—No lo sé aún. Pensaba en ese vestido negro asimétrico que tengo de hace un par de temporadas…

—¿El que te marca la espalda? Ese es ideal. Pero necesitas unos tacones que te eleven a diosa.

—¿Tú crees que no me voy a morir si lo tengo delante?

—Te vas a morir. Pero de emoción. Y vas a renacer al instante, convertida en una versión más valiente de ti misma.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Luego, ella me miró con ternura.

—¿Sabes? No importa si Stefano te mira o no. No importa si consigues una foto con él o si ni siquiera logras que se fije en ti. Lo importante es que llegues allí como la mujer que eres. Valiente. Creativa. Brillante. Porque tú, Andrea, eres la que crea sueños. —Los de otros y los tuyos—. No necesitas que nadie te complete.

Me emocioné, y en ese instante me di cuenta de que tenía el corazón lleno. No por Stefano, sino por las personas reales que me amaban de verdad. Como Tessa. Como mi padre. Como yo misma, en los días buenos.

La tarde transcurrió despacio, como si el universo supiera que debía saborear cada minuto. Cuando Tessa se fue, me quedé sola en casa, rodeada de aromas a mar, canciones italianas y una ilusión que apenas cabía en el pecho.

Iba a ver a Stefano Marchetti en persona.
Y aunque fuese solo eso, ya me sentía la mujer más afortunada del mundo.

Capítulo 6



Stefano

La finca se extendía como un suspiro largo sobre la tierra, rodeada de colinas suaves y árboles que parecían custodiarlo todo en silencio. Llegué temprano, cuando el sol apenas despuntaba entre los campos. El aire olía a lavanda, tierra seca y madera vieja. Era un lugar con historia, de esos que habían vivido mucho más de lo que mostraban.

Antiguamente, me habían contado, aquello había sido una bodega importante y, durante décadas, también un centro ecuestre de renombre, donde se celebraban campeonatos, exhibiciones y eventos sociales que terminaban con copas alzadas y secretos entre bastidores. Ahora, tras una reforma impecable, era un espacio para encuentros exclusivos. El escenario perfecto para presentar la colección que había estado preparando con mi equipo durante casi un año. Una colección en la que llevaba el alma cosida en cada puntada.

Aparqué frente al edificio principal, una construcción de piedra clara con contraventanas verdes y balcones de hierro forjado. Al fondo, las antiguas pistas de doma, ahora reconvertidas en pasarelas naturales, eran el escenario perfecto para el desfile al aire libre. Todo estaba casi listo.

Pero yo no confiaba en los «casi».

Entré con paso firme, saludando a los técnicos que ya llevaban un buen rato montando la iluminación, ajustando estructuras y repasando detalles. Mi equipo de producción me seguía: algunos a mi lado, otros un poco más atrás.

Todos sabían que, en momentos así, yo no era el Stefano amable y relajado de siempre. Era el otro. El exigente. El que no aceptaba excusas. El que se detenía en una costura torcida como si fuera un crimen.

Me acerqué a las modelos, que empezaban a probarse los primeros conjuntos. La mayoría eran rostros conocidos, mujeres con las que ya había trabajado y en quienes confiaba. Aun así, me tomé el tiempo de observarlas una por una. Revisé que los vestidos cayeran como debían, que las costuras estuvieran exactas, que no hubiera una sola arruga fuera de lugar.

—Ese escote está un milímetro más bajo de lo previsto —dije, señalando con el dedo una de las piezas. La modelo, alta, rubia y segura, se quedó inmóvil. La costurera acudió de inmediato.

—Lo arreglo en diez minutos, señor Marchetti —respondió con rapidez.

Asentí. No era ira lo que me movía, sino precisión. Obsesiva, quizá. Pero necesaria. En mi mundo, un solo detalle podía arruinar meses de trabajo… y de sueños.

Seguí caminando por el recinto, cruzándome con maquilladores, peluqueros, asistentes. Cada uno cumplía su rol con exactitud casi militar. Algunos evitaban mi mirada. No por miedo, sino por respeto. Sabían que ese día todo tenía que rozar lo impecable.

La organizadora del evento, Carla, se acercó con una Tablet en la mano y una lista interminable.

—Stefano, quería confirmar los horarios contigo —dijo con su habitual tono eficiente.

—¿La pasarela se ha probado con el calzado que van a usar?

—Sí. Esta misma mañana. Ningún problema con la superficie.

—¿Y la música? ¿Las transiciones? ¿Luces?

—Todo según el guion —respondió con una leve sonrisa—. A las seis de esta tarde haremos el ensayo general. He pedido que nadie ajeno al equipo entre.

—Perfecto —asentí—. Y asegúrate de que el *catering* no se acerque a los trajes. Ni una gota de vino cerca de los tejidos, ¿de acuerdo? Ni una.

Carla asintió con firmeza. Sabía que no hablaba por hablar. Ya había vivido un susto años atrás con un fotógrafo demasiado confiado y una copa de tinto derramada sobre seda natural que costó más de lo que ganaba en un mes. Aprendió la lección.

Me alejé, caminando hasta una de las terrazas de piedra donde antaño se reunían los jinetes tras los entrenamientos. Ahora, transformada en un *lounge* rústico con sofás blancos y mesas de madera envejecida, era el espacio reservado para recibir a los invitados más importantes después del desfile.

Una de las camareras, que ya ordenaba copas y botellas para la prueba de maridaje, se acercó y me ofreció una copa.

—¿Un vino blanco, señor Marchetti?

Lo acepté con una leve sonrisa. Resultaba curioso beber vino en un lugar donde antes se elaboraba. Aunque no era del viñedo de mi padre, reconocía la calidad. Lo llevé primero a la nariz y después a los labios. Fresco, con notas de manzana verde y un toque mineral. Bueno. Muy bueno.

Apenas había dado un segundo sorbo cuando sentí el móvil vibrar en el bolsillo. Lo saqué sin mirar la pantalla, pero en cuanto escuché la voz al otro lado, supe quién era.

—¡*Amooooooreeee*! —gritó una vocecita alegre, un poco chillona, pero siempre capaz de derretirme.

Sonreí de inmediato.

—¡Emma! Mi niña preciosa, ¿cómo estás?

—¡Bien! Mamá me ha dejado llamarte. ¿Ya están todas las chicas con los vestidos nuevos?

—Casi todas, sí. Pero tú serás la primera en verlos, como siempre, ¿eh?

—¿Me los vas a enseñar ya?

—Todavía no, mi amor. Pero dile a mamá que mire en Internet lo que te dije, y pronto podréis verlos, ¿vale?

—Vale… ¿Pero me prometes que un día me vas a hacer uno solo para mí?

—Lo prometo. Te haré el vestido más bonito del mundo.

—¿De verdad, de verdad?

—De verdad, de verdad —respondí, riendo.

—¡Te quiero, Stefano!

—Y yo a ti, más de lo que te imaginas.

Se oyó un ruido al otro lado, y enseguida la voz de Paola reemplazó la de Emma. Su tono era suave, como siempre, y me bastó escucharla para sentir una calma inmediata.

—Hola, mi genio —dijo, con esa familiaridad, que solo ella podía permitirse conmigo sin que me incomodara.

—Hola, Pao. ¿Cómo estás?

—Bien. Emma llevaba toda la mañana diciendo que quería hablar contigo. Les ha contado a todas sus muñecas que el hombre de su vida diseña vestidos mágicos.

—¿Y no le falta razón?

—Ninguna. —Rio—. ¿Y tú? ¿Cómo lo llevas?

Suspiré, aunque fue más un suspiro de alivio que de tensión.

—Nervioso. Tenso. Ya sabes.

—Stefano, va a salir todo perfecto. Como siempre. Y mañana estarás en todos los titulares. Otra vez.

—Siempre sabes qué decirme para calmarme.

—Son muchos años conociéndote —respondió. Ambos reímos, porque era cierto.

Ella era mi ancla. Lo había sido siempre.

—Te quiero. Lo sabes, ¿verdad? —añadió sin dramatismos, sin adornos. Así, tal cual.

—Y yo a vosotras dos. Mandadme todos los besos, abrazos y fuerza que tengáis, porque los voy a necesitar.

—Hecho. Emma te ha mandado uno gigante. Dice que es con purpurina.

—Eso seguro que me da suerte. Dale uno muy fuerte de mi parte.

—Lo haré. Hablamos después, ¿vale?

—Claro. Os quiero.

Colgué y me quedé un instante con el móvil en la mano. No me moví. No pensé en vestidos, ni en pasarelas, ni en luces. Solo pensé en ellas. En Paola. En Emma.

Paola había estado a mi lado desde el principio. Desde aquellos días de colegio en los que yo garabateaba vestidos en los márgenes de los cuadernos de matemáticas, y ella aseguraba que algún día esas líneas se convertirían en arte. Fue la primera en ver mi talento, cuando todavía era más duda que certeza.

Y cuando ocurrió lo que ocurrió, no lo dudé. No me alejé. Ni de ella, ni de esa niña que me hizo suyo con solo mirarme una vez a los ojos. El mundo me juzgó. Algunos dijeron que era una locura, que era una responsabilidad demasiado grande, que debía alejarme por mi propio bien.

Pero yo sabía que esas dos vidas estaban entrelazadas con la mía. De una forma que nadie más entendía.

Y no necesitaba explicarlo. Solo vivirlo.

En ese momento noté que el silencio que me rodeaba no era como los otros. Tenía ese tono cálido que dejaban las voces que uno amaba. Aún podía escuchar en mi cabeza el «¡Te quiero!», que Emma me dijo cuando nos despedimos, unos días antes, como un eco dulce que se negaba a desvanecerse. Me llevé la copa de vino a los labios y cerré los ojos un momento.

Paola siempre supo cómo apagar el incendio que a veces me ardía dentro. Y lo hacía sin pedir nada a cambio. Desde que tengo memoria, ha estado ahí: sosteniéndome cuando el mundo parecía derrumbarse, incluso en los momentos en los que yo mismo insistía en empujarlo hacia el abismo.

Le debía más de lo que ella jamás me permitiría reconocer. Y no solo por Emma, aunque esa pequeña lo había cambiado todo.

Volví al interior del recinto con paso más lento. El ensayo estaba a punto de comenzar y todo debía salir perfecto. Crucé junto a uno de los grandes ventanales de lo que antaño fueron los establos principales. Todavía se adivinaban las estructuras originales, aunque ahora estaban revestidas con madera noble, iluminadas por luces tenues y envueltas en aromas cuidadosamente escogidos para evocar sofisticación sin perder la esencia del campo.

Me detuve un instante frente a los percheros, donde descansaban las piezas de la colección: vestidos largos con capas de gasa que flotaban como neblina matinal, chaquetas de corte asimétrico con bordados a mano, conjuntos de inspiración ecuestre reinterpretados con tejidos nobles. Cada prenda era una historia. Un fragmento de mí.

—Esa costura en la espalda no está recta —dije de pronto, señalando un vestido burdeos que colgaba entre dos conjuntos de gala.

Una de las asistentes corrió hacia mí, con el ceño fruncido.

—¿Cuál, señor Marchetti?

—Ese. El tercero desde la izquierda. Revísalo. Y dile a Lucía que lo vuelva a probar antes del ensayo. Quiero ver cómo le cae en movimiento.

Asintió, tomó la prenda con delicadeza y se marchó con la prisa que generaba el perfeccionismo de alguien como yo. Pero no era arrogancia. No era ego. Era obsesión por el detalle. Porque sabía que un centímetro de más podía alterar una silueta. Y que un pliegue mal cosido podía arruinar la armonía de toda una pasarela.

Seguí caminando hasta toparme con Valeria, una de las modelos principales, de esas mujeres que no solo desfilaban, sino que narraban algo con cada paso. Alta, morena, de rostro anguloso y mirada felina, llevaba puesto el diseño estrella de la colección: un vestido negro de corte imperio con una capa de tul que apenas rozaba el suelo, bordado con cristales oscuros que destellaban al menor movimiento.

—¿Estás cómoda? —pregunté, atento a la caída del tejido.

—Mucho. Es… como si flotara —respondió con una sonrisa sincera.

—Ese es el objetivo. No debes llevar el vestido. El vestido debe llevarte a ti.

Ella asintió, seria, comprendiendo que no hablaba solo de moda, sino de filosofía. Esa era la diferencia entre una modelo profesional y una amateur: las verdaderas entendían que cada prenda tenía alma.

Pasé la siguiente hora revisando luces, corrigiendo tiempos, ajustando posiciones. Nada me parecía suficiente. Cada vez que algo funcionaba, buscaba cómo mejorarlo. No porque quisiera demostrar nada a los demás,

sino porque me lo exigía a mí mismo. Había construido mi nombre sobre esa base: no conformarme jamás.

Carla, la organizadora, me observaba de reojo de vez en cuando, como si pensara que me estaba excediendo. Pero no dijo nada. Sabía que ese era mi proceso. Que yo era como uno de esos caballos que antes galopaban por estas tierras: exigente, testarudo, pero también noble y leal cuando sentía que todo respondía a un propósito superior.

Al terminar el ensayo, regresé a la zona de descanso y me dejé caer en un sillón. Por primera vez en todo el día, solté los hombros. Me serví otra copa de vino, esta vez tinto, y alcé la vista al cielo. Las nubes se habían disipado. El atardecer comenzaba a teñir de cobre las piedras antiguas de la finca.

Y entonces, como ocurre con los recuerdos que llegan sin permiso, pensé en aquella noche. En la noche en la que Paola me llamó, rota de dolor, llorando, temblando.

—No sé qué hacer, Stefano… Estoy sola.

Yo estaba en París, preparando un desfile importante. Tenía todo por delante. Todo por demostrar.

Y no lo dudé.

Volé de vuelta. Cancelé reuniones, entrevistas, compromisos. Llegué a su casa con los brazos abiertos y el corazón dispuesto.

Me confesó entre lágrimas que se había quedado embarazada, que iba a ser madre y que no podría seguir siendo una de mis modelos. Que lo que había pasado había sido un error, que nunca debió ocurrir. Y tampoco entonces dudé en responderle: que no iba a ser madre, sino que íbamos a ser padres.

Porque ella no era solo mi mejor amiga. Era parte de mí. Y esa niña, esa criatura diminuta que, tiempo después, dormía en una cunita de madera blanca, me miró con unos ojos tan grandes que supe al instante que mi vida nunca volvería a ser la misma.

Ahora, seis años después, era todo lo que podía ser para Emma. Estaba presente en su vida. Constante. Amoroso. Incondicional.

Y no lo cambiaría por nada del mundo.

Un ruido a mi lado me devolvió al presente. Una de las estilistas se acercaba para mostrarme una modificación que habíamos planteado la semana anterior en uno de los diseños. Me levanté, lo observé en silencio y luego asentí.

—Bien hecho. Añadid ese cambio también al álbum digital, por favor.

—Ya está actualizado —respondió ella con una sonrisa.

Mientras se alejaba, volví a mirar la finca. El lugar se preparaba como si fuese una orquesta afinando sus instrumentos antes del gran concierto. Todo estaba listo. O casi.

Pero aún quedaba algo por hacer.

Me dirigí al camerino principal, el más amplio, reservado a las modelos estrella para los últimos ajustes. Dentro, varias de ellas se dejaban retocar el maquillaje bajo la luz blanca de los focos. Entré en silencio, sin pronunciar palabra, y caminé directo hacia los percheros. Una vez más.

Pasé la mano por los tejidos. Sentí el tacto de la seda, el peso solemne del terciopelo, la ligereza frágil del encaje. Cada prenda llevaba algo de mí. De mis dudas. De mis errores. De mis esperanzas.

Diseñar ropa femenina nunca fue solo una elección estética. Fue, desde el principio, una forma de sobrevivir.

De niño, cuando no sabía cómo explicarme. Cuando el mundo insistía en que debía ser una cosa, y yo sentía otra. Cuando mi padre me miraba como si yo hablara en un idioma extranjero. En esos días oscuros, imaginaba mujeres fuertes, hermosas, elegantes, caminando con mis creaciones sobre la piel como si llevaran armaduras invisibles. Como si fueran diosas: intocables, libres.

Y ahora, al verlas de pie frente a los espejos, transformadas por mis diseños, comprendía que aquella fantasía infantil se había hecho real.

Pero también sabía que, en el fondo, seguía siendo ese niño.

Ese que se escondía entre telas para no enfrentarse a los silencios de su padre. Ese que se refugiaba en la sonrisa de su madre y en la lealtad de su mejor amiga. Ese que había encontrado en una niña llamada Emma una razón para seguir creyendo en la belleza del mundo, incluso cuando el mundo era cruel.

Salí de nuevo al exterior. La luz dorada del atardecer acariciaba los muros de piedra, y en el aire se respiraba una calma extraña, expectante. Me senté una vez más con mi copa de vino y, por primera vez en horas, sentí que el corazón comenzaba a latir más despacio.

Mañana sería el gran día. Y, como siempre, sentía ese vértigo previo al salto. Pero también una certeza tranquila. No estaba solo. Tenía un equipo. Tenía un nombre. Tenía una historia.

Y tenía a Emma. Y a Paola. Y, por supuesto, a mi madre. Aunque el mundo no siempre entendiera mis decisiones, yo sabía que había hecho lo correcto.

Porque a veces, el éxito no se medía solo en las portadas de las revistas ni en los aplausos que estallaban al final de un desfile.

A veces, el verdadero éxito estaba en mirar atrás y no arrepentirse de las personas que elegiste conservar en tu vida.

Capítulo 7



Andrea

Había llegado el gran día y yo estaba hecha un manojo de nervios…

Me arreglaba, después de una ducha larga, de esas en las que permaneces bajo el agua, como si pudieras lavarte también los pensamientos. Cerraba los ojos y me sorprendía a mí misma fantaseando con el momento: su sonrisa, ese brillo en los ojos capaz de encender el aire a su alrededor.

Pero… ¿y si todo no era como me lo había imaginado?

Sacudí la cabeza, obligándome a ahuyentar esos pensamientos oscuros. No podía permitirme que la ansiedad me ganara justo ahora.

Sentía que de este día dependía mucho de mi equilibrio mental. Lo primero: que no se me derrumbara el mito que llevaba años construyendo en torno a él. ¡Me moría de nervios!

Mientras me maquillaba, atendí la videollamada de mi padre. Estaba eufórico. Me contaba que la noche anterior habían estado de fiesta, y yo no podía parar de reír al escucharlo, sobre todo cuando soltó, como siempre sin pelos en la lengua, que se había liado con una sevillana que también estaba de vacaciones en el hotel. Para rematar, Fermín también había pillado cacho con su amiga. Me los imaginaba a los dos y aquello debía de ser todo un show.

Entonces llamaron a mi puerta.

—¿Lista? —preguntó Tessa, con los ojos brillando de emoción.

—Casi, solo me falta ponerme los zapatos —respondí, girándome para mostrarle mi *outfit*.

Ella estaba deslumbrante con un vestido rojo que le quedaba como hecho a medida. Sin mangas, de cuello redondo y ajustado hasta la cintura, simulaba una falda que terminaba justo por encima de las rodillas. Sus zapatos de salón, con un tacón considerable, la hacían parecer todavía más esbelta y sofisticada.

En mi caso, había optado por una camisa sin botones, sin mangas y de corte barco, sencilla y elegante, combinada con una falda de gasa coral que caía hasta las rodillas. Ambas piezas eran de la firma de Stefano. Rematé el conjunto con unas sandalias blancas de tacón alto que armonizaban con la parte superior. Tessa no dejaba de elogiar mi estilo.

—Stefano tiene buen ojo con la ropa, ¿eh? Esto te queda espectacular.

Sentí un calor repentino en las mejillas y sonreí, tímida.

—Gracias, Tessa. Me hace sentir… especial.

—Eso es porque lo eres.

Antes de pedir el taxi por la aplicación, nos servimos una copa de vino y brindamos. Incluso hicimos un par de fotos para inmortalizar el momento, como si quisiéramos capturar la emoción antes de que la noche, por fin, comenzara.

—Que esta sea solo la primera de muchas —dije, sintiendo cómo el vino y la emoción me subían a la cabeza.

—Eso está hecho —asintió ella, alzando su copa.

Al llegar a la finca, antigua bodega y centro ecuestre convertido en escenario de grandes eventos, nos recibieron los destellos de un sinfín de flashes, como si fuésemos alguien importante. Algunos compañeros de los medios me reconocieron y me preguntaron cómo había conseguido ser una de las invitadas. Respondí con mi mejor sonrisa, la más elocuente de todas.

El desfile tendría lugar en los jardines, al aire libre. Aún quedaba un buen rato para el inicio, y los camareros circulaban ofreciendo bandejas de canapés y copas de vino junto a otras bebidas.

Tessa y yo nos hicimos con dos copas y nos apoyamos en uno de los barriles repartidos por todo el exterior.

—Estoy que me va a dar algo —confesé, justo antes de chocar nuestras copas.

—Vamos a hacernos un selfi, que este fondo lo pide a gritos.

—Venga —respondí, riendo, al darme cuenta de que intentaba distraerme de los nervios que ya debía notarme en la cara.

—Más guapas y no nacemos. Mira qué bien hemos quedado. ¡Cuánto glamur!

—Pues sí que salimos bien, y el fondo es precioso. No me jodas… —dije al ampliar la foto y darme cuenta de que, al fondo, aparecía Stefano llegando.

—¡Joder! Ni me había fijado —exclamó Tessa. De inmediato nos pusimos a mirar alrededor, buscando confirmarlo, pero entre tantos invitados era imposible dar con él. Seguro que estaba saludando a alguien.

Las probabilidades de que apareciese en nuestra foto eran mínimas, pero tampoco imposibles. Y ahí estaba la prueba, como diría mi padre: *para muestra, un botón*.

Entonces lo vi a lo lejos. Hablaba con un periodista muy conocido, en un tono cercano, amigable. Desprendía un aura tan magnética que Tessa tuvo que chasquear los dedos delante de mi cara para sacarme de mi trance.

—Pues sí que viste bien, el cabrón.

—Es que… —murmuré, con la voz cargada de emoción—. Es tan elegante, tan natural. No tiene nada feo.

—Ve y dile que quieres follártelo toda la noche.

—¡Tessa, por Dios! —Solté una carcajada—. ¿Qué te hace pensar que solo quiero eso? Aunque… tampoco estaría mal, para qué engañarnos.

—Ahí lo tienes —replicó, triunfante—. No me equivoco. Ve, sin miedo al fracaso.

—Sí, hombre. Enamorada, pero no arrastrada —le respondí con una mueca divertida.

—Al final voy yo y me lo llevo a los camerinos —dijo Tessa entre carcajadas.

—Sería lo último que harías como amiga mía.

—Ah, bueno, pero mi vida no correría riesgo, ¿verdad?

—Imbécil… —Me reí, mientras volvía a clavar la vista en Stefano, que seguía saludando a las personalidades más relevantes, como si todo a su alrededor girase a su ritmo

—Pero soy tu imbécil favorita.

—Eso sí —admití, llevándome la copa a los labios para disimular el temblor que sentía por dentro.

Un aviso interrumpió nuestras risas: todos debíamos ir tomando asiento. El presentador ya se encontraba sobre el escenario, micrófono en mano. Por pura suerte, dos personas no se presentaron y nos pasaron a la primera fila. Mi corazón dio un vuelco; de pronto estaba en el lugar soñado.

Las luces bajaron. La música comenzó. Y el desfile empezó.

En cuanto apareció la primera modelo, un escalofrío me recorrió la piel. Era como si el aire se electrificara. Las telas parecían flotar, los cortes eran impecables, la elegancia pura, sin excesos ni excentricidades. Nada estaba de más. Todo respiraba arte y precisión.

Lo viví con una emoción que me desbordó de principio a fin. Sentía que cada prenda hablaba un idioma secreto que yo sí podía entender. Y mientras el desfile avanzaba, supe que ese instante quedaría grabado en mí para siempre.

Duró cerca de una hora que se me pasó volando, como un suspiro. Pero lo más impactante llegó al final: Stefano salió al escenario, caminando con esa seguridad que parecía nacer de dentro, y los aplausos lo envolvieron como un mar. Saludaba con una sonrisa amplia, dirigida a todos… o casi. Porque en un instante, su mirada se cruzó con la mía. Y entonces ocurrió: un guiño. Claro, directo. Para mí.

—¡Te ha guiñado el ojo! —me gritó Tessa al oído, casi sacándome del trance.

—Creo que ahora sí voy a tener que exprimir mi ropa interior —susurré, con la respiración entrecortada.

—¡Que te ha guiñado el ojo! —repitió ella, sacudiéndome del brazo como si no lo hubiera escuchado.

—Sí, me ha guiñado el ojo —contesté, aplaudiendo con tanta emoción que parecía que se me iba a salir el corazón.

El desfile terminó, pero la fiesta continuaba. Nos colocamos de nuevo junto a uno de los barriles, apoyando nuestras copas de vino. No tardó en acercarse un camarero, que nos dejó dos platitos: uno con croquetas de marisco y otro con brochetas de atún y queso.

Estaba tan emocionada, nerviosa y eufórica, que sentía que me iba a desmontar en cualquier momento. Las piernas me temblaban como si fueran de gelatina y, para colmo, Tessa no dejaba de repetir, una y otra vez, lo del guiño.

—¿Y si tenía un tic nervioso o algo? —pregunté, intentando convencerme de que todo era producto de mi imaginación.

—Sí, claro… —Bufó ella, volteando los ojos—. Como si no se hubiera visto clarísimo que te lo hizo de manera natural, al verte.

De pronto, lo vi venir en nuestra dirección. El corazón me dio un vuelco y, sin ponernos de acuerdo, tanto Tessa como yo nos quedamos en un silencio sepulcral. Cuando su mirada volvió a encontrarse con la mía, sonrió. Y, como si el destino quisiera reafirmarlo, volvió a lanzarme otro guiño. Yo solo pude responder con una sonrisa tímida que me salió de lo más profundo.

—Perdona… —Lo frenó Tessa de golpe. Y yo, por poco, me desplomé allí mismo.

—Hola, ¿todo bien por aquí? —preguntó él, en un español impecable, envuelto en ese acento italiano que hacía que cada palabra sonara como un secreto.

—Sí, es que me haría muchísima ilusión hacerme una foto con usted —dijo mi amiga, lanzándome una mirada traviesa.

—Claro —contestó él con una sonrisa amable, colocándose a su lado mientras ella me tendía el móvil.

Me temblaban tanto las manos que apenas podía enfocar. Y entonces, ocurrió: mientras posaban, sentí su mirada fija sobre mí, descarada, como si no le importara que yo lo notara. Saqué la foto, pero en ese mismo instante Tessa, con esa picardía suya, me soltó:

—Anda, ahora tú también.

No me dio opción. Estaba clarísimo que había buscado el momento con toda la intención.

Stefano me rodeó la cintura con una mano firme, gesto que con Tessa no había tenido. Sentí cómo mis mejillas se incendiaban de golpe, como si toda

la sangre de mi cuerpo se hubiera concentrado ahí. Él me miró de reojo, con una calma descarada, mientras posábamos.

—Pues listo, momento también inmortalizado —dijo Tessa con naturalidad, como si aquello no fuera lo más importante que me había pasado en la vida.

—¿Os llamáis? —preguntó Stefano, manteniendo la mirada fija en mí.

—Yo… me llamo Andrea —respondí en un hilo de voz que apenas reconocí como mío.

—Y yo, Tessa. Aquí tienes dos amigas —añadió ella con un desparpajo que me dejó sin aliento. Le lancé una mirada asesina, aunque por dentro me moría de los nervios.

—Todo un honor para mí —contestó él con una sonrisilla. Luego, mirándome directamente, añadió—: Nos vemos después. Tengo que saludar a algunos compromisos.

—Vale… —alcancé a decir, sintiendo cómo las palabras me temblaban en los labios.

Se marchó, pero antes me dejó otro guiño que se me quedó clavado en el corazón… y en la retina.

—Te está tirando la caña —me soltó Tessa, divertida.

—Tessa, te juro que me va a dar algo…

—Mira esta foto que saqué justo cuando te miraba. Madre mía, a mí nunca me han mirado así.

—Jo… qué fotón —murmuré, con la respiración aún agitada.

—Y espera, que hice cuatro. —Rio, enseñándome la galería como si fuera el mayor trofeo de la noche.

—Me ha dicho que nos vemos después…

—Sí, sí… me parece que voy a sobrar en la ecuación —dijo apretando los dientes, aunque con media sonrisa.

—No seas exagerada —le respondí, intentando sonar natural, aunque por dentro sentía que el corazón me galopaba.

—Ya te digo yo que ese vuelve por aquí.

—Lo frenaste tú.

—Y bien que hice. Te volvió a guiñar, le encantó la foto contigo y, encima, te agarró por la cintura. A mí no me tocó ni un pelo. ¿De veras no ves las señales? ¿Quieres que te las grite por el micro? Eres la única a la que le ha hecho guiños.

—Eso no lo sabes…

—Lo sé porque lo estuve observando todo el tiempo —insistió, cruzándose de brazos.

—No sé… pueden ser casualidades —murmuré, intentando no dejar que la ilusión me desbordara. No quería idealizar algo que quizá no era.

—Pues yo sí sé cómo va a terminar la noche.

—Fantaseas más que yo, y mira que eso ya es decir mucho.

—Lo tuyo siempre fue fantasía, Andrea. Pero lo que yo vi esta noche… eso fue pura realidad. Y la viste tú también, aunque no quieras admitirlo.

—Estoy flipando en colores. —Me bebí de un trago lo que quedaba de mi copa de vino.

Miraba a mi alrededor, reconociendo rostros conocidos, mientras aprovechaba para hacer algunas fotos. Ya pensaba en el post que publicaría

después, relatando la experiencia de haber sido invitada a un desfile así. Y, por supuesto, la joya de la corona sería mi foto con Stefano, en primer plano.

Tessa no dejaba de intentar sacarme de mis pensamientos. Según ella, yo estaba en *shock*, y no le faltaba razón.

—Ya verás —empezó con su tono teatrero—, esta noche me manda a mí en una limusina para quitarme de en medio.

No pude evitar soltar una carcajada.

—Y no te rías —insistió—, que a ti por lo menos te lleva en helicóptero.

—Sí, claro… No sería yo la valiente que se subiese a uno de esos cacharros.

—Entonces seguro que te monta en su avión privado y te pasea en yate por Venecia.

—¿No has pensado en escribir un libro? —le solté, entre risas—. Porque tienes cada idea…

—Lo he intentado mil veces, pero no paso del primer capítulo. —Me sacó la lengua como una niña. Luego, con una media sonrisa, añadió—: De todas maneras, eres tú la que deberías escribirlo. A ti eso de hilar historias se te da mucho mejor.

—¿Otra copita? —pregunté justo cuando el camarero se acercaba con la bandeja.

—Obvio, la noche no ha hecho más que empezar —respondió Tessa, guiñándome un ojo.

Estábamos enredadas en un ataque de risa imposible de frenar. Todo por un comentario suyo sobre una de las invitadas, una actriz española muy reconocida. No fue nada despectivo, al contrario: decía que solo alguien como ella podría quitarnos los guiños que Stefano me había regalado. Entre esas palabras y las copas de vino, no había manera de parar.

—Veo que lo estáis pasando bien. Me alegro. —La voz de Stefano nos sorprendió de repente. Tenía la copa alzada hacia nosotras y una sonrisa fácil en los labios.

—Hola de nuevo, señor Stefano… —murmuré, casi atragantándome.

—Stefano, para las amigas.

—¿Lo ves? —saltó Tessa—. Le hemos caído en gracia.

—Tessa… —La reprendí, rodando los ojos, mientras Stefano soltaba una risita.

—Como le decía a mi amiga… —añadió ella, mirándome con descaro—, necesito ir urgente al baño. Ahora vuelvo.

Se inventó la excusa y me dejó sola con él. Yo la fulminé con la mirada, pero ya era tarde.

—Se mea de la risa… —solté sin pensar. Y en cuanto lo dije, quise morirme. ¿Cómo podía ser tan vulgar?

Stefano rio, divertido.

—Ya lo vi. Me encanta cómo habláis los del sur de España. Tenéis mucha gracia.

—¿Sí? Qué… qué bien —balbuceé, notando el calor encendido en mis mejillas.

Entonces, sin rodeos, lo dejó caer:

—Mañana, a la una, *suite* treinta y tres, en el resort de la cala, a las afueras de la ciudad. Daré autorización para que entres.

Me guiñó un ojo y se giró para marcharse.

—Necesitarás mis datos… —alcancé a murmurar, medio en alto, sin saber ni por qué lo decía.

Él volvió la cabeza apenas un segundo, con una sonrisa ladeada.

—¿De veras crees que, a estas alturas, no los tengo? —replicó. Y siguió andando.

Me quedé petrificada.

Cuando Tessa regresó, le conté todo a duras penas, todavía en *shock*.

—Te lo dije —respondió con una seguridad pasmosa—. Lo has impactado. Lo tienes en el bote.

No volví a verlo en lo que quedaba de noche. Poco después cogimos un taxi en la puerta y nos marchamos. Pero yo ya sabía que aquella velada quedaría grabada en mí para siempre.

Capítulo 8



Stefano

La noche había caído sobre la finca cuando el último vestido desapareció tras la pasarela y los aplausos aún resonaban en el aire. Pero en mí, los nervios que habían estado presentes durante semanas, incluso meses, se habían disipado, tal como mi madre y Paola me habían prometido. Me quedé allí, de pie, con el pulso tranquilo y el alma llena, disfrutando cada segundo de aquel momento que tanto había esperado.

Ver cómo cada modelo recorría la pasarela con mis diseños en movimiento había sido casi mágico. No era solo la prenda que llevaban, sino la historia que contaban con cada paso. Aquello que había nacido de un boceto, de una emoción, de un destello en mi cabeza, cobraba vida en sus cuerpos. Y eso me hizo sentir que no solo había creado ropa: había creado sueños.

Pensé en mi madre, en cómo ella había vivido entre tejidos y pasarelas, y sentí una conexión profunda con ella. Recordé mi primer desfile, cuando me temblaba todo: las manos, la voz, el corazón. Ahora, con los años, esos temblores se habían transformado en pura emoción.

Los invitados aplaudían, observaban, se inclinaban hacia delante con interés. Había críticos, fotógrafos, periodistas, pero también rostros que no pertenecían a la industria y cuya mirada sincera me resultaba aún más valiosa.

Y entonces la vi.

Destacaba entre el público de una manera que no podía ignorar. No era solo su físico, aunque lo tenía: alrededor de 165cm de estatura, una figura curvilínea, caderas amplias, piernas firmes. Su piel morena, salpicada de pecas en la nariz y las mejillas, parecía hecha para la luz dorada que caía sobre el jardín. El cabello rizado le enmarcaba el rostro hasta los hombros, con mechones rebeldes que atrapaban destellos. Y sus ojos… sus ojos color miel, grandes, expresivos, cálidos, parecían reír incluso antes que su boca. Esa sonrisa amplia, de labios carnosos, iluminaba todo lo que la rodeaba.

No era solo belleza: era energía. Presencia. Vida.

Mientras cruzaba la pasarela, sin pensarlo demasiado, le lancé un guiño. No fue un gesto ensayado ni superficial. Fue instinto. Una chispa. Una conexión.

Más tarde, en el jardín, entre invitados y copas de vino, volví a encontrarla. Estaba acompañada de otra mujer que, con descaro y simpatía, me pidió una foto. No se la negué, claro, y tampoco a ella. Fue entonces cuando, de manera natural, la toqué con suavidad, rodeándola apenas por la cintura. Sentí la calidez de su cuerpo, y con ese gesto sencillo, supe algo más que su nombre.

Andrea.

Intrigado, me acerqué a la organizadora y le pregunté quién era aquella mujer de ojos miel. Ella me prometió averiguarlo y, pocos minutos después, supe que Andrea era periodista *freelance*.

La curiosidad me golpeó con fuerza. Escribí su nombre en el buscador del móvil y encontré varios de sus artículos. Para mi sorpresa, muchos hablaban de mí, de mi firma, de mis colecciones. Y lo hacían con una delicadeza que pocas veces había visto en la prensa. Había respeto en sus palabras. Incluso cariño. Nada de sensacionalismo barato ni titulares incendiarios. Solo observación, admiración y verdad.

Recordé entonces lo que Paola me había dicho hacía tiempo: «Esa periodista escribe mucho sobre ti, pero siempre desde el cariño». Y no me quedó duda: se refería a Andrea.

La observé de nuevo desde la distancia. Su sonrisa se desplegaba con naturalidad, luminosa, franca. La más hermosa que había visto en mucho tiempo. Había en ella una autenticidad que desarmaba.

La intuición me empujaba a acercarme otra vez, y la intuición rara vez me fallaba. Aproveché que su amiga Tessa nos dejó a solas y lancé la invitación: comer conmigo al día siguiente, en la *suite* del resort. Quería conocerla mejor, descubrir si todo aquello que me gritaba el instinto tenía un fondo real.

No volví a acercarme más aquella noche. Me limité a observarla cuando se marchó, en silencio, invisible para ella, reteniendo su imagen como si temiera que se esfumara.

Di un sorbo a mi copa de champán justo después de charlar con uno de los invitados, cuando un periodista se me acercó acompañado de su cámara.

—Buenas noches, señor Marchetti. En primer lugar, felicidades por el desfile. ¿Podría contarnos cómo se siente tras la presentación de esta colección?

Le sonreí con cordialidad, enderezando la postura.

—Muchas gracias. Lo que siento es una mezcla de orgullo y satisfacción. Meses de trabajo se han materializado en esta pasarela, en cada diseño, en cada detalle. Verlos cobrar vida en las modelos… es una sensación difícil de describir. Para mí, y para todo mi equipo, es un logro inmenso.

—¿Cuál fue la inspiración principal detrás de esta nueva línea?

—Quería transmitir la fuerza y la elegancia femenina, pero también esa armadura invisible que tantas mujeres llevan sin que nadie la vea. Esta colección busca reflejar la complejidad de la mujer moderna: segura, independiente y, al mismo tiempo, sensible. Me inspiré en la naturaleza, en los contrastes entre luz y sombra, y en esas emociones que nos definen y nos acompañan.

—¿Ha habido algún reto particular durante el proceso creativo?

—Siempre los hay. Desde la elección de los tejidos hasta la coordinación con el equipo de producción y las modelos. Pero, quizás, el mayor desafío fue encontrar el equilibrio entre la innovación y el respeto a la tradición. Mi padre, que tiene un viñedo, solía decirme que el buen vino necesita tiempo y paciencia. Yo he intentado aplicar esa misma filosofía en cada prenda.

—¿Podemos esperar alguna colaboración o proyecto especial próximamente?

—Sí. Estamos trabajando en ampliar la línea con prendas más versátiles y sostenibles. La moda debe evolucionar y adaptarse al presente sin perder su esencia. Espero poder anunciar algo muy pronto.

—Muchas gracias por su tiempo, señor Marchetti. Y de nuevo, felicidades por otro éxito.

Asentí con una sonrisa profesional. Apenas se alejaron, otra periodista se abrió paso entre la multitud. Esta vez con un micro en mano y la cámara transmitiendo en directo para un programa nocturno.

—Stefano Marchetti, es un placer tenerlo aquí con nosotros. Su desfile está siendo uno de los más comentados de la noche. ¿Qué sensaciones le deja esta presentación?

—Muchas gracias por estar aquí. La verdad, estoy muy emocionado. Cada desfile es único, pero esta colección me ha dejado especialmente satisfecho. Ha sido maravilloso ver cómo las modelos caminaban con confianza y cómo el público acogía el trabajo con tanto cariño.

—¿Y cuál diría que es la pieza estrella de la colección?

—Es difícil elegir solo una. —Sonreí, mirando un instante hacia la pasarela aún iluminada—. Pero si debo destacar, diría que el vestido largo de seda bordado con un juego de luces que evoca la luna y las estrellas. Para mí, representa esa dualidad entre fragilidad y fortaleza que define a la mujer de hoy.

—¿Qué mensaje quiere transmitir a las jóvenes diseñadoras y diseñadores que le ven?

—Que no dejen de soñar y que trabajen duro. La moda es una profesión exigente, pero si tienes pasión y perseverancia, todo es posible.

—Muchas gracias, señor Marchetti, por dedicarnos unas palabras en directo para nuestro programa.

—Un placer —respondí con una leve sonrisa antes de llevarme de nuevo la copa de champán a los labios. Apenas di un sorbo cuando otra periodista, radiante, se acercó. Esta vez fue para una radio local.

—Stefano Marchetti, gracias por estar con nosotros. Queremos que nos cuente cómo ha evolucionado su visión de la moda a lo largo de los años.

—Gracias a vosotros por venir y compartir esta noche tan especial. Mi visión ha cambiado mucho desde que empecé. Al principio era más impulsivo, buscaba impresionar. Ahora, lo que intento es contar historias con cada prenda. Creo que la moda debe ser un espejo de la personalidad y la identidad de quien la viste. Por eso presto tanta atención a los detalles y a la calidad.

—¿Qué papel juega la sostenibilidad en su trabajo?

—Cada vez es más importante. La moda tiene un impacto enorme en el planeta y quiero ser parte del cambio. Estamos incorporando tejidos reciclados y procesos que reducen el desperdicio, siempre sin perder la elegancia ni la calidad.

—¿Cómo se prepara mentalmente para un evento tan importante como este desfile?

—Con concentración y disciplina. Me gusta revisarlo todo varias veces, asegurarme de que cada detalle está en su sitio. Pero también necesito parar, respirar, recordar por qué hago esto y pensar en la gente que me apoya. Eso me da fuerza.

—Muchas gracias, señor Marchetti. Le deseamos mucho éxito.

—Gracias a vosotros.

La noche siguió avanzando. Una hora después, decidí dar por finalizada mi presencia en el evento. Me acerqué a Carla para agradecerle personalmente la impecable organización y después caminé hacia el coche donde el chófer me esperaba.

Pero antes de llegar, algunos periodistas que no habían conseguido entrar me rodearon con sus grabadoras y micrófonos. No iba a marcharme sin atenderlos.

Un joven reportero, visiblemente nervioso, se abrió paso entre los demás y extendió una grabadora hacia mí.

—Señor Marchetti, enhorabuena por el desfile. ¿Podría contarnos cómo ha sido para usted esta experiencia?

Respiré hondo y respondí con sinceridad:

—Ha sido un sueño hecho realidad. Llevo meses trabajando en esta colección, y ver cómo cada pieza cobra vida en las modelos es una sensación indescriptible. Estoy muy orgulloso del equipo y del esfuerzo que todos hemos puesto.

Las preguntas continuaron: sobre la inspiración de la línea, los retos que enfrenté y los proyectos que se avecinaban. Respondí con calma, casi con alivio, como si en cada palabra estuviera compartiendo no solo trabajo, sino un pedazo de mi alma.

Posé para las fotografías, consciente de que aquellas imágenes recorrerían el mundo en pocas horas, y me despedí con la elegancia medida que siempre intentaba transmitir. Luego, por fin, subí al coche.

Al llegar a la *suite* del resort, sentí cómo un peso invisible se deshacía en el aire. El desfile había terminado. El vértigo había pasado. Solo quedaba la satisfacción.

El móvil sonó: era mi madre.

—Ha sido perfecto, un éxito —le dije, aún con una sonrisa en la voz.

—Ya te lo dije, *amore mio* —respondió ella, y nos reímos juntos como siempre.

Cuando colgué, el silencio me envolvió. Abrí el portátil, busqué de nuevo su nombre y leí varios artículos de Andrea. Había en ellos un respeto, una ternura y una claridad que me atravesaron sin aviso. Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que la curiosidad se mezclaba con algo más. Algo parecido a la esperanza.

«Hay diseñadores que crean ropa. Y luego está Stefano Marchetti, que construye un lenguaje con telas. Quien ha tenido entre sus manos una de sus prendas lo sabe: hay una diferencia palpable entre lo que simplemente viste y lo que realmente acompaña. Marchetti no diseña para vestir; diseña para acompañar.»

Sonreí y seguí leyendo.

«No se puede hablar de su obra sin hablar de él. En Stefano Marchetti hay una coherencia ética que trasciende su firma. Es, en pocas palabras, alguien que se toma su trabajo y a las personas con el mismo respeto.

Hay diseñadores brillantes que se pierden en el ego. Marchetti, no. Su humildad no es modestia impostada, sino la forma más honesta de seguir afinando su mirada. Y eso, para mí, es lo que hace que cada colección suya no solo luzca bien, sino que se sienta bien.»

Pasé a otro artículo, sorprendido por cada una de las palabras de Andrea.

«Cuando se habla de alta costura o de diseño independiente, suele trazarse una línea fina entre la estética y la emoción. Stefano Marchetti la borra por completo. En su universo, cada prenda tiene un porqué y cada colección es, en sí misma, un acto de presencia.

Cada pieza es honesta. Los tejidos no se eligen por capricho de tendencias, sino por su textura, su caída, su duración. Sus colores nunca gritan, pero tampoco se esconden: aparecen con la intensidad justa para

hacerse recordar. Todo parece concebido para que quien vista su ropa sienta que la prenda fue creada pensando en ella, y solo en ella.»

Era como si esa mujer sintiera aquellas cosas al ponerse uno de mis diseños, o al menos eso me parecía a mí.

«Las costuras, las proporciones, la forma en que cada tela responde al movimiento… Son detalles que solo un ojo entrenado durante años sabría ejecutar con semejante naturalidad. Marchetti lo consigue porque no concibe el diseño como espectáculo, sino como oficio. Y ahí, precisamente, radica su grandeza.»

Andrea hablaba de mí con una mezcla de respeto, admiración y un cariño que me hizo sentir, por primera vez en mucho tiempo, que alguien realmente entendía quién era.

Decir que me estaba dejando impresionado era quedarme corto. Sentía curiosidad por esa mujer y por lo que había escrito sobre mí, y cuando iba a seguir buscando sus artículos para leer, mi móvil sonó con la llegada de un mensaje de Paola.

Paola: *¿Cómo ha ido, además de superbién?*

No pude evitar reírme al leerlo.

Stefano: *Ya te has contestado tú sola.*

Paola: *Te lo dije. Cof, cof. Te lo dije.*

Otra risa, esta vez mucho más profunda.

Stefano: *Por cierto, he conocido a esa periodista de la que me has hablado a veces. Andrea.*

Paola: *¿En serio? ¿Y cómo es?*

Stefano: *Tímida, preciosa, con unos ojos que me han impactado, al igual que su sonrisa.*

Paola: *No me digas que la tienes en tu cama, que me da algo.*

Stefano: *Pao…*

Paola: *¿Has hablado con ella?*

Stefano: *Sí, y la he invitado a venir mañana a mi "suite".*

Paola: *Sabes que te quiero, pero… ten cuidado, Stefano.*

Suspiré con los ojos cerrados sin responder. Sabía por qué me lo decía, lo sabía mejor que nadie, y sí, claro que tendría cuidado, aunque solo la había invitado para conocerla un poco más, hablar con ella.

Me quité la ropa, me di una ducha rápida y me metí en la cama pensando en que, en unas horas, podría disfrutar de la compañía de esa mujer hermosa, de esa sonrisa sincera que no mentiría, y que ya me había cautivado como ninguna otra antes.

Capítulo 9



Andrea

Me desperté tan temprano como siempre, pero más nerviosa que nunca.

Nervios, ilusión, miedo, dudas… Todo mezclado en un cóctel que me hacía sentir como si caminara por una cuerda floja sin red de seguridad.

Tomaba el café mientras pensaba en la posibilidad de que a él se le hubiese olvidado la cita, como también en eso que me dijo de que, a esas alturas, ya tenía mis datos. ¿Qué sabía de mí? Enterarse de que era periodista era fácil, y que había escrito sobre él tampoco era un secreto. Pero ¿cuánto más había indagado? Esa idea me daba escalofríos y, sin embargo, también una curiosidad inexplicable.

Lo que peor llevaba era que me había citado en su *suite* y eso podía ser un indicativo de que quisiera llevarme hasta allí para ponerse las botas y luego mandarme de regreso. Lo peor de todo era que yo no podía faltar a esa cita. Lo amaba demasiado y ni en mis mejores sueños me hubiera imaginado que me pasara algo así.

De verdad, me estaba matando pensar qué ponerme, porque si esa era su intención, iba a tener que tirar de lencería muy fina, incluso pensar en estrenar alguno de los bodis de encaje que tenía guardados. Había uno en blanco que era una virguería.

Y peor aún, ¿quién era la bonita que ahora redactaba nada para venderlo o simplemente para subirlo como publicación en la red? Desde luego que yo no.

Agobio, entusiasmo, nerviosismo… ¿quién daba más?

La ropa era lo que más me agobiaba, porque no quería ir pareciendo que pedía guerra, ni tampoco como una mojigata. En fin, que aún estaba a tiempo de pensar con calma, siempre que esta apareciera por unos momentos para aclarar mis ideas.

Entre cafés, nervios y un montón de emociones que iban mucho más allá de las habituales, me entró un mensaje de mi amiga.

Tessa: *¿Te has depilado bien?*

Me tuve que echar a reír. De sobra sabía que hacía dos años que no me hacía falta, porque me hice en todo el cuerpo la definitiva.

Andrea: *Hasta las cejas. Qué capulla eres. Ja, ja, ja.*

Tessa: *Intuyo que estás nerviosa y no te decides qué ponerte, pero aquí estoy yo para ayudarte a despejar las ideas. Tienes que ir rompedora.*

Andrea: *¿Rompedora? Tía, que voy a parecer una mujer de compañía.*

Tessa: *Mucha diferencia no veo…*

Andrea: *Sabía que me ibas a poner más nerviosa aún. Ja, ja, ja. Lo estoy llevando muy mal. Me parece todo tan frío, aunque a la vez tan intrigante y morboso…*

Tessa: *Ve en taxi por si tomas algunas copas. Cuando termines, si te echa pronto, me llamas a mí y te recojo.*

Andrea: *Buena idea. Haré eso. Deséame suerte.*

Tessa: *Que te eche el polvo del siglo.*

Andrea: *No, no fue buena idea pedirte suerte, petarda. Ja, ja, ja. Te quiero, hablamos.*

Tessa: *Yo también. Disfruta como una enana.*

Dejé el móvil y respiré hondo. Ni bodi, ni leches. Me decidí por un conjunto interior en color blanco, monísimo y nada que indicara que iba buscando guerra. No me veía capaz. De ropa, opté por una faldita blanca corta con unas sandalias menorquinas y una camiseta del mismo color. Quería que conociera mi parte más natural, como el maquillaje que me puse: suave, pero con un poco de brillo en las mejillas.

Un taxi me llevó hasta el resort, donde en la puerta me recibió un empleado que me acompañó hasta la recepción. Allí me pidieron que me identificara con mi documento antes de explicarme en qué dirección se encontraba la *suite*. Al menos se había acordado de dejar constancia de que iba a ir. Comenzábamos bien, a pesar de que me temblaban las piernas.

Llegué hasta la puerta y suspiré antes de tocar el timbre. Esto era lo más surrealista que me había echado a la cara, pero aquí estaba, a punto de enfrentar la mayor de mis inquietudes.

Y la puerta se abrió para dar paso a una sonrisa que no me esperaba.

—Bienvenida, Andrea.

—Gracias. —Sonreí, pasando cuando se apartó y estiró su mano para invitarme a entrar.

—¿Todo bien? —preguntó, acercándose a besarme la mejilla.

—Sí, todo bien. ¿Feliz con el desfile?

—Completamente feliz —dijo, volviendo a estirar su mano para que pasara a una gran terraza privada con piscina.

Sobre la mesa del exterior había una botella de vino en un cubilete y un par de cuencos: en uno, aceitunas; en otro, patatas chips. Me hizo gracia que me recibiera de esa manera.

Stefano estaba con un bañador azul marino y una camiseta básica de su firma en color blanco. A priori, no había mostrado ninguna intención de incomodarme desde el primer momento.

Me apartó uno de los sillones para que me sentara. Luego descorchó la botella y sirvió dos copas, al tiempo que me miraba sonriente.

—Vienes muy guapa —murmuró, ofreciéndome la copa.

Probé el vino y asentí, sabiendo que no era solo por la bebida que me sentía mejor.

—Está perfecto —susurré, observando cómo se acomodaba en el sillón de al lado.

—Entonces, brindemos. —Alzó su copa un poco—. Porque pasemos un bonito día.

—Claro.

—Eres muy tímida. Espero que no te sientas incómoda.

—Para nada, solo que me impones muchísimo. Todos los días no se recibe una invitación del dueño de una de las firmas más importantes del mundo.

—La primera en los rankings… —Carraspeó y esbocé una sonrisa—. Puedes bañarte, si quieres —añadió al verme observar la piscina.

—Si lo hubiera sabido, habría traído un bañador. —Apreté los dientes.

—Por eso no te puse al tanto. Prefiero que estrenes uno de mi firma, de la nueva colección que he mandado traer para regalártelo.

—Estoy totalmente sorprendida. Gracias.

—He encargado marisco para que llegue sobre las dos. ¿Qué te parece?

—Todo lo que sea pescado y marisco me vuelve loca.

—Espero sorprenderte.

—Estoy segura.

—Así que eres periodista y has escrito varios artículos sobre mí. Me he pasado toda la mañana revisando tu Instagram y créeme que me ha sorprendido la forma en que hablas de mí.

Mi corazón dio un vuelco. Juraría que incluso noté esa décima de segundo en la que dejó de latir.

—Espero que sea gratamente. —Apreté los dientes.

—Muchísimo. Todo está escrito con mucha prudencia, respeto y hasta podría decir que con cariño.

—Te llevo siguiendo desde hace mucho tiempo —confesé.

—Vi que encabezo tu ranking por ser protagonista de un montón de publicaciones con noticias mías, además de escribir en otros medios. —Sonrió.

—También con mucho cariño —respondí, con la risilla suelta, en mi defensa.

—Sí, de verdad, estoy sorprendidísimo. También he podido deducir por tus publicaciones más personales que eres una persona sensible, pero a la vez con carácter y sin miedo a las metas.

—Vas por buen camino. —Sonreí.

—Y que usas prendas y algún que otro complemento de mi firma.

—De vez en cuando me suelo dar un capricho, sobre todo en Navidad y en mi cumpleaños —me justifiqué.

—No se te conocen relaciones serias.

—¿Has estado investigando mi vida? —Puse cara de asombro y luego esbocé una sonrisilla mientras negaba con la cabeza.

—Algo…

—¿Y qué interés puedo tener yo para alguien como tú?

—Buena pregunta —respondió, dándole un trago a su copa y mirándome fijamente con esa sonrisa de medio lado—. Digamos que me llamaste la atención cuando te observé entre el público. Me mirabas de una forma distinta, como si estuvieras atrapada en lo que veías.

—No sé, me pillarías fascinada por el desfile que acababa de vivir y por el cierre con tu aparición. Eres el creador de todo lo que se vio. Era lógico mirarte con fascinación, creo que mi cara solo reflejó ese momento. —Intenté dar la vuelta a la realidad, aunque en verdad no sabía ni qué decía.

—Mejor que comas algo. —Señaló hacia los cuencos—. La fascinación, por sí sola, no te trae a una cita en una *suite* al día siguiente.

—Ah, ¿no? —Apreté los dientes.

—Y estoy seguro de que pensaste que te cité aquí para liarme contigo y luego mandarte de regreso.

—¿Me tienes un chip puesto o algo? —Me reí.

—No, pero es fácil interpretar tus pensamientos. Déjame decirte que, si hubiera querido acostarme contigo, lo habría hecho anoche.

—Lo mismo te hubieras llevado una negativa por respuesta.

—No finjas. Créeme, se te da fatal. Tranquila, puedes estar tranquila: aún existimos hombres que, por mucho que aparentemos, preferimos una buena charla con alguien que nos apetece conocer antes que correr a la cama a la primera de cambio.

—Al final, te vas a ganar titulares aún mejores de los que ya escribo sobre ti. —Carraspeé.

—No me cabe la menor duda.

Capítulo 10



Andrea

Su forma de mirarme al hablar era todo un pecado para la vista. ¿Cómo se podía ser tan jodidamente sensual, guapo y encima simpático? Desde luego que no me estaba decepcionando en lo más mínimo. Stefano no era el típico personaje público con máscara; con él, sentía que había una chispa especial, una cercanía que me hacía sentir cómoda, lo que sí me ocasionaba era un nerviosismo fatal que jugaba en mi contra.

Me estaba dando cuenta de que Stefano era de esos hombres que, aunque ante los medios se mostraba siempre amable, simpático y comedido, en las distancias cortas resultaba divertido, cercano y con una chispa especial. Por momentos lograba que me sintiera más cómoda, aunque los nervios seguían enredados en mi estómago.

Me gustaba que me preguntara por mi vida, por mi trabajo. No era el yo por delante, como solía pasar con tantas personalidades públicas. Le gustaba escuchar, conocer, mostrar interés, y eso decía mucho de él.

Y entonces llegó el momento en que trajeron la comida y…

—*Mamma mia*! —exclamé cuando el camarero se marchó, dejándonos la mesa llena de manjares.

Stefano sonrió mientras yo contemplaba los platos que hacían que se me hiciera la boca agua. Había mejillones al vapor y una bandeja de langostinos

a la plancha para compartir, pero lo que realmente me robó la atención fue el plato individual de cada uno: espaguetis con langosta. Todo tenía un aspecto delicioso.

—Dicen que en una primera cita no se debería comer ni pasta ni marisco —solté entre risas, incapaz de quitarme la idea de la cabeza.

—¿Y eso?

—Tú, siendo italiano, no entenderías lo de los espaguetis, pero hay gente a la que le cuesta horrores enrollarlos en el tenedor. Y lo del marisco… bueno, ya sabes, lo de ponerse las manos perdidas para pelarlos.

—¿No sabes enrollar la pasta en el tenedor?

—Sí, pero en una cita se suele estar más nerviosa y…

—Ningún problema si tengo que chuparte los dedos con los langostinos —bromeó, levantando las manos.

—Gracias, gracias. —Me reía mientras negaba con la cabeza—. Por cierto, Stefano, me encantaron las propuestas de la firma en el desfile de ayer. Los vestidos de fiesta cortos eran todos preciosos, pero el negro de encaje con la flor en el hombro fue lo más elegante que he visto en mucho tiempo.

—Sí, ese tuvo ayer muchos enamorados. Es un vestido que hace muy elegante y a la vez sexi, tiene mucha personalidad y es un estilo nada ostentoso.

—Yo uso mucha ropa de tu firma, pero la básica. Aún no me he atrevido con un vestido de fiesta. Los precios son para otra liga.

—La calidad es de alto nivel.

—Por supuesto, es lo que más me gusta de tu firma: que toques, la prenda, que toques, la textura es una fantasía.

El primer langostino que peló, lo dejó en mi plato.

—Para romper el hielo —dijo con esa sonrisilla que me encendía el estómago.

—Sí, claro, lo que me faltaba: tenerte pelándome el marisco.

—No abuses. Solo te puse el primero, para que te animes y no te quedes mirando el plato sin atreverte a empezar. Y ni se te ocurra usar el tenedor.

—Pensé que eso hacíais los ricos.

—Nada que ver, al menos en mi caso. Ya te digo que yo me chupo hasta los dedos.

—Eso me tranquiliza. —Reí nerviosa, y su risa se desató con más fuerza.

Todavía me parecía increíble que alguien como él me hubiera invitado a pasar este rato a su lado, justo hoy, cuando debería estar descansando del agotamiento del desfile y de todos los días previos de preparación.

Me debatía mentalmente sobre cómo coger un mejillón, hasta que vi que él lo hacía con total naturalidad y se lo llevaba a la boca. Me animé a imitarlo, pero justo al separar el mío se me escapó un ruido de absorción y, al darme cuenta, casi me atraganto. Stefano se reía tanto que tuve que unirme a su carcajada.

—Soy una patosa. Ya podrías haber elegido otra comida.

—No, no. Me encanta que sea esta precisamente. Hasta le has puesto melodía. Estoy seguro de que, cuando chupes la cabeza del langostino, te marcas un italiano.

—¿Qué es «marcarme un italiano»? —pregunté entre risas.

—Quiero cantar muy alto —empezó él, cantando— con la guitarra en mano, quiero cantar muy alto que yo soy…

—…un italiano —continué yo, sin poder parar de reír.

Y, como por arte de magia, terminamos cantando a dúo aquel tema que medio mundo conocía. Yo, desde luego, lo había escuchado decenas de veces. Lo que él no sabía era que, en mi caso, el culpable tenía nombre y estaba sentado frente a mí.

—Ahora te has ganado que puedas absorber todo el marisco que quieras.

—Gracias, señor Stefano.

—De nada, señora Andrea. —Me devolvió el trato con esa ironía que tanto me gustaba.

—Ni voy a chupar cabezas, ni voy a absorber mejillones. —Cogí uno y le saqué la carne para llevármela con los dedos a la boca.

—Se acabó la sensualidad.

—Sí, hombre, me vas a decir que ese ruido es sensual… —negué.

—Y te lo rebato todas las veces que haga falta.

—Si me lo dices en ese tono… —Apreté los dientes, y él esbozó otra gran sonrisa.

La realidad es que comencé a disfrutar como una enana de la comida, que estaba deliciosa. La pasta con langosta era todo un espectáculo para el paladar; se convirtió de un plumazo en mi plato estrella y lo cocinaría más de una vez en casa, sobre todo cuando mi padre aparecía con algún ejemplar de estos que encontraba en el mercado.

Mientras masticaba con calma, observaba a Stefano con atención. Él parecía cómodo, relajado, algo que me sorprendía viniendo de alguien tan acostumbrado a ser siempre el centro de atención. Su manera de comportarse, tan natural, tan humana, me hacía pensar que quizá me había apresurado a juzgarlo como un hombre inaccesible.

¿Y si realmente era diferente a lo que parecía?

—Andrea, ¿estás bien? —Su voz me sacó de mis pensamientos.

—Sí, solo… es que esto es un poco abrumador —confesé con una sonrisa tímida.

Él sonrió con complicidad.

—Es normal sentirse así cuando todo es nuevo, pero aquí no hay pretensiones, solo nosotros dos. —Me miró con una mezcla de ternura y picardía.

Quise responder algo ingenioso, pero me quedé sin palabras. Esa mezcla de sensaciones me tenía completamente desconcertada.

Un silencio cómodo se instaló entre nosotros mientras degustábamos la comida y bebíamos vino. Cada poco tiempo, él me lanzaba una mirada y una sonrisa que parecía querer decir algo más, pero no se atrevía a pronunciarlo.

—¿Quieres que te cuente algo personal? —preguntó de repente.

—Claro —respondí, intrigada.

—A pesar de todo el éxito y las apariencias, hay días en los que me siento muy solo. —Sus palabras fueron sinceras, casi vulnerables—. Este trabajo consume mucho, y a veces olvido qué se siente cuando desconectas.

Me sentí extrañamente conectada con esa confesión. No solo era la cara pública que todos veían, sino un hombre con dudas y emociones.

—Yo también tengo esos momentos —dije en voz baja—. Ser periodista no es fácil. La presión, las críticas, la incertidumbre… Pero a la vez es mi pasión.

Él asintió, claramente, comprendiendo mis palabras.

—Supongo que por eso me caes bien. —Sonrió—. Porque detrás de esa profesional fuerte, hay alguien sensible.

Sentí un calor agradable en el pecho. ¿Era posible que alguien tan brillante me viera realmente?

—Gracias, Stefano. Eso significa mucho para mí —contesté, sintiendo que mis mejillas se volvían rojas como dos tomates.

La comida fue pasando entre risas, anécdotas y confidencias. Stefano me habló de cómo su pasión por la moda nació casi por accidente, y de sus sueños más allá del éxito. Yo compartí con él mis ganas de escribir historias que cambien perspectivas y de vivir aventuras que merezcan ser contadas.

Por momentos me sentía como en una burbuja, alejada del mundo y de mis preocupaciones. Pero siempre estaba esa vocecita interior que me recordaba que la realidad era otra.

¿Hasta cuándo podría mantener esta fachada de seguridad?

Capítulo 11



Andrea

Tras una comida que solo podía describir como muy divertida, pasamos a tomarnos un licor de hierbas con hielo para hacer una buena digestión.

La atmósfera era distendida y tranquila; la luz del mediodía se colaba a través de las grandes ventanas y el aire fresco acariciaba nuestra piel. Habíamos compartido risas, historias y anécdotas, y aunque la timidez seguía ahí, poco a poco se iba disolviendo.

Vinieron a retirar los platos por orden de él, y fue entonces cuando trajeron la botella de licor que había pedido.

Entré al baño a ponerme el bañador que me había regalado y con el que me había sorprendido. Era toda una joya que valía un pastizal y me quedaba como anillo al dedo. No podía dejar de mirarme frente al espejo y sentí que, por primera vez en mucho tiempo, mi reflejo me gustaba. No solo porque el bañador me favorecía, sino porque ese detalle hacía que me sintiera especial, cuidada, alguien a quien se le había dedicado un mimo genuino.

—Sabía que te quedaría perfecto. Estás impresionante.

—Es muy elegante.

—Como todo lo que diseño. —Me hizo un guiño.

—Tienes razón. Por cierto, ¿me puedes echar una foto?

—Claro. —Sonrió, cogiendo mi móvil del lado de la piscina, donde teníamos las cosas. Se lo desbloqueé con la huella del dedo.

La piscina era infinita, preciosa, con el borde de madera en color blanco y un césped impecable. Las vistas al mar eran una locura. Comenzó a hacerme fotos mientras yo probaba diferentes posturas.

—Dios mío, eres todo un profesional sacando fotos. —Me quedé loca con las tomas que me había hecho.

—Espero que las subas y nombres, la firma del bañador —dijo con una gran sonrisa.

—Ni lo dudes, vaya que sí las subo y etiqueto a la firma. —Reí nerviosa y feliz por lo que estaba viendo—. Es más, las voy a subir ya. ¿Puedo poner la ubicación del resort para que se sepa dónde están hechas?

—Claro. Se pondrán contentos. —Sonrió.

El agua estaba perfecta y la paz que se respiraba era casi palpable. Eso sí, esa ligera tensión que me acechaba al tenerlo tan cerca hacía que no terminara de soltarme del todo.

Me hizo gracia porque cogió su teléfono y se puso a mi lado para hacerse varios selfis. No me hizo falta pedírselos: enseguida me los había mandado por WhatsApp. Ese gesto me pareció bonito, porque mostraba la confianza que depositaba en mí.

De Stefano no se sabía mucho. Era un hombre que cuidaba al máximo su vida privada y muy hermético. Solo trascendía lo relacionado con su firma, pero nada relevante más allá de eso. Lo que sí estaba descubriendo era que, en persona, resultaba aún más fascinante de lo que había imaginado. Me encantaba su carácter y la forma tan cercana en la que me trataba.

Salió de la piscina, ordenándome que me quedara dentro. Lo hizo con un gesto de dedo y un guiño. Lo vi dirigirse a la cafetera y preparar dos cafés.

Volvió con ellos hasta el borde de la piscina, cada uno acompañado de un bombón en el plato.

Habíamos tenido suerte: el sol brillaba como en pleno agosto, nada raro en este rincón del sur, donde gozábamos de más días soleados que en cualquier otra parte del país.

—Está riquísimo —murmuré mientras mordisqueaba el bombón, que se deshacía en la boca.

—Hay más. ¿Traigo?

—No, no, que esto es un vicio y luego se pagan las consecuencias.

—Voy a por un par de ellos más.

—Nada, que no me dejan cuidarme… Normal que no tenga un cuerpo *fit*.

—Estás espectacular —susurró mientras salía.

Espectacular era él, que no dejaba de despertar todos mis sentidos. Decir que me gustaba era quedarme a años luz de la realidad, porque a ese hombre lo amaba con todo mi corazón y mi ser desde mucho antes de haberlo conocido en persona.

Lo increíble era que, pese a mi miedo a que se me cayera el mito, sucedía todo lo contrario: estaba entrando en mi vida con mucha más fuerza de la que jamás imaginé. Lo que más me dolía era saber que a la mañana siguiente se marcharía a Venecia, y que, una vez que me fuese de aquí, quizá no lo volvería a ver salvo en un futuro evento.

Sacudí esos pensamientos para no arruinar el momento y seguí disfrutando del café y los bombones, hasta que él apareció con un platito con media docena más.

—Voy a ser tan complaciente que, después de sorprenderte con la comida, voy a dejar que seas tú quien me sorprenda con la cena. Elige lo que quieras, ellos lo prepararán.

Que me dejara claro que contaba conmigo también para la cena me dio aún más tranquilidad. Confirmaba con palabras lo que ya veía reflejado en sus gestos.

—Toma nota —le dije señalándolo con el dedo.

—Listo. —Se tocó la sien.

—De entrante, unas tostas pequeñas de queso curado fundido con cebolla caramelizada. Y, si puede ser, unos champiñones caramelizados en soja.

—Muy buena elección. Nunca lo probé. ¿Y de principal?

—Una dorada a la espalda con salsa de ajo.

—Me sigues sorprendiendo —dijo mientras marcaba el número en su móvil.

Llamó al restaurante y encargó la cena para las nueve. También pidió una botella de Vega Sicilia de selección única.

Eran apenas las cinco, así que tenía unas horas más para disfrutar de aquel día increíble al lado del hombre que siempre había amado.

Me invitó a tumbarnos en una cama balinesa enorme, donde cabían al menos cuatro personas. Yo me senté en un extremo, intentando no invadir su espacio, pero él se colocó muy cerca.

—Como sigas pegándote al borde, terminas cayendo al suelo.

—Me has pillado. Es que tú te vas rodando hacia mi lado. —Reí nerviosa, tapándome la cara con las manos.

—¿No me quieres a tu lado? Está bien… —Se apartó hasta el otro extremo, se tumbó bocarriba y se cubrió la cara con un gorro.

—No es eso. —Me deslicé hacia él y le quité el gorro—. No me hagas ese desprecio. No lo quise decir así. —Me reí, y casi sin pensarlo, apoyé la

cabeza sobre su pecho. Él me rodeó enseguida con los brazos.

—Ah, bueno. Entonces te abrazo muy fuerte y hacemos las paces.

—Mejor. No quisiera irme de aquí como enemiga del señor Stefano.

—No quedaría bonito después del día que llevamos, ¿no crees?

—No, no quedaría. —Sonreí, completamente sonrojada, derritiéndome bajo las caricias de sus manos en mi espalda.

De pronto, colocó su mano bajo mi barbilla y levantó mi rostro lentamente, hasta que mis labios quedaron frente a los suyos. Y me besó.

¿Cómo explicar un beso desde la ingenuidad y la debilidad que sentía en ese momento? No era un beso cualquiera, era el descubrimiento de todo lo que esa palabra significaba y que, hasta ahora, nunca había experimentado así. Era mucho más que un simple intercambio de saliva entre dos personas que se atraen, como había sido con otros chicos. Este era distinto: me agitaba todas las emociones, me hacía perder la orientación, me borraba hasta el nombre. Me hacía flotar en otra dimensión…

—Eres muy bella, Andrea —susurró, acariciando mi mejilla con esa mirada limpia que parecía atravesarme.

—Gracias —respondí, encendida como un tomate.

—¿Gracias? —Sonrió con picardía—. Las gracias te las doy yo por estar aquí.

—Me siento afortunada, aunque sea por un día —confesé, riendo nerviosa.

Su sonrisa, su mirada, la forma en que me trataba… todo en él me hacía sentir especial, como si por primera vez alguien me viera de verdad. Nuestros besos se fueron transformando en algo más profundo, y poco a poco nuestros cuerpos empezaron a buscarse con más conciencia, arrastrados por un deseo imposible de disimular.

El calor me consumía entre sus brazos, y dentro de mí nacía esa necesidad de soltarme, de volar como un pájaro libre a merced de lo que estábamos viviendo. Sabía que aquel momento se quedaría guardado para siempre en mi corazón.

La terraza era el escenario perfecto para entregarnos: íntima, serena, bañada por una luz suave que parecía acompañarnos en silencio. Todo nos empujaba a dejarnos llevar.

Su mirada me envolvía, mezcla de deseo, ternura y respeto, y eso hacía que mi corazón latiera con fuerza, pero, a la vez, me sintiera protegida, segura. No era solo atracción: cada gesto suyo estaba cargado de una delicadeza que jamás había experimentado.

Cuando sus manos comenzaron a recorrer mi rostro, lo hicieron con una reverencia casi sagrada, como si temiera romperme. Cerré los ojos y me abandoné a ese contacto. La electricidad de su caricia despertaba cada nervio de mi piel, encendiendo en mí un fuego que no quería apagar.

Cuando sus dedos se deslizaron por mi cuello hasta alcanzar mis hombros, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Era una invitación a rendirme sin miedo, a dejarme abrir por completo. En sus ojos descubrí paciencia y deseo, unidos en una armonía que me tranquilizaba tanto como me encendía.

Con movimientos lentos, desabrochó el sujetador de mi bikini mientras mis manos temblaban de nervios. Sentí su aliento cálido sobre mi piel justo antes de que lo apartara. Sus manos recorrieron mi cuerpo desnudo con una suavidad que no esperaba, como si cada curva fuera un secreto que quería memorizar. No era solo deseo; era admiración. Como quien descubre un tesoro que no piensa perder.

Busqué su abrazo, su calor, su presencia. Nuestros labios volvieron a encontrarse en un beso lento, profundo, cargado de una intensidad que iba mucho más allá de lo físico. Su lengua exploró la mía con un hambre contenida, con respeto, como si temiera romper algo frágil dentro de mí.

Sus manos descendieron por mi espalda hasta rozar mi cintura, y sentí cómo mi cuerpo respondía a ese contacto sin reservas. El corazón se me

desbocaba, pero al mismo tiempo me invadía una calma extraña, la certeza de estar justo donde debía estar.

Su piel contra la mía era fuego y agua a la vez, un contraste que me hacía temblar y sentirme viva como nunca.

Sentí sus labios posarse en mi cuello, bajando lentamente, dejando un rastro de besos y caricias que hacían vibrar mi piel. Cada roce despertaba un deseo profundo y a la vez tierno, una mezcla de emociones que me desbordaba y me sostenía.

Sus manos exploraban mi cuerpo con paciencia infinita, acariciando cada centímetro como si quisiera memorizarlo, grabarlo en su memoria para siempre. Yo respondía a cada gesto con suspiros y movimientos, entregándome sin reservas, confiando en él.

No había prisa. Todo era un juego delicado de acercamientos y retrocesos, de caricias y besos que hacían que el tiempo se diluyera, que el mundo entero desapareciera hasta quedar solo nosotros dos.

Sentí cómo sus dedos deslizaban suavemente la braguita del bañador, liberando la piel que estaba aún cubierta. Después se quitó el bañador y, cuando finalmente el contacto fue piel contra piel, una oleada de placer me recorrió de pies a cabeza.

Nos movíamos al unísono, buscando el ritmo perfecto, esa cadencia que hacía que cada roce fuera un estallido de sensaciones. Sus manos se agarraban a mi cintura, tirando de mí suavemente para que nuestras miradas se cruzaran, para que sintiera en sus ojos la adoración que me tenía.

El calor de su cuerpo, la firmeza de sus brazos rodeándome, la forma en que sus labios encontraban los míos en besos que eran suaves y apasionados al mismo tiempo, me hacían perder el sentido de la realidad.

Era un descubrimiento constante, un baile de emociones y sensaciones que me llevaba a un lugar donde nunca antes había estado, un lugar de entrega total y confianza absoluta.

Sentí que él me sostenía, que me cuidaba, que me amaba con cada movimiento, con cada suspiro. Y eso hacía que todo fuera aún más intenso, más profundo, más real.

Fue bajando, dejando suaves besos por mi torso y vientre. Me mordí el labio al verle entre mis piernas y gemí, cerrando los ojos con la espalda arqueada cuando la lengua de Stefano rozó mi clítoris. Por Dios, ni en mis sueños más húmedos había sentido esto.

Stefano lamía despacio mientras masajeaba mis pechos, hasta que comenzó a hacerlo más y más deprisa, y entonces deslizó una de sus manos en la lenta caricia hasta llevarla a mi sexo y me penetró al mismo tiempo que su lengua seguía llevándome hasta el borde del éxtasis.

No se detuvo hasta escuchar mis gemidos y gritos, viendo cómo me movía con cada sacudida del orgasmo que me atravesaba con fuerza.

Cuando finalmente nos unimos, fue como si el mundo entero se redujera a ese instante, a ese contacto perfecto que nos llevaba a fundirnos en uno solo. Sentí cómo cada parte de mi cuerpo vibraba, cómo el placer me envolvía y me arrastraba hacia una cima que parecía no tener fin.

Sus manos seguían acariciándome, sus labios buscaban los míos, y yo me entregaba a ese torrente de emociones con una intensidad que me asustaba y me fascinaba a la vez.

Nos movíamos juntos, con la cadencia perfecta, con la pasión contenida que explotaba en cada roce, en cada gemido, en cada suspiro. No había espacio para nada más que para nosotros, para esa conexión profunda y verdadera.

Cuando la ola de placer nos alcanzó, fue un estallido que recorrió todo mi cuerpo, que me dejó sin aliento, temblando en sus brazos, con el corazón desbocado y la mente en blanco.

Nos abrazamos fuerte, queriendo prolongar ese instante, queriendo quedarnos así para siempre, fundidos en una sola piel, en un solo latido.

No hubo palabras en ningún momento, tampoco las necesitamos. En sus ojos vi la misma emoción que sentía yo en ese instante, la misma gratitud por habernos encontrado, por habernos entregado sin miedo.

Nos quedamos así, acurrucados, en silencio, compartiendo la calma que seguía a la tormenta, esa calma que era la verdadera prueba de la conexión que habíamos creado.

Sentí que ese momento quedaría grabado en mí para siempre, como un recuerdo que nadie podría borrar.

Capítulo 12



Andrea

La cena llegó justo cuando el sol empezaba a despedirse, tiñendo el cielo de una sinfonía de colores. Naranjas intensos, rosas delicados y pinceladas de lila se deslizaban entre las nubes, como si alguien hubiera derramado un tarro de acuarelas sobre el horizonte. Desde la terraza de la *suite*, el mar lamía la costa con una calma serena, como si también él supiera que no debía alterar la perfección de aquel instante.

Stefano, impecable, con una camisa blanca arremangada y esa sonrisa suya que parecía saber más de lo que decía, abrió la puerta con un gesto teatral.

—Milady —dijo, inclinándose levemente y extendiéndome la mano—. Permítame guiarla a su trono esta noche.

Solté una risa, ya anticipando que la velada sería una mezcla de encanto, buen humor y esa energía deliciosa que solo él sabía traer.

—¿Trono? ¿No será mucho título para una fanática de los champiñones con soja? —le respondí, tomando su mano.

—Nunca se subestiman los poderes de una mujer que pide champiñones exóticos con tanta convicción. Además, alguien que sonríe como tú, merece un título más noble aún.

Me llevó hasta la mesa con cuidado, como si cada paso fuese parte de una coreografía ensayada. Pero no era forzado, al contrario: todo con él parecía tan natural que me sorprendía lo cómoda que me sentía a su lado. Como si lo conociera de otra vida.

Las tostas estaban allí, brillando con una doradura perfecta, el queso fundido derramándose perezosamente por los bordes y la cebolla caramelizada brillando como joyas sobre cada bocado. A un lado, los champiñones con soja desprendían un aroma dulce que me hizo cerrar los ojos; apenas respiré cerca.

—He de admitir que tus elecciones tienen muy buena pinta —comentó Stefano, ayudándome a sentarme con una elegancia casi anticuada que me derretía—. ¿Sabes? Creo que me estás malcriando con tanta delicadeza y sabor.

—Hombre, para una vez que yo elijo, quiero mi momento de gloria.

—Pues, si esta es tu forma de elegir, vas a destronar a todos los chefs del norte de Italia —dijo, sirviéndome vino.

Reí, divertida, mientras cogía una tosta con cuidado, como si fuese una pequeña obra de arte comestible.

—No digas eso, que parece que solo sé comer cosas raras —bromeé—. Aunque… te advierto que, si no te gustan, me los como yo sin remordimientos.

—Entonces voy a decir que no me gustan… solo para verte relamerte los dedos con expresión de victoria.

Me atraganté con la risa y él me ofreció una servilleta al instante.

—¡Sabía que ibas a hacerme reír justo cuando tengo la boca llena!

—Es una de mis especialidades —respondió con aire de misterio—. Provocar sonrisas en los momentos más inconvenientes.

Los dos reímos, distendidos, mientras compartíamos bocado tras bocado. No era solo la comida; era el calor suave del atardecer, el rumor constante del mar a lo lejos, el vino que dejaba un eco dulce en el paladar y, sobre todo, él. Stefano tenía esa forma de mirarme mientras hablaba que lograba que cualquier palabra pareciera trascendente, incluso si lo que describía eran simples variedades de setas.

—Tengo que preguntarte algo importante —dijo de pronto, con fingida seriedad.

Me puse alerta, aunque una sonrisita se me escapó.

—¿Qué pasa?

—¿Estás segura de que no eres chef encubierta? Porque este queso… —Hizo una pausa dramática, señalando su tosta—. Este queso me acaba de reconciliar con la vida.

—¡Stefano! —Le di un leve empujón en el brazo, riendo—. Qué exagerado eres.

—No es exageración. —Le dio un mordisco teatral al siguiente bocado, cerrando los ojos—. Mmm… Sí, confirmo. Me has enamorado un poquito más.

Mis mejillas ardieron y, por una fracción de segundo, sentí que el corazón daba un salto en mi pecho, un triple salto mortal para ser exacta.

—¿Siempre dices cosas así? —pregunté bajito, fingiendo desinterés, pero queriendo memorizar cada palabra.

—Solo cuando las siento. —Su voz se volvió más suave, más grave—. Y contigo… se me escapan más de las que debería.

La mesa se llenó de pequeñas confesiones disfrazadas, de chistes, de roces fugaces de nuestras manos al alargar la copa, de miradas que se detenían medio segundo más de lo normal.

—¿Sabes qué es lo peor de esta cena? —dijo en un momento, mientras apartaba su plato vacío.

—¿Que se está acabando? —Arqueé las cejas, ya intuyendo que compartíamos el mismo pensamiento.

—Exacto. Y que me está costando concentrarme en la comida cuando te tengo tan cerca.

Sentí una punzada dulce, una mezcla de emoción y vulnerabilidad. Acaricié el tallo de mi copa con los dedos, tratando de centrarme, de no derretirme por completo.

—Me haces sentir… demasiado cómoda —murmuré.

Stefano inclinó la cabeza, intrigado.

—¿Demasiado? —Curioseó.

—Sí. Como si te conociera de siempre. Y eso me asusta un poco.

Él se levantó entonces, sin pronunciar palabra. Rodeó la mesa con calma y se acomodó a mi lado, tan cerca que pude respirar su perfume: una mezcla de sándalo, mar y un matiz indefinible que ya sentía como suyo.

Tomó mi mano entre las suyas, la acercó a sus labios y la besó con una delicadeza que me obligó a cerrar los ojos. No era solo un gesto romántico; era respeto, era complicidad. Era la certeza de que algo estaba tomando forma, sin prisas, pero con una solidez que podía sentirse en el aire.

—Eres tan adorable cuando te sonrojas —añadió con una media sonrisa—. ¿Puedo hacerte sonrojar todos los días?

—¿Es una propuesta indecente o una declaración de intenciones? —bromeé, intentando que mi voz no temblara.

—Ambas. Y ninguna. Solo una promesa… de seguir encontrando formas de hacerte reír, aunque sea con champiñones raros.

Me reí otra vez, y no pude evitar apoyarme en su hombro. Él rodeó mi cintura con un brazo, y por unos segundos, dejamos que el silencio hablara.

Las olas rompían en la distancia, el cielo se volvía más violeta que rosa, y las primeras estrellas asomaban tímidas.

—¿Quieres más vino? —preguntó, acariciando distraídamente mi muñeca con el pulgar.

—Sí, pero solo si me prometes no contarme otro de esos chistes sobre comida. No sé si puedo sobrevivir a otro ataque de risa.

—Prometo contar solo chistes malos. De esos que hacen que te pongas roja, pero no puedas dejar de reír.

—Eso no es justo —dije entre risas.

—Tampoco lo es lo mucho que provocas en mí, y ni siquiera eres consciente. —Su voz se volvió más baja, más íntima.

Alcé la vista. Y ahí estaba él, tan cerca, tan real, tan mío por un instante, que el miedo se desvaneció.

Lo besé. Primero con timidez, como si temiera quebrar la magia. Pero él respondió con una ternura tan honesta, tan cálida, que me aferré a ese momento como si pudiera detener el tiempo entre sus labios.

Nos separamos despacio, como si incluso el aire se resistiera a dejar de unirnos. No quería que ese beso terminara. No quería que esa noche acabara. Y, sin embargo, cuando abrí los ojos y encontré los suyos tan próximos, tan abiertos, tan colmados de ternura, sentí que el corazón me daba un vuelco.

—Andrea… —susurró— No me mires así.

—¿Así cómo?

—Así… como si acabara de regalarte el mundo.

—Quizá no lo sabes —respondí, apenas en un murmullo—, pero ya lo has hecho.

Él sonrió. No con esa sonrisa suya, traviesa y encantadora. No. Esa era otra. Más suave. Más vulnerable. Como si lo que acababa de decir le hubiese tocado un lugar profundo que no estaba acostumbrado a mostrar.

—¿Estás segura de que no eres escritora secreta? Porque cada vez que hablas, me dejas sin palabras —bromeó para romper la intensidad, aunque yo ya sabía que cuando él hacía eso, era porque sentía más de lo que decía.

Tomé un sorbo de vino para calmar mis nervios. Él hizo lo mismo.

El camarero apareció sigilosamente para retirar los platos, como un ninja bien entrenado en el arte de no interrumpir momentos íntimos. Nos miró con una leve sonrisa y se fue sin hacer ruido.

—¿Crees que nos están observando por las cámaras del resort? —pregunté, bajando la voz.

—¿Por qué lo dices? —Stefano arqueó una ceja.

—Porque ni siquiera le has llamado y han venido a recoger todo, y si alguien lo está viendo en directo, probablemente esté apostando si acabamos besándonos otra vez o no.

—Si están apostando, van a ganar fácil —dijo, inclinándose de nuevo hacia mí.

Reí, y no solo porque me hiciera gracia. Reí porque estar con él era fácil. Porque mi alma, sin quererlo, había empezado a recordar cómo era eso de sentirse feliz sin pensarlo tanto.

—Entonces, ¿cuál es tu plan, caballero? —pregunté en tono melodramático, como si de pronto estuviéramos en pleno siglo XIX—. ¿Embriagarme con vino, hacerme reír hasta llorar y luego robarme el corazón?

—¿Acaso ya lo he conseguido? —replicó sin perder el ritmo—. Porque, si es así, puedo dejar de intentar impresionarte.

—No tan deprisa —contesté con una sonrisa traviesa—. Me gusta que sigas esforzándote un poco más.

—Entonces —dijo, levantándose de nuevo—, me temo que es hora de usar mi as bajo la manga.

—¿Tienes un as?

—Oh, sí. Pero te advierto que no es para cualquiera.

Me miró, extendió la mano y preguntó con una reverencia exagerada.

—¿Me concede esta pieza, señorita?

Parpadeé.

—¿Quieres bailar?

—¿No estás oyendo la música?

En ese instante me di cuenta de que, efectivamente, una melodía suave flotaba en el ambiente. No supe si provenía de un sistema de sonido oculto en la terraza o si el propio mar la traía desde algún rincón del resort. Era un hilo delicado de guitarras y piano, una mezcla entre bossa nova relajada y *jazz* íntimo que parecía envolvernos en un escenario irreal.

—Vaya… ¿Cuándo has puesto eso?

—Magia italiana —dijo con un guiño—. Uno no llega a mis años sin aprender a preparar veladas memorables.

—¿Tus años? Por favor, pareces menor que yo.

—Eso es porque la belleza eterna es uno de mis superpoderes.

—¿Y bailar ridículamente bien es otro?

—Lo descubrirás si aceptas —dijo, aún con la mano tendida.

Dudé apenas un segundo. Luego dejé la copa a un lado, me levanté y posé mi mano sobre la suya.

La música nos envolvía mientras él me guiaba hacia el centro de la terraza, bajo una lámpara colgante que derramaba destellos dorados sobre el suelo.

Al principio fue torpe: él cuidaba de no pisarme y yo me contenía para no reír. Pero, con el paso de los compases, algo cambió.

Nuestros cuerpos empezaron a acompasarse como si hubieran bailado antes. Las risas iniciales se deshicieron en silencios cómodos, en miradas prolongadas, en sonrisas que no necesitaban explicación.

—No eres tan malo como decías —le dije al oído mientras girábamos lentamente.

—Es que contigo… me sale bien todo —susurró, con ese tono suyo que podía derretir cualquier inseguridad.

Bailamos sin prisa. Dos pasos, una vuelta. Su mano firme en mi cintura, mi cabeza apoyada contra su pecho. Podía sentir su respiración mezclándose con mi cabello, el calor de su cuerpo, la certeza de su presencia.

Era como si el tiempo se hubiese detenido a nuestro alrededor. No había resort, ni compromisos, ni mañanas inciertas. Solo él. Solo yo. Solo nosotros.

—¿Puedo decirte algo sin que pienses que me he vuelto loco? —preguntó de pronto.

—Después de esta noche, creo que ya nada podría sorprenderme.

—A veces… —hizo una pausa, como si buscara las palabras exactas— siento que esta historia ya la vivimos en otra vida. Como si no fuera la primera vez que te encuentro.

Me aparté apenas lo suficiente para mirarlo a los ojos. No porque dudara, sino porque quería grabarme ese instante en la memoria.

—Yo también lo he sentido —confesé en voz baja—. Como si ya conociera tus manos antes de tocarlas. Como si mi cuerpo supiera, desde siempre, cómo encajarse junto al tuyo.

Nos quedamos así, mirándonos, sin movernos, sin hablar.

Hasta que él, con una sonrisa suave, rompió el silencio.

—¿Estás segura de que no eres escritora?

—¿Y tú estás seguro de que no eres un caballero de otra época?

—Puede que sí —respondió—. Pero si lo soy, espero que seas tú quien me escriba el final en una novela.

Nos reímos con esa risa que nace del alma, la que no se puede fingir. Y volvimos a abrazarnos, dejándonos llevar por la música. Ya no éramos dos personas cargadas de miedos ni de pasados inciertos. Éramos dos presentes que, en ese instante, se estaban eligiendo.

Bailamos hasta que la canción terminó, y entonces, como si no quisiera romper el hechizo, Stefano me abrazó más fuerte.

—Gracias por esta noche —susurró.

—Aún no ha terminado —respondí.

—¿Tienes algo en mente? —preguntó con curiosidad, sin soltarme.

—Tal vez. —Sonreí, y él lo hizo también antes de inclinarse y dejar un breve beso en mis labios.

—Mira —dije, señalando el cielo—. Esa estrella que parpadea… ¿La ves?

—Sí. ¿Cuál es?

—No lo sé. Pero quiero que sea nuestra estrella. La que vamos a mirar cuando estemos lejos.

Stefano me miró como si acabara de revelarle el secreto del universo.

—Entonces prométeme algo —dijo.

—¿Qué?

—Cuando estemos en ciudades distintas. Cuando yo esté entre canales y tú entre montañas o edificios… prométeme que mirarás esa estrella y recordarás esta noche.

Asentí.

—Prometido.

Él me besó otra vez. Esta vez sin prisa. Esta vez con la certeza de que algo estaba empezando a nacer.

Capítulo 13



Andrea

La noche ya había caído por completo cuando Stefano me invitó a pasar al salón de su *suite*. Caminamos en silencio, con nuestros dedos entrelazados, y sentí que la tibieza de su mano era más reconfortante que cualquier manta.

La iluminación del salón era tenue, cuidadosamente colocada para que cada rincón pareciera una postal. Una música suave, apenas audible, flotaba en el ambiente: una melodía suave, que te hacía querer bailar descalza sin motivo alguno.

Me giré para mirarlo.

—¿Siempre preparas así tus noches? ¿O soy una invitada vip? —bromeé, arqueando una ceja.

Stefano sonrió con esa expresión suya de «me han descubierto, pero no me importa».

—Solo para clientas muy exigentes —respondió, caminando hacia la vinoteca pequeña que había junto al minibar—. ¿Rojo, blanco, burbujas… o te leo la mente?

—Prueba a leerla —dije, cruzándome de brazos con aire desafiante.

Me observó por unos segundos, ladeando la cabeza, como si de verdad pudiera escuchar mis pensamientos.

—Tinto, afrutado, nada demasiado fuerte… —Abrió una botella sin mirar la etiqueta—. Algo que combine con lo que estás sintiendo ahora mismo.

—¿Y qué se supone que estoy sintiendo?

—Curiosidad, nervios y un poquito de deseo —dijo sin pestañear.

—¿Y tú? —pregunté, acercándome a él con lentitud—. ¿Qué sientes?

—Una mezcla peligrosa de querer besarte y querer escucharte hablar toda la noche —respondió mientras servía el vino—. Por suerte, no tengo que elegir.

Le arrebaté una copa, divertida.

—Eres bueno en esto, ¿eh?

—¿En leer mentes?

—No. En hacerme sentir como si fuera la protagonista de una película romántica… pero de las buenas.

Nos sentamos en el sofá, y noté el terciopelo suave bajo nuestras piernas, con las copas en la mano. El silencio entre nosotros no era incómodo, sino más bien lleno de expectativa, como si ambos supiéramos que esa noche iba a marcar un antes y un después.

—¿Sabes qué es lo más curioso? —dije, acariciando el borde de la copa—. Que contigo no me siento como si tuviera que protegerme.

—¿Sueles hacerlo?

—Siempre. Demasiado. Es como si llevara una armadura invisible que nadie nota… pero tú… —Lo miré directamente a los ojos—. Tú la atravesaste como si fuera papel.

Stefano se inclinó hacia mí, apoyando un codo en el respaldo del sofá.

—Quizá porque yo también la llevo. Y reconocí la tuya al instante.

Sentí un nudo en la garganta. No esperaba esa confesión. A veces olvidaba que él también podía tener heridas escondidas detrás de esa sonrisa confiada.

—¿La tuya de qué está hecha? —pregunté en voz baja.

—De decepciones, traiciones, algunas decisiones estúpidas… —Se encogió de hombros—. Pero últimamente empieza a agrietarse.

—¿Por mí?

—Por ti —dijo sin titubeos—. Eres como… una termita emocional. Vas desgastando defensas sin que nadie lo note, hasta que, de repente, ¡pum!, el tipo duro termina en un sofá confesando sus vulnerabilidades.

Reí, aliviada por el cambio de tono.

—Bueno, si me vas a llamar termita, al menos agrégale un adjetivo bonito. No sé… ¿Termita sexi?

—Termita adorable y peligrosamente atractiva. —Corrigió, brindando conmigo.

—Mucho mejor.

El vino estaba delicioso. Era ligero, afrutado, con una nota de cereza que me hacía sonreír sin razón. Como él.

Nos quedamos mirándonos. No como antes, esta vez no había prisa. Esta vez sabíamos que no había necesidad de llenarlo todo de palabras. Pero igual las decíamos.

—¿Te puedo hacer una pregunta un poco tonta? —dije.

—Las preguntas tontas suelen esconder cosas muy importantes.

—¿Qué pensaste la primera vez que me viste?

Se echó hacia atrás, como si estuviera rebobinando una cinta.

—Pensé: «Esa mujer tiene una tormenta en la mirada y, por algún motivo, quiero entrar en ella». Luego pensé que eras complicada. Pero de las complicadas que valen la pena.

—¿Y ahora?

—Ahora opino que soy el tipo más afortunado del mundo por estar aquí, viéndote hacer esa mueca cuando no sabes si reírte o esconderte.

—¿Qué mueca?

—Esa —dijo, tocando suavemente la comisura de mi labio—. Esa que haces cuando sientes algo bonito, pero no sabes cómo manejarlo.

Me reí. Porque tenía razón.

—No es justo que me conozcas tanto.

—Claro que es justo. Has estado hablándome todo este tiempo, aunque no dijeras nada.

Apoyé la cabeza en su hombro, y él me envolvió con su brazo como si ese fuera mi lugar desde siempre. Cerré los ojos, disfrutando del silencio, del peso cálido de su cuerpo junto al mío.

—¿Puedo confesarte algo? —pregunté sin moverme.

—Por supuesto.

—Me dan miedo los finales felices.

—¿Por qué?

—Porque siempre creo que, cuando algo es demasiado bonito, está a punto de romperse.

Stefano besó mi frente.

—Entonces no pensemos en finales. Solo en el ahora. Y ahora estás aquí, y yo estoy aquí. Y nada se está rompiendo.

—Solo cayendo —susurré.

—Cayendo… en lo correcto.

Nos miramos otra vez. Y esta vez no hubo pausa. Nos besamos con la urgencia tranquila de quien sabía que no había nada que temer, con la certeza de que ambos queríamos perdernos el uno en el otro.

Sus manos acariciaron mi espalda con una suavidad que me hizo estremecer. Mi piel lo reconocía, mi cuerpo ya había memorizado su lenguaje. Sus labios descendieron por mi cuello, sus dedos trazaban caminos lentos sobre mi piel, y sentí que todo lo que alguna vez me había dolido desaparecía en su abrazo.

—¿Estás bien? —me preguntó, mirándome con esa mezcla de deseo y cuidado que me derretía.

—Estoy… mejor que bien. Estoy… viva —le dije, sin pensar.

—Así me haces sentir tú, Andrea. Como si estuviera dejando de sobrevivir para empezar a vivir.

Nos desnudamos despacio, como si al quitarnos la ropa también nos quitáramos capas del alma. Nos miramos en cada gesto, nos reímos nerviosos cuando nuestros cuerpos se tropezaban, nos acariciamos con la reverencia de quien explora una tierra sagrada.

Y cuando finalmente nos fundimos, fue como si nuestras almas también lo hicieran. No hubo prisas ni silencios incómodos. Solo suspiros, murmullos,

pequeñas risas cuando uno decía algo tonto y el otro respondía con un mordisco juguetón.

—¿Esto es real? —pregunté mientras él acariciaba mi mejilla.

—Si no lo es, no me despiertes nunca —susurró.

Después, con la brisa del mar colándose por las ventanas abiertas, hablamos de tonterías. De helados favoritos. De películas que odiábamos. De canciones que nos hacían llorar. De lo injusta que era la vida… y de lo bonita que podía ser cuando alguien como él aparecía.

—¿Quieres quedarte conmigo esta noche? —me preguntó con un tono que no necesitaba respuesta.

Asentí, acariciando su pecho desnudo con la yema de mis dedos.

—Si me lo preguntas con esos ojitos… —Stefano se echó a reír, y a mí se me dibujó una sonrisa en los labios.

Cerré los ojos. Y por primera vez en mucho tiempo, no tuve miedo del mañana. Porque esta vez, el presente era lo suficientemente hermoso como para sostenerme.

Él me abrazaba como si quisiera memorizar la forma exacta de mi cuerpo contra el suyo. Sentía su respiración pausada junto a mi oído, su mano deslizándose lentamente por la curva de mi espalda, acariciándome como si fuera algo frágil, algo valioso.

Nos reíamos en susurros, envueltos en el calor íntimo de ese momento que parecía no pertenecer a este mundo. Acariciaba su pecho con los dedos, jugando con los ritmos de su respiración, mientras él dibujaba pequeños círculos sobre mi cadera con la yema de los suyos.

—¿Qué estás pensando? —preguntó con voz ronca, su aliento rozando mi cuello.

Me tomó un segundo responder. No porque no supiera qué decir, sino porque me costaba ponerle palabras a lo que sentía. Mi cuerpo vibraba como una cuerda recién tensada. Y mi alma… estaba suspendida entre el deseo y la ternura.

—Estoy pensando… que no quiero que esta noche se acabe —susurré.

Él me giró con delicadeza, hasta que quedamos frente a frente. Nuestros rostros separados por apenas unos centímetros. Su mano enredada en mi cabello, su pierna entrelazada con la mía.

—Entonces dejemos que empiece —murmuró.

Y me besó. Un beso lento, pero con una intención que me dejó sin aire.

El calor en mi cuerpo se encendió en oleadas: primero en el pecho, luego bajando por mi vientre hasta inundarme. Sentí cómo sus manos recorrían mi piel con una mezcla de devoción y hambre contenida. Cada caricia parecía dibujarme desde cero, como si estuviera aprendiendo cada rincón de mí por primera vez.

Su boca descendía lentamente por mi cuello, por mis clavículas. Cada beso era una pequeña descarga eléctrica. Su lengua apenas rozaba mi piel, provocando escalofríos que se extendían por mi espalda como olas suaves.

Me mordí el labio, intentando contenerme, pero fue inútil. Sus dedos encontraron el borde de mi ropa interior y la apartaron con una lentitud casi insoportable. Su mirada me sostuvo en todo momento, como si pidiera permiso en cada gesto.

No necesitaba hablar. Mi cuerpo ya había dado todas las respuestas.

Me entregué.

Con la espalda arqueada hacia él, la piel enrojecida por el deseo contenido, lo dejé explorarme con esa mezcla de ternura y pasión que me hacía perder el control. Sus manos recorrían mis muslos, mi cintura, mi espalda. Subían, bajaban. Se detenían donde más lo necesitaba, donde más lo deseaba.

Cada caricia era una promesa. Cada roce, una declaración.

No había vergüenza en mí, solo vértigo. Un vértigo dulce. De saberme expuesta, vulnerable, pero adorada. De estar completamente desnuda, no solo el cuerpo, sino el alma, y que él no apartara la mirada.

—Estás temblando —susurró contra mi piel.

—Es que me estás volviendo loca —respondí entre jadeos.

Stefano rio suavemente, y la vibración de su pecho contra el mío fue otra chispa que me recorrió entera.

Entonces me colocó sobre él, con cuidado, con lentitud. Su cuerpo bajo el mío, sus manos guiando las mías, sus labios buscando mi cuello, sus ojos clavados en los míos. Me sentí poderosa, hermosa, viva. Como si en ese instante solo existiéramos él y yo. Como si el mundo hubiera sido creado únicamente para que ocurriera esto.

Me moví despacio al principio, explorando, sintiendo. Cada vez que bajaba mis caderas, el contacto nos arrancaba un suspiro nuevo. Mis dedos se aferraban a sus hombros, mientras los suyos rodeaban mi cintura, apretándome más contra él.

La tensión crecía, una espiral de calor que nos arrastraba sin freno. Y, aun así, cada movimiento era suave, contenido, casi reverente. Como si hacer el amor fuera un acto sagrado, una ceremonia.

Su boca buscaba la mía entre jadeos y risas nerviosas. Me besaba como si el mundo pudiera desmoronarse, si dejábamos de hacerlo.

—Eres… —Intentó articular, pero las palabras se quebraron en sus labios.

—No las necesitas —susurré, inclinándome para besarlo de nuevo—. Solo no pares.

Nuestros cuerpos hablaban un idioma que no necesitaba palabras. Encajaban como piezas antiguas de un rompecabezas olvidado, como si hubieran estado esperando este instante para reconocerse. Cada roce, cada

gemido, cada murmullo nos empujaba más cerca del borde al que no queríamos resistirnos.

Y entonces llegó.

Como una ola imparable que arrasaba con todo. Como un latido tan fuerte que no cabía en el pecho. Nos aferramos con desesperación, buscando algo más que placer: buscábamos pertenencia, consuelo, verdad. Sentí cómo el clímax me atravesaba, desgarrándome y recomponiéndome al mismo tiempo. Él gimió mi nombre contra mi cuello, con una voz rota que me estremeció aún más.

Por unos segundos, no existió el tiempo. Solo el eco de nuestros jadeos, el calor pegajoso de la piel, el temblor compartido.

Caí rendida sobre su pecho, exhausta y eufórica, y él me envolvió en sus brazos como si nunca fuera a soltarme. No dijimos nada. No hacía falta.

Sus dedos dibujaban círculos en mi espalda, mientras mi respiración poco a poco encontraba de nuevo su ritmo. Apoyé mi oído sobre su pecho, escuchando los golpes acelerados de su corazón. Sonreí. Ese ritmo también era mío ahora.

—No sabía que podía sentirse así —susurré, sin fuerzas para levantar la cabeza.

—Yo tampoco —contestó, rozando mis cabellos con un beso suave.

Y nos quedamos así, enredados en un silencio que ya no pesaba, sino que cobijaba. El silencio de dos cuerpos que lo habían dicho todo.

Y por primera vez… no tuve miedo.

Capítulo 14



Andrea

El día aún no había despertado por completo cuando mis ojos se abrieron lentamente, primero buscando la silueta familiar junto a mí. La habitación estaba envuelta en una calma que se sentía casi mágica, como si el mundo entero respetara ese instante que solo nos pertenecía a Stefano y a mí. La luz era apenas un susurro, una caricia suave que se colaba tímidamente por las rendijas de las cortinas, pintando destellos dorados sobre la piel de Stefano.

Su respiración pausada y profunda me daba la seguridad de que aún dormía, pero cuando lo vi girar la cabeza para mirarme con esos ojos entreabiertos, una sonrisa suave se dibujó en mis labios sin poder evitarlo.

—Buenos días —susurré, con la voz aún arrastrando el eco de un sueño dulce y tibio.

—Buenos días, Andrea —respondió, con esa voz ronca y sedosa como un secreto que solo yo podía escuchar.

Nos quedamos así, mirándonos en silencio, con la luz tenue de la madrugada colándose por las cortinas, dibujando destellos dorados en su piel. Sin mediar palabra, sentí su mano rozar mi brazo, una caricia tan delicada que parecía querer comunicar todo lo que las palabras no podían abarcar.

Me incorporé un poco y apoyé la cabeza sobre su pecho, escuchando el compás sereno de su corazón, como si quisiera acompasarse con el mío.

Había algo en esa cercanía, en ese instante suspendido, que me hacía sentir frágil y fuerte al mismo tiempo.

¿Cómo era posible que alguien pudiera sentirse tan bien al despertar? Como si todo estuviera en su lugar, como si los pedazos que había intentado juntar durante tanto tiempo finalmente encajaran justo aquí, con él.

—¿Sabes? —murmuré, con cierta timidez, mientras sus dedos se enredaban en mi cabello—. No pensé que pudiera sentirse así, tan… perfecto.

—¿Qué es perfecto? —me preguntó, con una sonrisa apenas visible.

—Esto… despertar contigo, saber que, por un momento, nada más importa. —Mi voz se quebró apenas, y él me atrajo un poco más hacia sí.

—Yo tampoco lo pensé —confesó antes de rozar mis labios con un beso suave, casi un suspiro compartido.

Nos movimos lentamente, sin prisas, como si el tiempo hubiera decidido detenerse solo para nosotros. Entre el sueño y la vigilia, cada roce, cada sonrisa, borraba la frontera entre lo real y lo imaginado.

Su mano descendió lentamente por mi espalda, mientras la mía exploraba la curva de su cuello. En esa danza silenciosa, nuestros cuerpos volvieron a encontrarse, hablándose en un idioma hecho de deseo sereno y ternura infinita.

No había prisa. No había espacio para la ansiedad, solo para el descubrimiento sereno y esa conexión profunda que habíamos comenzado a tejer.

Sentí cómo sus dedos se entrelazaban con los míos, un gesto simple pero lleno de significado, una promesa tácita de lo que estaba por venir. Cuando alcé la vista, sus ojos, oscuros e intensos, no solo reflejaban la luz tenue de la habitación, sino también el fuego que ya comenzaba a encenderse en mí.

—Dime — susurró Stefano, con una voz que acariciaba el aire—, ¿qué quieres ahora?

Mi pecho se llenó de un calor dulce y urgente. Tenía tantas respuestas, tantas formas de mostrar lo que sentía, y sin embargo, ninguna palabra parecía suficiente. Aun así, él parecía leer en mí, como si no hiciera falta decir nada.

—Quiero sentirte —respondí, sin apartar los ojos de los suyos.

Sus labios se curvaron en una sonrisa que me erizó la piel. Su mano descendió despacio desde mi cintura hasta la curva de mi espalda, acercándome aún más a él.

El primer beso tras el despertar fue lento, exploratorio, como si los dos temiésemos romper ese frágil equilibrio. Pero poco a poco, la pasión comenzó a crecer, expandiéndose en olas suaves que nos envolvían y nos arrastraban a un lugar solo nuestro.

Sus manos recorrieron mi cuerpo con esa mezcla perfecta de firmeza y ternura que solo él parecía dominar. Acariciaron mi cuello, descendieron por mis hombros y rodearon el contorno de mis pechos con un cuidado reverente que me hacía sentir no solo deseada, sino también valorada y amada.

Yo respondía con la misma intensidad: mis dedos trazaban caminos invisibles sobre su piel, intentando grabar en mi memoria cada detalle, cada imperfección que lo hacía único. El aire de la habitación se volvió espeso, cargado de calor y deseo, un lenguaje silencioso que no necesitaba palabras.

De pronto, Stefano me sujetó suavemente por la cintura y me guio hasta recostarme en la cama. La luz del amanecer comenzaba a filtrarse con más fuerza por las cortinas, bañando nuestro refugio íntimo en tonos dorados.

Se inclinó sobre mí y sus labios buscaron los míos con una intensidad que combinaba hambre y devoción. Su respiración ardía en mi cuello, sus manos se deslizaban por mi espalda, y un cosquilleo vibrante me subía desde el estómago hasta la punta de los dedos.

—Andrea —susurró entre besos—, cada vez que te tengo cerca siento que el mundo desaparece.

Esas palabras me desbordaron. ¿Cómo podía hacerme sentir tan completa, tan entera? Deseé que ese instante se congelara, que el tiempo nos dejara vivir para siempre en este universo hecho solo de él y de mí.

Lo abracé con delicadeza, acariciando su espalda, disfrutando del contraste de su piel: fuerte y suave al mismo tiempo, cálida, poderosa. Cada roce era una revelación nueva. Sus manos bajaron por mis brazos hasta detenerse en mis caderas, acercándome más a él, mientras mis labios descendían por su cuello, saboreando cada músculo que temblaba bajo mis besos.

La respiración se aceleró, los suspiros se hicieron más profundos. La pasión entre nosotros era un fuego que se encendía lentamente, sin prisa, con la intensidad de quienes sabían que este instante era sagrado.

El roce de la piel desnuda se convirtió en un idioma propio. Stefano exploraba cada curva, cada pliegue, y yo respondía con temblores y arcos involuntarios que lo invitaban a seguir. Me embriagué con el olor de su piel, con el ritmo de su respiración, con el latido de su corazón acompasándose al mío.

Sus dedos dibujaron círculos descendentes por mi espalda hasta alcanzar mis muslos, y yo entrelacé mis manos en su cabello, tirando suavemente de él. Un gemido escapó de sus labios, ronco, vulnerable, y sentí que lo estaba conociendo en lo más íntimo.

—Eres preciosa —me dijo, y su voz sonó como un susurro lleno de adoración.

Sentí una ola de calor recorrerme y no pude evitar sonreír.

—Tú también —respondí, sintiendo una calidez en el pecho que hacía mucho no sentía.

Nos dejamos arrastrar por ese torbellino de sensaciones, entregándonos sin miedo ni reservas. Cada beso, cada caricia, era una promesa silenciosa de lo que podíamos construir juntos.

Cuando nuestros cuerpos finalmente se unieron, todo encajó. No había prisa, ni ansiedad, solo la certeza de estar en el lugar correcto, con la persona correcta.

Nuestros movimientos eran una danza suave y apasionada, mezcla de urgencia y ternura que nos envolvía por completo.

Sus manos me sostenían con fuerza y cuidado, mientras yo me aferraba a él, buscando y encontrando refugio en su calor.

Sentí su cuerpo temblar sobre el mío, su respiración hacerse entrecortada. Nos miramos a los ojos y, en esa mirada, había toda una historia aún no contada, pero ya escrita en nuestros corazones.

—Andrea —susurró, y sentí un escalofrío recorriendo mi cuerpo.

¿Cuántas veces había soñado con esto? ¿Cuántas noches había fantaseado con la voz de Stefano pronunciando mi nombre? Miles, quizás millones, y jamás había sido tan real, tan sensual, tan perfecto como en ese momento.

Nos fundimos en otro beso, esta vez más intenso, más profundo, donde amor y deseo se entrelazaban en una sinfonía perfecta.

Cuando la calma llegó y el agotamiento nos envolvió, nos quedamos abrazados, compartiendo el calor de nuestros cuerpos, el latido acelerado de nuestros corazones y la certeza de haber encontrado algo único, irremplazable.

La mañana avanzaba lenta, acariciada por la luz dorada que comenzaba a entrar en la *suite*. Stefano y yo seguíamos entrelazados, explorándonos con una mezcla de curiosidad y cariño que hacía que cada toque, cada suspiro, fuera un pequeño universo propio.

Sus dedos bajaban por mi brazo, deteniéndose en mi cintura, invitándome a acercarme más, a dejarme llevar. Yo me sentía flotando, como si todo lo que hasta entonces había sido rutinario se disolviera para dar paso a algo mucho más intenso, mucho más real.

—¿Sabes lo que me gusta de ti? —susurró, con el aliento cálido rozando mi oreja.

—¿Qué? —pregunté, sonriendo con intriga.

—Que eres fuego y calma al mismo tiempo. Me haces sentir vivo… y en paz.

Su voz era un murmullo, y sus manos, una caricia que encendía cada centímetro de mi piel.

Reí suavemente, sintiendo cómo me sonrojaba al escucharle, porque, aunque habíamos compartido mucho, aún quedaba en mí esa pizca de timidez, ese resquicio dulce que hacía que su presencia me desarmara y me reconstruyera al mismo tiempo.

—Eres un poeta —le dije, fingiendo reproche, pero con una sonrisa cómplice.

—Que no se entere la prensa —replicó con picardía, y me reí.

Nos besamos de nuevo, esta vez con más intensidad, con más urgencia contenida. Pero entonces, casi de manera instintiva, Stefano se apartó un poco, rozando mi mejilla con la yema de los dedos.

—Mi vuelo sale en unas horas —dijo, y en sus ojos asomaba una sombra de pena.

Asentí. La realidad volvía a alcanzarme: lo que había vivido con Stefano Marchetti llegaba a su fin.

Nos levantamos despacio, enredándonos en risas y juegos, y nos dirigimos al baño. El agua caliente de la ducha se convirtió en refugio, un espacio íntimo donde nuestros cuerpos volvieron a hablar sin palabras. Sus manos recorrían mi espalda con una suavidad reverente, mientras yo me perdía en el calor de sus besos y en ese aroma suyo que ya era inconfundible para mí.

El tiempo parecía haberse detenido en esa burbuja de vapor y complicidad.

No llegamos a ir más allá en la ducha, porque queríamos saborear ese momento, esa complicidad que crecía entre nosotros y que nos hacía sentir que éramos dos almas que por fin habían encontrado su refugio.

Después nos vestimos con calma, casi a cámara lenta, disfrutando de los pequeños gestos, de esa cercanía que parecía querer prolongarse para siempre. Al salir a la terraza, el café ya estaba servido, y con él, la promesa de un nuevo día lleno de posibilidades.

—Brindo por nosotros —dijo Stefano, levantando su taza—. Por este instante, por lo que somos.

—Por nosotros —respondí, sonriendo con el corazón lleno.

El sol comenzaba a trepar por el horizonte, bañando la costa en tonos dorados. Yo quería creer que aquello era un principio, no un final.

El coche negro y elegante estaba esperando en la entrada del hotel, brillante bajo la luz de la mañana. Stefano bajó primero, con ese porte elegante y sereno que lo hacía parecer un hombre de otro tiempo. Abrí la puerta y salí tras él, sintiendo que cada paso me acercaba al momento en que tendríamos que separarnos.

El chófer abrió la puerta trasera y Stefano me indicó con un gesto que subiera. El interior del vehículo era espacioso, silencioso, envuelto en un lujo discreto.

—¿Quieres que te llevemos a algún sitio antes de ir al aeropuerto? —preguntó Stefano, con esa sonrisa que me hacía sentir como si el mundo solo girara en torno a nosotros.

—Sí —respondí, un poco tímida—. A casa, por favor.

El trayecto transcurrió en un silencio cómodo, cargado de pensamientos. Miraba por la ventanilla, pero en realidad no veía nada. Todo estaba en él: en lo que habíamos compartido, en la intensidad de sus caricias, en la ternura de su mirada.

Cuando llegamos a mi calle, el chófer detuvo el coche y Stefano y yo bajamos juntos. Caminamos unos pasos hasta mi puerta y, justo antes de entrar, sentí que el tiempo volvía a detenerse.

—Andrea —dijo él, con esa voz suave y profunda que me hacía temblar—, ha sido muy bonito lo que hemos vivido.

Sus dedos acariciaron mi mejilla con tanta delicadeza que el mundo entero pareció encogerse a ese instante. Mi corazón latía con fuerza, y una sonrisa tímida se escapó de mis labios.

—Gracias por quedarte conmigo —añadió, mirándome a los ojos con una sinceridad que traspasaba cualquier palabra.

Una oleada de emociones me envolvió: alegría, nostalgia, esperanza. Entonces me besó la mejilla, suave, y cuando pensé que todo terminaba ahí, se inclinó y depositó un beso aún más tierno en mi frente.

—Adiós, Andrea —su voz era un susurro que se quedó conmigo, resonando en lo más profundo.

Lo vi alejarse y, mientras cerraba la puerta, sentí que ese adiós me dolía más que cualquier ruptura que hubiera vivido antes.

Me quedé un rato apoyada contra la madera, con el corazón desbordado y la certeza de que algo hermoso había comenzado. Algo que, de algún modo, siempre estaría conmigo: en mi memoria, en mi piel, en cada latido.

Aunque él estuviera a miles de kilómetros. Aunque tuviera que conformarme con verlo solo en fotos y televisión.

Capítulo 15



Stefano

El coche arrancó despacio, dejándola atrás, de pie frente a su puerta, con esa sonrisa que aún me ardía en la memoria. Me apoyé contra el respaldo del asiento, en silencio, mientras la ciudad se deslizaba por la ventanilla. El sol apenas asomaba, las calles seguían dormidas, y todo lo que había vivido con ella permanecía en mi mente, tan presente, tan real.

Andrea.

Su nombre seguía vibrando en mi pecho como una nota sostenida que me resistía a dejar morir.

Era absurdo, lo sabía. Habíamos pasado un solo día juntos. Uno solo. Pero en esas horas, algo había cambiado. No era una emoción trivial ni pasajera. Era como si la conociera desde siempre. No desde hace años… desde otras vidas. Irracional, sí. Absurdo. Pero cierto.

Pensé en la forma en que me miraba, con esos ojos miel, redondos y expresivos, como si viera más allá de mis palabras y mi armadura invisible. En cómo sus mejillas se encendían con facilidad, cómo sonreía con timidez, pero sin reservas, como si me entregara partes de sí misma que no le daba a nadie más. Recordé el gesto de morderse el labio para contener la risa, el hilo suave de su voz al hablar de heridas profundas, y la manera en que se abandonó en mis brazos con esa mezcla de ternura y deseo que aún sentía en la piel. Me estremecí.

Qué conexión más extraña e intensa. Como si cada gesto, cada silencio, cada risa compartida nos hubiese conducido a un espacio íntimo donde nada más existía. Como si nuestros cuerpos se hubieran reconocido antes que nuestras mentes. Como si algo en mí supiera que Andrea era… importante.

Sonreí, incrédulo. Una locura. Pero real.

—Ha sido un desfile increíble, señor Marchetti —dijo Marco, el chófer, rompiendo el silencio con tono cordial mientras tomaba la autovía hacia el aeropuerto—. Todos los medios hablan de ello. Le felicito.

Me giré hacia él y asentí, agradecido.

—Gracias, Marco. Me alegra saberlo.

—La prensa está llena de titulares: *«El regreso triunfal de Stefano Marchetti»*, *«Moda y emoción bajo las estrellas»*, *«Una noche para la historia»*. Y las redes… están que arden.

Reí suavemente. Siempre me incomodó el exceso de atención, pero era parte del oficio. Y, esta vez, más que nunca, sentía que el esfuerzo lo merecía. Que todo el equipo lo merecía. Que Paola tenía razón: había sido un éxito.

A medida que nos acercábamos al aeropuerto, mis pensamientos regresaban una y otra vez a Andrea, entrelazados con los ecos del desfile. Las luces, las telas flotando al compás de la música, los aplausos… y ese instante final, cuando salí a la pasarela y vi su rostro entre el público.

Al llegar al aeropuerto, Marco me ayudó con el equipaje. Pasé por seguridad, hice el *check-in* y, mientras esperaba el embarque, me senté con el portátil en las rodillas. Revisé correos, marqué algunas prioridades con mi asistente y respondí un par de mensajes urgentes. Pero cada vez que alzaba la vista, la imagen de Andrea regresaba.

Me conecté al wifi del aeropuerto y, sin pensarlo mucho, abrí el buscador. Escribí su nombre completo. Ya lo había hecho antes, sí, pero ahora era distinto. Leí de nuevo varios de sus artículos. No solo los que hablaban de

mí, aunque esos me llamaban especialmente la atención. Había uno, en particular, que me detuvo.

«La moda de Stefano Marchetti no viste cuerpos, viste emociones. Hay algo en sus cortes, en sus tejidos, en la manera en que cae cada prenda, que parece hablar del alma femenina con respeto y conocimiento. No sé cómo lo hace, pero cada diseño suyo tiene un mensaje, un susurro, como si estuviese pensado para acompañar, más que para impresionar.»

Me quedé quieto, sin saber cómo procesar aquello. ¿Cuánto tiempo hacía que nadie me describía con esa claridad? ¿Cómo podía alguien a quien nunca había visto en persona, hasta hacía solo dos días, entenderme tan bien?

Cerré el portátil cuando el embarque comenzó.

Durante el vuelo a Venecia, intenté leer algunos informes de la firma, revisar ventas, campañas próximas… pero nada conseguía despegarme del recuerdo de Andrea. Así que, finalmente, recliné el asiento, cerré los ojos y la dejé venir a mi mente como un perfume: suave, dulce, persistente.

Al llegar a Venecia, el aeropuerto estaba semivacío. Recogí mi equipaje y me subí a un taxi acuático que me esperaba en el muelle. El conductor, un veneciano de rostro curtido, me saludó con un leve movimiento de cabeza antes de arrancar el motor. El sonido del agua golpeando suavemente el casco del barco me tranquilizó.

La ciudad, a esa hora, parecía más viva que nunca. El sol bañaba los canales con un resplandor dorado que se multiplicaba en el agua como en un espejo. Pasamos bajo puentes abarrotados de turistas, por callejones donde el tiempo parecía detenido. Cerré los ojos un instante, dejando que la brisa me acariciara el rostro.

Cuando llegamos a mi *palazzo*, el timón del conductor viró con suavidad hacia el embarcadero privado. Bajé y le di las gracias, subiendo los escalones de piedra con la maleta rodando tras de mí.

No esperaba a nadie. Solo silencio. O eso creía.

Porque al abrir la puerta, la risa de una niña estalló desde el interior como un regalo inesperado.

—¡Papiiiiiii! —La voz de Emma me atravesó como una flecha luminosa antes de que la viera correr hacia mí con sus trenzas alborotadas y sus pies descalzos sobre el mármol.

La cogí al vuelo, girando con ella entre mis brazos.

—¡Mi niña! —le dije, riendo mientras la abrazaba fuerte y le llenaba la cara de besos—. Mi hija preciosa…

Ella me agarró la cara con sus manitas pequeñas, examinándome como si no me hubiese visto en años.

—¿Has vuelto para quedarte? —preguntó, muy seria.

—He vuelto para quedarme —asentí—. Y tú… estás más alta, ¿eh?

—¡No! —protestó entre risas—. ¡Solo un poquito!

Detrás de ella, vi a Paola. Estaba apoyada en el marco de la puerta, con esa sonrisa que me lo decía todo sin necesidad de palabras.

Me acerqué a ella con Emma aún en brazos. Paola se incorporó y nos saludamos con un beso en la mejilla, lento, cálido. Su piel olía a vainilla, como siempre.

—No esperaba que estuvierais aquí —dije, aún sonriendo.

—Queríamos darte la bienvenida como siempre —contestó Emma, repitiendo las palabras como si las hubiera memorizado para que sonaran perfectas.

—Insistió ayer toda la tarde —añadió Paola—. «Papi volverá cansado y necesita un abrazo mágico». ¿Quién puede resistirse a eso?

Reímos los tres. O mejor dicho, los dos, porque Emma ya se había bajado de mis brazos y corría hacia el salón.

Mientras caminábamos detrás, Paola me susurró:

—¿Qué tal todo?

Asentí.

—Ha sido… inolvidable.

Y no lo decía solo por el desfile.

En el salón, Emma apareció con una Barbie en la mano y un cuaderno bajo el brazo.

—¡Mira, papi! —dijo, tendiéndome ambos con orgullo.

El cuaderno estaba lleno de dibujos: vestidos de colores, siluetas infantiles con trajes brillantes, largos, cortos, algunos con alas, otros con sombreros imposibles. La Barbie llevaba un vestido hecho a mano, con un retal de tela rosa y tul blanco.

—Lo cosimos juntas —explicó Paola, con una sonrisa de madre cómplice.

—¡Yo dibujé y mamá me ayudó con la aguja! —añadió Emma, inflando el pecho de orgullo.

—Esto es… maravilloso —dije, sinceramente impresionado—. Hija mía, tienes un talento innato.

Emma rio, tapándose la cara con las manos, como si le diera vergüenza.

—¿Tú crees que puedo ser diseñadora como tú?

—Estoy seguro de que lo serás. Es más —dije, levantando su dibujo—. Podríamos poner uno de estos en la próxima colección.

—¡¿En serio?! —Sus ojos se abrieron como platos.

—Claro. ¿Por qué no? El talento hay que compartirlo.

Paola me miró con ternura.

—Lo lleva en los genes Marchetti —comentó.

Sonreí, pero mi mente voló, solo por un instante, hacia Andrea.
¿Y si…?

No. No era el momento.

Me incliné hacia Emma, que ya buscaba otro dibujo que enseñarme, y pensé que, si había algo perfecto en esta vida, era justo esto.

Emma se dejó caer en el suelo del salón, rodeada de lápices de colores, retales y muñecas. Paola y yo permanecimos de pie unos segundos, observándola en silencio. Había algo profundamente reconfortante en esa escena: la luz suave entrando por las ventanas, el eco apagado de las risas, el roce de las zapatillas de Emma contra el mármol mientras correteaba de un lado a otro.

Paola se giró hacia mí, cruzando los brazos.

—¿Estás bien?

Asentí sin pensar, pero ella no desvió la mirada.

—¿De verdad?

Me encogí de hombros y sonreí. Paola siempre había sabido distinguir cuándo mis silencios eran simples y cuándo escondían tormentas.

—Sí —respondí, esta vez con sinceridad—. Estoy bien. Cansado… pero bien.

Ella asintió, como si esperara esa respuesta, y caminó hacia la cocina.

—Voy a preparar un té. ¿Quieres algo? ¿Un vino?

—¿A estas horas?

—Por eso mismo.

Sonreí y me dejé caer en el sofá mientras ella desaparecía tras la puerta de cristal. Desde allí, veía a Emma concentrada, doblando un trozo de tela azul con sus manos pequeñas. Me miraba de reojo, esperando mi reacción.

—¿Qué haces ahora, princesa?

—Un vestido de noche —respondió con toda la seriedad del mundo—. Este es para la Barbie que va a la gala.

—¿Y qué gala es esa?

—La del castillo. Donde hay una fuente con vino y pastel de chocolate.

No pude evitar reír.

—Quiero ir a esa gala.

Ella me miró divertida.

—Pues tendrás que vestirte elegante, ¿eh?

—Eso puedo hacerlo.

—Y bailar. Porque en las galas siempre se baila.

Me quedé en silencio. El recuerdo me atrapó de inmediato: Andrea en mis brazos, sus pasos torpes, nuestras risas, aquella melodía italiana flotando en el aire mientras nos mirábamos como si el mundo entero hubiera desaparecido.

Paola regresó con dos tazas de café y se sentó a mi lado.

—¿Te has ido?

—Un poco.

—¿Pensando en ella?

La miré, y no hizo falta fingir.

—Sí.

Tomó un sorbo de su taza y se acomodó en el sofá, cruzando las piernas bajo el cuerpo.

—¿Querías quedarte con ella? —preguntó con cautela.

—No lo sé. Parte de mí sí. Otra… entiende que era lo mejor así.

—¿Por qué?

Me quedé mirando el café, viendo cómo el humo se elevaba lento, llenando el salón de su aroma.

—Ya sabes por qué.

—Stefano…

—Paola, siendo sincero, todo con ella ha sido tan rápido, tan intenso… que, si no lo detenía, iba a dejar de tener sentido.

Paola asintió. Lo entendía, claro. Ella siempre entendía.

—¿Os vais a volver a ver? Porque eso sí que sería peligroso, y lo sabes —dijo, cogiéndome la mano con cariño y dándome un leve apretón.

—Lo sé. Créeme que lo sé mejor que nadie —respondí.

—Ojalá fuera de otra manera, Stefano. Ojalá pudieras dejar que lo que sentiste con ella siguiera adelante. Ojalá simplemente pudieras vivirlo —dijo

antes de darme un beso en la mejilla.

Sonreí suavemente.

—¿Desde cuándo eres tan sabia?

—Desde que crío a una futura diseñadora —replicó, arqueando una ceja y señalando a Emma, que ahora hablaba sola con dos muñecas—. Y desde que soy tu amiga. Alguna lección me tenías que haber dejado.

Nos quedamos mirando a nuestra niña, esa que nos uniría siempre, la que amaba con todo mi corazón y por quien había renunciado a tantas cosas en la vida.

Poco después, Paola le pidió a Emma que recogiera sus cosas. La niña lo hizo, luego corrió a abrazarme con fuerza y me dio un beso en la mejilla.

—Te quiero mucho, papi.

La apreté contra mí, emocionado.

Frente a la puerta, Paola se detuvo un segundo, como si fuera a decir algo más. Pero no lo hizo. Solo sonrió y me abrazó.

—Has hecho un trabajo increíble, Stefano.

—Gracias por decirme siempre lo que necesito oír.

—Es que te conozco demasiado —dijo, guiñando un ojo.

—Os quiero a las dos.

—Y nosotras a ti.

Cuando se fueron, la casa quedó en silencio. Me apoyé en el marco de la puerta, dejando que esa calma me envolviera.

Y entonces, como por arte de magia, Andrea volvió a mi mente. Su nombre, su rostro, su sonrisa, más claros que nunca.

Ojalá, como decía Paola, pudiera permitirme sentir. Ojalá pudiera conocerla más y simplemente vivir lo que parecía haber nacido entre los dos sin darnos cuenta.

Capítulo 16



Andrea

Qué fuerte era lo que había vivido al lado de mi gran amor…

Y pensar que él no tenía ni idea de los sentimientos que llevaban floreciendo en mí desde hacía tanto tiempo. Lo más increíble era que ahora se habían intensificado mil veces más, cuando yo estaba convencida de que ya lo amaba lo suficiente. ¿Cómo ponerle nombre a esta mezcla de pasión y admiración que me desbordaba en ese instante?

Mientras me preparaba un café, pensé en la publicación que debía hacer sobre el evento. Tenía claro que no sería una columna para las revistas: lo trataría de manera más personal, distinta, y, por supuesto, sin revelar nada de lo que había vivido con él tras el desfile.

Le había mandado un mensaje a Tessa para que viniera a casa a comer y poder contarle todo. Aunque, para ser sincera, sabía que iba a venir de todos modos. Su respuesta lo confirmaba: «Ya pensaba ir».

Me senté a escribir algo breve y directo, destacando la elegancia, la sobriedad y el brillo del desfile, que hablaban por sí solos. Lo acompañé con varias fotos: algunas mías, otras con Tessa y, por supuesto, la más especial, la que salía junto a la estrella de la noche: Stefano.

No podía asimilar todo lo vivido y los nervios me tenían como loca, andando de un lugar a otro de la casa y sin atinar con nada. Ni qué hacer de

comer se me ocurría.

Dolía, no voy a ser cínica, pero me quedaba con la suerte de haber podido disfrutar de él y de haber vivido algo que estaba segura de que no se me iba a olvidar en la vida.

—Papá, hola —dije riendo al descolgar la videollamada.

—Hola, hija. ¿Te acuerdas de que te comenté que conocí a una sevillana?

—Sí. —Sonreí.

—Hola —intervino ella enseguida, saludando con la mano. Deduje al instante que era ella—. Me llamo Lola.

Era guapísima, con los labios pintados de rojo, y no aparentaba más de cincuenta años.

—Hola, Lola, yo soy Andrea.

—Tu nombre me lo sé de memoria. Tu padre no deja de hablar de ti, está todo el día con su hija en la boca. Hemos visto el post del desfile y… estás preciosa. Bueno, es que lo eres.

—Gracias. Tú también eres muy guapa —contesté, sorprendida por tanta simpatía.

—Hija —dijo mi padre con una sonrisa enorme—, he invitado a Lola a casa unos días. Y Fermín trajo a su amiga Carmen. Regresamos el sábado.

—Haces bien, papá —respondí, feliz de verlo así.

—Pero tienes que aceptar una invitación a comer en un restaurante de tu tierra —añadió Lola, con ese arte natural que se notaba en cada palabra.

—Encantada. Y ya sabes, en mi casa tienes las puertas abiertas para venir con mi padre cuando quieras.

—Alfonso, ya la quiero. Tu hija me ha terminado de conquistar —dijo, provocándonos una risa compartida.

Se quedaron un rato contándome lo bien que lo estaban pasando los cuatro en Portugal. Y yo, mientras los escuchaba, me sentía inmensamente feliz. A mi padre le brillaban los ojos como hacía tiempo que no le veía, con esa ilusión juvenil que creía perdida. Sí, el viaje había sido un acierto. Y verlo enamorado por primera vez en tantos años me llenaba de alegría.

Cuando colgué, fui directa a la cocina. Decidí preparar una tortilla de patatas, freír unos pimientos y acompañarlo con un vaso de gazpacho; tenía una botella recién abierta.

Comencé a pelar patatas mientras escuchaba a Eros Ramazzotti de fondo. Me gustaba sobre todo su discografía antigua. Cada canción me recordaba a él. Y más ahora, después de haber bajado de la nube en la que había vivido durante un día. La realidad me golpeaba fuerte: iba a echar mucho de menos esos momentos con Stefano, pero era consciente de que seguramente no había sido más que una entre tantas. Por mucho que me hubiera hecho sentir especial.

La tortilla me había quedado de lo más fotografiable, y no dudé en subirla a historias. El aroma que desprendía era un festín en sí mismo. Estaba terminando de sacar los pimientos de la sartén cuando Tessa llegó.

—Me quedo muerta, te ha contestado Stefano a la publicación.

—¿Qué dices? —pregunté, incrédula.

—Lo acabo de ver en el bus. Tampoco es que te haya escrito un poema —añadió, apretando los dientes.

Con el corazón acelerado, cogí el móvil y entré en Instagram. Allí estaba: un corazón suyo y, debajo, el comentario.

«Unas fotos muy cuidadas y un comentario que describe muy bien lo que yo quería transmitir. Eres una gran profesional en todos los sentidos».

Acompañó el final de la frase con un emoticono de un guiño. Se me cayó el alma al suelo.

—¿Me ha llamado puta?

—¿Por qué dices eso? —me preguntó sorprendida.

—Lo que oyes. Dice que soy una profesional en todos los sentidos. Blanco y en botella, Tessa. Llevo años en este mundo y sé cómo se juega con las palabras. Si hubiera querido ser correcto, habría puesto «una gran profesional del periodismo». Pero no. Dijo «en todos los sentidos». Eso va con segundas.

—¿Tú crees?

—Estoy totalmente convencida. Es más, le voy a contestar al comentario, porque una cosa es que lo ame con todo mi corazón y otra que venga a pisarme y menospreciarme públicamente. Antes le arranco los huevos, así tenga que ir a Venecia.

Cogí el móvil sin dudarlo y, después de escribir y borrar varias veces, terminé publicando mi respuesta.

«Un placer saludarte, Stefano. Entiendo que te has referido al mundo de la comunicación, porque hasta ahora, que yo sepa, no me atrevería a adjudicarme otra profesión ni profesionalidad que no sea esa, a la única que me dedico. Por cierto, gracias por la gran noche que nos hiciste pasar».

—Has sido directa, ¿eh? —murmuró Tessa, leyendo también desde su móvil—. Y además tuteándole. —Se echó a reír.

—Cuanto más releo su comentario, más claro tengo que no es el hombre perfecto que me quiso aparentar ser. —Bufé, dándome aire con la mano.

—Ya ha contestado —me advirtió ella.

Entré corriendo de nuevo al perfil.

«¿Segura? Tenía otra impresión… pero repito, impecable la descripción y las fotos. Sin otro particular, un saludo de agradecimiento por su asistencia».

Me serví una copa de vino.

—Se lo ha buscado, por mi vida, que se lo ha buscado. —Me eché una copa de vino mientras pensaba qué le iba a responder—. Que no piense que me deja a mí la conversación por cerrada, por muy Stefano que sea. ¿De qué va?

—¿Y si le hablas por privado?

—Si hubiera querido, lo habría hecho él. No pienso dejarlo en su terreno. Que quede claro ante todos mis seguidores.

—Madre mía, al final vais a ser titulares —se llevó la mano a la cara.

Escribí despacio, calibrando cada palabra, y pulsé enviar:

«Me gustaría que aclarases esa 'otra impresión de profesionalidad' que creías que tenías, sobre todo para que no quede espacio a interpretaciones de las que yo no deba defenderme».

—Ahí lo lleva —dije deslizando el móvil sobre la mesa.

—Pues, muy bien contestado, tampoco le has dicho nada malo.

—No va a responder, lo sé. Para él, la conversación ya terminó, y seguro que siempre va a intentar quedar por encima. No es que lo suponga, es que es obvio: es Stefano Marchetti, el dueño y creador de un imperio.

—Pero él no era así, Andrea. Siempre me dijiste que era prudente, hermético, muy medido con sus palabras. Nunca leíste de él un desplante a la prensa.

—Pues tuvo que explotar conmigo. —Me encogí de hombros.

—¿No lo habíais pasado bien? Eso me contaste por mensaje.

—De puta madre. O al menos eso creía yo. —Negué con la cabeza—. Te juro que me va a estallar la cabeza. Se me acaba de caer el mito —dije, apretando la copa entre los dedos antes de beberla de un trago—. Como no lo aclare, planto un artículo con fotos y todo, titulado: *«24 horas con el señor Stefano»*.

—Lo que me faltaba por oír. —Tessa también apuró su copa de un trago—. Ojalá ese hombre recapacite y conteste como Dios manda. —Miró su móvil y alzó las cejas—. Pues no le ha faltado tiempo para responder.

Solté el aire despacio, respiré hondo y abrí la notificación. El comentario decía:

«Describe explicar…»

Lo releí varias veces, sin dar crédito.

—Te está provocando —dijo Tessa, tan indignada como yo—. Y además con un tono prepotente.

No lo dudé un segundo. Podría amarlo con todo mi ser, pero a mí nadie me pisoteaba. Ni siquiera él.

Escribí con los dedos firmes:
«Te lo explicaré en la siguiente publicación, cuando la prepare de forma concienzuda, para que no quede margen a otra interpretación más allá de la real».

—A tomar por culo. Ahora que se la coma —dije, dejando el móvil a un lado para empezar a comer.

—¿Lo vas a poner?

—Claro que sí.

Y lo puse. Su respuesta no tardó:
«Lo espero encantado».

No reconocía a ese Stefano. No era el hombre que me había mirado con ternura, ni el que me había hecho sentir especial. Era otro. Y no entendía por qué.

—¿Estás llorando, niña? —me preguntó Tessa.

—Sí, de rabia. No lo entiendo. ¿Qué le pasa a ese hombre?

—Que sabe tratar como princesas para lograr su objetivo y después las pisa para sentirse por encima del bien y del mal. Algo así será. Pero yo no quiero verte sufrir por ese gilipollas.

—Pues sufrir, sufrirá él con el post que voy a subir.

Mientras masticaba sin ganas, miraba los comentarios que la gente ya dejaba. Habían notado el choque. Algunos hablaban de «conflicto» como si fuéramos políticos. Otros, de «mal rollo del pasado». Incluso había quien apostaba por la tensión sexual. Qué fácil era levantar teorías.

—Venga, no le des más vueltas. No merece tu rabia —me dijo Tessa.

—Me valdrá de lección. He tenido que pelear mucho para que nadie me pisotee. Y sé cómo lidiar con ese hombre.

—¿Subirás hoy la publicación?

—No, mañana. Quiero escribirla en frío. Por la mañana estaré más clara y decidiré bien cómo exponerlo.

—Sé que lo harás impecable. Te admiro, amiga. —Me apretó la mano sobre la mesa.

Cuando se fue, la casa quedó en silencio. Yo me quedé en la cocina, con una copa de vino medio vacía y el corazón hecho pedazos.

Me dejé caer en el sofá con el portátil sobre las piernas. La pantalla en blanco me miraba como un espejo que me retaba a no callar. Suspiré hondo, junté fuerzas y empecé a ordenar ideas.

No iba a ser solo una respuesta para Stefano. Era mucho más. Era mi defensa, mi voz. Una declaración contra todas esas veces en que me habían hecho sentir que tenía que justificarme: quién era, lo que hacía, lo que sentía… y sobre todo, lo que valía.

Las imágenes volvieron como una tormenta. Cada instante de aquel único día a su lado: sus palabras, sus gestos, su mirada, los besos que me habían hecho olvidar mi propio nombre. Todo regresaba con una nitidez que dolía. Pero él no estaba aquí. Y, después de lo escrito en aquel maldito comentario, entendía que no volvería a estarlo jamás.

Me descubrí con lágrimas en los ojos. No eran de tristeza. Eran de rabia, de decepción. ¿Por qué había tenido que ser tan cruel? ¿Por qué, después de tratarme como a alguien especial, me reducía en público a una sombra?

Quizá porque hombres como él sabían cómo elevarte al cielo solo para que la caída sonara más fuerte.

Abrí el portátil de nuevo, más decidida que antes. Mis dedos empezaron a volar sobre el teclado. Cada palabra era un golpe contra la herida que me había dejado. Cada frase llevaba la rabia de sentirme traicionada y la convicción de que, si no hablaba yo, nadie lo haría por mí.

Recordé cómo, en su *suite*, me había asegurado de que no buscaba lo que yo creía. Que quería conocerme. Que estaba allí porque sí, ya que le apetecía. Y ahora… ahora me trataba como si hubiera sido una simple acompañante de una noche.

Cuando terminé, cerré el portátil con un chasquido seco. Me sentí extrañamente ligera. No feliz, no plena, pero sí un poco más tranquila. Como si al poner en palabras lo que me quemaba por dentro hubiera recuperado una parte de mí que estaba en riesgo de perder.

Era respeto lo que había puesto en ese texto, porque de eso me sobraba. Pero también había fuerza, había verdad. Y, aunque él jamás lo leyera, yo sabía que lo necesitaba.

Por primera vez desde aquella despedida, sentí un atisbo de paz.

Capítulo 17



Stefano

Estaba solo en mi *palazzo* de Venecia, sentado junto a la ventana del salón, observando sin realmente ver cómo las góndolas deslizaban sus sombras en los canales teñidos por la luz mortecina del atardecer. La ciudad era la misma de siempre, pero a mis ojos se había vuelto fría, distante. Sentía que algo se había quebrado dentro de mí, aunque aún no lograba darle forma ni nombre.

No dejaba de repasar el día del desfile, lo que habíamos vivido, lo que había sentido. Y, sobre todo, cómo había acabado todo: enredado en una mezcla amarga de rabia, cansancio y confusión.

Mis comentarios en el post de Andrea seguían ahí, como cicatrices visibles. Un error. Un desliz. Algo que nunca pensé que haría de forma pública. Pero lo había hecho. Intenté ser cordial, comedido… y acabé reaccionando. Tal vez porque Andrea había removido en mí una parte que prefería mantener escondida. Una que ni yo mismo quería enfrentar.

El zumbido del móvil me sacó de mis pensamientos. Vibraba sobre la mesa con insistencia. Al ver el nombre en la pantalla, suspiré. Paola.

Deslicé el dedo para contestar.

—¿Qué demonios haces, Stefano? —Su voz sonaba entre la preocupación y el reproche—. ¿Cómo has entrado así en el post de Andrea? Era inofensivo, normal… y tú vas y escribes eso. ¿Qué te pasa?

Me mordí el labio, con una sonrisa amarga que nadie veía.

—Más que preguntarte el porqué, deberías preguntarte por quién —respondí en voz baja.

Paola soltó un suspiro y después una maldición en italiano que me atravesó como un latigazo.

—*Porca miseria*, Stefano… No debiste dejar que ella te obligara. No tendrías que haber permitido que te arrastrara a eso.

Permanecí en silencio por un momento, consciente de que ella me conocía demasiado bien y de que no necesitaba añadir nada más para que supiera lo que había pasado. Sin embargo, la curiosidad y el miedo seguían rondando en su voz.

—Sabe lo que pasó con Andrea aquel día en el resort. —Terminé admitiendo, con frustración—. No sé cómo lo descubrió, pero lo sabe. Y me exigió que me encargara de que esa periodista no volviera a ilusionarse conmigo. Que no le dejara pensar en algo que jamás ocurriría. Me repitió que no debía cegarme por una novedad, que Andrea no era más que un relámpago, y que tengo demasiado que perder si me dejo llevar.

Paola guardó silencio unos segundos. Luego, con la voz cargada de un rencor feroz, me dijo:

—Jamás creí que podría odiar tanto a alguien. Pero lo hago. Con toda mi alma. Y si pudiera, la borraría de tu vida.

Colgamos la llamada poco después. Me quedé mirando de nuevo por la ventana, hacia esos canales tranquilos, hacia la ciudad que me había visto crecer, y que parecía hoy extrañamente ajena. La soledad me envolvía, y no supe cuánto tiempo estuve así, perdido en mis pensamientos.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que sonó el timbre. Me levanté con desgana, crucé el mármol frío del pasillo y abrí la puerta.

Y allí estaba ella: mi madre.

Su presencia entró en la casa como una ráfaga de aire fresco. A pesar de los años, seguía conservando esa belleza serena, la elegancia que la había hecho brillar en las pasarelas. El paso del tiempo había dejado huellas en su rostro, sí, pero ninguna de ellas había borrado la fuerza tranquila que siempre me había inspirado.

—*Mamma.* —Sonreí, y la palabra salió como un alivio—. Qué alegría verte.

Ella me devolvió la sonrisa, cálida, auténtica.

—Veo que todo sigue igual, Stefano. Siempre tan reservado, tan serio.

Nos sentamos en el salón, mientras mi madre dejaba el bolso con un gesto despreocupado sobre la silla.

—Cariño, tu desfile ha sido un éxito —dijo con orgullo—. No es fácil, y, sin embargo, la gente no habla de otra cosa. He leído también el post de esa periodista… Andrea, ¿verdad?

Asentí, intentando restarle importancia.

—No tiene trascendencia, *mamma*. Solo un cruce de mensajes, nada más.

Ella me observó con esa mirada profunda que siempre utilizaba cuando quería ir más allá de mis palabras.

—La gente siempre hablará, Stefano. Pero eres tú quien decide qué merece tu atención y qué no.

Preparamos café y lo bebimos en silencio, un silencio cómodo, cálido, como hacía tiempo no compartíamos. Era un momento simple, pero lleno de calma.

—¿Y la pequeña Emma? —preguntó de repente—. Estoy pensando en pasar a verla esta tarde.

—Estará feliz de verte —respondí con una sonrisa cansada—. Eres su abuela favorita.

Se echó a reír.

—No tiene otra opción, ¿no? —añadió con humor, aunque en su voz se coló una leve sombra de melancolía.

La acompañé hasta la puerta cuando se despidió. Al quedarme solo, el peso de mis pensamientos regresó de golpe. Andrea volvió a mí como un eco insistente. Ese único día juntos, tan intenso y frágil a la vez, me quemaba por dentro. ¿Cómo podía algo tan real derrumbarse tan deprisa?

Me acerqué a la ventana. El atardecer teñía los canales de reflejos dorados y violetas, pero la ciudad me parecía distante, casi ajena. Su sonrisa, su mirada, la manera en que me había observado sin máscaras… Todo eso estaba aún conmigo, más vivo que nunca.

Me serví un *whisky*. El líquido quemó mi garganta, pero no consiguió apagar el fuego que ardía en mi pecho. Al contrario, avivó las preguntas que me negaba a responder: ¿había sido justo con ella? ¿Había sido justo conmigo? ¿O simplemente había cedido al miedo?

El móvil vibró en la mesa. Un mensaje de Paola.

Paola: *No puedo creer que te hayas metido en ese lío. Pero entiendo por qué. Solo asegúrate de que no te salpique.*

Suspiré antes de contestar.

Stefano: *No sé si esto acabará bien, pero ya no puedo retroceder.*

Me dejé caer en el sofá, apagando la luz. Dejé que el murmullo de Venecia entrara por la ventana abierta: el rumor del agua, las voces lejanas, el eco de una góndola al pasar. La ciudad susurraba lo mismo de siempre, historias de amores imposibles, de encuentros fugaces y despedidas dolorosas. Historias como la mía.

Pensé en lo que le había dicho a Paola. Que Andrea debía olvidarme, que su historia conmigo no tenía futuro. ¿Pero era eso verdad? ¿O era solo una excusa para protegerme de lo que sentía? Me dolía admitirlo, pero una parte de mí quería que ella siguiera allí, que no desapareciera de mi vida tan rápidamente. Quería tener la oportunidad de conocerla más allá de un simple encuentro.

Pero el orgullo, ese maldito orgullo, me impedía dar ese paso. Me recordaba constantemente que no podía permitirme distracciones, que mi mundo era frágil y que debía mantener el control.

Pasaron las horas y no pude dormir. Me levanté y fui a la cocina, donde preparé un café fuerte, esperando que me ayudara a despejar la mente.

Y lo hizo, solo que durante unos breves momentos.

Finalmente, me rendí al cansancio y decidí irme a la cama. Justo entonces, la pantalla del móvil se iluminó con un mensaje de quien menos quería saber. Leí la notificación de reojo, pero no abrí la conversación. No respondí. Solo dejé que las palabras quedaran allí, ignoradas, como si al hacerlo pudiera alejarlas también de mi mente.

Cerré los ojos y suspiré. Pensé en lo que había hecho, en Andrea, en todo lo que de verdad importaba. Y no, no era únicamente mi firma, mi imperio, mi reputación. Era mi familia. Siempre lo había sido, aunque a veces lo olvidara.

Al amanecer, me levanté temprano y salí a caminar por Venecia. El aire fresco olía a sal y pan recién horneado, y las calles comenzaban a llenarse del rumor de la vida diaria. Crucé puentes, recorrí callejuelas estrechas, saludé a algún rostro conocido. Todo seguía su curso, como si nada hubiese cambiado.

Pero para mí, todo había cambiado. Porque en cada sombra reflejada en el agua, en cada voz que se desvanecía entre las fachadas antiguas, aparecía ella: Andrea. Su sonrisa se filtraba en mis pensamientos, su mirada ardía como un fuego imposible de apagar.

Volví al *palazzo* con el corazón agitado. No sabía cómo ni cuándo, pero tenía la certeza de que esta historia no había terminado. Que aún quedaban páginas por escribir.

Capítulo 18



Andrea

Me preparaba el primer café de la mañana, intentando recomponerme después de una noche terrible en la que me había desvelado varias veces, incluso con una pesadilla que todavía me pesaba en el cuerpo.

Cada vez que cerraba los ojos, la imagen de Stefano aparecía sin permiso, paseándose por mi mente como un intruso que sabía exactamente dónde doler. Y lo que más me atormentaba era esa pregunta constante: ¿cómo pude ser tan ingenua?

El contraste entre lo que había vivido con él y la crudeza de la realidad era tan brutal que sentía que me partía en dos. Estaba claro: Stefano era el típico hombre de «si te he visto, no me acuerdo». Y yo, en cambio, era de las que no se quedaban calladas. Si él pensaba que iba a dejarme en silencio, se equivocaba.

Había llorado mucho, lo reconozco, porque a ese hombre lo amaba. Y ahora me encontraba frente a esa publicación que había compartido con todo mi cariño, convertida en un hervidero de comentarios. Había de todo, pero los que más me herían eran los de aquellos que carecían de la más mínima educación o empatía. Algunos insinuaban que Stefano me trataba como si fuera una puta, otros hablaban con una indiferencia cruel, como si yo no fuera más que una nota al pie en su historia. Entre miles de mensajes, esas palabras eran cuchillos que se me clavaban una y otra vez en el alma.

Tenía ya seleccionadas las fotos para acompañar la publicación. Y, como él había compartido el día anterior una imagen en la piscina de la villa, mis fotos iban a coincidir con las suyas, dejando claro que yo también había estado allí.

La primera, que usaría de portada, era una mía desde la misma perspectiva: dentro de la piscina, con el mar y aquel paisaje de ensueño de fondo.

La segunda mostraba los dos cafés apoyados en el borde, junto a los bombones que habíamos compartido.

Y la tercera, más reveladora, capturaba nuestras piernas entrelazadas sobre la cama balinesa, con la piscina de fondo. Su rostro no aparecía en ninguna, pero no hacía falta: las imágenes hablaban por sí solas.

Las añadí a la publicación y pegué el texto que ya tenía preparado después de haber hecho mil borradores. Quería ser clara y concisa, sin decorar absolutamente nada. Total, ya habían hablado lo que les había dado la gana, que siguieran comentando en este nuevo post que iba a tener salseo para rato.

«No se trata de profesionalidad, sino de reconocer cuando hemos estado en el lugar equivocado con la persona equivocada. A veces hacen falta golpes de realidad para derribar las idealizaciones que construimos sobre otros. Que tengan un buen día.»

En menos de tres minutos, los comentarios ya se contaban por cientos. Todos señalaban lo mismo: que era el mismo sitio de Stefano, que las piernas hablaban por sí solas. Sabía que había encendido un fuego. Y si él se atrevía a contestar, yo tenía preparada la artillería. Si quería guerra, la iba a tener.

Tessa no tardó en escribirme:

Tessa: *Te lo has cargado, Andrea. Con ese post o lo haces entrar en cólera, o se tiene que meter debajo de un puente.*

Andrea: *Me voy a duchar. Quiero irme a la calle a desayunar, paso de estar pendiente de los comentarios. Luego los leeré todos. Y tranquila que, como conteste… tengo preparada la respuesta perfecta para que mastique y*

trague. Estoy superdecepcionada con él, obviamente es mi culpa, pero te garantizo que, por mucho que lo ame, más me amo a mí.

Tessa: *Así se habla. Te quiero, cariño.*

Andrea: *Y yo a ti, preciosa.*

Me repetía bajo el agua caliente de la ducha que ni él, ni nadie, iba a poder conmigo. No pensaba agobiarme ni llorar más por alguien que no lo merecía.

Lo que de veras me consumía era cómo había sido capaz de arruinar algo tan bonito con una actitud tan soberbia. Habría bastado con que hubiera comentado mi publicación de una manera más sutil, o incluso que la hubiera ignorado, como había hecho con tantas otras de invitados o de la propia prensa. Pero no. Eligió atacarme. Y la única explicación que encontraba era que había querido dejarme claro, de la forma más hiriente posible, que yo para él no era nada. Eso ya lo sabía; nunca esperé volver a verlo. Pero al menos quería quedarme con el recuerdo intacto de lo que habíamos compartido, con ese sabor dulce de un momento irrepetible. Y, sin embargo, lo echó todo a perder.

Salí a la calle a recargarme de esa energía que producía el solecito de la mañana. Comencé a caminar en dirección al centro, tenía ganas de darme una vuelta por los escaparates de la avenida y darme algún caprichito. ¿No era algo así lo que decían, que las penas se quitaban a base de quemar tarjeta? Pues iba a probar si eso tenía algo de cierto…

—¡Laura! —exclamé emocionada al verla justo frente a la puerta de mi edificio.

—Precisamente a ti venía a buscarte —dijo con su sonrisa habitual mientras me rodeaba con un abrazo cálido.

—¿Todo va bien con el bebé?

—Sí, tranquila —respondió acariciándome la mejilla—. Pero… ¿me dejas invitarte a un café?

—Por supuesto. Intuyo que necesitas contarme algo.

—Exacto —asintió con un suspiro—. Necesito desahogarme, pero si lo hago con Tessa, me juego la vida… y la de mi bebé. Contigo sé que no corro ese riesgo. Confío en que guardarás el secreto hasta que llegue el momento de decir la verdad.

Me tomó del brazo con firmeza y caminamos juntas hasta una pequeña terraza cercana. Sentía en el estómago que lo que iba a decirme era grande, quizá demasiado.

Nos sentamos en una mesa discreta y el camarero se acercó enseguida a tomar nota.

—Bueno, lo primero es preguntarte si has visto esos vídeos que se han hecho virales con el lema de «escuchamos, pero no juzgamos».

—La leche. —Me reí—. Me estás asustando.

—Pues no lo parece. —Señaló mi cara con su mano.

—Normal que me ría. Es que tienes unas cosas…

—Allá voy. —Se persignó—. El papá de mi bebé tiene nombre, apellidos y es conocido…

—¿Es famoso?

—No, hija —se echó a reír—, que es conocido entre nosotros.

—Suéltalo ya, porque hoy tengo los nervios a flor de piel y no es plan que vaya a más.

—Es Alex, el ex de mi hermana.

—¿¡Qué!? —grité tan fuerte que los demás clientes de las mesas de alrededor miraron hacia mí—. Dime que es una broma.

—No, no lo es. Se separó de su mujer por mí.

—Ese va de oca en oca y tiro porque me toca, pero ¿tú has pensado en el daño tan grande que le vas a hacer a tu hermana?

—Eso es pasado.

—¿Pasado, cuando no hace ni dos años de eso? ¿En serio? ¿Después de lo que le hizo? ¿Te parece a ti normal? Ahora entiendo eso de escuchar y no juzgar. La vida no es así de sencilla y hay que apechugar con lo que se hace. No está bonito esto, Laura.

—Nos amamos…

—¿En serio crees a alguien como él? ¿De verdad?

—Yo soy la que lo estoy viviendo y sé cómo es él.

—Gritó a los cuatro vientos que amaba a tu hermana y la dejó para casarse con otra en tiempo récord, el mismo récord que tardó en dejarte a ti embarazada y romper su matrimonio.

—A mí me ama. —Volvió a defender esa «relación».

—Y antepones la lealtad a tu hermana, a ese «nos amamos». De verdad que me acabo de llevar la mayor decepción del mundo contigo.

—Es un secreto, te lo recuerdo.

—No te preocupes, no le diré nada. Eso tendrás que enfrentarlo tú. Pero que te quede claro: para mí ya no eres la Laura a la que respetaba, quería y admiraba. Tu hermana tiene mucha más dignidad y corazón que tú. Jamás le habría hecho algo así.

—Tampoco te pongas así…

—Métete el desayuno por donde te quepa. —Me levanté, agarré mi bolso y salí sin mirar atrás.

—No deberías hablarme así, estoy embarazada.

—Haber empezado tú por respetar a tu hermana. Que tengas suerte, porque la vas a necesitar.

Aquello era surrealista. Justo lo que me faltaba en un día como este. El dolor que sentiría Tessa al descubrir la verdad iba a ser insoportable. Ella, que siempre había defendido a su hermana con uñas y dientes, que se había partido la cara por ella una y mil veces… ¿y así se lo pagaba? Era cruel hasta el extremo pedirle que fuera la madrina del hijo del hombre que la abandonó, ese que la dejó rota.

La realidad me golpeaba con más fuerza que todo lo que me había hecho, Stefano. ¿Cómo podía ser alguien tan retorcido? ¿Dónde quedaba su dignidad?

Caminé sin rumbo hasta llegar a la plaza donde solíamos ir Tessa y yo. Me senté en nuestro rincón habitual y pedí un café. No tenía hambre. El estómago se me había cerrado de golpe.

La cabeza no paraba de martillearme con un único pensamiento: el momento en que Tessa lo supiera. ¡Se iba a morir de pena!

Me llevaba la taza a los labios cuando vibró el móvil. Una notificación. Era ella. Me preguntaba si no había visto lo que Stefano me había comentado en la nueva publicación, acompañando el mensaje con emojis de asombro. Eso me puso todavía más nerviosa de lo que ya estaba. Si supiera…

«Pensé que me ibas a dar las gracias por vivir uno de los días más icónicos de tu vida. Pero bueno, me alegro de que te haya servido al menos para disfrutar de un entorno distinguido por unas horas. Eres una afortunada».

¿Icónicos? ¿Gracias? ¿Distinguido? ¡Por favor! Era un gilipollas, así de simple. Un gilipollas monumental. ¡Y lo peor es que dolía!

Mientras tanto, la prensa seguía frotándose las manos. Los titulares eran brutales, las notificaciones no paraban de caer, compañeros de profesión

queriendo que diera mi versión. El móvil parecía a punto de estallar. Y yo, con cero ganas de darle material a nadie.

Los comentarios coincidían una y otra vez en lo mismo: que llevaba un bañador de su firma, que debía de haber sido un regalo suyo, que era de la colección de verano y valía un dineral.

Me encendí un cigarro y, entre calada y calada, medité la respuesta. Sabía que iba a ser la última. A ese hombre no le iba a regalar ni un minuto más de mi tiempo.

«El lugar era distinguido, la compañía dejó mucho que desear. Y si el mejor plan que tienes es atacarme, disfrútalo: tienes barra libre. Eso dice mucho de ti como persona. Éxitos, campeón».

Tecla a tecla, cada palabra fue un desahogo. Y cuando pulsé publicar, sentí un destello de fuerza. Había cerrado un capítulo. O al menos eso quería creer.

Apagué el cigarrillo con un gesto firme, como si así también apagara la rabia. Cerré los ojos unos segundos, respirando hondo, recordándome que debía pensar en mí, no en él. No, Stefano, no merecía más de mi energía.

Aunque sabía que no iba a ser tan sencillo. Stefano había dejado huella, y por mucho que ahora esa huella ardiera, aún me dolía. Dolía su traición. Dolía su indiferencia disfrazada de orgullo.

El móvil volvió a vibrar. Esta vez era Felipe, un periodista al que conocía.

Felipe: *Andrea, ¿vas a responder a la polémica? La gente está dividida. ¿Quieres hacer alguna declaración oficial?*

Apagué la pantalla sin contestar. No era el momento. No tenía que darle explicaciones a nadie más que a mí misma.

Seguí caminando con su frase, repitiéndose en mi cabeza como un eco venenoso: «Eres una afortunada.» Esa frase no sonaba a cumplido, sonaba a burla.

Me detuve en una esquina, mirando a la gente pasar. Todos con sus vidas, con sus problemas, con sus pequeñas o grandes luchas. ¿Por qué la mía tenía que ser tan complicada? ¿Por qué las personas a las que más entregaba, eran las que más me dañaban?

Sentí el peso de la soledad, pero también la fuerza que me impulsaba a no rendirme.

Decidí que hoy no me hundiría. Hoy era día de reconstrucción. Iba a hacer algo por mí, algo que me devolviera la sonrisa.

Entré a una *boutique* que conocía bien con una amplia sonrisa. Miré sin prisa cada prenda, tocando las telas, imaginando las sensaciones. Me probé un vestido rojo intenso que me hacía sentir poderosa, y al verme en el espejo, sonreí.

—Esto es un comienzo, Andrea —me dije mientras aquel espejo me devolvía el reflejo.

Ya por la noche, después de un día en el que había evitado leer mensajes, notificaciones y atender llamadas, mientras me metía en la cama, la cabeza no dejaba de darme vueltas en torno a todo lo ocurrido. ¿Qué había aprendido de todo esto?

Que amar no significaba perderse a uno mismo. Que la dignidad no tenía precio. Y que el amor propio era mi mejor escudo.

Con el teléfono apagado y los ojos llenos de lágrimas con una mezcla de tristeza, dolor y liberación, me dormí con la esperanza de que mañana sería un día diferente.

Capítulo 19



Stefano

Cuando vi el nuevo post de Andrea en redes sociales, comprendí que la situación había alcanzado un punto de no retorno. No era una publicación más. Era un golpe directo, un mensaje escrito con rabia y dignidad, una forma de dejarme claro —y de dejar claro al mundo— que ella no iba a borrarse ni a callar porque yo lo hubiera decidido.

Me quedé inmóvil frente a la pantalla, observando cómo las imágenes desfilaban una tras otra: ella en la piscina con el mar de fondo, los cafés servidos al borde, las piernas entrelazadas sobre la cama balinesa. Su rostro no aparecía, pero no hacía falta. La evidencia era tan contundente que gritaba por sí sola. Era nuestra historia reducida a tres instantáneas imposibles de negar.

El texto dolía aún más.

«No se trata de profesionalidad, sino de reconocer cuando hemos estado en el lugar equivocado con la persona equivocada. A veces hacen falta golpes de realidad para derribar las idealizaciones que construimos sobre otros. Que tengan un buen día.»

Leí y releí esas palabras hasta que casi las memoricé. Cada línea era un reproche, pero también un espejo. Porque sí, me estaba describiendo. Era yo el hombre incorrecto. Yo, el golpe de realidad que había destrozado su ilusión.

Sentí una mezcla amarga: rabia, impotencia… y un dolor que no quería reconocer. Ella no solo había hablado de lo nuestro; había expuesto mi debilidad. Había arrancado el velo de perfección que siempre intentaba mantener. Y yo, que había construido mi vida sobre la base del control absoluto, me descubrí a la deriva, vulnerable, en manos de una mujer que, con un solo post, había conseguido derribar mis muros.

El móvil vibró y reconocí el nombre de Paola. No era momento de esquivar esa llamada, aunque sabía que no me iba a gustar lo que me dijera. Paola siempre había sido mi voz de la razón, dura y directa, pero envuelta en un cariño discreto, casi invisible.

—Hola, Stefano. —Su voz sonó tranquila, aunque firme.

—He visto el post —dije sin rodeos, porque estaba seguro de que me llamaba por eso—. ¿Qué opinas?

—Lo ha hecho todo con mucha inteligencia —respondió, pausada pero contundente—. Andrea ha movido las piezas con precisión. Tú deberías plantearte si seguir en esa partida es lo más inteligente.

—No puedo dar marcha atrás, Paola —repliqué, con un peso en el pecho —. Ya he empezado esto y no pienso retroceder.

—No se trata de ganar o perder, Stefano —suspiró, y el sonido de ese aire cargado de verdad me atravesó—. Se trata de no arruinar lo que realmente importa. Y tú sabes bien lo que está en juego.

Colgó antes de darme la oportunidad de responder. Me quedé mirando la pantalla iluminada, reflejando mis dudas. Serví un *whisky* doble y lo bebí despacio, intentando quemar con el alcohol el nudo que tenía en la garganta. Pensé en cómo, años atrás, creí tenerlo todo bajo control… y en cómo cada decisión me había ido empujando hasta este borde, donde todo parecía tambalearse.

Estaba a punto de coger el móvil y escribirle un mensaje privado a Andrea, explicar lo inexplicable, pedirle que me escuchara al menos una vez más, cuando llamaron a la puerta.

Fruncí el ceño. No esperaba a nadie. Me levanté con desgana y abrí.

Allí estaba Fabiola. Su sola presencia llenaba el umbral, como siempre. Tenía esa belleza italiana de líneas clásicas, la de una mujer que había vivido bajo los flashes y el glamur de las pasarelas. Sonreía con la seguridad de quien nunca acepta un no, y me saludó con un beso en la mejilla que me obligó a tensar la mandíbula.

—Me encanta saber que estás cumpliendo con lo que hablamos —murmuró, rozándome con familiaridad—. Eso me tranquiliza.

La miré, desconcertado, casi molesto.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, con un tono más duro del que pretendía.

—Recordarte que tenemos un acuerdo, Stefano. Que lo que está en juego nos une más de lo que crees —respondió, avanzando hacia dentro con la seguridad de quien se sabe en casa.

Se sirvió un *whisky* sin pedir permiso y lo bebió despacio, como si quisiera saborear no solo el licor, sino también mi incomodidad. Sus ojos se clavaron en los míos, cargados de deseo y de esa ambición que conocía demasiado bien. Luego se acercó, lenta, casi felina, dejando que sus uñas pintadas de rojo rozaran mi pecho. Un gesto calculado, uno de tantos que antes me habrían hecho ceder. Ahora, no.

—No puedes olvidar lo que hay entre nosotros —susurró—. No puedes arriesgarlo todo por una chiquilla soñadora como esa periodista.

Mi instinto fue inmediato, visceral.

—No hables de ella sin conocerla. —Repliqué con firmeza, sintiendo que incluso su nombre en labios de Fabiola me irritaba.

Ella soltó una risa baja, provocadora.

—¿Conocerla? ¿De verdad crees que por unas horas junto a ella ya sabe quién eres? No seas ingenuo, Stefano. Nadie podrá darte lo que yo te doy. Lo

sabes. Porque yo conozco tus secretos… —Su voz bajó, afilada como una daga—. Esos que no quieres que nadie descubra. Los que dejarían tu vida hecha pedazos en la prensa.

Entonces se inclinó para besarme. Un beso calculado, fogoso, hecho para reavivar brasas. Pero dentro de mí ya no quedaba fuego para ella. No sentí nada. Ni deseo. Ni ternura. Ni siquiera rabia. Solo vacío.

—Hazme disfrutar como a mí me gusta —susurró, arqueando la espalda con insinuación, convencida de que caería como siempre.

Con desgana, cedí a Fabiola por un instante, pero fue inútil. Intentar revivir algo con ella era como besar un recuerdo muerto. Mi cuerpo estaba allí, pero mi mente, mi alma, todo lo que soy, estaba con Andrea. No tenía sentido. No había deseo, solo un vacío insoportable.

Al final, la aparté con calma y le pedí que se marchara. Sus ojos se encendieron con rabia, una furia helada que conocía demasiado bien.

—Jamás me habías rechazado así —escupió con voz baja, amenazante—. Más te vale no volver a hacerlo, Stefano. Porque, si lo haces, juro que tu vida idílica y perfecta se desvanecerá como si nunca hubiera existido.

Agarró su bolso con violencia y salió dando un portazo. El eco metálico de la cerradura aún vibraba en las paredes cuando me quedé solo, frente al ventanal, con el peso de sus palabras hundiéndome en el pecho.

Apoyé la mano contra el cristal frío. Afuera, los canales serpenteaban como siempre, indiferentes a mi tormenta. Cerré los ojos y vi a Andrea. Su sonrisa, su mirada, la forma en que su voz era capaz de calmarme y, a la vez, encenderme. Necesitaba hablar con ella. Explicarlo todo antes de que fuera demasiado tarde.

El timbre sonó de nuevo. Pero esta vez, no fue como un golpe seco; fue como un alivio. Supe al instante quién era.

Abrí la puerta y la vida entera se me lanzó a los brazos.

—¡Papi! —gritó Emma, y yo la recogí en un abrazo que me devolvió el aire.

La apreté fuertemente contra mí, hundiendo la cara en su pelo alborotado. En sus ojos brillaba esa inocencia que borraba todas mis sombras.

Paola apareció tras ella, con una sonrisa cálida. Me dio un beso en la mejilla y me abrazó con fuerza, como solía hacerlo cuando éramos más jóvenes y todo parecía más sencillo.

—Ay, Stefano… —susurró en mi oído mientras me acariciaba la espalda.

—Si pudiera dar marcha atrás en el tiempo… —musité, apenas sin darme cuenta.

—Papi, podemos comprar ese coche que viaja al futuro y al pasado, y así lo haces —interrumpió Emma con toda la seriedad del mundo.

Solté una carcajada que me alivió como un desahogo.

—*Mamma mia*, ese coche ya no lo encontramos. —Rio Paola, divertida.

—La abuela dice que en Internet se encuentra de todo —replicó Emma encogiéndose de hombros.

La besé en la frente, emocionado.

—Te quiero, princesa.

—Y yo a ti, papi —respondió, apretando mis mejillas con sus manitas y dándome un beso.

Aquella tarde con Emma y Paola fue como una tregua, un refugio en mitad del caos. La risa de mi hija, su energía infinita, la complicidad tranquila con Paola… Era una burbuja frágil, pero preciosa. Y en ese instante, me sentí vivo otra vez.

Mientras jugábamos en el salón, tirados en el suelo con bloques de construcción, sentí algo que hacía tiempo no experimentaba: paz. Emma me miraba con esos ojos grandes, llenos de confianza y amor incondicional. Yo quería ser para ella un refugio, no un huracán de tormentas.

Paola estaba allí, sonriendo, tomando fotos con el móvil, mientras Emma gritaba órdenes absurdas para que le construyéramos castillos. La vida parecía, en ese instante, normal y posible.

—Papi, ¿me haces una torre gigante? —me preguntó Emma, sujetando un bloque amarillo.

—Claro, princesa. Vamos a hacer la torre más alta del mundo —respondí con una sonrisa.

Aproveché cada momento para grabar en mi memoria esos pequeños gestos que ella regalaba sin saberlo: su risa espontánea, la manera en que se metía el pelo detrás de la oreja cuando se concentraba, su voz dulce al llamarme «papi».

Después, mientras Paola preparaba un café en la cocina, me senté en el sofá, agotado por el tumulto de sentimientos que no dejaban de dar vueltas en mi cabeza.

No podía dejar de pensar en Andrea, en cómo esa mujer había cambiado mi vida de manera irreversible y en cómo podía, con un solo post, hacer tambalear todo lo que había construido. Paola se sentó a mi lado y, sin que tuviera que decir nada, entendió.

—No puedes seguir así, Stefano —me dijo suavemente—. No puedes hacer daño a lo que amas por un pasado que duele.

La miré a los ojos y asentí. Ella tenía razón, claro que la tenía. Pero la realidad era que el pasado no se borraba tan fácilmente, y yo no estaba seguro de cómo avanzar sin destruir todo a mi alrededor.

—Tengo miedo, Paola —confesé—. Miedo de perder a Emma, miedo de perderte a ti, miedo de perderme a mí mismo.

Ella apretó mi mano y me abrazó con ternura.

—Entonces no lo hagas. No pierdas lo que de verdad importa.

Fue un consejo simple, pero poderoso.

Después de una de nuestras tardes en familia, mis chicas se marcharon y me quedé solo en la sala, mirando por la ventana los canales iluminados por la luna. El reflejo del agua parecía un espejo que me mostraba no solo el paisaje de Venecia, sino también el reflejo roto de mi propia alma.

Cogí el móvil de nuevo. Tenía el dedo sobre el ícono de Andrea. Estaba a punto de escribirle algo, cualquier cosa que pudiera abrir una ventana hacia ella.

No podía dejar de recordar cómo había empezado todo con Andrea: las risas, las miradas, el fuego que me encendía cada vez que ella estaba cerca. Me pregunté si todavía quedaba algo de esa pasión o si simplemente era un eco enterrado bajo la distancia y el dolor.

Escribí finalmente un mensaje corto, lleno de sinceridad contenida:

«Andrea, sé que esto duele. Yo también lo siento. Cuando estés lista, estaré aquí para hablar».

Suspiré, dudando de si enviarlo o no, pero finalmente no lo hice. Borré el mensaje y apagué el móvil, cerrando los ojos mientras una lágrima solitaria rodaba por mi mejilla.

No, después de esto que había empezado, después de exponernos a los dos en redes y de que todo el mundo comentara sin saber, sabía que este no sería un camino fácil para llegar hasta Andrea, pero desde luego me encantaría poder recorrerlo.

Porque esa mujer, en apenas unas horas conmigo, me había demostrado que valía la pena conocerla, que valía la pena intentar estar presente en su vida.

Pero la mía ahora mismo era un caos, uno de esos que, por mucho que quisiera, no podría dejar atrás sin hacer daño a quienes más me querían.

Capítulo 20



Andrea

Llevaba unos días con una tristeza que no conseguía arrancar de mi interior. Desde mi última respuesta, en la que solo recibí un corazón por su parte y nada de contestación, cosa que agradecía, sentía más que nunca que se había reído de mí y que me había utilizado para un *show* que lo llevaría a estar más presente en los medios de comunicación. Era así, indudablemente. Tras el desfile necesitaba estar en el foco.

No había tenido noticias de Stefano más que las que publicó un medio italiano, que lo captó en la terraza de un restaurante de Venecia cenando con una joven muy bella y en la que se le veía de lo más cómodo en actitud cariñosa. Hasta pensé que él mismo había provocado eso para zanjar cualquier tema que tuviera que ver conmigo. Era toda una provocación.

Mi padre me avisó de que llegaba esa misma noche. Quedé en verlos el domingo, ya que se moría de ganas por presentarme a Lola, pero como ese día salía con Tessa, no quería depender de quedar al siguiente por si lo pasaba de resaca.

Necesitaba salir y olvidarme de todo lo que había pasado en mi vida por culpa de Stefano, ese hombre al que amaba con todo mi corazón a pesar del daño tan gratuito que me había hecho, pero la venda se me estaba cayendo de los ojos, aunque nada tuviera que ver con mis sentimientos más profundos que, por desgracia, seguían intactos.

A pesar de todo, había estado trabajando en algunas informaciones que me habían llegado y que, después de investigar, conseguí dar dos titulares primicia.

Estaba terminando de arreglarme para ir al encuentro de Tessa en el restaurante de la plaza donde nos gustaba salir durante el día. Solíamos hacerlo los sábados, pero en esa ocasión lo habíamos adelantado al viernes porque la situación lo requirió. Así que me encontré con ella en cuanto salió del trabajo.

La situación pesaba por todos lados, sobre todo con mi amiga, porque con ella tenía el problema de estar al tanto de un secreto que la implicaba por completo y que le iba a hacer mucho daño. Incluso había estado meditando la posibilidad de sincerarme y contarle la verdad, pero algo me decía que eso no me pertenecía y que no me habían autorizado a contarlo. Era un dilema que me tenía dividida en dos.

Salí de mi casa, donde ya me esperaba un taxi para llevarme hasta la plaza. Sonrió al reconocerme, ya que no era la primera vez que hacía un trayecto conmigo.

Una notificación de Tessa sonó en mi móvil y, antes de abrir el mensaje, ya sabía que era para decirme que había llegado. No me equivoqué.

Me despedí del taxista y me dirigí hacia la terraza donde me esperaba con una sonrisa de oreja a oreja, además de un par de cervezas.

—Hola, preciosa. —Me incliné para darle un beso en la mejilla.

—Preciosa, tú. Alegra esa cara.

—Pues da gracias de que tenga esta cara y no de que me haya tirado al precipicio desde cualquier altura.

—¿Por un tío de mierda? Mejor dicho, ¿por un chulo de mierda?

—Sí, entre otras cosas —suspiré.

—Andrea, no te quiero ver así.

—Ya quisiera estar de otra manera, pero me está superando todo.

—¿Todo es ese gilipollas?

—Todo es que no estoy en un buen momento. Me siento perdida.

—Perder nos vamos a perder hoy, que nos vamos a beber hasta el agua de los acantilados cuando volvamos a gatas.

—Ya lo que me faltaba para volver a ser noticia. —Solté el aire con fuerza.

—Vamos a celebrar —levantó el vaso de tubo de cerveza— que vamos a ser titas. —Me recordó lo de su hermana y casi me atraganto.

Levanté mi copa fingiendo una sonrisa y la choqué con la de ella, pero no dije nada. Me había propuesto no hacer ningún tipo de comentario sobre Laura porque, si me calentaba…

—Pues muy feo lo de Stefano cenando con otra, más que nada, porque parece que lo hizo para dejar claro que contigo no había nada.

—Sí, como si yo hubiera estado buscando que se me reconociera como algo —negué agobiada—. Todo lo empezó él con ese maldito comentario.

—Al final se notó que iba de prepotente. ¡Qué asco de tío! —gruñó con desprecio—. Ojalá aparezca uno que te borre todo eso que sientes por ese animal.

—Tampoco te pases. —Me reí.

—Poco le digo para lo que se merece. Si lo tuviera delante, le tocaba las palmas en sus mejillas. Se las iba a poner que ni sol le iba a hacer falta.

—¿Tú y cuántas como tú? —pregunté con la risilla suelta.

—Eso, encima, defiéndelo. —Volteó los ojos.

En ese momento apareció el camarero con una bandejita de pescado frito acompañado de pimientos fritos. Se veía espectacular. Yo no tenía idea de que ella ya había pedido por las dos, pero había acertado de pleno.

—Hoy llega mi padre con su ilusión. Se me hace muy raro.

—Ella es de Sevilla, ¿no?

—Sí, la tiene a una horita. Ojalá nazca algo bonito entre ellos, pero no sé, como que, al no estar acostumbrada, pues me choca. Lo importante es que me transmite ilusión y felicidad.

—Pues es con lo que te tienes que quedar.

—Sí, claro, que yo contenta, solo que se me hace extraño. Solo eso. —Sonreí con nostalgia porque estaba de lo más sensible con todo.

—Por cierto, le he comprado a mi sobrina para cuando nazca una pulsera monísima de oro con perlitas blancas y unos pendientes de bolita labrados que son una cucada. Estoy muy feliz de que sea nena. Mi hermana dice que está pensando en ponerle Tessa como yo. —Sonreí sin responder—. Te noto rara estos días. Cada vez que te hablo de mi hermana o el embarazo, te quedas callada.

—Puede ser, estoy muy cabizbaja —me excusé.

—Tranquila, nosotras también seremos madres algún día —me dijo, causándome una risilla.

—No se trata de eso, es que estoy sensible, jodida y sin energías. El italiano se llevó todo de golpe. Espero que se haya quedado a gusto.

—Por nosotras, por resurgir y sobre todo para que recuerdes que, cuando a mí me pasó lo de Alex, ahí estuviste para levantarme y yo a ti te levanto de esta, como Tessa que me llamo. Ya te digo yo que, cuando te estampas contra el suelo y te levantas, te das cuenta de que ya nada más puede contigo.

—Imagino…

Me daba pena. Incluso lo que acababa de decir no tenía lógica si pensaba que la hostia que se iba a llevar con su hermana superaría todos los escenarios inimaginables. Sentía que la estaba fallando por no sincerarme y contarle lo que sabía, pero, por otro lado, era consciente de que eso también podría acarrear un problema mayor.

Me mordí la lengua, aunque en cualquier momento parecía que me iba a sangrar, y me repetí que no podía soltarlo por mucho que lo deseara, porque me partía el alma que ella estuviera ajena a algo tan delicado. No se lo merecía.

—No estás comiendo, Andrea. Y encima tienes la cabeza en otro sitio. ¿Quieres dejar de pensar en ese hombre? ¿No ves que te está robando la salud, la energía y hasta la vida? ¿De verdad te compensa estar así? Eres toda una mujerona que cualquiera desearía tener, ¿te enteras?

—¿Estás imitando todo lo que yo te decía cuando eras tú la que lo estabas pasando mal?

—Efectivamente. Para que veas que me grabé la lección. —Se metió un trozo de choco en la boca.

—Y te quedas tan a gusto. —Me reí.

—Empieza a comer o me levanto y te doy yo, como si de una niña pequeña se tratase. Sabes que no me corto ni un pelo.

—Estoy comiendo —protesté, a la vez que volteaba los ojos.

—Estoy comiendo —repitió imitándome en plan burla y consiguió que se me escapase una carcajada.

Cogió su móvil mientras también reía y se puso a ver algo cuando de repente le cambió la cara por completo.

—¿Qué pasa?

—Busca las noticias de Stefano. Está en todos los titulares. —Se había puesto pálida.

Fue abrir el canal que me llevaba a las noticias y no me hizo falta poner su nombre cuando ya había infinidad de titulares.

«El magnate de la moda, el señor Stefano Marchetti, podría estar siendo extorsionado por una periodista española con la que tuvo un "affaire"».

«Se habla de que la periodista Andrea Paredes estaría pidiéndole un dinero al señor Marchetti a cambio de no contar en una entrevista la relación esporádica que tuvo con él».

«La periodista Andrea Paredes, dispuesta a hablar alto y claro de la historia que tuvo con uno de los hombres más exitosos dentro del mundo de la moda, el señor Stefano Marchetti».

«El empresario de la moda y firma Stefano Marchetti, coaccionado por una periodista española que lo dejó muy mal en sus redes sociales».

Y como eso, un montón más de titulares en los medios españoles, italianos y latinos. Me quería morir. ¿De dónde narices se habían sacado eso? ¿Habría sido él capaz de filtrar algo así para dejarme en peor lugar? ¿Hasta qué punto estaba envenenado su corazón para hacer algo de esa magnitud?

—Se le fue de las manos —murmuró Tessa, dando por hecho que en esto tenía que ver él.

—Te voy a decir una cosa. Hoy no voy a permitir que me pisen más de lo que ya lo estoy. —Apagué el móvil—. Vamos a disfrutar del día, y mañana sé lo que tengo que hacer.

—¡Esa es mi amiga! —Levantó su mano para chocarla con la mía.

Rabia, dolor, tristeza, desesperación y sobre todo impotencia. Era muy injusto que se dijesen esas cosas cuando no me lo merecía.

Recordé que debía llamar a mi padre para decirle que estaba con Tessa, para que no se asustara si me escribía o llamaba y no le contestaba. Lo llamé desde el de ella para no volver a encender el mío.

Después de comer, a duras penas y habernos tomado un par de cervezas, nos fuimos a un *pub* que tenía durante el día un ambientazo y contaba con una terraza exterior de madera que era una pasada.

Tuvimos la suerte de que había algunas mesas libres aún y no tuvimos que esperar turno para sentarnos. Pedimos dos copas de ron con cola.

—Te juro que intento estar bien, pero la rabia que tengo no me deja. Ahora me siento hasta mal por haber puesto el segundo post diciendo lo de que la compañía dejó mucho que desear. En fin, no debería haber puesto nada.

—¿Y dejar que te vapulee? Lo de que la prensa se hiciera eco de tu supuesta coacción, me juego un pulmón a que viene de él. Ese hombre tiene mucha guasa, Andrea. Tiene mucho camino recorrido y se cree que todo el que pase por su lado tiene que agacharse y besarle los pies.

»No quiero verte pasarlo mal por él; es más, he leído cómo muchos compañeros han salido a defenderte en tus posts y hasta en sus propias publicaciones. No va a poder contigo, y no voy a permitir que te conviertas en un trapito por su culpa.

—Mañana voy a grabar un vídeo hablando del tema. Lo haré con mucho cuidado y comedido para no provocar más de lo que ya hay. Pero me voy a hacer escuchar. No se van a quedar esas acusaciones en el aire. No lo voy a señalar a él como la persona que lo orquestó, pero voy a dejar muy claro todo.

—Hazlo, tú eres una persona convincente y que te expresas muy bien mediáticamente. No dejes que la duda se quede en el aire.

—Qué terrible sensación es la de amar a alguien que te está rompiendo en mil pedazos.

—Que me lo digan a mí, que, aunque no te lo diga, a mí Alex me sigue doliendo a pesar de todo el daño que me hizo —me confesó, consiguiendo

que sintiera hasta cómo la tensión se me bajaba.

—¿Lo sigues amando? —le pregunté con temor.

—Con todo mi corazón, porque lo que viví con él no puedo borrarlo ni de un plumazo ni en mucho tiempo. He fingido muchas veces estar bien cuando en realidad estaba hecha una mierda. Aprendí a vivir para los demás, a mostrarme como ellos querían que estuviera, pero todo eso es fachada, porque por dentro lo amo tanto como cuando lo conocí y supe que era el hombre de mi vida.

—Yo hoy me voy a tirar de un puente. —Me froté la cara.

—Tú no te vas a tirar de ningún sitio, porque si lo haces, voy yo detrás. Y no le vamos a dar ese gusto del 2x1 a esta puta vida que solo hace dañar.

—Te voy a preguntar algo. —Di un trago a la copa—. Si mi padre, a mis espaldas, te contara un secreto que me afectara mucho y pudiera cambiar mi relación con él, y te pidiera que no me dijeras nada, que ya lo haría cuando lo creyera oportuno, ¿me lo contarías?

—¿Te has enterado de algún secreto que contó tu padre sobre ti? —me preguntó asombrada.

—No, no, no es eso. Solo quiero saber tu opinión y qué harías en ese caso.

—Él puede pedirme que guarde un secreto o todo lo que le venga en gana, pero está claro que la lealtad la tengo contigo y, si hay algo que ignoras y deberías saber, por mucho que duela, lo siento por tu padre, pero yo lo diría rápido y ligero.

—Me va a doler en el alma lo que te voy a decir, pero me encontré a tu hermana el otro día en la puerta de mi casa. Venía a verme. Fuimos a tomar un café y me contó algo que me está matando desde entonces. Me pidió que por nada del mundo te lo contara, porque lo haría ella.

—¿Mi hermana te ha contado un secreto que yo no sé?

—Y que te va a afectar muchísimo.

—No entiendo nada.

—Tu sobrina tiene padre, no es de un donante. Es alguien muy conocido en tu familia y también en la mía.

—¿Y por qué no me lo ha dicho?

—Ese hombre acaba de divorciarse por ella. Es Alex, tu ex —le dije con un nudo en la garganta.

—¿Qué cojones dices, Andrea? ¡Estás perdiendo la cabeza! ¿Cómo puedes soltar algo así? Es una broma, ¿verdad?

—No, no es ninguna broma. Ojalá lo fuera, pero por eso no digo nada cuando hablas de su embarazo ni te pregunto por ella.

—Si eso es verdad, para mí está muerta —me dijo con rabia y los ojos borrosos—. No quiero creerlo, Andrea, no quiero creerlo, porque eso sería lo más duro que pasaría en mi casa. Sería un antes y un después en la familia.

—Yo le dije de todo, no me pude callar —le expliqué lo que le solté y cómo me fui sin tomar el desayuno.

—¿Nos vamos al puente? —me preguntó, intentando bromear entre lágrimas.

—No, no nos vamos a tirar. Vamos a hacer frente a todo. Aunque hoy lloremos, mañana seremos más fuertes.

—¿Cómo ha podido hacerme eso mi propia hermana?

Pasamos la tarde entre copas, lágrimas, confesiones y toda la rabia que nos acechaba. Ella no podía asimilar que iba a ser tía de la hija del hombre que amaba.

Capítulo 21



Stefano

No daba crédito a lo que estaba viendo.

Sentado en el sofá, con el portátil sobre las piernas y una taza de café ya frío al lado, me quedé paralizado leyendo titular tras titular como si me abofetearan uno a uno.

«El magnate de la moda, el señor Stefano Marchetti, podría estar siendo extorsionado por una periodista española con la que tuvo un "affaire".»

«La periodista Andrea Paredes, en el centro de la polémica por supuesta coacción al empresario de moda italiano.»

«Stefano Marchetti habría sido víctima de chantaje emocional y mediático por parte de la periodista española Andrea Paredes.»

No podía ser cierto. No podía estar pasando esto.

Volví a leer los mismos párrafos como si, al hacerlo otra vez, fueran a desaparecer. Pero no, ahí seguían. Los mismos titulares. La misma infamia. La misma puñetera mentira repetida en bucle.

Me pasé una mano por la cara, intentando apartar el sudor frío que me recorría el cuerpo. Sentía el corazón golpear con fuerza, me costaba hasta

respirar. ¿Cómo demonios habían publicado todo eso? ¿Cómo podía la prensa dejarse manipular de esa forma?

Y, sobre todo… ¿Cómo se lo estaría tomando Andrea?

Me levanté, incapaz de seguir leyendo, y comencé a caminar por el salón como un león enjaulado. Solo se escuchaba el sonido de mis pasos sobre el parqué y mi respiración entrecortada. El estómago se encogía con cada nueva notificación.

Cuando la puerta se abrió de golpe, supe que la tormenta acababa de empezar.

—¿Cómo has podido permitir que salga eso? —La voz de Paola me golpeó como un viento helado. Su expresión era una mezcla de indignación, tristeza y decepción.

—No tenía ni idea, Paola. Lo juro —respondí en cuanto reaccioné—. Lo acabo de ver. Estoy tan sorprendido como tú. Más aún… estoy cabreado. Esto es una locura.

Ella avanzó hacia mí con paso firme, los ojos húmedos y los labios temblorosos. Se notaba que aquello la había removido por dentro, más de lo que quería admitir.

—¡Una locura, dices! ¿Y qué esperabas? ¿Que la prensa no se hiciera eco? ¿Que esto pasara desapercibido? ¡Es una vergüenza! —Su voz se quebró—. Andrea… Andrea estará sufriendo. Y tú lo sabes. Lo único que ha hecho esa mujer es hablar bien de ti en todos los medios. ¡Siempre! ¿Y ahora tiene que cargar con esto?

Me dejé caer en una butaca, derrotado.

—¿De verdad crees que yo permitiría algo así? ¿Que sería capaz de inventarme esto para hundirla?

—Lo que sé es que esa mujer no se merece esto. Lo único que está consiguiendo esta absurda guerra es que ella te odie. Y no porque lo merezca,

sino porque la estás obligando a hacerlo. Estás dejando que esa mujer —dijo con desprecio, refiriéndose a Fabiola— acabe con lo poco que queda de ti y destruya a una periodista a la que ni conoce.

Negué con la cabeza, incapaz de comprender cómo todo se había torcido tanto.

—Eso es justo lo que Fabiola quiere. Que Andrea me odie. Que me olvide. Que me borre de su vida.

Paola guardó silencio unos segundos. Me miró fijamente, con una intensidad que me hizo sentir desnudo frente a ella, incapaz de ocultar nada.

—Yo te estaré siempre agradecida por lo que hiciste por mí —dijo al fin, más calmada—. Y entiendo que no quieras que tu madre sufra, pero tienes que enfrentarte a Fabiola. ¡Ya basta! No puedes seguir dejando que decida el rumbo de tu vida. Ni lo que sale en los medios. Ni que te siga amenazando con «sacar cosas a la luz».

—No es tan fácil, Paola…

—¡Claro que lo es! Lo que pasa es que tienes miedo. Pero escucha bien: Fabiola solo quiere mantener la fama que le da tu apellido. Porque sabe que, como modelo, su carrera tiene fecha de caducidad. Pero como «la mujer de Stefano Marchetti»… nunca será olvidada.

Tragué saliva. Sus palabras eran verdades como puños. Y dolían.

—Yo renuncié a todo —continuó—. Dejé mi carrera cuando era la imagen de tu firma, cuando me quedé embarazada. Renuncié por amor. Y lo volvería a hacer mil veces más, porque por amor se hace cualquier cosa. Pero a mí no me engañas, Stefano. Por mucho miedo que tengas o por muy bien que intentes fingir… tú sientes algo por Andrea. Y lo sabes.

Me quedé en silencio. No podía negarlo. Ni siquiera a mí mismo.
Paola suspiró, se acercó y me puso una mano en el hombro.

—Haz lo que tengas que hacer. Pero hazlo ya —dijo antes de salir, cerrando la puerta con suavidad.

Y yo me quedé ahí. Solo. Más solo que nunca.

No podía dejar de pensar en lo que había dicho. Y en lo que sentía. Porque sí, sentía algo por Andrea. Y saber que estaba sufriendo por algo que no había hecho, me destrozaba por dentro.

El móvil vibró en la mesa. Una llamada perdida de mi padre. Ya tenía bastante con una cosa como para añadirle otra, pero sabía que, si no devolvía la llamada, acabaría viniendo en persona.

Cogí el teléfono, respiré hondo y marqué.

—¿Stefano? —contestó al primer tono, con esa voz cortante y arrogante de siempre.

—Intuyo por lo que me llamas —dije, sin saludar.

—He visto los titulares. Te lo advertí, hijo. Nunca te fíes de mujeres que solo quieren un poco de sexo con un hombre importante. ¿Ves lo que pasa? Ahora la tal Andrea va a decir que la has usado. Y lo siguiente será vender que está embarazada… ¡y a ver si encima va a ser tuyo! No cometas otro error como ese.

Me quedé en silencio. La rabia me subió a la garganta como bilis.

—Tú… precisamente tú… deberías saber que de los errores se aprende —le solté con los puños apretados.

—Hay cosas que es mejor no sacar a la luz. —Fue su única respuesta, seca, tajante.

—Adiós. —Corté la llamada de inmediato.

De un golpe, lancé el móvil sobre la mesa. No fue suficiente. Di un puñetazo sobre la madera y grité, dejando que toda la frustración saliera de

golpe. Me estaba ahogando.

Mi padre, dando lecciones de moral… él, la última persona que tenía derecho a hablarme así. Inspiré profundamente, tratando de recuperar el aliento, y volví a coger el móvil. Dudé unos segundos y empecé a escribir:

«Andrea, tenemos que hablar. Por favor, solo unos minutos.»

Pero no lo envié. Lo borré. Lo escribí de nuevo. Lo volví a borrar.
Me sentía derrotado. Indefenso. Como si el mundo se me viniera encima sin poder evitarlo.

Finalmente, marqué otro número.

—Hola, *amore mio* —contestó Fabiola con esa voz dulce que me daba náuseas.

—Deja de mentir, Fabiola —espeté sin rodeos—. Basta ya. Quiero que dejes de filtrar cosas. Esos titulares… no tienen ni pies ni cabeza. Ni siquiera he vuelto a hablar con esa periodista desde aquel maldito post. ¡Déjala en paz!

—No voy a parar, Stefano. —Su tono cambió, volviéndose frío—. No hasta que cumplas tu parte del trato. O pones una fecha, o atente a las consecuencias.

Y colgó. Sin más.

Me quedé mirando la pantalla unos segundos. Luego me dejé caer en el sofá, con los ojos cerrados, sintiéndome como un muerto en vida.

Pensé en Andrea.

En cómo habría sido todo si Fabiola no se hubiera empeñado en arruinarme. En cómo sería despertarme junto a ella, sin miedo, sin mentiras. En cómo sería vivir con la verdad… aunque doliera.

Pero la verdad también podía hacer daño. Mucho daño. A personas que amaba. Y no estaba dispuesto a verlas sufrir. Prefería cargar yo con ello. Aunque me costara el alma.

Pasaron unos minutos, o quizá una eternidad. Me costaba distinguir el tiempo con la cabeza tan nublada. El silencio del *palazzo* era insoportable, y lo único que me acompañaba era ese zumbido interno que aparece cuando el alma se parte en dos.

Encendí el móvil de nuevo. Ni una llamada. Ni un mensaje de Andrea.

No esperaba otra cosa. ¿Qué iba a decirme después de todo lo que circulaba por ahí? Estaba en boca de todos: en programas de cotilleo, en portadas digitales, en tertulias de sobremesa. Me habían convertido en el maldito protagonista de un escándalo que no había provocado, pero que me salpicaba de pies a cabeza.

Y ella… ella era la víctima. Otra vez.

La imagen de Andrea se coló en mi mente sin permiso. Su voz. Su manera de mirarme cuando quería fingir fortaleza y no podía. Su sonrisa tímida al bajar la mirada. Su forma de hablar, con esa seguridad que la hacía brillar sobre cualquiera. Y, sobre todo, su honestidad.

Eso era lo que más dolía.

Andrea era honesta. Siempre lo había sido. Nunca buscó fama. Nunca quiso aprovecharse de nada. Jamás usó mi nombre en su beneficio. Y ahora… la estaban pintando como una oportunista, una chantajista, una cualquiera. Una mujer que supuestamente había querido extorsionarme por dinero.

Y yo no podía hacer nada. Nada público, al menos. Tenía las manos atadas. O más bien… encadenadas.

Volví a recordar la conversación con Fabiola. Su voz fingidamente dulce. El veneno envuelto en caramelo. Su amenaza apenas velada.

El acuerdo. Esa palabra me perseguía como un fantasma.

Años atrás, Fabiola y yo pactamos ciertas cosas. Cedí por miedo, por proteger a los míos. Ella aceptó porque quería asegurarse su permanencia en el trono dorado de la fama. Al principio me convencí de que era lo correcto: que guardar silencio evitaría daños mayores, que sacrificar parte de mi libertad era un mal menor frente al escándalo que podía estallar.

Pero el precio se había vuelto insoportable. Y ahora lo estaba pagando Andrea. Injustamente.

Volví al ordenador. Cerré todas las pestañas con noticias. No quería leer ni una más. No soportaba ver su nombre manchado por algo que no era cierto. Cerré el portátil de golpe y me quedé un momento con la cabeza gacha, los codos sobre las rodillas y las manos cubriéndome la cara.

Entonces, como si el universo se burlara de mí, me vino el recuerdo de aquel primer encuentro con Andrea. Esa noche lo supe: no iba a ser una más. Y no lo fue.

Encendí el móvil otra vez, sin saber bien qué buscaba. Tal vez el valor que no encontraba en mí. Tal vez una señal de que aún podía hacer algo para frenar todo esto. O quizá solo necesitaba verla, aunque fuese en la pantalla.

Entré en su perfil. Ninguna historia reciente. Ninguna publicación. Ni una reacción.

Estaba callada. Pero sabía cómo dolía ese silencio.

No era indiferencia. Era decepción. Y eso era mucho peor.

Intenté escribirle de nuevo. Algo breve. Sincero:

«Andrea, solo quiero que sepas que no soy yo quien ha hecho esto. Que jamás permitiría algo así. Lo siento. Mucho.»

Lo escribí. Lo leí. Y lo borré.

Porque las palabras, a veces, no bastan. Y yo ya había perdido el derecho a que me creyera.

Dejé el móvil en la mesa y me puse de pie. No podía seguir encerrado. Me ahogaba. Cogí las llaves, me puse una chaqueta y bajé a la calle sin rumbo.

Caminé por el centro de Venecia, con la cabeza gacha, las manos en los bolsillos y el corazón hecho polvo. La gente me miraba. Algunos me reconocían. Otros murmuraban. Yo evitaba todo contacto visual. No quería explicar nada. No quería fingir. Solo necesitaba respirar.

Me detuve en un puente, observando las góndolas pasar, y escuchando a los gondoleros cantar para los turistas. Por un instante, todo pareció detenerse. Y en ese silencio interior me hice la pregunta que llevaba demasiado tiempo evitando:

¿Hasta cuándo iba a dejar que Fabiola dirigiera mi vida?

Eso era lo que hacía. Lo que llevaba haciendo desde hacía años. Sabía demasiado. Tenía información que nunca debió tener, y la usaba como arma. Y yo, por proteger a los míos, callé, cedí, acepté. Le permití decidir por mí. Dictar cuándo, cómo y con quién podía hablar, relacionarme o incluso amar.
Y eso incluía a Andrea.

¿Podía seguir así? ¿Realmente merecía vivir encadenado a secretos que ni siquiera eran míos?

Me levanté del banco con decisión. No tenía todas las respuestas, pero sabía una cosa: si no hacía algo ya, lo perdería todo. A Andrea. A mí mismo. La poca dignidad que me quedaba.

Volví a casa y, en cuanto crucé la puerta, fui directo al teléfono fijo. Sí, aún tenía uno. Marqué un número que llevaba años sin usar.

—¿Marchetti?

—Sí, soy yo.

—Vaya, dichosos los oídos —respondió sorprendido, y no era para menos.

—Necesito hablar contigo. Urgente.

—¿Ahora?

—Ahora.

—Voy para allá.

Colgué.

Mi abogado llegaría en veinte minutos. No sabía exactamente qué iba a decirle, pero tenía claro que ya no podía seguir esperando.

Fui a la cocina, me serví un *whisky* sin hielo, lo bebí de un trago y regresé al salón. Me dejé caer en el sofá, con el vaso vacío en la mano, y cerré los ojos.

Andrea.

Pensé en su voz cuando hablaba de su vocación por contar historias reales, limpias, honestas. Ella no merecía esto.

No había hecho nada más que cruzarse conmigo. En el momento equivocado. En el peor de todos.

El móvil volvió a vibrar. Esta vez era un mensaje. De Fabiola.

Fabiola: *Espero que estés reflexionando, Stefano. Porque si no lo haces, esto puede ser mucho peor.*

La rabia me encendió. Pero no respondí. No iba a darle el gusto.

Poco después sonó el timbre. Era mi abogado de confianza desde hacía más de diez años. Le abrí sin decir nada. Entró serio, con ese punto de preocupación que siempre tenía cuando intuía que algo gordo estaba pasando.

—Dime que exageras. —Fue lo primero que dijo, dejando el maletín sobre la mesa.

—Ojalá. Pero no.

Le pasé el móvil con los titulares. Su cara cambió a medida que leía.

—¿Qué cojones es esto?

—Mentira. Todo. Absolutamente todo.

Se dejó caer en la silla, incrédulo.

—¿Sabes quién lo ha filtrado?

—Fabiola.

—¿Lo puedes probar?

—No.

—Entonces estamos jodidos.

Asentí.

—Necesito que busques una forma legal de frenar esto. Una orden judicial, una denuncia por difamación… lo que sea. Pero hay que parar esta sangría. Y hacerlo sin que Andrea sufra más. Y sin que lo sepa.

Me miró con la seriedad de quien interroga en un juicio.

—¿Estás dispuesto a enfrentarte a Fabiola?

Respiré hondo. Muy hondo.

—Sí.

—¿Aunque eso implique que ciertos secretos salgan a la luz?

—Sí.

—¿Y que se tambalee la firma, la imagen de la familia y lo que queda del imperio Marchetti?

—Sí. Estoy harto.

El silencio se alargó, denso, pesado.

—Entonces vamos a hacerlo bien. Paso a paso. Legalmente. Con cabeza. Pero te advierto: llevará tiempo. Mucho tiempo.

Asentí de nuevo, sintiendo por primera vez en semanas que recuperaba el control de algo. Lo que fuera. Aunque fuese poco.

Cuando se marchó, ya entrada la noche, me quedé en el salón mirando la lámpara del techo. El *whisky* ya no sabía a nada. Y el eco de sus palabras seguía resonando en mi cabeza: «¿Estás dispuesto?»

Lo estaba. Porque, aunque aún no sabía cómo iba a arreglar todo este desastre, tenía claro algo: Andrea no iba a pagar por mis errores.

Capítulo 22



Andrea

El sábado por la mañana me levanté con una resaca considerable, ya que el día anterior lo habíamos pasado entre copas y lágrimas. Tessa y yo habíamos intentado ahogar en alcohol el torbellino de emociones que nos estaba consumiendo, aunque era evidente que ninguna lo había conseguido del todo. Nos recogimos a las once de la noche, pero íbamos *finas filipinas*.

Me dolía la cabeza y sentía el estómago revuelto, pero también una extraña mezcla de alivio y desasosiego que me mantenía despierta.

No me quería ni imaginar cómo se levantaría Tessa siendo consciente de lo que su hermana escondía. Por momentos me arrepentía de habérselo contado, pero por otros recordaba que ella sí lo hubiera hecho y eso me tranquilizaba.

Apenas eran las ocho de la mañana y terminaba el segundo café. Me metí en el baño para darme una ducha y maquillarme un poco en tonos naturales, porque quería grabar el vídeo y no podía aparecer con ese rostro pálido y de muerta; justo lo que Stefano querría ver, y no se iba a salir con la suya.

Me senté en mi escritorio blanco, con un fondo del mismo color y viéndose todo muy nítido, claro y sobrio. Coloqué el móvil en el trípode y me enfoqué para comenzar el vídeo.

Hola a todos. Lo primero que quiero hacer es dar las gracias a todas esas personas que me han dado el voto de presunción de inocencia en todo

momento. A los que me han juzgado o tachado de oportunista, decirles que también les agradezco sus palabras, porque me recuerdan que, por desgracia, aún hay mucho desconocimiento de educación y respeto en la humanidad y que todos no somos iguales.

»Quiero dirigirme primero a esos medios que se han hecho eco de una noticia y han dado por buena una versión que no sé de dónde salió, pero que no tiene nada que ver con la realidad. Por compañerismo y empatía no tomaré medidas legales en estos momentos, pero si algún medio, ya sea en alguno de los que trabajo o en otros, se le ocurre volver a poner en entredicho a mi persona, me veré en la obligación moral de demandarlos para que aporten pruebas, mensajes o documentos que demuestren que yo en algún momento he intentado extorsionar a alguien.

»¡No los hay! —exclamé moviendo las manos ligeramente—. Dejen de inventar o dar por válido algo que alguien filtró sin poder demostrarlo. Es más, si alguien tiene alguna prueba de eso que se dice, desde aquí y públicamente autorizo a que se publique, sea del calibre que sea. Esto se nos está yendo de las manos.

»Y, queriendo creer que he dejado claro esto, ahora quiero dirigirme al señor Stefano Marchetti. En ningún momento he querido ofenderlo, ni siquiera se me hubiese ocurrido hablar mal de usted, porque para mí era una persona especial desde antes de conocerlo personalmente en su desfile.

»Estuvo muy mal el comentario que me hizo en la publicación que hice con todo mi cariño hacia su evento. Me ha tratado públicamente como si fuera una cualquiera y no me lo merecía. Quiero dejar claro que no he tenido ninguna historia de amor con este señor, solo estuvimos pasando un día juntos en su "suite" y terminamos pasando la noche. Llamémosle rollo de verano, rollo de una noche, pero ni me prometió la luna ni he dicho que fuese algo más que eso.

»Tampoco voy a permitir que me tache de cualquiera. No quiero nada, no pretendo seguir con esto y me parece deleznable por su parte que haya permitido todos esos titulares sabiendo que no eran ciertos —volví a dirigirme a él—.

»Dicho esto, solo quiero que esto acabe y seguir haciendo lo que más me gusta: vivir de mi trabajo… Gracias a todos por escucharme. A partir de este momento no volveré a hablar del tema y lo que tenga que responder será a través de los juzgados. Espero no tener que llegar a eso.

Apagué la grabación y revisé el vídeo varias veces. Sentí un poco de alivio al ver que mi mensaje era claro, que no estaba dando lugar a malas interpretaciones. Sin dudarlo, lo publiqué, poniendo en el enunciado la palabra «COMUNICADO».

No iba a volver a contestar a nada, ni siquiera a ningún comentario bueno o malo de la propia publicación. No pensaba participar en un juego que me había terminado pasando una factura horrible, ya que sentía que me tenía que recomponer de los miles de pedacitos en los que me había dejado esta situación.

No quería más tormentas.

Mi padre me mandó un mensaje comentándome que iban a desayunar en la churrería que había cerca de mi casa, por si me apetecía acercarme. Aproveché para que me diese el aire y así conocer antes a Lola, esa mujer que lo tenía bebiendo de su mano.

Lo que me encontré al llegar fue una pareja que se miraba con un brillo y unos gestos que hablaban por sí solos.

Se levantaron y mi padre me dio un abrazo antes de presentármela como su chica. Me hizo mucha gracia. Me encantaba verlos así.

Lola era muy simpática, atenta y educada. Eso sí, graciosa como la vida misma, porque a todo le sacaba un dicho. Trabajaba de directora de zona para un banco y lo hacía desde su casa. Lo más sorprendente es que era viuda y le quedó una pensión también por ello cuando apenas tenía treinta y dos años. Su marido perdió la vida en un accidente. Ahora tenía cincuenta y tres, pero parecía mucho más joven.

Terminamos de desayunar y nos fuimos a pasear hasta la hora de la comida, momento en el que cogimos sitio en un restaurante de la zona marítima de la playa. Al final, sin quererlo, habíamos adelantado un día el encuentro.

Me había venido muy bien estar con ellos y salir un poco de todo ese caos que estaba viviendo en esos momentos. Y, como me dijo mi padre, los que

me conocían sabían cómo era; la opinión del resto era solo eso, una opinión sin fundamentos.

Llegué a casa a las cinco de la tarde, agotada, pero con una paz que no había sentido en días. Me dejé caer en el sofá con el estómago lleno; la paella me había dejado más que saciada.

En definitiva, me reconfortaba ver la relación tan genuina que estaba naciendo entre mi padre y Lola, esa mujer que incluso a mí había logrado conquistarme.

El móvil marcaba las siete y media de la tarde cuando me levanté de una siesta que ni yo misma me esperaba. Vi una notificación de un mensaje de mi amiga.

Tessa: *Eres la peor persona de este planeta. ¿Qué pretendías, poniéndome en contra de mi hermana, inventándote algo tan horrible? Se ha llevado un disgusto tremendo y la tuve que llevar a urgencias por el ataque de nervios que le entró cuando se lo dije. Ella hace que no te ve mucho más tiempo que el que me dijiste. ¿Pensaste que me iba a callar y dejar todo como si nada pasase?*

»Te creía mi amiga, pero eres una puta celosa que no aguantas que tenga una hermana y me lleve con ella de maravilla. No solo me has decepcionado a mí, has conseguido hacerlo con toda mi familia, que está alucinando con esa maldad infinita que tienes. Creíamos que eras parte de nosotros y, mira, has intentado desestabilizarnos porque simplemente te ha dado la gana.

»Como bien dices en tu comunicado, no hay pruebas de lo que se te acusa, pero como bien dice mi hermana, tampoco las tienes de lo que dices tú. Así que aléjate de nosotros y haz el favor de no volver a mencionarme en tu vida. No intentes acercarte a mí ni a hablarme por ningún medio, o seré yo la que dé un comunicado contando cómo has intentado destruir a la familia de tu mejor amiga. Eres mi mayor decepción, por encima de Alex.

Menos mal que estaba sentada en el sofá o, de lo contrario, hubiera caído a plomo. Las lágrimas me brotaban a la vez que sentía que me desgarraba por dentro. ¿En serio lo había negado y me había puesto de mala persona? ¿No era consciente de que tarde o temprano se sabría la verdad? ¿De verdad me

amenazaba con hablar de mí sabiendo lo que me estaban haciendo? ¡Esto era una puta locura y yo no me lo merecía!

—Esto es una puta locura —murmuré, con la voz rota—. No me lo merezco.

Mi vida se estaba desmoronando por completo. Sentía que no tenía alicientes para, en estos momentos, sentirme feliz, no había nada que consiguiera cambiar mi estado de ánimo, ese que me ahogaba y apretaba en la rabia, desolación y frustración que sentía con todo.

Me estaba dando cuenta de que Laura era mucho peor y despiadada de lo que imaginaba. No solo no tuvo bastante con hacerle eso a su hermana, sino que también tuvo la poca decencia de, en vez de enfrentar la verdad, hacer todo lo posible para que, de un plumazo, Tessa me sacase de su vida.

Estaba horrorizada, nerviosa y con un mal cuerpo que ni estos días atrás había tenido. No sabía qué hacer y la cabeza me iba a estallar. Era todo tan injusto que parecía irreal, como si de una broma se tratase.

Después de comprobar que había leído el mensaje, me bloqueó del móvil y de las redes sociales. Un acto que terminó por fulminarme.

¿Cómo salir adelante con la que tenía encima? Por primera vez en mi vida, tenía la sensación de que nada tenía sentido.

Me sentí sola, desolada y atrapada en un torbellino que no sabía cómo controlar.

Me quedé sentada en el sofá, con el móvil aún en la mano y la cabeza, dando vueltas sin descanso. La mezcla de rabia, tristeza y desconcierto se hacía cada vez más densa, como un nudo que no lograba deshacer. Las palabras de Tessa resonaban en mi mente, retumbando con crueldad. ¿Cómo podía alguien a quien consideraba amiga decirme algo así? ¿Y encima ponerme a su familia en contra?

Sentí que la traición me atravesaba como una daga invisible. Pero también, en lo más profundo, sabía que no podía dejar que ese mensaje fuera el último

capítulo de mi historia. Porque, a pesar de todo, yo seguía siendo yo. No esa caricatura malvada que me pintaban.

No podía dejar que esto me destruyera. No ahora. No cuando llevaba tanto tiempo luchando.

Pero las lágrimas seguían cayendo sin control por mis mejillas y la sensación de vacío parecía crecer. La soledad era insoportable en ese instante.

De repente, el móvil sonó. La pantalla mostraba «Papá». Mi corazón dio un vuelco. Sin pensarlo, deslicé el dedo para contestar. Era como si, de algún modo, mi padre supiera exactamente cuándo y cómo me sentía para llamar en el momento adecuado.

—Hola, hija. —Su voz sonó cálida y tranquila, como un refugio en medio de la tormenta.

—Papá. —Mi voz temblaba—. No sé ni cómo explicarte lo que ha pasado…

—No tienes que hacerlo ahora —me interrumpió con suavidad—. Solo quería saber cómo estabas. Y recordarte que, pase lo que pase, yo estoy aquí. Siempre.

Esas palabras me llegaron al alma. Un calor reconfortante se fue extendiendo por mi pecho, calmando un poco el nudo que llevaba horas apretándome la garganta.

—Gracias, papá —logré decir—. No sabes cuánto necesitaba escucharte.

—Tómate un respiro. Mañana será otro día. Y recuerda que no estás sola. Ni nunca lo estarás.

Colgamos. Apoyé la cabeza en el respaldo del sofá y cerré los ojos, dejando que esas palabras calaran un poco más profundo.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí un pequeño destello de esperanza.

Capítulo 23

Stefano

Estaba sentado en mi estudio, frente a la mesa de dibujo, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia el papel, como si pudiera esconderme dentro de las líneas que trazaba. El grafito rozaba la hoja con precisión medida, casi quirúrgica. Mis dedos se movían mecánicamente, delineando las curvas de un vestido que no existía aún, pero que ya vivía en mi mente… en su cuerpo. Cada boceto, cada trazo, tenía su forma, su olor, su risa en el fondo. Andrea.

Ella seguía allí. Aunque intentase negarlo, aunque pasaran los días y el mundo insistiese en seguir girando, en mi cabeza no había espacio para otra mujer. Pensaba en cómo le sentaría aquel vestido, cómo la tela se deslizaría por sus caderas, cómo brillaría su mirada cuando lo viera terminado. Y, sin embargo, todo eso ya no tenía sentido. ¿Para qué seguir diseñando para un fantasma?

De fondo sonaba una vieja canción italiana. Una de esas que no escuchaba desde hacía años, pero que había vuelto a mí como si el destino jugase a torturarme: *La Cura*, de Franco Battiato. La voz profunda del cantante llenaba la habitación, acariciando las paredes con cada palabra.

Apoyé el lápiz y cerré los ojos un segundo. Sentí cómo cada sílaba se me clavaba dentro, como pequeños puñales lentos, pero certeros. La canción hablaba de cuidado, de protección, de amor profundo… ese que uno promete incluso cuando ya no queda nada.

Sentí un nudo en la garganta. Aquellas estrofas no hablaban de mí, sino de lo que ella merecía y yo no supe darle. No la protegí, no la defendí, no estuve cuando más necesitaba que alzara la voz por ella. Todo se me vino encima de golpe. El silencio del estudio, el aroma de la madera, el trazo inacabado del vestido… y su recuerdo, que lo envolvía todo.

El aviso de una notificación interrumpió la banda sonora de mi castigo mental. Abrí el portátil y vi un correo de Filippo, uno de mis asistentes, que adjuntaba un nuevo listado de pedidos especiales para la temporada. Sus palabras eran directas y eficaces, como siempre. Respondí en automático, revisé tallajes, cantidades y necesidades de los clientes vip. Sin darme cuenta, pasé más de una hora sumido en esa espiral de trabajo meticuloso que servía para anestesiar el dolor.

Hasta que sonó el móvil.

—¿Sí? —respondí sin mirar el número.

—Stefano, soy Paola. —La voz de mi amiga sonaba tensa, inquieta.

—¿Qué pasa? ¿La niña está bien?

—Sí, sí, tranquilo… —Dudó unos segundos—. ¿Has visto el perfil de Andrea?

Mi corazón se detuvo un instante. Después, respiré hondo.

—No —respondí—. ¿Por qué?

—Entra —dijo simplemente—. Ahora.

Abrí Instagram con los dedos temblorosos. No sabía qué me iba a encontrar, pero la urgencia en su voz me había revuelto las entrañas. Entré en el perfil de Andrea y lo vi enseguida. Una publicación fijada, con el título en mayúsculas: «COMUNICADO».

Tragué saliva y pulsé el vídeo.

Apareció ella, frente a un fondo blanco. Maquillaje natural, gesto sereno, mirada firme. Pero yo la conocía. Yo podía ver más allá de esa calma estudiada. Estaba rota.

—Hola a todos… —comenzó, y cada palabra fue como una bofetada.

Me quedé completamente inmóvil mientras hablaba. Su voz era clara, firme. No titubeaba. Hablaba con la dignidad de quien había sido aplastada y se negaba a quedarse en el suelo. La vi defenderse, enfrentarse a los medios, a los rumores, a la calumnia. Y luego, habló de mí.

—Dirigirme ahora al señor Stefano Marchetti… —dijo, y sentí como si alguien arrancara el aire de mis pulmones.

No pude evitar bajar un momento la cabeza. Me dolía. Me dolía escucharla decir que no quería nada de mí, que nunca prometí nada, pero que tampoco tenía derecho a permitir que la pisoteasen. Me dolía que hablara de una noche compartida con la sinceridad de quien ya no espera justicia, sino paz.

Cuando el vídeo terminó, cerré el portátil con fuerza, apoyando los codos sobre la mesa y llevándome las manos al rostro. Me quedé así durante un rato, en silencio, intentando procesar todo lo que acababa de escuchar. Me sentía como una mierda. Y con razón.

Pasó más de una hora desde que Paola colgó y aún seguía delante de la pantalla, inmóvil. El vídeo lo había visto tres veces, y cada vez me dolía más. Andrea no solo hablaba con la verdad, hablaba con el corazón. Y yo… yo la había traicionado al dejar que todo eso llegara tan lejos sin hacer nada.

Apagué el ordenador y me dejé caer en la silla, con la cabeza entre las manos.

¿Qué había hecho?

Agarré el móvil de nuevo y marqué el número de Fabiola.

—Dime —contestó al segundo timbrazo.

—¿Estás contenta con lo que has hecho?

—¿De qué hablas?

—No te hagas la que no sabe, porque estoy seguro de que estás al tanto de todo.

—Oh, ¿te refieres al dramón que ha soltado la periodista en redes? —dijo con su tono habitual, ese que usaba cuando se sentía por encima del resto.

—¿Estás contenta? —pregunté de nuevo—. ¿Lo estás, Fabiola?

Hubo una pausa. Luego soltó una risita nerviosa.

—¿A qué viene eso?

—Te lo pregunto en serio —dije apretando la mandíbula—. ¿Estás contenta con lo que estás haciendo? ¿Eso es lo que quieres? ¿De verdad tu mayor aspiración en la vida es destruir a los demás solo por conseguir lo que quieres?

—Ay, no exageres, Stefano. No te pongas melodramático, por favor —suspiró con fastidio—. Es solo una periodista. No vale nada. Tú eres quien tiene algo que perder, no ella. Si alguien la hubiese frenado antes, no estarías en esta situación. Yo solo he hecho lo que tú no fuiste capaz de hacer.

—¡¿Perdona?! —Mi voz se elevó sin que pudiera evitarlo—. ¿Ahora me estás echando la culpa?

—¿De verdad estás así por una periodista que no vale nada?

—No vuelvas a hablar así de ella.

—Vamos, no te pongas sentimental. Deberías darme las gracias por conseguir que haya salido de tu vida. Esa muchachita no tenía nada que hacer a tu lado. Tarde o temprano te habría traído problemas, podría arruinarte la vida si supiera todo de ti. ¿Quién sabe cuánto dinero sacaría si vendiera la verdad sobre el gran Stefano Marchetti a los medios?

Apreté los puños. El cuero del sillón crujió bajo la presión de mis dedos.

—Ella jamás me vendería así —espeté con los puños cerrados.

—Claro… —Fabiola soltó una carcajada seca—. Confías demasiado en las personas que apenas conoces. Te ciega la atracción, Stefano, y sabes que no es la primera vez.

Me mordí la lengua, pero ya era tarde. El veneno estaba dentro.

—¿Sabes qué? —dije con voz baja, pero firme—. También confié demasiado en una persona que creía conocer bien… y me equivoqué.

No esperé su respuesta. Colgué antes de que pudiera decir nada más.

Me quedé mirando el móvil unos segundos, respirando con dificultad y el pulso acelerado. Sentía una rabia que no podía contener, mezclada con una tristeza que me arañaba desde dentro. El eco de sus palabras me taladraba la cabeza. ¿Desde cuándo se había convertido en alguien así? ¿O era yo quien nunca había querido verlo?

Fue entonces cuando llamaron al timbre.

Me levanté, aún desorientado, y fui a abrir. Al otro lado estaba mi madre, con una sonrisa cálida y tranquila, como si el mundo fuera un lugar seguro.

—Hola, cariño —dijo, y me dio un beso en la mejilla.

—Hola, mamá —susurré, aliviado sin saber por qué.

Entró en casa como si fuera suya, porque, de algún modo, siempre lo sería, y caminamos hacia la cocina.

—Te he traído una tarta de *ricotta* de la panadería de la esquina. Sé que últimamente no comes bien —dijo, dejándola sobre la encimera—. Y he pensado que tal vez te apetecería un café.

—Claro… gracias, *mamma*.

Mientras preparaba el café, se sentó en una de las sillas y me observó en silencio. Yo me movía por la cocina como un autómata. Ella me conocía demasiado bien. Lo noté en la forma en que me miraba, en el gesto sutil de sus labios.

—He venido a verte. Y a hablar contigo.

Asentí en silencio.

—¿Qué pasa con todos esos titulares que hay en la prensa? —preguntó mientras removía el azúcar—. Ese comunicado que ha subido la periodista… a la que muchos tildan de chantajista y oportunista, una barbaridad tras otra —suspiró.

—No lo es —respondí sin dudar—. Nada de eso es verdad. Nada de lo que están diciendo es como lo cuentan. Pero sí es culpa mía.

—¿Culpa tuya? —preguntó, arqueando ambas cejas.

—Por dejarla sola. Por no defenderla. No por haberme «dejado embaucar», como insinuó papá. Es culpa mía por haber empezado lo que no debí empezar, por no haber sido valiente y no protegerla. Por haberla dejado sola en medio de todo esto.

Mi madre me observó en silencio, con esa mirada dulce que siempre tenía cuando sabía que yo estaba roto por dentro, y sonrió con un deje de tristeza en los labios.

—No le hagas mucho caso a tu padre. Él solo tiene miedo de que alguien se aproveche de ti por tener dinero.

—Andrea no es de esas.

Ella me miró con calma, con esos ojos que me leían el alma.

—Hijo, ¿qué sientes por esa mujer?

Le sostuve la mirada. Por un segundo, pensé en negarlo. En fingir que no era para tanto. Pero estaba harto de fingir.

—No lo sé con palabras. Solo sé que… me duele. Me duele verla así. Me duele haberla perdido. Me duele no poder hacer nada.

Ella sonrió, muy suavemente, como si mis palabras le recordaran algo.

Me quedé en silencio unos segundos. Luego, con la voz más baja, pregunté:

—¿Alguna vez te has arrepentido de haber hecho algo? ¿O de no haberlo hecho?

Mi madre se quedó pensativa y luego sonrió con melancolía.

—Solo me arrepiento de no haber tenido más hijos. Siempre quise una gran familia, pero tu padre se negó. Cuando naciste, dijo que ya tenía un heredero para los viñedos… como lo fue él, y su padre antes que él.

—Lo siento —dije con un nudo en la garganta.

Ella sonrió y me acarició la mano con ternura.

—Si no me hubiese casado con tu padre… tal vez me habría casado con aquel director de cine que me cortejaba en aquellos tiempos. Siento que habría tenido más hijos, sí. Pero tú no habrías nacido. Y a ti no te cambiaría por nada ni por nadie. Eres el gran amor de mi vida, Stefano. Y por amor… la gente hace muchas cosas —comentó, y vi que sus ojos brillaban con nostalgia.

La miré y, por un segundo, me vi reflejado en sus ojos. Entendí que había cosas que solo el amor podía explicar. O justificar.

—¿Te habrías quedado con él si pudieras volver atrás? —pregunté con curiosidad.

Su respuesta tardó, pero cuando llegó, fue honesta.

—Tal vez sí. O tal vez no. A veces el corazón quiere cosas distintas a las que decide la cabeza.

Asentí en silencio, absorbiendo cada palabra. Ella no lo sabía, pero acababa de decir justo lo que necesitaba escuchar.

—¿Y Fabiola? —preguntó entonces, con suavidad.

Suspiré, mirando el fondo de mi taza vacía.

—Está bien… —mentí. Porque no podía contarle la verdad. Aún no.

Ella me miró como si supiera que mentía. Pero no dijo nada.

Después del café, nos despedimos. Me abrazó como cuando era niño, y me susurró al oído:

—Estoy orgullosa de ti. Del hombre en el que te has convertido. Y del padre que eres. Y ahora voy a casa de Paola a ver a mi nieta, que seguro que la tarta de *ricotta* que voy a llevarle, me la quita de las manos nada más verme —sonrió.

—Gracias por venir, mamá.

—Eres mi hijo, y como padre ya sabes lo que duele ver a un hijo pasarlo mal. Te quiero, cariño.

Cuando salió y cerró la puerta, me quedé solo en casa de nuevo. La luz de la tarde comenzaba a caer sobre los ventanales del estudio. El silencio volvió a llenarlo todo. Solo quedábamos yo… y ese vestido que no sabía si llegaría a ver terminado.

Tal vez, pensé, aún haya tiempo para arreglarlo. Para arreglarlo todo.

Suspiré, dejando que la esperanza entrara tímidamente, aunque supiera que tendría que esperar a que mi abogado resolviera todo. No era el momento, todavía no. Pero quizá, algún día …

Capítulo 24



Andrea

Tres semanas habían pasado desde que mi mundo terminara de derrumbarse por completo. Tres semanas en las que había llorado mucho y no había reído nada. Tres semanas en las que la vida parecía haberse detenido en un gris implacable, en un silencio que me asfixiaba y en un dolor que se clavaba con cada recuerdo.

Mis grandes apoyos habían sido mi padre y Lola, que no dejaron de venir a verme o me obligaron a salir con ellos durante la primera semana. Luego Lola se marchó y se veían los fines de semana, en los que o mi padre iba o ella venía, pero estaban abocados a vivir juntos. Se notaba a leguas.

La suerte para ellos era que Lola podía trabajar con un ordenador donde fuese, por lo que lo iba a tener más fácil para venirse a vivir aquí y solo ir en caso de reuniones, dado que estaba a una hora. Los veía muy felices y, aunque ella no estuviera muchos días, no me faltaban sus videollamadas ni sus palabras de cariño.

En mi caso habían sido días que parecían semanas y semanas que se hicieron tan largas como años, a pesar de haber trabajado siempre, porque no lo dejé de hacer en ningún instante y para eso era muy responsable.

Con mi comunicado verbal, se pararon todos esos titulares y hasta comentarios tan dañinos, pero eso no aminoraba el dolor de saber que había perdido a mi amiga de una manera tan cruel y, lo peor de todo, que no me

hubiese creído. En parte la entendía, porque estábamos hablando de su hermana y no de una cualquiera de la calle, pero tenía claro que no me había merecido ese trato por su parte ni que hubiera intentado llegar más lejos para saber la verdad.

Ese día necesitaba salir a la calle a hacer una compra, ya que me faltaban muchas cosas en la nevera y la despensa. No había salido más que cuando me habían arrastrado mi padre y Lola, pero la situación era límite porque hasta escaseaba el café.

Me vestí con unos jeans y una camiseta blanca de manga larga a juego con las zapatillas. No hacía frío, pero era octubre y las temperaturas ya habían caído algo.

Me iba a tomar el café en una terracita y a obligarme a que me diera el aire mientras intentaba retomar un poco mi vida. No podía seguir encerrada, pareciendo una muerta en vida.

Justo al sentarme, la sangre se me subió a la cabeza al descubrir que en la mesa de al lado estaba Alex. Me miraba de reojo. Estaba solo.

No, no iba a formar ningún escándalo. Lo miré, levanté un poco la mano y respondió a mi saludo con una sonrisa que parecía tranquilizarlo y alegrarle el hecho de que lo saludase.

—¿Estás esperando a alguien, Alex? —le pregunté desde mi mesa, con la voz más calmada de lo que me sentía.

—No, no. —Apretó los dientes.

—¿Podemos tomar un café?

—Claro. —Agarró el café y se sentó frente a mí.

En ese momento llegó el camarero y le pedí el mío. Estaba nerviosa, pero necesitaba hablar con él y parecía que no estaba a la defensiva.

—Lo primero que quiero decirte es que no quiero entrar en ninguna guerra ni en nada que no me pertenezca, pero me gustaría hablar contigo porque la situación se ha puesto muy fea y me ha salpicado a mí.

—¿Qué situación?

—Lo de Laura, la hermana de Tessa.

—¿Qué le ha pasado? No la he vuelto a ver en mi vida desde que rompí con Tessa.

—¿Cómo que no la has vuelto a ver? —pregunté, sintiendo que me lo decía con una naturalidad y una forma que parecían hasta sinceras.

—No la he vuelto a ver, Andrea. ¿Acaso tendría que estar al tanto de algo? No estoy en un buen momento, me acabo de separar hace menos de dos meses y aún tengo la cabeza revuelta. Te agradecería que fueses directa.

—No sé por qué lo hago, pero voy a confiar en ti y a ponerte en situación —le comencé a explicar, con pelos y señales, lo que me había dicho Laura y lo que había pasado con Tessa.

Su cara era de incredulidad y de rabia. Cuando terminé de hablar, se hizo un silencio.

—Te la ha metido doblada, Andrea. Y no me asombra que lo haya hecho, lo que me jode es que me haya metido a mí para lograr separarte de ella, como consiguió que yo también me apartase de su hermana. Le tiene unos celos enfermizos.

—Ella no fue la culpable de vuestra ruptura, fuiste tú el que la dejaste por otra y con la que te casaste en tiempo récord —le dije, sin subir el tono ni enfadarme, solo quería entender todo.

—Y eso fue lo que quisieron que creyera ella y tú…

—¿Cómo que eso fue lo que quisimos creer? ¿Quién?

—Su hermana, Andrea, su hermana.

—Alex, tú te casaste a los seis meses de dejarla y te acabas de divorciar. No entiendo nada.

—¿Has visto en algún momento mis fotos de la boda?

—No, pero lo anunciaste con ella.

—Todo fue un paripé. Me vi obligado a hacerlo, a decirlo. Me querían meter en la cárcel por algo que no había hecho. Nunca dejé de amar a Tessa ni estuve con nadie. Todo vino de la mente enferma de su hermana.

—¿Cómo?

—Laura me hizo una jugarreta con la que me amenazó con denunciarme por violación, acoso y mil cosas más. Ella no quería que me casara con su hermana y, como nos habíamos comprado el piso, desde ese momento entró en cólera.

»Su hermana es el mayor cáncer de su vida y de su familia. —Sus ojos se humedecieron, se notaba que hablaba desde el corazón—. No te imaginas lo que he sufrido y las consecuencias que ha traído a mi vida.

—No entiendo nada, pero ¿con qué pudo amenazarte para que tomaras la decisión de anunciar una boda y encima dejarla?

—Me tendió una trampa haciendo uso de sustancias que no debía. Fue en el cumpleaños de Tessa, cuando ella se fue a dormir. Me echó algo en la bebida y grabó un vídeo, donde yo no era consciente de lo que hacía, pero se me veía sobre ella, desnudo.

—¿De Laura?

—Sí. Encima me pedía que parara mientras hacía un teatro perfecto. Yo estaba drogado por su culpa. Al día siguiente, cuando me enseñó el vídeo a solas, empezó mi infierno. Me amenazó con que, si no dejaba a su hermana, fingía otra relación y me casaba, me denunciaría por violación, acoso y mil cosas más.

»Incluso me mostró mensajes enviados desde mi propio móvil en otros momentos, escritos por ella misma y borrados después para que yo nunca los viera.

—Hija de… —Solté el aire y negué, incrédula, a todo lo que escuchaba.

—En la foto de la pedida se ve a la que supuestamente era mi nueva novia de lado; todo estaba calculado para no mostrar su cara. Fue un favor que me hizo una amiga del trabajo. Por eso, en las demás fotos solo aparecían copas brindando, manos entrelazadas o un café sobre la mesa. Nunca se veía un rostro.

»Y hace dos meses anuncié que me separaba, porque ya había pasado el tiempo con el que me había amenazado para fingir que estaba casado.

—Antes me dijiste que estabas mal porque hacía dos meses que te habías separado.

—No pensé en contarte nada, por eso te dije eso. Realmente sigo mal por Tessa.

—Ay, Dios, lo que ha liado la hija de puta esa. —Me pasé la mano por la cara.

—No se puede luchar contra el mismo demonio.

—¿Y qué hacemos, quedarnos de brazos cruzados mientras arrasa con todo lo que está alrededor de Tessa? ¿Nos jodemos los que la queremos?

—¿Te crees que Tessa nos va a creer? ¿En serio?

—No estoy diciendo de ir a decírselo, pero algo deberíamos hacer. Laura no puede quedar impune y, además, Tessa me confesó los otros días que no te había conseguido sacar de su corazón.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Te lo juro por mi padre, que ya sabes que es lo más sagrado que tengo.

—Me duele saberlo, pero yo no tengo valor para nada. Laura me destruyó como persona, se llevó todos mis sueños.

—Alex, por Dios, que antes me caías como una patada en el culo, pero ahora te veo como una víctima más de ese ser despreciable. No podemos dejar que siga haciendo lo que quiera y manipulando a Tessa.

—Haría lo que fuese por mandarme a la cárcel.

—Pues vamos a mover ficha antes.

—No lo sé, necesito digerir todo. No la creí capaz de separarla de ti, aunque se me pasó por la cabeza muchas veces.

—Alex, te juro que empecé a verte raro con ella y, después de que la dejaras, siempre pensé que eras un mujeriego. Pero ahora sé la verdad, y la noto no solo en tus palabras, sino en tus ojos. No tires la toalla, no dejes que la maldad venza a la razón.

»Estamos en el mismo barco y los dos queremos a Tessa. Y, pese a lo mal que me habló y a cómo me echó de su vida, yo la sigo echando de menos y la necesito a mi lado —confesé entre lágrimas.

—Los abogados de mi inmobiliaria —él era el dueño de una de las más grandes de la ciudad—, cuando se enteraron hace unos meses de todo, me propusieron ir a por Laura, pero no tenía ni ganas ni fuerzas. Están al tanto de todo.

»Dame un par de días para hablar con ellos, ponerlos al corriente de lo que pasó contigo y de lo que te dijo de mí, que me den opciones y luego nos reunimos para valorarlas. Necesito respaldo; no podemos lanzarnos a lo loco y que ella se salga con la suya intentando hundirme del todo.

—Vale. —Lo vi justo—. Pero prométeme que vas a intentar luchar conmigo para que todo se sepa.

—Te lo prometo, Andrea. Con todo mi corazón la amo.

—Yo también la quiero mucho.

Nos despedimos y me dirigí a hacer la compra, alucinando y en *shock* por lo que acababa de descubrir. No había en el mundo peor persona que Laura y, por mucho que fuese su hermana, Tessa debía descubrir a lo que se estaba enfrentando por su culpa.

La cabeza no dejaba de darme vueltas y el corazón lo sentía pesado, como una piedra que arrastraba a cada paso. Las palabras de Alex seguían retumbando en mi mente, desordenadas, confusas, pero con una verdad demasiado dolorosa para ignorar. La idea de que Laura hubiera tejido una red tan oscura, tan cruel, me revolvía las entrañas. ¿Cómo podía alguien hacer tanto daño a las personas que más quería? ¿Cómo podía Tessa seguir a oscuras, atrapada en una mentira tan bien construida?

Mientras caminaba hacia el supermercado, con la lista de cosas en la mano, sentía que cada movimiento costaba un esfuerzo sobrehumano. Pensaba en todo lo que había perdido, en la traición de mi amiga, en la distancia que ahora nos separaba. En la soledad que se instalaba en mi pecho como un animal hambriento.

Y lo peor era que no dejaba de preguntarme, una y otra vez, las mismas cosas. ¿Qué sentido tenía todo eso? ¿Para qué seguir luchando si nada parecía tener un final feliz? ¿Y si Tessa nunca llegaba a saber la verdad?

Sentí que las lágrimas comenzaban a arder en mis ojos, pero no podía permitirme romperme más de lo que ya estaba. No allí, no frente a la gente que hacía la compra, que miraba sin saber, sin entender. Me obligué a respirar profundo y seguir adelante.

Ya en casa, cerré la puerta detrás de mí y dejé las bolsas en la cocina. El eco de la casa silenciosa me envolvió, y la soledad me golpeó con más fuerza que nunca.

Me senté en el sofá con el móvil en la mano. Por un instante, la tentación fue demasiado grande: marcar el número de Tessa, hablar con ella, escuchar su voz, intentar que todo volviera a ser como antes, aunque solo fuese por unos minutos.

Pero mi dedo temblaba sobre la pantalla. ¿Y si no me contestaba? ¿Y si me colgaba? ¿Y si esas pocas palabras solo empeoraban las cosas? El miedo a la indiferencia, al rechazo, me paralizó.

El móvil cayó a un lado, olvidado en el sofá. Cerré los ojos y me dejé llevar por el cansancio que me invadía, un cansancio que no era solo físico, sino del alma. Minutos después, sin darme cuenta, las lágrimas comenzaron a deslizarse por mis mejillas, calientes y saladas, haciéndome sentir todo ese dolor que me había consumido desde hacía semanas.

Y de nuevo pensé en Stefano, porque era inevitable no hacerlo. ¿Por qué todo tenía que ser tan complicado? ¿Por qué no podía simplemente ser feliz? ¿Por qué me dolía tanto amar?

Me encogí sobre mí misma, envuelta en una manta que parecía no poder protegerme del frío que sentía por dentro.

En ese momento no había respuestas, solo un mar de emociones que me ahogaba lentamente. Estaba rota, perdida, pero aún allí, aferrada a un hilo de esperanza que ni siquiera sabía si existía.

Capítulo 25



Andrea

Estaba muy a disgusto con todo, triste, sin fuerzas. Alex me había mandado días atrás un mensaje en el que me decía que lo sentía, pero que no iba a luchar contra el mismo diablo porque esa era capaz de hundirle más la vida de lo que ya lo había hecho.

Me sentí aún más sola, más impotente. Con todo el dolor de mi alma decidí que sola no podía luchar sin pruebas y que, a mí, Laura también podía arruinarme la vida como lo había hecho con él. Quería con todo mi corazón a Tessa, pero sabía que no me iba a creer en nada: su hermana había jugado muy sucio y Alex no era el padre. Todo cambiaba, y yo no podía demostrar que aquellas barbaridades habían salido de su boca.

Mi padre había estado muy pendiente de mí y al tanto de todo. Estaba mal de verme pasar por todo esto. Todo me había caído encima a la vez.

Cada día era una montaña rusa de emociones que irrumpían sin permiso en mi mente. Cuando no lloraba por Stefano, lo hacía por Tessa. Las lágrimas se volvían un río incontenible que empapaba mis noches. Incluso ducharme era ya una lucha titánica: ni el agua caliente lograba arrastrar el peso de la tristeza.

Me miraba al espejo y apenas reconocía la imagen que devolvía el cristal: ojos hinchados, rostro pálido, labios resecos. Mi piel parecía más delgada, mi alma más vulnerable. ¿Cuándo había dejado de ser yo?

En cuanto al trabajo, intentaba concentrarme en mis artículos, pero las palabras se mezclaban, los pensamientos escapaban. «Respira, Andrea», me repetía como un mantra, pero la respiración se volvía entrecortada, pesada. El café, mi aliado constante, ya no bastaba para mantener el motor en marcha.

Una noche me quedé despierta hasta las cuatro de la mañana, repasando una y otra vez todos los detalles, las conversaciones con Alex, los silencios con Tessa, las traiciones de Laura. Mi mente no paraba, me torturaba.

¿Qué podía hacer? ¿Cómo podía salvar algo que ya parecía roto? ¿Cómo podía alguien destruir lo que amamos sin que pudiéramos defenderlo?

Estaba desayunando después de cuatro cafés que llevaba en la mañana, cuando llamaron a mi puerta. Me parecía raro porque mi padre se había ido a Sevilla a pasarlo con Lola.

—Hola, mamá. Dichosos los ojos que te ven. —Le di un beso en la mejilla y me aparté para que pasase.

—He estado varias veces por llamarte, ya que estuve al tanto de tu movida con ese hombre de la moda, pero entre líos de una cosa y otra, lo fui dejando —me dijo como si tuviera una vida de lo más ajetreada. En fin.

—¿Has desayunado?

—Sí, solo quiero un café.

—Vale. —Me dirigí a la cafetera para preparárselo.

—Te he traído un regalito. —Puso sobre la mesa una bolsita de una tienda de joyas de moda que en ese momento era viral.

—Gracias. —Le di el café y nos sentamos en la mesa. Lo abrí y había un collar muy bonito a juego con la pulsera. Bañado en oro y con eslabones de colores—. Es muy bonito.

—Ya sabes que tengo buen gusto.

—¿Qué tal tu vida de enamorada? —le pregunté.

—De eso quería hablarte. Lo hemos dejado de mutuo acuerdo. Somos muy diferentes y eso nos estaba pasando factura.

No me asombraba porque ella era así, sus parejas le duraban bien poco.

—Bueno, tú no necesitas depender de nadie.

—Pues eso era, hija. Él se marchó a su piso y yo me he quedado en el mío. Asunto zanjado.

—Me alegro de que no hayáis tenido conflicto.

—Ahora me apetece pasar una época sola y vivir sin aguantar a nadie. —Siempre decía lo mismo y a los dos días aparecía con una historia nueva.

—Eso debes hacer, pero hacerlo de verdad.

—Hija, una que es muy enamoradiza, pero que lo digo en serio, creo que llegó ese momento en la que, por primera vez, tengo necesidad de vivir de manera independiente y sin ninguna historia de por medio. Ser dueña y señora de mi propia vida y levantarme sin tener que depender de lo que le apetece o no a otra persona más que a mí.

—Suena bien —dije sin que se notase mi ironía.

—Y podríamos comenzar a recuperar un poco más el tiempo que las dos dejamos muchas veces de lado.

—¿¡Las dos!? ¡Lo que me faltaba por oír! Vamos, que lo sueltas y te quedas tan a gusto. Tú fuiste la que te separaste de mí desde bien pequeña y te pasabas épocas sin venir. No me culpes a mí, que ya he tenido suficiente estas últimas semanas. —Bufé y revolví los ojos.

—He tenido que trabajar para salir a delante.

—Mamá, has trabajado siempre de enfermera en el hospital, no es porque te separases que te tuvieras que buscar la vida.

—Bueno, pero sola lo he tenido más complicado.

—¿Sola? Pues entonces no quiero ni imaginar a papá, trabajando y cuidándome. Y sola, precisamente sola, no es que hayas estado. Es más, el tiempo no lo has perdido.

—Hija, no me merezco que me ataques.

—No es un ataque, es la realidad a lo que tú has querido disfrazar. Tú solita, te has distanciado siempre. Si necesitas algo, dilo, pero sin involucrarme en lo que no tengo culpa.

—Tienes el mismo carácter que tu padre —negó.

—Pues menos mal, porque si llego a tener el tuyo, es cuando estamos cada uno, por un lado.

—Solo quiero recuperar algo del tiempo perdido y que hagamos cosas de madre e hija: salir de compras, ir a comer o darnos alguna escapada de viaje juntas.

—Mamá, eso depende de ti. Jamás te cerré las puertas a nada. Y, pese a que me faltaste mucho en mi vida como figura materna, no te guardo rencor ni te voy a poner trabas en nada.

—Incluso podríamos hacer un viaje en familia con papá.

—No, eso no va a poder ser, porque, por una vez, él está rehaciendo su vida y se le ve muy feliz al lado de su nueva ilusión. Además, yo soy mayor de edad y ya no os ata nada.

—¿Se ha enamorado? ¡Qué poco le duró todo ese amor que me profesaba…!

—¡Mamá! Que hace casi veinte años que lo dejaste —solté el aire con fuerza—. Tienes cada cosa.

—Todo te molesta, hija. ¡Qué carácter!

—Encima, la culpa es mía.

—¿Por dónde empezamos, entonces?

—Por no decir tonterías, por ejemplo.

—¿Nos vamos una semana por Europa? —se puso a aplaudir, emocionada, después de lanzar la pregunta.

—Mamá, ahora mismo soy muy mala compañía para un viaje. No estoy en mi mejor momento.

—Yo te animo y te cuido, cariño mío. —Acarició mi mano por encima de la mesa y la miré fulminándola. A buena hora—. ¿Me dejas que te invite a un viaje y que te sorprenda?

—Ve mirando, si quieres —le dije, resignándome interiormente, porque no me apetecía nada, pero tampoco quería darle una negativa y hacerla sentir como si despreciara su propuesta de hacer algo conmigo.

—Prometo que te sorprenderé —dijo, emocionada, tocando las palmas.

—Estoy segura —respondí de nuevo, con una ironía que intentaba que no interpretase como tal.

Cuando terminó el café y la charla conmigo, se levantó y simplemente dijo que volvía enseguida.

Regresó casi una hora después con pan recién hecho, carne, pescado y un montón de cosas que había comprado para mí.

—Tú ponte a trabajar en tus artículos, que yo voy a preparar varias comidas y te dejaré la casa limpia.

—Mamá, no hace falta —suspiré.

—Déjame, quiero estar entretenida y sentirme útil en tu vida. Hoy es mi día libre y lo quiero pasar contigo.

—Haz lo que quieras, pero yo me pongo a trabajar, que tengo varias cosas pendientes.

—Eso es, además, así preparo comida para esta semana, la divido para las dos y me llevo en los envases que he comprado.

—Genial. —Sonreí, y me dirigí con otro café hacia el escritorio.

No es que me molestara que apareciera por mi vida con planes y poniéndome los días patas arriba; lo que me daba rabia era saber que esto le iba a durar lo que tardara en volver a encapricharse de algún hombre. Como si no la conociera.

Puso la música a todo volumen —un repertorio de Camela— y la cantaba a pleno pulmón, mientras limpiaba con el delantal puesto y cocinaba varias comidas a la vez.

—Cariño, cuando quieras algo, solo tienes que pedírmelo. ¿Otro café?

—Sí, genial —le respondí, y se fue ligera, como si fuera una orden que tuviese que cumplir al momento. Era todo un personaje.

Se pasó toda la mañana limpiando el piso a fondo. Comimos juntas unas albóndigas con tomate que estaban riquísimas y que acompañó con patatas fritas.

Me dejó hechas unas lentejas, un puchero y unos solomillos en salsa de roquefort que tenían una pinta espectacular. Lo mismo se preparó ella para llevar.

Después de comer, me dejó la cocina recogida y se tumbó en el sofá a dormir una siesta. Yo hice lo mismo.

Nos levantamos a las seis y nos dispusimos a merendar. Tras ese momento, se marchó, diciéndome lo mucho que me quería y llenándome de besos, quedando en que me avisaría del día que saldríamos de viaje. No lo veía muy claro, pero bueno, si ella lo decía…

El caso es que me costaba creerla en todo y siempre dudaba de su palabra, más que nada porque pocas veces las cumplía.

Por la noche, cuando me llamó mi padre, le puse al día de todo y se echó a reír. El pobre, a estas alturas, todo lo que tuviera que ver con Sonia —como él la llamaba— le hacía gracia. Me alegraba que se lo tomase con ese humor.

—Tu madre es un terremoto. —Se rio él—. Me alegra que te esté cuidando.

Su tono relajado me hizo sonreír. Él siempre había tenido esa capacidad para quitarle hierro a todo, y yo necesitaba esa luz.

—¿Y tú qué? ¿Qué planes tienes? —pregunté.

—Estoy bien. Con Lola, las cosas van viento en popa —me contó—. Te echo de menos, hija.

—Yo también, papá.

Colgamos con la promesa de vernos pronto.

Me tumbé en la cama, cansada y abrumada, con la mente que no encontraba descanso. Cerré los ojos, pero los pensamientos me asaltaban una y otra vez. Entre todos ellos, el nombre de Stefano resonaba con una fuerza que no lograba silenciar.

No podía evitar pensar en él. En esa mezcla amarga de deseo, esperanza y dolor que todavía me embargaba. Sabía que no podía ni debía aferrarme a un recuerdo, a un fantasma que se desvanecía entre mis manos, pero era imposible. Cada vez que cerraba los ojos, su imagen volvía, tan nítida, tan real.

Recordé con detalle ese único día que compartimos, ese instante robado a la eternidad. La luz del sol que acariciaba su rostro cuando me miró, la suavidad de su voz al decir mi nombre, el calor de su mano entrelazada con la mía. Fue un día lleno de promesas mudas, de miradas que decían todo sin necesidad de palabras, de una conexión que parecía desafiar al tiempo.

¿Cómo podía alguien sentirse tan vivo y, a la vez, tan roto en un solo día?

Las lágrimas comenzaron a deslizarse sin que pudiera detenerlas, recorriendo mi rostro con la tristeza de lo que pudo ser y no fue.

¿Con qué más me iba a seguir sorprendiendo la vida? Quien tuviera el control de ella, que parase un poco, porque se estaba pasando tres pueblos.

Capítulo 26



Stefano

Llevaba semanas sin saber nada de Andrea.

Desde que publicó aquel comunicado, no había vuelto a ver que hablaran de ella en prensa, ni en redes. Nada. Silencio absoluto. Y ese silencio era más ensordecedor que cualquier titular escandaloso.

Estaba en casa, solo, en mi mesa de dibujo, rodeado de bocetos, telas y alfileres por todas partes, que parecían estar más vivos que yo. El estudio olía a café recién hecho y a lápiz gastado. Tenía varios diseños nuevos, todos pensados y esbozados con una mujer en mente. Con ella. Con Andrea.

Cada trazo sobre el papel era una punzada directa al pecho. Dibujaba un escote y me preguntaba cómo le quedaría, cómo reaccionaría al verse reflejada en el espejo con uno de mis vestidos. Imaginaba su sonrisa tímida, esa media sonrisa que usaba cuando algo la sorprendía de forma grata, pero aún no se lo creía. Me recreaba en el movimiento de las telas, en cómo se moverían al ritmo de sus pasos. Andrea no era modelo, pero tenía una forma de estar, de caminar, que hacía que cualquier diseño cobrara sentido.

Había días en los que me repetía que debía dejar de pensar en ella. Que fue solo una noche. Que los sentimientos, si es que los hubo, no tenían espacio en mi vida. Pero después miraba lo que creaba y entendía que, por mucho que intentara engañarme, cada boceto la llevaba tatuada.

De fondo, la música me acompañaba como siempre. Cada palabra, cada nota, era un recordatorio de ella, algo que me hacía sentir que estábamos cerca, a pesar de estar tan jodidamente lejos.

Estaba tan metido en mis pensamientos que no oí el timbre la primera vez. Solo reaccioné al segundo timbrazo, más insistente, más impertinente. Me levanté sin ganas, con el lápiz aún entre los dedos y los ojos clavados en el último boceto: Andrea con un vestido de seda blanca, cruzado en la espalda, con un bordado floral en tonos cereza.

Abrí la puerta. Y allí estaba ella. Fabiola.

Tan perfecta, tan arrogante, tan fuera de lugar en mi mundo. Su sonrisa era tan falsa que podía olerse desde el recibidor. Entró sin esperar invitación, como siempre, con ese andar altivo que parecía gritarle al mundo que todo le pertenecía.

—Tienes que venir conmigo esta noche —dijo sin más preámbulo, mientras se paseaba por mi casa como si fuera suya.

—No puedo. Estoy trabajando.

—No te he preguntado si puedes, Stefano —replicó, sin mirarme siquiera —. Tienes que venir. Hay un evento en el Palazzo Grazzi, estará toda la prensa internacional. No puedes faltar. Si lo haces, lo lamentarás.

La miré con la mandíbula apretada. Me daban ganas de mandarla al infierno, pero mi mente fue directa a mi abogado y a todo lo que estábamos preparando para deshacernos de ella. Un proceso largo, complicado, que requería movimientos inteligentes. Si tenía que ceder por una maldita noche para ganar una guerra, lo haría. Un sacrificio más para la lista.

—¿A qué hora? —pregunté con frialdad.

Fabiola sonrió, satisfecha, como si hubiera ganado otra batalla.

—A las ocho. Pásate por mi casa. Te estaré esperando.

Y sin más, se dio la vuelta y se marchó, dejándome con un sabor amargo en la boca. El mismo que me dejaba siempre.

Suspiré profundamente, me pasé la mano por el cabello y miré de reojo el reloj de pared. Aún tenía tiempo. Cerré el cuaderno de bocetos, cogí las llaves y el móvil y decidí salir a caminar. Necesitaba despejarme. Ver a mi hija. Sentir algo real.

Las calles de Venecia estaban tranquilas, con ese aire nostálgico que las envolvía incluso en los días soleados. Caminé sin prisa, dejándome llevar por los sonidos del agua, golpeando los bordes de los canales, el murmullo lejano de los turistas, las voces de los vendedores en las esquinas. Mi ciudad, tan bella como traicionera.

Llegué a casa de Paola y, tras llamar, me abrió Emma, mi hija, con una sonrisa que iluminaba cualquier rincón de oscuridad que me quedara dentro.

—¡Papi! —exclamó, lanzándose a mis brazos.

La abracé con fuerza, sintiendo cómo mi alma encontraba, por fin, un poco de paz.

—Hola, princesa —le susurré—. ¿Cómo está la mejor diseñadora de Italia?

—¡He hecho nuevos diseños! ¡Tienes que verlos!

Entramos juntos, de la mano. Paola apareció desde la cocina, con una sonrisa tranquila y una taza de café en la mano.

—¿Café? —me preguntó.

—Siempre —asentí.

Emma sacó una caja llena de folios con dibujos de vestidos. Había uno con volantes, otro con lentejuelas, otro con una capa enorme y hasta uno que tenía bolsillos secretos «para llevar galletas sin que mamá lo sepa», según ella.

—Desde luego, no podía tener mejor sucesora para mi firma —dije, mirando a mi hija con orgullo.

Ella rio, encantada, con las mejillas encendidas. Paola nos trajo una bandeja con galletas con pepitas de chocolate y un vaso de leche para Emma. Nos sentamos en la mesa del comedor, como tantas otras veces, y compartimos la merienda como si el mundo fuera un lugar fácil y bonito.

Hasta que mi pequeña princesa terminó su merienda y dijo que se iba a la habitación a seguir creando piezas de arte, cosa que a su madre y a mí nos hizo soltar una carcajada. Emma me dio un beso en la mejilla y me abrazó con fuerza antes de salir corriendo a su habitación.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Paola en un momento dado—. ¿Cómo llevas… lo tuyo?

Levanté la mirada y suspiré.

—Esta noche tengo que acompañar a Fabiola a un evento.

Paola puso los ojos en blanco y murmuró algo que no alcancé a entender del todo, aunque seguro incluía insultos y maldiciones.

—Si tienes ocasión, haz que esa bruja se caiga al canal por un puente. A ver si de una vez nos libramos de ella.

Reí, aunque sin muchas ganas.

—Si eso pasa, tendría que tirarme a por ella y estropearía el traje. Una verdadera tragedia.

—Eso sí que sería imperdonable —dijo ella, fingiendo dramatismo.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Luego, Paola dejó la taza sobre la mesa y me miró más seria.

—¿Y el abogado?

—Va avanzando, pero aún queda. Hay mucho por hacer y no quiero cometer errores. Prefiero ir despacio, pero sobre seguro. Si me precipito, puede salir todo mal.

Asintió con comprensión. Sabía que estaba caminando sobre una cuerda floja y que un paso en falso podía costarme demasiado.

Me despedí de Paola tras un segundo café en el cuerpo y un nudo en el estómago.

Al volver a casa, la luz de la tarde caía con suavidad sobre los canales, tiñendo de oro las fachadas antiguas y el agua que serpenteaba entre las calles. Me sentía dividido entre el mundo de verdad, el que acababa de dejar en casa de mi hija, y el otro, el que me esperaba esa noche con Fabiola. Un mundo de apariencias, cámaras, cuchillos escondidos bajo las sonrisas.

Sabía que Andrea no estaría allí y, aun así, no podía evitar desear verla entre la multitud.

Tal vez era eso lo peor de todo.

Me puse el traje negro que había escogido tras llegar a casa, antes de darme una ducha que se llevara la mala sensación que tenía en el cuerpo. Corte italiano, solapas de raso, corbata oscura. Elegante, sobrio, como mandaba el evento. Nada destacaba más en un lugar de lujo que la sobriedad bien llevada.

El barco-taxi que Fabiola había enviado llegó puntual. El trayecto hasta su casa fue rápido. Vivía en un edificio antiguo restaurado cerca del Gran Canal, con una terraza desde la que se veían las luces de la ciudad reflejadas en el agua. Al llegar, la puerta ya estaba entreabierta y entré.

Fabiola bajó las escaleras con un vestido rojo que no dejaba nada a la imaginación. Demasiado escote, demasiada tela brillante. Demasiado Fabiola. Sonreía como si estuviéramos a punto de casarnos. Yo apenas le devolví un gesto educado con la cabeza.

—Estás guapísimo —dijo, acercándose para darme un beso en la mejilla que fue innecesariamente cerca de la comisura de los labios.

—Vamos, no quiero llegar tarde.

Durante el trayecto, ella habló todo el tiempo. Yo solo asentía. Que si quién vendría al evento, que si la nueva colección de no sé quién, que si los periodistas esperaban que hiciéramos alguna declaración conjunta. Yo pensaba en otra cosa. En otra mujer. En otra vida.

El Palazzo Grazzi brillaba como un diamante tallado al detalle. Las columnas de mármol, la música clásica en directo, los fotógrafos apostados a ambos lados de la alfombra. La entrada era un desfile en sí mismo. Ella bajó del barco-taxi primero, posó, saludó, sonrió. Yo salí después, y como siempre, las cámaras se giraron hacia mí.

Algunos flashes me molestaron en los ojos. Era el precio de ser quien era.

Y tras unos minutos allí, dejándonos ver, entramos.

Dentro, el ambiente era una mezcla de perfumes caros, risas impostadas, copas de champán y conversaciones en cinco idiomas distintos. Gente de la industria de la moda, del cine, de la política. El tipo de lugar que hacía años me emocionaba. Ahora, lo único que sentía era hastío.

Me separé de Fabiola en cuanto tuve oportunidad. Me acerqué a un pequeño grupo de inversores que conocía de otros eventos y respondí algunas preguntas rápidas de la prensa que merodeaba por allí.

—Señor Marchetti, ¿qué puede adelantarnos de su próxima colección?

—Estoy trabajando en algo muy íntimo, con raíces en lo artesanal. Regreso a los orígenes.

—¿Habrá desfile en Milán?

—Aún no está confirmado. Pero sí, probablemente.

—¿Inspiración italiana?

—Siempre.

Respondía con la soltura que daban los años, aunque por dentro estaba en otro sitio. La copa de vino blanco en mi mano seguía intacta, y mi atención se dividía entre las conversaciones y los movimientos de Fabiola, que se paseaba entre los grupos como una reina sin corona, regalando sonrisas y palabras vacías a todo el que quisiera escucharla.

En un momento dado, se acercó a mí. Su perfume se coló en mi nariz como una invasión.

—Ven, quieren hacernos unas fotos juntos.

—Fabiola…

—No me pongas las cosas difíciles. Son solo fotos y lo sabes.

No podía decirle que no sin generar un espectáculo. La prensa observaba y ella lo sabía. Me cogió de la mano y me llevó al fondo del salón, donde un par de fotógrafos de moda esperaban. Posamos. Ella se acercó y me besó en los labios. Suavemente, pero lo suficiente para que las cámaras lo captaran. No me dio tiempo a evitarlo. El clic de los flashes fue inmediato.

—Perfecto —dijo, satisfecha, como quien había ganado otra ficha en su juego.

Yo respiré hondo. Ya no sabía si me repugnaba más su manipulación o mi propia pasividad al dejarme arrastrar por ella. Pero tenía que aguantar. Solo un poco más.

Pasaron las horas. Conversaciones, saludos, más fotos. La música cambió de clásica a *jazz* suave, los canapés seguían circulando y el vino fluía. Fabiola, como siempre, se aseguraba de que todo el mundo supiera que estaba con Stefano Marchetti.

Yo simplemente fingía. Sonreía cuando tocaba. Comentaba sobre tejidos, tendencias, colaboraciones. Asentía ante elogios que no sentía. Hasta que, por fin, después de lo que pareció una eternidad, salimos.

La noche en Venecia era serena. El aire olía a agua salada y a piedra húmeda. El cielo estaba despejado y el murmullo lejano de los canales se sentía como una promesa de paz.

La acompañé a casa. No porque quisiera, sino porque sería peor si no lo hacía, y al llegar, ella se giró hacia mí en el umbral de su edificio.

—Quédate esta noche —dijo, apoyando una mano en mi pecho.

—No puedo. Mañana tengo trabajo desde muy temprano.

Sus ojos cambiaron. La sonrisa se desdibujó y su mirada se tornó más fría, más calculadora.

—No siempre vas a poder decir que no, Stefano.

—Esta noche sí —dije con firmeza.

Se quedó mirándome unos segundos, como si evaluara cuánto poder le quedaba. Finalmente, dio un paso atrás y cerró la puerta tras de sí sin decir adiós.

Me giré y comencé a caminar.

El ruido de mis pasos resonaba contra la piedra de las callejuelas mientras cruzaba un puente tras otro. Cada sombra me parecía más real que todo lo que había visto esa noche.

Y pensé en Andrea.

En lo distinto que habría sido todo si esa noche la hubiera pasado con ella.

Ella no necesitaba cámaras, ni fingir nada, ni trajes de diseñador. Solo necesitaba un café caliente, una conversación honesta y esa forma de

mirarme que aún recordaba con dolorosa nitidez.

Hacía semanas que no sabía de ella, pero seguía clavada en mi mente como una espina que ni el tiempo ni la distancia habían conseguido arrancar.

Y me di cuenta de que, si hubiera sido Andrea la que me hubiera pedido quedarme, no me habría marchado.

Me habría quedado. Toda la noche. Y quizá también la siguiente.

Porque, aunque solo hubiera sido una noche entre nosotros, la echaba de menos como si hubiera sido una vida entera.

Capítulo 27



Andrea

Amanecía un primero de noviembre con un chaparrón tan grande que casi impedía la visibilidad de la calle desde la ventana. Hasta el frío se podía sentir con más intensidad.

Habían pasado tres semanas desde que mi madre apareciera en mi vida y en la que, al parecer, esta vez estaba durando un poco más de la cuenta.

Me preparé un café y me senté en la cocina a escuchar la lluvia caer, a la vez que me disponía a revisar en el móvil las nuevas noticias. Algo me chirrió al ver un montón de titulares sobre Stefano y no, no tenían nada que ver conmigo.

«Los medios se hacen eco de que el magnate de la moda, Stefano Marchetti, tendría prometida e hija».

«El afamado señor Marchetti tendría una doble vida, ya que se habla de una hija y un compromiso de boda».

«Se van conociendo datos de la vida privada de Stefano Marchetti, en los que estaría a punto de casarse con una afamada modelo con la que podría tener una hija a la que habían mantenido fuera de los medios».

«El empresario Stefano Marchetti llevaría años de una relación con la que ya es su prometida. Se habla de una modelo con la que tiene una hija».

«¿Fue el señor Marchetti infiel a su prometida y madre de su hija con una periodista española?»

Todas esas palabras se clavaron en mí como puñales. Yo me estaba quedando helada, muerta y un montón de cosas más que no me daría la vida para poder explicar. ¿En serio tenía pareja y estaba comprometido? ¿Una hija?

Me quité hasta la bata porque empezaban a darme unos calores que no había sentido en mi vida. No podía creerlo: cada vez alucinaba más con los meses tan surrealistas que llevaba arrastrando. ¿Podría tener, de una vez, una maldita noticia que me alegrase la vida? ¿Qué narices había hecho yo para que el karma se ensañara conmigo de esta manera?

Y, para colmo, un mensaje de mi madre: que el jueves nos íbamos de viaje hasta el lunes, que tenía esos días libres y había conseguido vuelos y hoteles a buen precio. Estaba emocionadísima con la idea de hacer una escapada conmigo. Juraba que iba a alucinar cuando supiera el destino.

¿El jueves? ¿Dentro de dos días? ¿Cómo podía avisarme tan de repente? Le contesté que me pondría las pilas para preparar todo y dejar mi trabajo en orden. No quería sonar borde ni que se ofendiera, porque no estaba yo para aguantarla en plan indignada… pero es que de verdad, tenía cada cosa.

Me iban a matar entre todos; no sabía cómo todavía no me había dado un infarto o no me había dado un cuadro de ansiedad sin precedentes. Demasiado bien estaba para todo lo que estaba digiriendo. Stefano no había confirmado nada, pero estaba claro que se habían hecho eco la prensa italiana, española, británica y el resto del mundo, por lo que estaba comprobando. Algo de cierto debía de haber.

¿Y si ese era el motivo por el que me trató así? Bueno, no tenía sentido porque, en todo caso, ni me hubiera comentado el post ni nada. Todo era muy raro y, lo peor de todo, es que lo veía hasta turbio.

El caso es que, pensándolo fríamente, lo mejor era poner tierra de por medio y embarcarme en ese viaje que tan precipitado había cogido mi madre.

Y ya que no me decía el destino, le pregunté que me dijera qué tipo de ropa llevar. Su respuesta no fue otra que: lo que quisiera del armario.

Para una escapada de una semana, muy lejos, no creía que fuésemos, así que el clima debía de ser como aquí o un poco más frío, pero más o menos lo mismo.

Me preparé otro café mientras le ponía un audio a mi padre contándole la última hazaña de mi madre. Se rio mucho y me contestó que me vendría bien para que me diera el aire.

En ese momento estaba con Lola, que llevaba diez días instalada y decía que no tenía prisa por irse. Los veía ya viviendo juntos y me causaba mucha felicidad por los dos, porque la verdad es que se les veía de lo más bien juntos.

Me preparé otro café cuando iba saliendo poco a poco del *shock* en el que me había visto envuelta de buena mañana. Iba a seguir leyendo noticias cuando sonó el timbre de la puerta de mi piso, no el del portón de entrada al edificio. Me extrañó mucho, porque ni esperaba a mi padre ni a mi madre, ya que ambos estaban trabajando y acababa de hablar con ellos.

Al abrir la puerta, me quedé helada, como de piedra, incapaz casi de reaccionar al ver a Tessa a punto de derrumbarse en llanto.

—¿Puedo pasar? —me preguntó con tristeza y en un tono muy débil, viendo que yo no reaccionaba.

—Siempre, Tessa, siempre. —Me aparté y entró lentamente—. ¿Quieres un café?

—Sí, por favor —respondió con la voz rota.

—No llores, cariño. Aquí estoy para ti. —La abracé, y se lanzó a hacerlo ella también con más fuerza.

—Lo sé todo, lo sé. Lo siento… eres la única que me has querido como una hermana de verdad.

—Tranquila, cariño.

Se acomodó en una silla de la mesa de la cocina mientras yo le preparaba el café. Estaba rota por completo.

—Fue Alex. —Se atrevió a decir.

—¿Fue qué, Tessa?

—Fue él quien vino a buscarme y me puso todas las pruebas delante. Me contó que estuviste hablando con él, pero quiso dejarte fuera de la ecuación y encargarse de arreglar lo que debió haber hecho hace mucho tiempo. Que le confesases que yo no lo había olvidado fue el motor para hablar con sus abogados, prepararle una encerrona a mi hermana y venir a mí con todas las pruebas.

»Se vio acorralada y tuvo que confesarlo todo para no enfrentarse a un problema penal. Mi madre enloqueció y le dijo que siempre sería su hija, pero que, por su culpa, ya no sería la misma de antes.

—¿Y tú?

—Simplemente, le he dicho que, para mí, está muerta —decía entre lágrimas.

—Alex, te ama con todo su corazón.

—Lo sé. —Esbozó una sonrisilla entre lágrimas.

—Es duro lo que has vivido con tu hermana, pero la vida te va a compensar.

—Me duele en el alma haber dudado de ti. No me lo voy a perdonar jamás.

—Ya te digo yo que sí.

—Laura está enferma de celos. No aguanta que me pase nada bonito y me quería ver sola y triste —la llamó por su nombre sin mencionarla como hermana en esta ocasión—. Por cierto, y cambiando de tema, antes de que se

me olvide: he visto varias veces salir a tu madre de tu bloque cuando pasaba para ir al mercado.

—Sí, ahora, para colmo, compró unos billetes de avión para irnos juntas dentro de dos días de viaje hasta el lunes.

—Lo sé, yo también tengo mi plaza.

—No entiendo.

—Ayer la llamé; sabes que tengo su número desde hace años y le comenté que iba a venir a hablar contigo hoy. Me comentó lo del viaje y me propuso hacerlo las tres para limar asperezas. No lo dudé, le dije que sí.

—¿Y Alex?

—También se ha apuntado. —Se le escapó una risilla, a pesar de que no se le cortaban las lágrimas—. Quiero irme unos días; tengo días de asuntos propios y los fines no trabajo. Quiero estar contigo, con Alex y desconectar de todo. Por cierto, ya le vale a Stefano estar prometido y de juerga con otras mujeres. Ah, y con niña —suspiró.

—Han sido muchas cosas y parece que no terminan. Pero me quedo con que te tengo aquí y eso para mí ya es haber ganado una parte de mi vida. —Le acaricié la espalda.

—Tengo ganas de que llegue el jueves.

—Ya está a la vuelta de la esquina. Por cierto, mi madre no me dice el destino. ¿Me desvelas el misterio? —Carraspeé.

—Palabras textuales de tu madre: «Nos vamos al mundo…»

—¿Tampoco te lo dijo a ti?

—No. Alex le pasó el Bizum de los vuelos y el alojamiento, que salía a unos trescientos euros cada uno.

—Verás que se va al Caribe con vuestro dinero. —Me reí, negando.

—Pues mira, al menos va a disfrutar. —Frunció el rostro.

—Mejor recemos por donde terminamos, que esta es capaz de mandarnos a vete tú a saber.

—Me alegra mucho que ahora estés así con tu mamá.

—Bueno, mucho está durando. Ya sabes, el tiempo que se le cruce un hombre y… —Me reí.

Me estuvo contando todo tal y como había pasado. El *shock* que la pobre se llevó fue tan grande que se desvaneció y perdió el conocimiento por unos segundos. Le temblaba la voz relatando esos momentos, pero me reconocía que era de mucha ayuda saber que Alex siempre la amó. Se marchaba, ya que solo había comunicado que llegaría más tarde, pero tenía que trabajar y decir también que se cogía desde el jueves hasta el siguiente jueves de asuntos propios.

Nos fundimos en la puerta en un cálido abrazo lleno de besos. Hasta un pico nos dimos, recordando innumerables momentos.

Cerré la puerta y rompí a llorar, soltando así un montón de emociones que sentía en estos momentos.

Escribí a Alex para darle las gracias por todo. Me respondió con unos emojis de guiño, corazón y beso. Al fin y al cabo, él había sido otra víctima en manos de Laura.

Al menos esas piezas empezaban a recomponerse en el puzle. Sabía Dios lo mal que lo había pasado en ese tiempo en el que la eché muchísimo de menos, y me dolía en el alma que pensase una atrocidad así acerca de mí.

Sola de nuevo, me quedé mirando por la ventana, desolada, pero con una leve sonrisa en los labios al haber podido recuperar a mi mejor amiga.

Y, de nuevo, él…

La realidad me golpeó con una fuerza brutal: Stefano, prometido, padre, comprometido con otra vida que no era la mía. Todo lo que había creído sentir por él, todo lo que había esperado, parecía entonces un espejismo cruel.

Sin embargo, mi corazón se negaba a olvidar con facilidad. No podía evitar que sus recuerdos me invadieran. El único día que pasamos juntos aún seguía grabado a fuego en mi mente.

El sol brillaba aquel día, un sol tibio que parecía iluminarnos con un halo especial. Su sonrisa sincera, la manera en que sus ojos se encontraron con los míos, la suavidad de su voz cuando me llamó por mi nombre.
Cómo olvidarlo.

La mano que me cogió con cuidado, la promesa silenciosa en sus labios, el roce fugaz que me hizo sentir viva.

No había habido palabras grandilocuentes ni juramentos eternos. Solo un instante perfecto, frágil, delicado.

Y, sin embargo, ese día me había cambiado para siempre.
¿Por qué dolía tanto el recuerdo de un solo día?

Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas. Me dejé caer en el sofá, abrazando los cojines, sin fuerzas para detener el llanto.

No sabía cuánto tiempo estuve así, envuelta en mi tristeza y en mis pensamientos rotos. Pero algo dentro de mí, pequeño y débil, susurraba que aún quedaba esperanza. Que la vida no había terminado, que merecía seguir luchando.

Quizás, algún día, podría volver a sentir esa luz, aunque fuera en otra persona, en otro momento.

Por ahora, solo me quedaba esperar.

Esperar y sanar. Esperar y aprender a quererme de nuevo. Porque, aunque el mundo se desmoronara, yo seguiría aquí.

Y quizás, solo quizás, eso era suficiente.

Capítulo 28



Stefano

El café aún humeaba en la taza de cerámica blanca cuando la lluvia golpeó con fuerza los cristales del ventanal. Estaba sentado en mi estudio, rodeado de telas, lápices y bocetos esparcidos sobre la gran mesa central. Aquella mañana gris de noviembre era el marco perfecto para la tormenta interna que llevaba semanas arrastrando. No había vuelto a saber nada de Andrea desde su comunicado. Nada, absolutamente nada.

Y, aun así, cada trazo que dibujaba era para ella.

Deslicé la mina del portaminas sobre el papel, dándole forma al escote de un nuevo diseño. Lo imaginaba en su cuerpo, ciñéndose a sus curvas, haciendo justicia a su forma de caminar, a ese porte elegante y natural. Había creado al menos diez bocetos nuevos, todos pensando en ella. Ninguno saldría a la luz. Eran solo para mí. O quizá, para ella, si algún día volvía a verla.

Suspiré. Andrea se había metido en mi piel y, por mucho que me lo negara, su ausencia me escocía más que la herida más profunda. Me obligaba a ser funcional, a trabajar, a seguir con la rutina, pero sabía que por dentro me estaba desangrando.

Justo cuando me inclinaba sobre el papel para añadir los detalles del vuelo de la falda, la puerta principal se abrió de golpe, con ese portazo que solo podía pertenecer a una persona en el mundo.

—¡Stefano! —gritó Paola, su voz vibrando con furia desde el pasillo.

Me incorporé bruscamente, dejé el lápiz a un lado y salí del estudio. La vi en el salón, empapada por la lluvia, el pelo pegado a las mejillas y el rostro crispado por una mezcla de rabia e indignación.

—¿Qué pasa? —pregunté, cruzándome de brazos.

—¿¡Que, qué pasa!? —Levantó el móvil frente a mí—. ¿¡No has visto la prensa esta mañana!?

Negué, frunciendo el ceño. Evitaba leer noticias cuando no tenía entrevistas o presentaciones.

—Mira esto. —Desbloqueó la pantalla y me la giró.

Mis ojos recorrieron los titulares. Por un segundo pensé que había leído mal.

«Stefano Marchetti y Fabiola di Laurentis: ¿una hija secreta fuera del foco mediático?».

«La prometida de Marchetti asegura que comparten una hija desde hace años».

«El diseñador más influyente de Italia, ¿doble vida con una familia oculta?».

«¿Infidelidad o estrategia? El escándalo envuelve a Stefano Marchetti».

Mi mandíbula se tensó.

—No puede ser… —murmuré, cogiendo el móvil para releer cada palabra.

—¡Esa bruja ha dicho que la hija que tienes es con ella! —bramó Paola, desencajada—. ¿¡Tú puedes creerlo!?

Me llevé una mano a la sien, notando la presión subir por la nuca.

—Esto es lo que me faltaba… —susurré—. Mis padres leerán esto y pensarán que tengo una hija secreta con Fabiola. Esto ya sobrepasa todos los límites.

Como si el universo se riera de mí, mi móvil comenzó a sonar. Era mi abogado.

—Dame un segundo —le dije a Paola, que no dejaba de maldecir entre dientes.

—Dime —contesté.

—¿Has visto los titulares?

—Acabo de verlos.

—Necesito que me digas algo muy claro: ¿tienes una hija con Fabiola?

—¡Claro que no! —bramé tan alto que Paola me miró fijamente—. Emma es mi única hija.

—Tenía que oírlo de ti —suspiró—. Fabiola está utilizando los medios como arma. Y si filtra algo más comprometido, podríamos tener un problema mayor. Pero no te preocupes, me encargo yo. Mantén la calma.

—Eso es lo único que no tengo —respondí, cortante, antes de colgar.

Dejé el móvil sobre la mesa. Paola me observaba con esa mezcla de preocupación y decepción maternal tan suya.

—Tienes que hacer que pare, Stefano. No va solo de ti. Si Emma escucha esto… pensará que tiene una hermana y empezará a hacer preguntas.

—Lo sé. —Cerré los ojos unos segundos—. Te juro que lo sé. Pero necesito tiempo. Mi abogado está construyendo el caso con cuidado. Si cometemos un error, Fabiola se nos echa encima con todo su arsenal.

—Jamás debí pedirte nada —susurró, cargada de culpa.

—No me pediste nada. Yo quise hacerlo. Y lo volvería a hacer por Emma. Y por ti también.

Me acerqué y la besé en la frente.

—Gracias por venir.

Se marchó sin más, y no habían pasado dos minutos cuando sonó de nuevo el teléfono. Esa vez fue mi padre.

—¿Qué quieres? —dije al contestar.

—¿No podías haberme contado que tenías una hija con Fabiola? —Su voz seca y autoritaria—. Tal vez esa niña sería buena heredera para los viñedos.

La rabia me subió como lava.

—¿¡Es lo único que te preocupa!? ¡¿Los viñedos!?

—No me hables así. Soy tu padre y me debes respeto.

—Tú perdiste mi respeto hace años. Y no lo recuperarás nunca.

Colgué. Me quedé en medio del salón, con los puños cerrados y el corazón desbocado. Todo se desmoronaba, y lo peor era la lentitud cruel con la que ocurría, como si alguien disfrutara viéndome caer.

Me acerqué al ventanal y apoyé la frente contra el cristal frío. Venecia, gris y empapada, me devolvía el reflejo de un hombre que ya no reconocía. Un hombre atrapado en la mentira y el chantaje.

El móvil vibró de nuevo: alertas, mensajes, titulares. Me estaban destrozando públicamente. Y todo por Fabiola.

Esa mujer había cruzado la línea: había usado a Emma.

Obligué a mi cuerpo a respirar. Todavía no podía dejarme arrastrar por la rabia. Necesitábamos tiempo.

Entonces, llamaron al timbre. Abrí y vi a mi madre, empapada, con un paraguas cerrado, goteando entre los dedos. Su mirada cálida me desarmó.

—Mamá…

—Hola, cariño. —Me abrazó con fuerza.

La apreté contra mí. Ella siempre había sido mi refugio.

Se sentó en el sofá con naturalidad.

—¿Qué está pasando, Stefano?

—¿Has visto la prensa?

Asintió.

—Por eso estoy aquí. Quiero que me lo digas tú.

Me pasé una mano por la cara.

—Quiere casarse cuanto antes. Me presiona desde hace meses. Lo de la niña lo inventó para forzarme.

—¿Y por qué no os habéis casado en más de dos años?

—No es tan simple.

Ella me miró fijamente y sonrió de lado.

—¿Es por la periodista? Andrea, la española.

Me quedé helado.

—Fue algo fugaz. Pero real. Y en una sola noche sentí más que en todos mis años con Fabiola.

Mi madre me apretó las manos.

—Si no estás seguro, rompe el compromiso.

—No puedo. Tiene poder. Puede hundirme.

—Recuerda quién eres. No dejes que nadie lo borre. Ni Fabiola, ni tu padre, ni tú.

Me besó la mejilla y se marchó.

Entonces marqué a Fabiola. Contestó con voz sedosa:

—¿Ves lo que pasa cuando no haces lo que debes?

—¿Cómo te atreves a decir que Emma es tu hija?

—O ponemos fecha ya, o empiezo a hablar. ¿Quieres que saque esas verdades que guardo? —Colgó.

Miré el teléfono como si me hubiese escupido. Lo lancé al sofá y grité:

—¡Mierda!

Ese maldito error. Esa noche en la que iba a romper con ella… y Fabiola lo escuchó todo tras la puerta. Desde entonces, cada paso era una cadena más.

Y ya no sabía si quedaba alguna salida.

Capítulo 29



Andrea

Jueves de aventura. Así lo habíamos bautizado Tessa y yo: el día en el que salíamos de viaje a… ¡donde a mi madre le diese la gana!

Estaba feliz de que mi amiga estuviera presente, no solo en este viaje, sino de nuevo en mi vida. El día anterior lo pasamos mensajeándonos sin parar, y me tocó hacer de psicóloga con ella. Estaba viviendo un momento agridulce: por un lado, lo de su hermana la había destrozado; por el otro, había recuperado la ilusión al lado del hombre que más amaba en el mundo: Alex.

Bajé con mi equipaje de mano y un bolso grande, ya que venían de camino. Había tomado dos cafés mientras recogían a Tessa y luego a mi madre, antes de venir por mí. Pedí ser la última, además me cogía de paso en dirección al aeropuerto.

—¡Hija, que nos vamos! —gritó mi madre desde la ventanilla trasera al llegar.

—Mamá, son las seis de la mañana… —la reprendí, viendo cómo Alex y Tessa se reían.

—¡Qué tiquismiquis me has salido! ¿Esa es la educación que yo te he dado?

Ignoré el comentario, porque de lo contrario acabaríamos en un cruce de reproches que no pensaba permitir.

—Gracias —le dije a Alex, que se había bajado para meter mi equipaje en el maletero.

—Buenos días, cariño —me saludó Tessa desde el asiento del copiloto.

—Buenos días a todos.

—Mira, hija, no me ofreció sentarme delante —se quejó mi madre, señalándola.

—Sí, claro —respondió Tessa con picardía—. Con lo peligrosa que eres con los hombres y ahora encima soltera, no te dejo al lado de mi chico ni aunque me paguen.

La ocurrencia nos arrancó risas.

—¿Lo ves, hija? Sigo siendo la envidia de las féminas. Si es que eres guapa porque tienes los genes de tu madre.

—Y de mi padre, que no se te olvide. —Solté el aire.

—Ella, siempre poniéndolo por delante… —se dejó caer hacia la ventanilla.

Miré a Tessa, que sonreía de lado. Con un gesto tuvo que contener la carcajada. Nos entendíamos con solo mirarnos.

El trayecto hasta el aeropuerto fue un festival de carcajadas. Mi madre hablaba como si grabara un pódcast. Tessa y Alex le seguían el juego. Yo, resignada, miraba por la ventanilla, agradeciendo en silencio aquel respiro después de tanto caos.

Pasamos el control y, mientras Tessa y yo charlábamos, un carraspeo de Alex nos obligó a mirar la pantalla. Sentí que la sangre me hervía.

—¿Mamá, en serio? ¿En serio, en serio? —repetí como un mantra, viendo el destino: Venecia.

—Sí. —Se rio, tapándose la boca con falsa modestia—. ¿No es mágico que aparezcas allí y demuestres que no tienes nada que temer? Ese hombre… ¡se va a quedar muerto!

—Yo la mato —murmuré, pasándome la mano por la cara.

—Venecia es la joya de Italia —continuó—. Me moría por conocerla, y tú tienes un capítulo con esa ciudad.

—Mamá, capítulo el que me estás dando tú.

—Sin ánimo de calentar —dijo Tessa—, a mí me parece un lugar precioso. No tienes nada que esconder. Además, así demuestras que la belleza gaditana conquistó tierras italianas.

—Cállate tú también un poquito, ¿quieres? —resoplé.

—Vamos a disfrutar del viaje y a ignorar quién viva o no allí —propuso Alex, conciliador.

—Iré porque no quiero dejar a nadie tirado. Pero esto es una faena, mamá.

—Ojalá te lo encuentres y vea lo que se ha perdido.

—¡Mamá, basta!

La espera hasta embarcar fue un hervidero de ansiedad. Pensé en huir, en no subir al avión. Pero llamaron a abordar y no hubo escapatoria.

En el asiento de ventanilla iba yo, junto a mi madre; delante, Tessa y Alex.

—Vamos a hacernos un selfi —dijo mi madre, pegándose a mí con el móvil.

—Está peor de lo que pensaba —murmuró Tessa, lo justo para que oyéramos.

—Claro, es envidia porque no tienes aquí a tu madre. Te nombro, hija adoptiva.

—Sí, claro. Y me pagas los caprichos.

—Eso, tu novio; no vaya a ser que te lo quite.

—Efectivamente.

Me reí. Mi madre tenía lo suyo, y Tessa no se cortaba.

Por suerte, me quedé dormida antes del despegue y no desperté hasta que íbamos a aterrizar. El madrugón nos pasó factura a los cuatro.

Ya en el aeropuerto de Venecia, optamos por un barco-taxi en lugar del *vaporetto*. El trayecto fue espectacular, entre fotos y paisajes. Aunque mi estómago estaba revuelto, no por el mar, sino por saber que entraba en la ciudad de ese hombre que me había llevado al cielo para luego estrellarme contra el suelo.

—¡Mira qué bonito! —gritó mi madre.

—¡Una gaviota! —Señaló Alex.

—¡Un italiano bueno! —saltó Tessa.

—¡Tessa, por favor! —le repliqué riendo, aunque yo también lo había visto.

Nos bajamos en Piazza Roma, donde mi madre tenía reservado un apartamento. Todo estaba listo: llaves en una caja de seguridad y acceso rápido.

El lugar era precioso: tenía vistas al canal y a los restaurantes a pie de agua. Contaba además con una cocina, un salón, un baño grande, dos

dormitorios y una terraza superior con mesa y sillas para desayunar con Venecia a nuestros pies.

—¿Aquí vamos a dormir? —preguntó Tessa, boquiabierta.

—Pensaba que sería una pensión con goteras —añadió Alex.

—Qué poca fe tenéis en mí —respondió mi madre, sacando del bolso una botella de vino como si fuera un pañuelo.

Me limité a mirarla. Más me valía tener mil ojos encima de ella.

Dejamos las cosas y salimos a pasear. Caminaba con un temor sordo: ¿y si me lo cruzaba? Era improbable, pero el nerviosismo no desaparecía.

Nos sentamos en una terraza junto al canal. Pedimos unos Aperol spritz y brindamos por la estancia. Para comer, espaguetis a la marinera, en mi caso, acompañados de mejillones al vapor y choquitos fritos.

Mi madre alzó su copa.

—Por las aventuras inesperadas. Y porque en este viaje, alguno de nosotros encuentre un nuevo amor.

Casi me atraganto con la pasta.

—Yo paso —dijo Tessa.

—Y yo también —añadió Alex.

—Mamá, ¿no habías dicho que ibas a estar sola un tiempo?

—Y lo estoy. Pero una no puede evitar ser un imán para el amor.

—¿Un imán o un radar? —bromeé.

—¡Lo que sea! ¡Pero qué le voy a hacer si tengo la chispa encendida!

Reímos a carcajadas. Fue un instante sencillo y honesto, lleno de esa magia que tienen los viajes improvisados.

Después de comer fuimos al supermercado. Mi madre, empujando el carrito, se quedó mirando a un gondolero musculoso.

—Os lo dije —susurró—. De este viaje, alguno no vuelve solo. Venecia huele a amor.

—Mamá, por favor… —Me reí.

—Yo ya tengo el mío —dijo Tessa, abrazando a Alex.

—Y yo no me pienso montar en góndola con nadie más que con ella —añadió él.

—¿Y tú, Andrea? —preguntó mi madre.

—Yo… quiero encontrarme. Lo demás, si llega, llegará. De momento, me basta con vosotros.

Y era verdad. No necesitaba más.

Rodeada de esas personas que la vida había puesto a empujones en mi camino, me sentía segura. Por primera vez en mucho tiempo, respiraba.

Venecia se abría ante nosotros, llena de posibilidades. Y quién sabía lo que podía depararnos.

Capítulo 30



Andrea

La noche que me había dado mi madre, para mí se quedaba. Compartir una cama de matrimonio con alguien que se movía más que una bailaora flamenca había sido todo un reto.

Me desperté al menos cinco veces durante la madrugada: con una pierna suya encima, la sábana en el suelo o un codazo involuntario en la costilla. Y, para colmo, ¡roncaba! Suave, sí, pero constante.

Me di la vuelta buscando unos minutos más de paz cuando, de pronto, sentí cómo se abalanzaba sobre mí como una adolescente hiperactiva.

—¡Buenos días, mi amor! —Empezó a llenarme la cara de besos.

—Buenos días, mamá. —Reí, negando con la cabeza.

—Foto, foto. —Sacó el móvil—. Tenemos que inmortalizar estos momentos juntas para que veas qué bien te crie.

—¡Mamá, por Dios! —Reí más fuerte, conteniendo las ganas de darle una colleja.

—Hija, algún día recordarás todo lo que hice por ti —insistió, haciéndonos un selfi donde se veía claramente que seguíamos en la cama.

—¡Venga ya, que llevas diez mil fotos!

—¡Dormilonas, arriba! —gritó Tessa desde la puerta—. Alex ya casi tiene el desayuno listo en la terraza.

—Bendito tu novio, que en un futuro será el mío —le soltó mi madre, provocando nuestras risas.

—Antes te lanzo de la terraza al canal, avisada estás —le advirtió Tessa con una sonrisa antes de irse.

—Tu amiga es peligrosa, hija.

—No tanto como tú. —Me levanté para lavarme la cara.

Desde el baño escuchaba cómo mi madre seguía sermoneando. Definitivamente estaba como una cabra. La que debía de liar en sus turnos en el hospital tenía que ser apoteósica.

Cuando me miré al espejo, vi cansancio, sí, pero también algo más: ansiedad. Estaba en Venecia. Y este no era un viaje cualquiera. Este era el último lugar al que habría venido después de lo ocurrido con Stefano Marchetti.

Sus ojos volvían a mí cada vez que cerraba los míos. Su voz grave, tan italiana, tan seductora. La forma en que me miró aquella noche, como si hubiera estado esperándome toda su vida. Como si, de verdad, le importase.

Pero ahora solo quedaba silencio. Silencio y titulares que lo acusaban de llevar una vida paralela, después de haberme arrastrado a mí por la prensa como chantajista y oportunista.

Cuando regresé a la cocina, la mesa de la terraza estaba lista. Alex había preparado huevos con beicon, aguacate, tostadas, paté, aceite, mantequilla… hasta jamón serrano que mi madre había traído desde España.

—¿Y estas modernidades qué son? —preguntó ella—. A mí que no me quiten mi pan con aceite y jamón.

—Pues nada, si no quieres los huevos, nos los comemos nosotros. —Zanjó Tessa.

—De eso nada, los probaré, que los hizo mi futuro prometido. —Le tiró un beso a Alex, arrancando carcajadas.

—Verás que esta no llega viva a España. —Bufó Tessa.

El desayuno fue un espectáculo: mi madre lanzando indirectas, Tessa contraatacando, Alex riéndose sin poder parar y yo rogando por cinco minutos de silencio.

—¿Podemos desayunar callados disfrutando de estas vistas, por favor? —imploré.

—Soy tu madre, te lo recuerdo. Y ella es una provocadora —replicó Sonia.

—No quieras saber su respuesta. —La picó Tessa.

—¡Quiero desayunar en paz! —grité, medio desesperada.

Hubo un pequeño silencio, roto por la voz de mi madre:

—Mira, Pepa, un gondolero le canta *O Sole Mio* a unos chinos.

Tessa y yo nos miramos de frente, pegadas al murito, y estallamos a reír.

Ese era mi día a día con ellas: un combate continuo entre locura y cariño.

Sin embargo, mientras bebía el café y fumaba, mis pensamientos se nublaron. Stefano volvía a mí en cada recuerdo, en cada rincón de esa ciudad. Y con él, ese miedo extraño: ¿y si me lo encontraba? ¿Y si lo veía de frente? ¿Qué haría yo?

Intenté despejarme agradeciendo a Alex por el desayuno. Mi madre, cómo no, reclamó el mérito del jamón. Y Tessa, fiel a su estilo, le lanzó pan a la cabeza para callarla.

La mañana siguió entre risas, reproches y poses de mi madre como si fuera una *influencer*. Paseamos, bebimos spritz, comimos *pizza* y pasta, y rematamos el día comprando *pizzas* para cenar en el apartamento.

Por la noche, antes de dormir, subí una foto mía en un canal con una góndola de fondo. Sabía lo que hacía: quería que él lo viera.

Y lo vio.

Antes de cerrar los ojos, comprobé que Stefano había visto mi historia.
Ya sabía que estaba en su ciudad.

Capítulo 31



Stefano

La mañana había comenzado como tantas otras: con la cafetera italiana burbujeando en la cocina y el sol de Venecia colándose entre las persianas medio bajadas del salón. El silencio de la casa, tan solo interrumpido por el clic de las teclas de mi ordenador, era casi terapéutico.

Me había acostumbrado a trabajar desde casa cuando el calendario no me exigía visitas al taller o reuniones presenciales. Era una forma de estar presente para Emma los días que le tocaba conmigo y también una manera de controlar personalmente los últimos detalles de mi firma.

Tenía la pantalla dividida en dos. A un lado, el listado de pedidos pendientes, y al otro, la videollamada con Luca, uno de mis asistentes más competentes.

—Stefano, te confirmo que los tejidos de lino natural para la colección de primavera están ya en el puerto de Trieste. Si no hay ningún retraso en la aduana, mañana los tenemos aquí —me informó, ajustando sus gafas desde su escritorio.

—Perfecto. ¿Y los botones de nácar?

—Llegan en el mismo envío. Los montadores están avisados, y Manuela ya tiene los patrones definitivos.

Asentí, aunque seguía revisando una hoja de cálculo con algunas notas de modificaciones que aún no había aprobado.

—Bien, dile a Manuela que no toque nada sin mi visto bueno. Quiero ver una prueba de costura antes de dar luz verde.

—Claro, se lo digo ahora mismo.

Suspiré, dejando caer el cuerpo contra el respaldo de la silla. Llevaba días arrastrando un cansancio que no era solo físico. La firma iba bien, incluso mejor de lo previsto, pero mi cabeza estaba en mil sitios a la vez. Y el pasado… el pasado no daba tregua.

Entonces, como una punzada inesperada, el sonido de un mensaje me hizo mirar el móvil. Era Paola.

Paola: *Entra en el perfil de Andrea. Ya.*

Fruncí el ceño, confundido, y tecleé una respuesta rápida.

Stefano: *¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Otra vez la están tachando de oportunista?*

Pasaron unos segundos. Ella no tardó en contestar.

Paola: *No preguntes. Solo entra. Ya.*

Resoplé en voz baja, girando levemente la silla y cogiendo el móvil con más intención. A Paola la conocía bien. Si me decía algo así, era por algo gordo.

Entré en Instagram. Tecleé su nombre, y su perfil seguía ahí, intacto. Esa sonrisa suave, esa mirada que tantas veces había imaginado al cerrar los ojos. Pero lo que vi en la historia me dejó seco.

Estaba aquí. En Venecia. Frente a un canal, en una góndola. Y no, no era un montaje. Era real.

Mi estómago dio un vuelco. Era como si de pronto el suelo se hubiera hundido bajo mis pies. Me quedé mirando la pantalla como si pudiera encontrar alguna otra explicación. Algún indicio de que se trataba de un recuerdo, de una imagen antigua, de un truco. Pero no. Era reciente. El cielo estaba gris, como el de hoy. Era… actual.

Andrea estaba en Venecia. Y no me había avisado. No había ni una señal, ni una advertencia. Ni siquiera un mensaje. Nada.

Pasé la mano por mi cara. Me planteé escribirle. De verdad lo hice. Un mensaje simple: «¿Cómo estás?», quizás. O «¿Estás bien?». Algo que rompiera el hielo de ese silencio que me venía ahogando desde hacía meses. Pero no lo hice. Me quedé quieto, como un idiota, mirando su cara en la pantalla.

En ese momento, la puerta principal se abrió.

—¡Papi, traemos *pizzaaaa*! —gritó una vocecita alegre, justo antes de que un torbellino de pelo castaño me saltara encima.

Emma se colgó de mi cuello como si hiciera años que no me veía. Me reí, atrapándola en brazos y apretándola con fuerza contra mí.

—¡Pero bueno, mi ratoncita! ¿Qué es esto? ¡Te has hecho mayor desde la última vez!

—¡Noooo! —Rio ella, dándome un beso en la mejilla—. Pero traemos *pizza* con aceitunas negras, ¡de las que te gustan!

—Entonces hoy es un día especial, sin duda. —Le hice cosquillas y ella chilló entre carcajadas.

Paola apareció tras ella, quitándose la bufanda y dejándola colgada en el perchero de la entrada.

—Hola, Stefano. Traemos de la buena. Me he acordado de la *pizza* de la *trattoria* que está cerca del puente de los Suspiros.

—Bendita seas. No sabía que necesitaba esto hasta que lo has dicho —le respondí, mientras dejaba a Emma sentarse en la encimera de la cocina para abrir las cajas de *pizza*—. ¿Qué tal el colegio, princesa? —le pregunté, revolviéndole el pelo.

—¡Bien! Hoy hemos aprendido cómo nacen los pollitos. ¡De verdad! La profe puso un vídeo de un huevo que se abría y salía un pollito amarillito. Y luego hicimos dibujos y yo puse que quería tener un pollito en casa, pero la profe dijo que eso no era buena idea…

—¿Un pollito en casa? No lo veo, ¿eh? —Me reí, sirviéndole un vaso de agua—. Pero si tú lo dibujaste, seguro que era el más bonito de la clase.

—¡Síií! Y tenía una corona. Era la reina de los pollitos —dijo muy seria.

Paola y yo nos miramos, conteniendo la risa.

Nos sentamos en la mesa del comedor con las *pizzas* aún humeantes. La tarde se volvió cálida, familiar. Hablamos de todo y de nada, como esas familias que se entendían incluso en el silencio. Emma, con la boca manchada de tomate, soltó de pronto su plan maestro:

—Este finde quiero quedarme contigo, papi. ¡Los dos solos! Y hacemos diseños para tus clientas. Diseños únicos y superexclusivos, solo nuestros.

—Ah, ¿sí? ¿Tú y yo, en plan, diseñadores de alta costura? —Le seguí la corriente, encantado—. ¿Y cómo se llamará la colección?

—*«Emma y Papá Fashion».* Solo para chicas que molan —respondió sin pensarlo, y solté una carcajada.

—Pues si son para chicas que molan, entonces habrá que hacer algo muy especial. Me parece un planazo. ¿Te parece bien, Paola? —le pregunté, dirigiéndole una mirada.

Ella asintió sin dudarlo.

—Claro. Así aprovecho para hacer unas cositas en casa. Y os dejo crear a gusto. Pero eso sí… quiero ver los bocetos.

—Hecho —dije, brindando con un trozo de *pizza*.

Después del postre, Emma se acurrucó en el sofá con una manta y puso dibujos animados. En cuestión de minutos, cayó rendida, con las pestañas largas descansando sobre sus mejillas sonrosadas.

Paola y yo nos quedamos en silencio un rato, observándola. Luego, me levanté a llevar los platos a la cocina y ella me siguió.

—¿Has visto la historia? —preguntó en voz baja.

Me apoyé en la encimera, cerrando los ojos un momento.

—Sí.

—¿Y… vas a hacer algo?

—No lo sé, Paola. No me lo esperaba. De verdad. No sabía que vendría. Y verla ahí, en esa imagen… ha sido como un puñetazo.

—¿Quieres verla?

Tardé en responder.

—Quiero. Pero no sé si debo. No sé si sería bueno para ella. Para ninguno de los dos.

Ella se cruzó de brazos, apoyada en el marco de la puerta.

—¿Y Fabiola?

Volteé los ojos.

—Fabiola entrará en cólera si se entera. Ya sabes cómo es. Y ya sabes lo que piensa de Andrea.

—Andrea sigue siendo la periodista, para ella. La española que apareció como una bomba en mitad de su mundo perfecto.

—Y la que arruinó la imagen que tanto se ha esforzado en construir. Aunque Andrea no hiciera nada de lo que se dijo.

—Lo sé, Stefano. Lo sé. Pero Fabiola no va a cambiar.

Asentí en silencio. No hacía falta que dijera nada más.

—Haz lo que tengas que hacer —añadió Paola tras unos segundos—. Pero no dejes que el miedo decida por ti.

Nos miramos, y en ese gesto silencioso entendí que me estaba dando su bendición. Que, a pesar de todo, me entendía.

Emma se removió en el sofá, despertando con los ojos aún pegados de sueño.

—¿Ya es de noche? —preguntó con voz suave.

—Casi, mi amor. —Me acerqué y la cogí en brazos—. Hora de irse a casa.

Ella me rodeó el cuello con sus bracitos.

—¿Este finde vienes a por mí?

—Claro que sí.

—¿Prometido?

—Prometido. Diseñaremos la mejor colección de moda del mundo entero.

Ella sonrió, medio dormida, y antes de salir de casa con su madre, me susurró al oído:

—Te quiero mucho, papi. Eres el mejor papi del mundo.

Y en ese instante, todo lo demás dejó de importar. Andrea, Fabiola, los titulares… Todo. Porque esa niña era mi centro. Y con ella, todo tenía sentido.

En cuanto me quedé solo, sentí una sensación extraña instalada en el pecho. No era tristeza exactamente. Tampoco ansiedad. Era más bien una mezcla entre el recuerdo de la risa de mi hija, aún resonando en mi casa, y la imagen de Andrea flotando en mi mente como si acabara de verla en carne y hueso.

No encendí ni la televisión ni la radio. Solo me serví una copa de vino y volví al salón. Me senté frente al portátil, que aún seguía encendido, con el correo abierto y una hoja de cálculo en primer plano. Pero ya no tenía cabeza para pedidos, tejidos o botones de nácar.

Cogí el móvil y entré de nuevo en su perfil.

Ahí estaba otra vez. La misma historia. Andrea, con ese gesto que mezclaba determinación y nostalgia, frente al canal. Con la góndola detrás. Con esa luz veneciana que tan bien conocía. Parecía fuera de lugar, pero a la vez… encajaba perfectamente en la escena.

Y sonreí. Sin querer. Como un imbécil.

Porque, a pesar del caos que había dejado tras de sí, de los titulares, de las acusaciones, del dolor… había algo en ella que aún me desarmaba.
Y no podía negarlo más. Quería verla.

Cerré los ojos y apoyé la cabeza en el respaldo del sofá. Tenía que encontrar la forma. Tenía que…

Mi móvil vibró sobre la mesa. En cuanto vi el nombre de Fabiola en la pantalla, suspiré. No me apetecía hablar con ella. Nada. Pero si no lo cogía, insistiría hasta la madrugada. Y entonces sí que no dormiría.

—Dime —contesté con voz seca.

—¿Tú has tenido la poca vergüenza de invitar a esa mujer a Venecia aprovechando que yo no estoy? —espetó sin siquiera saludar.

El tono de su voz era tan cargado de veneno que tuve que apartarme el móvil un segundo del oído.

—No sé de qué me estás hablando.

—Oh, por favor, Stefano. ¡Andrea! ¡La periodista! Está en Venecia. Y tú lo sabes.

Me levanté del sofá y empecé a caminar por el salón, como si necesitara moverme para no estallar.

—Sí, sé que está aquí. Lo he visto hoy. Como todo el mundo.

—¿Y pretendes que me crea que es una coincidencia?

—Puedes creer lo que quieras, Fabiola. Pero no la he invitado. No tenía ni idea de que iba a venir. Y mucho menos de que tú no estarías aquí.

—Te lo dije hace dos semanas. ¡Dos! Que estaría en París desde el jueves hasta el lunes. ¿Y justo en ese intervalo aparece ella? ¿Y tú me vienes con que no sabías nada?

—¿De verdad crees que organizo mi vida en función de la tuya? —respondí, alzando la voz por primera vez—. Andrea tiene derecho a estar donde le dé la gana. No me consultó. No me avisó. Apareció, sin más.

—¡Eres patético! —chilló—. ¿Crees que no sé lo que está pasando? Has estado todo este tiempo deseando que volviera. Y ahora que lo ha hecho, no vas a perder la oportunidad de arrastrarte de nuevo.

Me quedé quieto. Y lo peor era que, en parte, tenía razón. No en el tono. No en la acusación. Pero sí en lo esencial: quería verla. No para «arrastrarme», como decía ella. Si no para entender. Para cerrar un ciclo. O para abrir uno nuevo. Aún no lo sabía.

—Fabiola —dije, con calma—. Quédate en París. Disfruta del viaje. Haz tu trabajo. Y olvídate de mí durante estos días.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

—Sí. Estoy cansado de tus reproches. De tu vigilancia constante. No tengo por qué darte explicaciones. Adiós.

Y colgué.

El silencio que siguió a esa llamada fue espeso. Me quedé mirando el móvil, esperando quizás que volviera a sonar. Pero no lo hizo. Y por un momento, sentí una liberación absoluta. Como si me hubieran quitado una mochila de los hombros.

Volví a mirar la historia de Andrea.

Seguía ahí. Tranquila. Imperturbable. Como si me estuviera esperando. Como si supiera que, tarde o temprano, iba a ceder.

Y entonces lo decidí.

Tenía que hacer algo. Tenía que verla. No podía quedarme cruzado de brazos esperando a que se fuera sin más. No, después de todo. No después de lo que vivimos. No después de lo que dolió.

No tenía un plan. Solo sabía que, de alguna forma, tenía que encontrarla. Aunque fuera solo para decirle cuánto sentía todo lo que había pasado desde que nos conocimos aquella noche en el desfile de mi colección.

Capítulo 32



Andrea

Desperté con el corazón encogido. La luz se filtraba entre las rendijas de la persiana, dibujando líneas doradas sobre la manta. Abrí los ojos y, por un segundo, pensé que había vuelto a la *suite*: aquella cama, aquellos besos, esas promesas implícitas que nunca se cumplieron. Pero no, solo era Venecia. Solo yo. Y la sombra de Stefano flotando en mi mente.

—¡Voy a ser *influencer*! —anunció mi madre, exagerando cada sílaba.

Me incorporé de golpe y me llevé las manos al pecho como si acabara de llevarme un susto mortal.

—Mamá, joder, que me has asustado. —Me puse las manos en el pecho de la manera en la que me había despertado.

—¿No me vas a apoyar?

—Déjame que me espabile, que disfrute de un desayuno tranquilo y luego te apoyo en lo que quieras, pero no me des la mañana.

—Desagradecida, con todo lo que hice por ti —soltó, a la vez que se levantaba de la cama, quedándose tan ancha.

—Lo que hay que oír —murmuré en voz baja para no seguir con el tema.

Esperé a que saliese del baño para entrar yo. Los chicos ya nos habían avisado de que estaba el desayuno arriba, en la terraza. Me abrigué con una sudadera encima del pijama, porque frío hacía; lo bueno es que tenía un techado tipo sombrilla grande y algo nos quitaba.

De nuevo, Alex nos agasajaba con un desayuno espectacular, a base de tortilla francesa, beicon y salchichas a rodajas.

—¿Esto qué mierda de desayuno moderno es? —preguntó mi madre.

—Mucho había tardado en hablar —murmuró Alex, aguantando la risilla.

—Mamá, ahí tienes tostadas, aceite, jamón, tomate y ajo. ¡Cómete lo que te dé la gana! Y agradece que, por lo menos, aparte de deleitarnos con un buen desayuno, al menos tuesta pan, que es lo que quieres. Deja de quejarte por todo y de ser el centro de atención.

—Te ha jodido que te diga que quiero ser *influencer*.

—Hostias, qué notición —soltó Tessa, y puse cara de resignación.

—Pues yo me he enterado de que las *influencers* hacen mucho dinerito.

—Tú calienta más —le dije a Alex.

—Mi hija no quiere verme triunfar en la vida. Con todo lo que tuve que sacrificar por ella.

—Sí, un mundo —contesté negando—. Y, por favor, vamos a tener el desayuno en paz.

—Todo lo soluciona mandando a callar.

—No puedo contigo, mamá, lo intento, pero no puedo.

—Porque no aguantas verme brillar.

—Será por eso —contesté, con ganas de que se callase y disfrutar de las vistas, la paz y un relax que costaba encontrar con ella.

Miré el móvil y me di cuenta de que los titulares hablaban de mi visita a Venecia.

«La periodista Andrea Paredes se encuentra de viaje en Venecia, lugar en el que vive Stefano Marchetti, pero no hay constancia de que se hayan visto».

«Andrea Paredes, la joven relacionada con el empresario Stefano Marchetti, se encuentra en un viaje familiar en Venecia. ¿Coincidencia o hay algo detrás?»

«Viaje sorpresa de la periodista Andrea Paredes a Venecia. ¿Premeditado o puro placer?»

«Después de un huracán de cruce de acusaciones, la periodista Andrea Paredes reaparece en un viaje a Venecia».

La historia había dado mucho que hablar y era evidente, pero no iban a robar mi paz ni sabían la realidad que me había traído hasta aquí. Había titulares que dolían un poco, pero, como decía, no iba a permitir que nada enturbiase mis días aquí ni me robase la paz que tanto me había costado recuperar, por mucho dolor que me causase aún lo sucedido con Stefano, ese que aún seguía siendo mi gran amor.

—Pues sí que hay titulares —dijo Tessa leyendo las noticias.

—Algún día yo seré más famosa que ella —murmuró mi madre, que no se callaba ni bajo agua.

—Eso es fácil, te tiras a un famoso y ya.

—Tessa, por Dios, no le des ideas.

—Hija, dame el teléfono de ese hombre modisto —se refirió a Stefano—, que le voy a dar lo que te faltó a ti por darle.

—Dos hostias —contestó Tessa, causándome una risa.

—No, un buen polvo y a salir en todos los titulares —dijo ella, poniendo cara de interesante.

La cara de Alex no tenía precio y Tessa no podía dejar de reír a carcajadas. Desde luego que mi madre era todo un personaje y se estaba soltando bien la melena. Eso, además de pretender mandarme a un manicomio tras este viaje, porque me tenía la cabeza ida.

Nos dieron las once de la mañana a base de cafés, charlas que mi madre desviaba con sus cosas y leyendo titulares. Cuando recogimos, nos vestimos y tiramos a la calle, eran ya las doce de la mañana.

Cogimos un *vaporetto* que nos llevó a la zona de Rialto, donde estaba el puente tan emblemático y muy fotografiado.

Mi madre amargaba con el tema de las fotos y no es que quisiera una en cada lugar como el resto; no, ella quería un completo *book* de infinidad de imágenes del mismo sitio, con diferentes poses que parecían, al final, iguales.

—Yo creo que es mejor que nos tomemos un Aperol spritz —le dijo Tessa para que parase ya de posar.

—Sí, sí, que las sesiones como modelo agotan —soltó ella, quedándose tan pancha.

—¿En serio esta mujer se ocupa de pacientes en el hospital? —me preguntó Alex en voz baja, causándome una carcajada.

—Eso parece, pero yo tampoco me lo explico. —Se me escapó una risilla.

Nos sentamos en una terraza mirando hacia el canal y el puente de Rialto. Nos pedimos los spritz. La verdad es que la ciudad era preciosa y cada rincón tenía algo especial.

Me estaba dando cuenta de que, como en todo viaje por el mundo, el postureo fotográfico estaba a la orden del día. Había hasta cola para tirarse

una foto en una especie de embarcadero pequeño, esperando turno para entrar y tirarte la foto sin el bullicio y con el puente detrás. Increíble a lo que estaban llevando las redes sociales.

No podía sacar de mi cabeza a Stefano; incluso se me hacía constantemente un nudo en la garganta y tenía que tragar saliva para no llorar. Lo amaba con toda mi alma, pero, a la vez, sentía desprecio por todo eso que me había hecho pasar en las redes, con todo el cariño con el que siempre lo traté. Me parecía tan injusto.

Mi madre se puso a hablar con un señor que estaba solo en la mesa de al lado. Terminó sentándose con él y compartiendo otro vino.

—Ya se le olvidó su hija —murmuré, aguantando la risa, esa que Alex y Tessa no pudieron contener—. Me tiene estresada —suspiré.

—Es muy graciosa, parece una niña pequeña. No le tenéis paciencia.

—Tío, a ver si va a ser verdad y te vas a ir con ella —le contestó Tessa, obviamente en broma.

—Si no me cuidas…

—Dios, la que te estás buscando. —Se puso la mano en la frente y negaba, mientras nosotras nos reíamos.

Mi madre estaba en una charla con ese italiano que parecía que se conocían de toda la vida. Entre risas, confidencias y un tonteo más que evidente.

Envidiaba ese momento, por muy tonto que fuese; fue de los primeros que yo viví con Stefano, para luego darme cuenta de que no era el hombre que intentó mostrarme. Dolía tanto que parecía que estuvieran golpeándome sin piedad; podía sentirlo como si me lo diesen de verdad. Nunca imaginé que el amor pudiera desgarrarnos por completo.

Y ahora estaba aquí, en este lugar que lo vio nacer, crecer y abrirse paso en un mundo tan difícil y complejo como era el de la moda.

Dolía mucho el hecho de que algo tan bonito no solo fuera efímero, sino que acabase de esta forma tan cruel. Dolía tanto como esas heridas que no eran físicas, pero desgarraban en el interior.

Mi madre nos sorprendió avisándonos de que se iba a quedar aquí, en el restaurante, comiendo, ya que él la había invitado. Nos lo presentó como Lorenzo. Él se ofrecía a acompañarla luego hasta la puerta del apartamento.

Les deseamos una buena comida y nos marchamos los tres, flipando en colores.

—Tu madre no se pierde una —dijo Tessa cuando nos alejamos de la terraza.

—Dadle las gracias a Lorenzo, que os ha regalado la posibilidad de tener unas horas libres —comentó Alex.

—El hombre, la verdad, es que tiene buena planta y se ve educado —contesté.

—Así van disfrazados los asesinos en serie. —Me picó Tessa, pero consiguió sacarme una carcajada.

—Esa se lo carga antes a él. —Sentenció Alex, dejando claro que no le cabía la menor duda.

Seguimos caminando por callejones secretos, evitando turisteo y vals de trajes y selfis. Me empapé de historias del canal, de arquitectura antigua, intentando olvidar lo que no olvidaba. Pero mi cabeza seguía dando vueltas a todos esos momentos con él, recordando su nombre, su mirada, su sonrisa, y sin poder parar de pensar en «¿qué pasaría si…?».

Caminamos hacia la plaza de San Marcos, donde aprovechamos para tirarnos unas fotos. Íbamos a tomarnos algo en una de sus terrazas, pero Alex, que era muy avispado, cogió una carta que había sobre las mesas y nos miró con cara de póker.

—Una copa de Aperol spritz sale aquí por veintidós euros. Voy a mirar en la siguiente.

Y, más de lo mismo: era un crimen tomarse algo en esta plaza, así que nos decantamos por perdernos por las calles traseras, que también estaban llenas de terrazas con unos precios más decentes.

Normalmente pagábamos unos cinco euros por copa, pero de ahí a veintidós, se pasaban tres pueblos aprovechando esa zona tan mundialmente conocida; pero, a decir verdad, a mí me pasó la plaza sin pena ni gloria, ya que veía más bonitas y auténticas las calles perdidas por donde iban atravesando los canales.

La paz que había dejado mi madre en aquellos momentos no tenía precio. No es que me molestase, pero estaba peor que una niña pequeña queriendo ser en todo momento el centro de atención. Lo peor de todo es que decía cada cosa…

Nos pedimos un plato de pasta cada uno; en este caso, los tres nos decantamos por la de marisco, y es que era brutal lo buena que estaba. Para compartir, pedimos unas *bruschette* de tomate y queso, que estaban deliciosas.

Alex era todo un señor, y eso que me tiré una época, cuando estaba con Tessa, que dudaba de él, pero era muy lindo y había luchado contra un demonio en forma de cuñada. Eso lo hizo en aquel momento parecer diferente.

Mi madre me mandó una foto que se había hecho con Lorenzo y en la que salían comiendo una mariscada que era impresionante. Se les veía de lo más risueños.

Nos fuimos a pasear y perdernos por otras zonas, en las que cada rincón era un nuevo descubrimiento con el que nos volvíamos a encontrar. Íbamos sacándonos fotos en todos los rincones habidos y por haber. Eso sí, un par de fotos o tres para escoger y listo, no como mi madre, que era una tras otra en el mismo sitio.

Pasamos el resto de la tarde paseando, tomando helados y sin quitarme de la cabeza en ningún momento a Stefano. Era imposible. El corazón mandaba por encima de la razón y, contra eso, no se podía hacer nada.

Nos decantamos por cenar en el apartamento. Esta vez compramos pan para hacer tostas con queso crema, salmón y aguacate, además de otras cosas que teníamos para ponerles.

Mi madre nos avisó de que también venía de camino en un bote-taxi con Lorenzo.

Justo cuando íbamos a entrar al apartamento, algo me hizo girar la cara y, en el puentecito que teníamos al lado, ahí lo vi: al señor Stefano Marchetti, ese hombre que, de nuevo, hacía que mi cuerpo comenzara a temblar.

No sabía si me había visto, ya que hizo un movimiento de cabeza justo en el momento que lo vi; el caso es que a mí se me cayó el mundo al suelo, más aún de lo que ya estaba.

Tessa y Alex se quedaron también en *shock*. Entramos en el apartamento en silencio por ese momento tan raro que acababa de vivir.

Me intentaron animar al ver que me había quedado de lo más impactada, pero pronto llegó mi madre con su nueva historia de amor, según ella, y poniéndonos la cabeza como un bombo, contándonos su día. Si no la conociera, estaría pensando que acababa de conocer al amor de su vida, pero, claro, eso en ella no existía porque cambiaba de hombres con una facilidad inmensa.

Cuando nos metimos en la cama y le di la espalda a mi madre como si fuera a dormir, lloré en silencio. Tenía la sensación de que mi felicidad solo dependía de un hombre que no era que no me valorase, era que no le temblaba el pulso en dejarme en mal lugar ante todos.

Estaba claro que este lugar era mágico, pero yo no lo podía vivir de la manera en la que todo viajero lo hacía. Aquí estaba todo mi bien y mi mal, mis sentimientos encontrados por alguien que no conseguía arrancar ni de mi

corazón ni de mi cabeza. Era imposible, por más que lo intentara, después de tantos años enamorada de ese hombre.

Cogí los auriculares y puse de fondo la canción *Caruso*; con ella, terminé de derramar todas esas lágrimas que pedían liberarse.

Capítulo 33



Stefano

El café humeaba entre mis manos, y el silencio de la casa a esa hora de la mañana tenía algo reconfortante y, a la vez, inquietante. Me senté en la cocina, junto a la ventana, con la taza apoyada entre los dedos, observando el movimiento lento de las nubes sobre los tejados de Venecia. Respiré hondo.

Aún podía ver sus ojos. Los de Andrea. La noche anterior, verla ahí, tan cerca, tan al alcance de mis pasos, fue como recibir una bofetada del pasado… pero con olor a presente. Un golpe directo al pecho. No sé cuántos segundos pasaron, pero me quedé paralizado, incapaz de acercarme, de hablarle, de decirle todo lo que llevaba tiempo callando.

Y, sin embargo, verla me bastó. Su figura, su presencia, su expresión. Todo en ella me removió de arriba abajo. Y sentí lo que no había sentido desde hacía mucho: que aún no estaba todo perdido.

Me pasé la mano por la cara, como si así pudiera arrancarme la maraña de emociones que me arrastraban desde hacía meses, desde que todo se había torcido, desde que tuve que convertirme en el villano ante sus ojos.

—Andrea… —murmuré, como si al pronunciar su nombre pudiera convocarla.

El zumbido del móvil sobre la encimera me devolvió a la realidad. Era temprano todavía. Miré el reloj de la pared: las siete y veinte. Todavía

quedaba un rato antes de que Emma se despertara. Me permití un segundo café y, esta vez, mientras lo preparaba, pensé en Lorenzo.

Ese hombre: mi abogado, mi amigo, mi confidente… y ahora, algo más. Le debía tanto. Le había pedido el favor de mi vida, el más arriesgado, el más delicado. Había confiado en él para acercarme a Andrea, para saber dónde estaba, para poder verla, aunque fuese de lejos.

Su madre se lo contaba a él, él me lo contaba a mí, y yo, como un idiota, iba tras cada dato, como un adolescente enamorado que buscaba reencontrarse con su primer amor.

Cuando le dije a Paola que quería intentarlo, que necesitaba verla, aunque solo fuera para explicarle la verdad, me miró con una ternura que aún me arañaba por dentro. Ella sabía lo que yo sentía. Me animó. Se ofreció a quedarse con Emma y me dijo, sonriendo, que fuera, que lo intentara, que hablara con ella de una vez.

—Ojalá nunca lo hubieses tenido que callar —me dijo. Y tenía razón.

En aquel silencio interrumpido solo por los pájaros tras la ventana, oí el suave crujido de la puerta del dormitorio de Emma. Mi pequeña se despertaba.

—Papi… ¿hay crepes hoy? —dijo con voz de recién levantada, frotándose los ojos.

—Si tú me ayudas, claro que sí —le respondí, y su carita se iluminó.

Pasamos la siguiente media hora entre harina, huevos, risas y cucharadas de Nutella que desaparecían misteriosamente mientras cocinábamos. Emma tenía seis años, pero hablaba como si tuviese diez. A veces parecía que me cuidaba ella a mí.

—Quiero ponerle estrellitas a mi camiseta. ¿Me ayudas luego a coserlas? —me dijo mientras devoraba su crepe.

—Solo si me haces uno de tus dibujos para el estudio —le respondí, haciendo que se riera.

—Vale, ¡trato hecho!

Emma era mi vida. Mi motor. Mi todo.

Pero también era la razón por la que llevaba años viviendo con miedo, con una soga invisible al cuello. Por ella había callado. Por ella había mentido. Por ella había dejado que Andrea me odiara. Y por ella estaba ahora decidido a cambiar las cosas.

Cuando terminó el desayuno, Emma se fue al sofá, con su Tablet, a dibujar. La miré un segundo, sabiendo que pronto tendría que decirle tantas verdades… pero aún no era el momento.

Cogí el móvil con manos temblorosas. Respiré hondo varias veces y abrí su perfil en redes. Andrea. La mujer que no podía olvidar. La que me enseñó lo que era amar sin miedo, aunque luego me quedé solo con el miedo.

Abrí los mensajes privados. Dudé. Me levanté. Di vueltas por la cocina. Volví a sentarme. Hasta que finalmente escribí:

Stefano: *Andrea, sé que probablemente este mensaje no es bienvenido, pero necesito pedirte un favor. Un último favor. Necesito verte, necesito que me escuches. Solo eso. Lo que hagas después con lo que te diga será tu decisión. ¿Podemos vernos esta noche? A las ocho. En el puente de los Suspiros. Por favor.*

Lo envié y sentí que el corazón me iba a mil. Me puse de pie y volví a mirar por la ventana. Las calles de Venecia aún estaban tranquilas. Como si también esperaran. Como si la ciudad misma supiera que algo estaba por pasar.

Los minutos pasaron lentos. Cada vez que sonaba una notificación, el corazón me daba un vuelco. Hasta que por fin llegó su respuesta.

Andrea: *Está bien. A las ocho. Pero ve al grano.*

Me dejé caer en la silla con los ojos cerrados. No lo creía. Andrea había aceptado verme.

El nudo que llevaba en el pecho se deshizo un poco, lo suficiente como para poder respirar. Reservé en un restaurante cerca del puente. Uno discreto, con un reservado donde nadie pudiera vernos ni escucharnos. Iba a contarle la verdad. Toda. Sin matices. Sin esconder nada.

A mediodía, Paola llegó con una fuente de lasaña que olía como si viniera del mismísimo cielo. Emma corrió a abrazarla y a llenarla de besos.

—Mamá, mamá, hemos hecho crepes esta mañana. ¡Y papi, me dejó poner la Nutella, yo sola!

Paola se rio y le dio otro beso. Había una complicidad tan pura entre las dos que a veces me dolía el alma pensar en todo lo que Paola había tenido que vivir en silencio.

—Emma, cariño, ¿te vas al salón un momento? Tengo que hablar con mamá un instante —le dije.

Cuando se fue, me giré hacia Paola.

—Esta noche… voy a verla. A Andrea. Le he escrito. Quiero contarle todo.

Ella se quedó en silencio unos segundos y luego asintió.

—¿Y qué esperas que pase?

—No lo sé. Solo necesito que me escuche. Que sepa la verdad. Ya no puedo vivir con esta mentira más.

Ella me miró con esos ojos suyos tan llenos de fuerza y lealtad.

—Te apoyo. En todo. Y si necesitas algo, sabes que estoy aquí.

—Gracias, Paola. Por todo. Siempre.

Comimos los tres como una familia y, en esos momentos, con las risas de Emma, con la lasaña de Paola y con ese rayo de esperanza colándose por las ventanas, me sentí casi… vivo. Pero solo casi.

Porque hasta que no aclarara todo con Andrea, hasta que no la mirara a los ojos y le dijera quién era Emma, quién era Fabiola, qué fue lo que realmente pasó aquella noche después del desfile en los viñedos, no iba a poder respirar del todo.

Y, sobre todo, porque estaba dispuesto a correr el riesgo de perderlo todo… solo por la posibilidad de recuperar su mirada. Aquella que una vez me vio como un hombre al que se podía amar.

El reloj marcaba las siete y cuarto cuando me asomé a la ventana del salón. Hacía una hora que Paola y Emma se habían ido, pues la pequeña tenía cole al día siguiente y había que bañarla y preparar su mochila.

Venecia tenía esa forma de envolverte en nostalgia, incluso en los días más esperanzadores. El cielo comenzaba a teñirse de tonos anaranjados, reflejándose en los canales con esa calma que tanto me faltaba por dentro.

Tenía las manos frías, como cada vez que algo me removía por dentro. Me había duchado, afeitado y cambiado de ropa tres veces. Ninguna camisa parecía adecuada, ninguna chaqueta encajaba con el momento. Me sentía como un crío antes de su primera cita, pero no era una cita. Era algo mucho más importante. Iba a contarle toda la verdad. Por fin.

Respiré hondo y me senté en el borde del sofá, justo frente al gran espejo. Me observé detenidamente: el mismo rostro de siempre, aunque más cansado, más tenso, más marcado por la culpa. Quería parecer tranquilo, convincente, pero por dentro me estaba rompiendo. Andrea merecía una explicación desde hacía mucho, pero no supe cómo dársela sin poner en peligro a quienes más quería.

Mi teléfono vibró con una notificación. Miré la pantalla con el corazón en un puño.

Andrea: *Estoy saliendo. Nos vemos en el puente.*

Se me secó la garganta. Me levanté con un impulso torpe, me puse la chaqueta y cogí el abrigo. El nudo en el estómago era insoportable. Caminé por la casa como un fantasma, asegurándome de que todo quedara en orden. Paola, como siempre, me lo dejó claro antes de irse:

—*Tranquilo, Stefano. Haz lo que tengas que hacer. Dile la verdad. Te va a salir bien* —dijo, y me dio uno de sus reconfortantes abrazos.

Pero ni siquiera ella sabía cuánto dolía esto.

Caminé en silencio por las calles estrechas. El murmullo de la ciudad a esa hora tenía algo hipnótico. La humedad subía desde los canales, el golpeteo del agua mecía levemente las góndolas aparcadas. Todo me parecía irreal.

Al llegar al Puente de los Suspiros, la vi. Estaba de pie, junto a la barandilla, con la mirada fija en el agua. Llevaba una gabardina *beige* que le quedaba perfecta. El pelo suelto le caía sobre los hombros, ligeramente agitado por la brisa.

Me detuve unos segundos para contemplarla sin que me viera. Sentí una punzada en el pecho. No podía creer que estuviera ahí, a escasos metros. Que, después de todo lo que había pasado, hubiera aceptado verme.

Me acerqué lentamente, sin saber muy bien cómo romper aquel silencio que nos separaba. Ella giró la cabeza al notar mis pasos. Sus ojos se encontraron con los míos y, por un instante, todo el mundo desapareció.

—Hola —dijo ella con un tono suave, tímido.

—Hola —respondí, y sonreí casi sin querer.

No supe si podía acercarme más. Moría por abrazarla, por decirle lo mucho que la había echado de menos, por repetirle mil veces que lo sentía, pero no lo hice. Solo caminé a su lado, en silencio.

—¿Vamos? —pregunté, y ella asintió.

Caminamos durante unos minutos sin decir nada. El restaurante que había elegido estaba a solo unas calles: discreto, elegante, con un reservado donde podríamos hablar sin interrupciones. El camarero nos condujo hasta una mesa al fondo, en una esquina tranquila, protegida del resto del salón.

Andrea se sentó frente a mí, con los dedos entrelazados sobre la mesa. No parecía incómoda, pero sí expectante. Yo, por mi parte, sentía que todo me pesaba. Incluso las palabras que aún no había pronunciado.

—¿Qué tal ha ido el viaje? —pregunté, intentando suavizar el momento.

Ella me miró y ladeó la cabeza con una leve sonrisa irónica.

—Bien, pero mejor ve al grano. Quiero saber para qué querías verme.

Tragué saliva. Estaba preparado para esto, o eso creía.

—Tienes razón —dije bajando un poco la voz—. No sé ni por dónde empezar. Solo sé que necesito explicarte todo. Que lo siento. Que siento muchísimo todo lo que pasó después de aquella noche.

Ella no dijo nada. Sus ojos seguían fijos en los míos, serenos, duros, pero también dolidos.

—No quería hacerte daño, Andrea. Ni con mis palabras, ni con los comentarios que se generaron, ni con lo que vino después. Pero estaba… atrapado.

—¿Atrapado? —repitió con escepticismo—. Stefano, podrías haber parado todo aquello tras el primer comentario. Podrías haber dicho que era mentira. Que no había sido una chantajista. Y no lo hiciste.

—Lo sé. Créeme que lo sé. Y me duele. Pero no podía.

—¿No podías? ¿Te apuntaban con una pistola para escribir lo que escribiste?

—No. Pero casi —contesté en un susurro.

Ella frunció el ceño, confusa.

—Si no te explicas mejor, no voy a entender nada.

Me incliné un poco hacia delante, bajando la voz todavía más. Ya no podía seguir ocultando nada.

—Sí, tengo una niña en mi vida. Emma. Tiene seis años. Es mi mundo entero, Andrea. Ella... lo es todo para mí. Y nadie lo sabía. Nadie sabía de su existencia hasta que la prensa empezó a hablar de ella y de mi compromiso con Fabiola.

Vi cómo sus ojos se abrían con sorpresa. Pero no interrumpió.

—Emma, no es mi hija biológica —dije, con voz temblorosa—. Es hija de mi mejor amiga, de Paola. Nunca estuve con ella. Jamás. Pero me hice cargo desde el principio. Porque el padre de esa niña es mi propio padre.

Andrea se llevó la mano a la boca, como si intentara procesar lo que acababa de oír. Sus ojos, hasta entonces duros, mostraban una confusión absoluta.

—¿Tu padre? ¿Estás diciendo que…? —asentí mientras ella se quedaba sin palabras, procesando las mías.

—Sucedió hace siete años, después de un desfile en los viñedos de mi familia. Paola y él... tuvieron una breve historia. Ella se quedó embarazada. Mi padre no quiso saber nada. Le pidió que lo mantuviera en secreto, y yo no podía permitir que Paola se enfrentara sola a eso. Ella siempre estuvo a mi lado. Cuando quise dedicarme al diseño, cuando discutí con mi padre. Se convirtió en mi apoyo más fiel.

—¿Y por qué tuviste que decir que la niña era tuya? ¿Por qué ocultarlo? —preguntó Andrea, cada vez más confundida.

—Porque mi madre no lo habría soportado —confesé—. Porque, si se enteraba de que su marido había tenido una hija con otra mujer, habría sido devastador para ella. Mi padre me contó que en aquel entonces el matrimonio

con mi madre no pasaba por un buen momento y que simplemente se dejó llevar por un arrebato.

»Fabiola se enteró de la verdad. Hace más de dos años, escuchó una conversación entre mi padre y yo, descubriendo mi gran secreto. Y desde entonces me chantajea.

—¿Chantaje?

—Sí —asentí—. Llevaba un año y medio con ella, pero iba a romper; la relación estaba empezando a no ser lo que yo esperaba. Me dijo que, si rompía con ella, lo contaría todo. A la prensa, a mi madre, a todo el mundo. Que arruinaría mi vida y la de mi familia. Y como un cobarde, acepté seguir con ella. Fui un imbécil. Pero lo hice por Emma. Por Paola. Por mi madre.

Andrea se quedó en silencio. No sabía si por incredulidad, por pena o por rabia.

—¿Y la prensa? ¿Todo eso del compromiso, las fotos, los titulares?

—Todo es orquestado por Fabiola. Ella se está encargando de manipularlo todo. Incluso lo que se dijo de ti. Quería que te alejaras de mí. Que me odiaras. Para que no te convirtieras en una amenaza.

—Stefano... —dijo Andrea bajando la mirada—. Todo esto... no sé si puedo creerte. Ya me hicieron daño una vez por confiar. Necesito pruebas.

Asentí de inmediato.

—Las tendrás. Te lo juro. Tengo mensajes, grabaciones, documentos. Si me das una oportunidad más, te lo enseñaré todo. Solo te pido que volvamos a vernos. Nada más.

La vi dudar. Su mirada estaba clavada en la servilleta entre sus dedos, como si en ese trozo de tela se escondiera la decisión más importante de su vida.

Pasaron unos segundos que a mí se me hicieron eternos antes de que volviera a mirarme.

—Vale —dijo al fin—. Enséñame esas pruebas. Solo dime cuándo y dónde.

Una corriente cálida me recorrió el pecho. No era perdón, no era amor, todavía no, pero era una posibilidad.

—Te mandaré un mensaje con el lugar y la hora. Gracias, Andrea. De verdad. Gracias por venir.

Terminamos de cenar en silencio. El ambiente había cambiado. Seguía habiendo distancia entre nosotros, pero también algo más. Una grieta por donde entraba la esperanza.

Después de cenar, caminamos por las calles de Venecia y la acompañé hasta la puerta del apartamento donde se alojaba. Las calles estaban vacías, y el único sonido era el de nuestros pasos sobre la piedra húmeda.

Me detuve justo antes de que ella subiera los escalones.

—Gracias por escucharme —le dije con toda la sinceridad que podía darle en ese momento.

Me incliné y le di un beso en la mejilla, suave, casi tembloroso. Ella no dijo nada, pero tampoco se apartó. La vi entrar, y me quedé un momento frente a la puerta cerrada.

Entonces comencé a andar, solo, con las manos en los bolsillos y el corazón, latiéndome a mil por hora. La noche veneciana me envolvía como un susurro, y en mis pensamientos solo había un deseo: que, esta vez, Andrea me creyera.

Porque, si lo hacía… aún había una posibilidad para nosotros.

Capítulo 34



Andrea

Me desperté y mi madre no estaba a mi lado. Los escuchaba en la cocina mientras preparaban el desayuno, y sabía que me esperaban para que los pusiera al día sobre la cena de la noche anterior junto a Stefano.

Entré en el baño con esa sensación de no poderlo creer del todo por tantos antecedentes que había. ¿Quién me aseguraba que ahora no me estuviera mintiendo?

Me miraba al espejo y no sabía si reír, llorar o darme dos cabezazos contra la pared. Estaba de lo más susceptible. Lo peor de todo es que esto, de nuevo, me subía a una montaña rusa con más curvas de las que ya tenía.

—No seas idiota, Andrea —me dije, y acto seguido me contesté a mí misma—. O sí. Igual ya lo eres otra vez.

Suspiré, me peiné sin ganas y volví a pensar en esas preguntas que me había estado haciendo toda la noche.

¿Y si me estaba mintiendo? ¿Y si me estaba embaucando otra vez solo para que le perdonase y volver a tenerme en su cama? Era tan fácil creerle cuando te miraba así… Pero, joder, ¿y si todo eso era otro guion de su teatro?

Me di un par de toquecitos en las mejillas, como si eso sirviera para sacarme la estupidez de encima, y salí del baño.

—Hija, que hoy también me voy con mi amor italiano.

—Buenos días a todos. Bien, mamá, veo que no te suelta ni a tiros.

—Es que dice que soy la mujer que siempre esperó en su vida. —Puso cara de angelito enamorado a la vez que se le escapó un suspiro.

—¿Qué tal anoche? —me preguntó Tessa después de sonreír con el comentario de mi madre.

—Bien —me acomodé en la silla—, resulta que… —les conté todo lo sucedido.

La conversación, las verdades, la historia de Emma, el chantaje, la promesa de pruebas. Lo solté todo mientras me tomaba el café, como quien cuenta una película de la que aún no ha decidido si le ha gustado o no.

—¿Y si no es tan malo como creías? —me preguntó Alex—. Recuerda lo que me pasó a mí.

—No sé, tengo la sensación de que de nuevo me la va a jugar. Es más, no dejo de pensar en la posibilidad de que, si me lo hizo una vez, ¿quién me dice que no me hará otra de las suyas?

—Se pasó contigo en las redes y te dejó en muy mal lugar. Haz que se arrastre a ti como los perros. —Indicó mi madre, señalándome con su dedo de manera efusiva.

—Pues eso, estoy un poco en alerta. Tampoco quiero sacar conclusiones y justificar lo que no me demostró con pruebas. Por cierto, qué buena pinta el desayuno. Eres un crac, Alex.

—Hecho con mucho amor.

—Se nota.

—Y eso que me pierde como futura candidata a ser su prometida, porque se le adelantó mi italiano.

—Tranquila, Sonia, ya lo consuelo yo —le dijo Tessa, causándome una risilla.

Esta vez desayunamos en el interior, ya que apenas eran las ocho y las temperaturas aún estaban muy bajas.

Queríamos pasar el día en Murano y Burano. Habíamos visto muchas fotos y ambos destinos nos llamaban muchísimo la atención, especialmente Burano, con sus fachadas pintadas de vivos colores y ese aire de puerto pesquero que tanto la caracterizaba. Mi madre, por su parte, seguiría con su plan y no nos acompañaría en esas visitas.

Durante el desayuno no paraba de darle vueltas a la cabeza. El tema de Stefano me tenía de lo más candente y no podía dejar de pensar en todo lo que me había dicho.

—Hija, estoy pensando que lo mismo voy a tener que pedir una excedencia y venirme a vivir a Venecia con mi amor.

—Dios, pues sí que es rápida —murmuró Alex.

—Por favor, mamá, en serio, ¿sabes lo que estás diciendo? Tendrás que ver qué pasa cuando te vayas y si él sigue mostrando interés por ti.

—Ese hombre ahora mismo firmaría porque yo le diese el «sí, quiero» y que me convirtiese en la mujer de su vida. ¿Cómo puedes dudar de las pasiones que levanta tu madre por allá, por donde pisa? Qué fuerte me parece.

—Menos mal que a ti te parece fuerte, imagínate a nosotros escucharte.

—Soy tu madre y luché mucho por tu educación.

—Anda ya, mamá. Que me parece muy bien que vivas la vida como quieras, pero criar, lo que se dice criar, lo hizo papá.

—Siempre lo antepones a mí. —Se hizo la víctima y puso cara como para romper a llorar, pero se notaba el teatro de lejos.

—Soy leal a la verdad, y me parecería muy injusto tapar el dedo con el sol para complacerte. Fuiste una madre ausente.

—Estaba trabajando y luchando por salir adelante.

—Sí, ya —negué porque, para qué iba a seguir discutiendo con ella algo evidente y que no era de otra manera más que la realidad que viví yo.

Comentó que se le había quitado el apetito y que se iba a preparar para la cita con «el hombre de su vida». Eso sí, el hambre se le había pasado justo después de zamparse un buen bocadillo de pan tostado con jamón, que ya llevaba entre pecho y espalda.

Se marchó dándonos un beso en la mejilla a cada uno, aunque con cara de rencor y dramatismo. Ni caso le hicimos. Simplemente, le deseamos que pasara un buen día.

Nos arreglamos y salimos rumbo a la parada del *vaporetto* que nos llevaría hasta Murano, nuestra primera parada.

Durante el trayecto, fijaba la vista en el horizonte, aunque en realidad no veía el mar: veía su rostro. Sus manos aferradas a la copa, sus palabras temblorosas, la forma en que habló de Emma. Todo volvía una y otra vez a mi mente.

Era imposible apartarlo de mis pensamientos. Una parte de mí quería creerle, aferrarse a esa verdad que parecía sincera… pero otra me gritaba con fuerza: «¿Y si solo está usando la historia de una niña para darte pena y volver a meterse en tu vida?».

—Mira qué foto tan bonita te he hecho sin que te dieras cuenta. —Me la pasó por el chat.

Saqué mi móvil y la miré. Era preciosa, se me notaba natural, pensativa y, como fondo: el agua.

—Me encanta. Luego subiré un post con algunas fotos. Total, ya di de qué hablar con la historia.

—Haces bien. Tienes derecho a publicar lo que quieras, ni que Venecia fuera propiedad de Stefano.

—Casi —murmuré, aguantando la risa—. Tiene casas y negocios por todas partes. —Carraspeé.

—Lo amas demasiado. —Sonrió.

Llegamos a Murano y, tras bajar del *vaporetto*, comenzamos a caminar hacia el centro. La calle, atravesada por un canal, estaba repleta de tiendas con el famoso cristal de Murano. Una auténtica locura de joyas que nos atrapaban con solo mirarlas. Alex, viendo cómo se nos iluminaban los ojos frente a cada escaparate, no paraba de empujarnos suavemente para alejarnos y evitar que cayéramos en la tentación de entrar.

—Acabo de morir de amor —murmuré, frenando en seco en otro escaparate.

—Corre. —Tiró de mí Tessa y entramos en la tienda.

Había anillos en una infinidad de colores, todo tipo de alianzas, elaborados con el cristal de Murano. Me costaba decidirme: seis de ellos me tenían completamente atrapada. Los tonos eran tan bonitos que daban ganas de lucirlos solos o combinados entre sí.

—No más de dos cada una —sentenció Alex, observando cómo nos llenábamos las manos.

—Dos dice —murmuró Tessa, soltando una carcajada.

—He dicho que dos a cada una os voy a pagar —rectificó, carraspeando.

—Pues entonces cojo dos más. —Me apresuré.

—¡Pero si ya llevas medio arcoíris en la mano! —Rio él a carcajadas.

Al final nos llevamos siete anillos cada una, y, pese a nuestra negativa, Alex terminó pagándolos. La broma le salió por unos cien euros, aunque,

gracias a la promoción de «compra cinco y te regalan dos», todavía salió mejor parado.

Pero ni con eso nos quedamos tranquilas. Nada más lejos de la realidad: en la siguiente tienda salimos con un par de pulseras cada una, también cortesía suya. Y no hubo manera de frenarlo; es más, viendo que era misión imposible, acabamos prometiendo que no entraríamos en más tiendas.

Tras un buen paseo, cogimos el *vaporetto* hacia Burano, donde habíamos decidido comer. Nos habían dicho que era la joya de las joyas: un lugar vibrante, lleno de vida y color. No se equivocaban. Bastó con poner un pie allí para coronarlo como nuestro sitio favorito.

Nos sentamos a la orilla del canal, en un restaurante de marisco y pescado que tenía una pinta espectacular. Y siendo Burano una isla de pescadores, teníamos la garantía de que todo sería fresco.

Comencé a mirar en el móvil las fotos de Venecia, de esta mañana en Murano y de ahora en Burano. Eran preciosas. Decidí subir a mi perfil un carrusel con varias de ellas.

Solo puse que estaba disfrutando del momento y marqué la ubicación en Venecia. Mientras comíamos, los tres estábamos enganchados leyendo los comentarios. Lo más sorprendente fue que Stefano le dio un «me gusta» a la publicación. Nos quedamos los tres en *shock*, sin entender nada. Y, claro, aquello iba a dar mucho más que hablar.

Había comentarios de todo tipo:

«¿Fuiste a encontrarte de nuevo con Stefano?»

«¿Has vuelto a caer en sus brazos después de cómo te vendió ante todos?»

«¿Sabe su prometida que estás allí?»

«Líate de nuevo con Stefano y luego nos dais salseo»

«¿Cómo te atreves a ir a provocar después de lo que pasó y que se sabe que tiene prometida e hija?»

—La gente opina sin saber. Es increíble este mundo de las redes sociales donde cualquiera puede hablar sin consecuencias —murmuraba Alex.

—No me afecta lo que digan, me afecta en el lugar que me deja él.

—Hoy te dio un corazón y ayer vino a buscarte.

—Quiero pruebas, Tessa. No me voy a conformar con las migajas de alguien que hoy me baja la luna y mañana me estrella contra el suelo.

—Salud, chicas —dijo Alex levantando la copa para cambiar el tema y que no me sintiera mal.

Brindamos y comenzamos a degustar los platos que nos llegaban para compartir, todo basado en marisco y pescado, mi perdición.

No tuvimos bastante con llenarnos hasta la ceja y disfrutar de la comida, porque cuando nos trajeron la carta de postres no pudimos resistirnos a pedir un par para compartir: uno de bomba de chocolate y otro de vainilla con caramelo y brownie. Una auténtica locura de sabor.

Regresamos en el *vaporetto* a Murano para cambiar de embarcadero y coger el que nos dejaba junto a nuestro alojamiento.

Por el camino decidimos que esa noche cenaríamos un Burger King; además, lo pediríamos por la aplicación para que nos lo llevaran. Pero antes, tocaba una buena ducha y ponernos cómodos.

Al llegar a la casa, nos fuimos duchando antes de que llegase mi madre, que ya venía de camino, por lo que me había dicho por mensaje.

—Ya llegó la reina y señora de la casa… ¡y con noticias! —entró abriendo los brazos como si estuviera en pleno escenario.

—La primera te la voy a dar yo —le dije—. Vamos a cenar menús del Burger que vamos a pedir por la aplicación. ¿Qué te apetece? Estábamos esperando a que llegases para pedirlo.

—¿No os da vergüenza pedir Burger pudiendo comer comida italiana?

—Bueno, también está bien cambiar un poco —dijo Alex, apretando los dientes.

—Yo hoy comí en un restaurante de lujo…

—Mamá, dime qué quieres, pedimos y luego cuentas.

—Qué carácter de mierda, hija. A mí me pides lo mismo que tú.

—Viva la personalidad —murmuró Tessa, y mi madre la miró con asco.

Se duchó, y cuando se puso el pijama y se sentó en la mesa, comenzó a contarnos su día con Lorenzo. La había llevado a un restaurante muy prestigioso de la ciudad y se había gastado la friolera de setecientos euros. Casi me da un chungo solo de saber lo que había pagado ese hombre por dos comensales.

No contento con agasajarla de esa manera, luego la llevó a comer un postre espolvoreado con oro de 18 quilates. Yo estaba flipando. Lo había visto en la red, pero no daba crédito. Se dejó otro riñón con la merienda.

Habían quedado en verse de nuevo al día siguiente, así que estaba loca de contenta con su nuevo plan. Eso de venir de viaje con su hija era hasta que apareciera un hombre; menos mal que se apuntaron Tessa y Alex, si no me hubiera visto más sola que la una.

Se pasó toda la cena rajando de la comida basura y comparándola con lo que ella había comido ese día. Desde luego que tenía menos luces que una niña de cuatro años. Yo ya me aislaba sin querer en otros pensamientos con tal de no escuchar las tonterías que decía.

Nos acostamos un rato después de cenar. El día había sido largo y muy bien aprovechado.

Capítulo 35



Stefano

El reloj marcaba las cinco de la tarde cuando sentí que el estómago me daba un vuelco. Estaba sentado en la cocina, con las manos entrelazadas sobre la mesa, moviéndolas nerviosamente y sin poder dejar de mirar una y otra vez la pantalla del móvil. El mensaje seguía ahí, enviado hacía más de tres horas.

Stefano: *Andrea, te espero esta tarde a las cinco y media en mi casa. Ya tengo las pruebas.*

Incluía la dirección. Y nada más. Ni una respuesta, ni un «vale», ni siquiera el típico «visto» que me confirmara que lo había leído. No sabía si lo había ignorado… o si simplemente no quería saber nada de mí. Y eso último dolía. Más de lo que me atrevía a admitir.

—Deja de torturarte —dijo Paola, sentándose frente a mí con dos tazas de café en las manos.

La suya humeaba. La mía se quedó intacta. Apenas podía sostenerla sin derramarla de lo nervioso que estaba.

—No lo ha leído aún —murmuré.

—¿Y si sí? ¿Y si lo leyó y está pensando qué responder? No todo el mundo contesta a los mensajes como tú, en los primeros cinco segundos.

—No es eso, Paola. Es que… ¿y si no viene?

Ella apoyó una mano sobre la mía. Su gesto, firme y cálido, logró calmarme un poco.

—Vendrá. Me dijiste que en su mirada viste algo. Que parecía dispuesta a escucharte. ¿No?

Asentí, aunque sin demasiada convicción.

—Entonces vendrá. —Hizo una pausa, observándome con ese tono tranquilizador que siempre había tenido conmigo—. Stefano, si crees que puede llegar a creerte, si confías en que su corazón todavía no se ha cerrado del todo, no temas poner todas las pruebas sobre la mesa. No te guardes nada. No la subestimes. Andrea no es tonta. Y tiene corazón, eso seguro.

Sus palabras me llegaron más de lo que quise admitir. Solté un suspiro largo, intentando aflojar la tensión que llevaba pegada al cuerpo desde que pulsé «enviar».

—No es solo ella. Es todo —dije en voz baja—. Siento que mi vida está pendiendo de un hilo, que cualquier cosa que haga mal puede romperlo.

—Entonces hazlo bien. Confía. Esta vez, sé valiente. Muestra todo, sin filtros. No te escondas más.

Antes de poder contestar, escuchamos pasos diminutos por el pasillo. Paola sonrió.

—Tu otra prioridad acaba de salir del baño —dijo en voz baja, guiñándome un ojo.

Emma apareció en el marco de la puerta con su camiseta de unicornio, el pelo revuelto y esa carita de recién lavada de la siesta que siempre me enternecía.

—Mami, ya me lavé las manos —dijo con tono orgulloso, enseñándoselas como si fueran un trofeo.

—Muy bien, cariño. —Paola se levantó y le revolvió el pelo con cariño—. Vamos a salir un momento, ¿vale? Papá necesita que compremos algo especial.

Emma ladeó la cabeza, curiosa.

—¿El qué, papi?

Me acerqué y la cogí en brazos, sintiendo cómo su cuerpecito se acomodaba con total naturalidad sobre el mío. Su presencia, como siempre, me anclaba.

—Necesito unos pasteles —dije sonriendo—. Va a venir una amiga mía a tomar café y no me da tiempo a ir yo.

—¿Y después puedo quedarme con vosotros para comer pasteles?

—Claro que sí, princesa. Me encantaría. —Le di un beso en la frente y ella me abrazó con fuerza.

Paola le puso el abrigo, le cogió de la mano y me guiñó un ojo antes de salir.

—Volvemos en un rato. Tú respira hondo. Todo va a ir bien.

Asentí en silencio mientras las veía marcharse. El silencio de la casa se hizo aún más evidente. Caminé hasta el salón, repasando mentalmente cada palabra que iba a decir. Saqué la carpeta con documentos, mensajes impresos, correos, incluso una grabación en una memoria USB. Todo lo que podía demostrar que no había mentido.

A los diez minutos, el timbre sonó y juro por Dios que se me paró el corazón un segundo. Caminé hacia la puerta como si recorriera un kilómetro entero. Cuando abrí, ahí estaba.

Andrea.

Llevaba una blusa azul oscuro, el pelo suelto, algo revuelto por el viento, y una mirada que me atravesó por completo. Ni hostil ni cálida. Neutra. Pero en sus ojos brillaba esa mezcla de curiosidad y tensión que reconocí de inmediato.

—Hola —dije, apenas con un hilo de voz.

—Hola —contestó, sin más.

Me hice a un lado para dejarla pasar.

—Pasa, por favor. Puedes sentarte donde quieras. ¿Quieres café?

—Prefiero que empieces.

Asentí y fuimos hacia el salón. Se sentó en el sofá, recta, con las manos entrelazadas. Yo me coloqué frente a ella, con la carpeta sobre la mesa. Respiré hondo. No podía cagarla.

—Tal como te dije la otra noche, aquí están las pruebas que tengo. ADN, mensajes, grabaciones, documentos.

Abrí la carpeta y comencé a sacar lo que había estado recopilando en esos días: capturas de pantalla de mensajes donde Fabiola me amenazaba con revelar el secreto, una grabación en la que lo decía con claridad, correos electrónicos negociando con revistas para manipular titulares, incluso el informe de un investigador privado que demostraba cómo ella había filtrado las informaciones falsas en las que Andrea aparecía como chantajista y oportunista.

—Aquí está todo. Léelo, escúchalo. No quiero que me creas porque lo digo yo, quiero que lo veas con tus propios ojos.

Andrea cogió los papeles primero con cautela, como si dudara si debía entrar en ese mundo oscuro que le estaba mostrando. Después, con más atención.

La observé mientras pasaba página tras página, revisando mensajes, correos. Luego puso la grabación, y la voz de Fabiola retumbó en el salón con una claridad brutal:

—*Si me dejas, Stefano, cuento lo de tu padre. Lo de la niña. A tu madre, a la prensa, a todos. No te conviene jugar conmigo.*

Andrea no dijo nada mientras escuchaba, pero vi cómo sus ojos se llenaban poco a poco de una humedad que intentaba disimular. Cerró la carpeta, respiró hondo y se llevó las manos al regazo. Cuando levantó la mirada, sus ojos estaban vidriosos.

—No me imagino por lo que has debido pasar todos estos años —dijo en voz baja, con un tono más humano, casi compasivo—. Vivir así… escondido, con miedo constante, cargando con el peso de algo que no era tuyo…

Se quedó callada un instante, y yo ni me atrevía a hablar. Entonces me miró directo a los ojos.

—Las pruebas no mienten. Está claro.

Mis piernas casi flaquearon. Lo dijo con claridad, con honestidad. No como una concesión, ni por lástima. Me creía. Andrea me estaba creyendo.

—Gracias —susurré, sintiendo cómo una enorme presión se deshacía dentro de mí.

—¿Tienes una foto de Emma? —preguntó, con un atisbo de sonrisa.

Sonreí también. Pero justo entonces, sonó el timbre.

—Tengo algo mucho mejor que una foto —dije mientras me ponía en pie, sintiendo por primera vez en días un calor extraño en el pecho.

Fui hacia la puerta y la abrí. Paola sonrió en cuanto me vio.

—¿Cómo va todo?

—Creo que bien —contesté, todavía incrédulo.

Ella me dio un beso rápido en la mejilla y dejó pasar a Emma, que llevaba una pequeña caja de cartón con una cinta roja.

—¡Quiero quedarme a cenar con papi! —anunció la niña entrando como un torbellino alegre.

—Por mí, sin problema —dijo Paola.

Emma me cogió la mano y me miró con una sonrisa desbordante.

—Mira, papi, hemos traído pasteles. ¡Los de crema y los de chocolate!

—Genial, princesa.

Avanzamos hacia el salón. Andrea seguía allí, de pie, y sus ojos se abrieron con sorpresa al ver a la niña. Emma la miró curiosa.

—¿Es tu amiga? —me preguntó en voz alta.

—Sí. Andrea, ella es mi hija, Emma.

Andrea sonrió. Un gesto sincero, tierno, que no esperaba. Emma se acercó con la caja en las manos.

—Hola —dijo, tímida pero valiente—. ¿Quieres un pastel y un café?

—Claro —respondió Andrea, encantada—. Me encantaría.

Emma me miró enseguida.

—Papi, vamos a hacer el café y mi leche.

—Vamos —dije, sintiendo cómo el momento cobraba una naturalidad mágica.

Emma empezó a andar hacia la cocina, pero se giró hacia Andrea.

—¿Vienes tú también?

Andrea asintió, divertida, y las tres figuras —una adulta, una niña y ese vínculo invisible entre ellas— desaparecieron un momento por el pasillo.

Lo que sucedió después fue inesperado. Y maravilloso.

La cocina se llenó del vapor de la cafetera y del cuchicheo de Emma, que hablaba sin parar. Andrea la observaba con una mezcla de ternura y asombro, como si no acabara de creer que todo fuese real. Yo no podía dejar de mirarlas. Verlas así, compartiendo ese espacio sin tensión, sin resentimientos, me devolvía una esperanza que creía perdida.

—¿Sabes? —dijo Emma mientras sacaba tazas del armario—. Yo también hago diseños de ropa, como mi papi.

Andrea sonrió, agachándose para ponerse a su altura.

—¿En serio? ¿Y ya tienes tu propia firma?

—¡Aún no! —contestó con una carcajada— Pero tengo un cuaderno con mis dibujos. Lo guardo en mi habitación.

—¿Y haces vestidos? ¿Pantalones? ¿De todo?

—De todo. Pero me gustan más los vestidos. Los de princesa y los de verano.

Andrea le guiñó un ojo.

—Pues cuando los saques al mercado, quiero uno de los primeros, ¿eh?

Emma se rio, encantada. Luego la miró con los ojos bien abiertos, como si acabara de pensar algo importantísimo.

—¿Tú eres modelo? ¿Vas a desfilar con los vestidos de papi?

Andrea soltó una carcajada sincera y negó con la cabeza.

—No, cariño. No soy modelo. No sabría ni cómo caminar en una pasarela.

Emma se quedó boquiabierta, ofendida como si hubiera oído una barbaridad.

—¡Eso no puede ser! Seguro que sí sabes.

—No, de verdad…

—¡Sí que sabes! —insistió ella con ese convencimiento infantil que no aceptaba un «no»—. Te voy a enseñar. ¿Quieres?

Andrea me miró divertida, como pidiendo ayuda, pero yo solo me encogí de hombros y sonreí.

—Tienes una entrenadora de élite. No puedes decir que no.

Emma cogió la mano de Andrea y la llevó de nuevo al salón, arrastrándola con esa energía imparable que solo ella tenía.

—Vale, primero, manos en jarras —ordenó Emma, colocando las suyas en la cintura y mirando cómo Andrea la imitaba—. Ahora, un pie delante del otro… ¡Espalda recta! ¡Y barbilla alta!

Andrea la seguía divertida, dejándose guiar.

—¿Así?

—¡Perfecto! Ahora caminamos hasta allí —señaló el extremo del salón— y luego giramos, como en las pasarelas de papi.

Caminaron juntas, Andrea imitando los pasos firmes y elegantes de la pequeña, que se tomaba el desfile con una seriedad cómica. Al llegar hasta mí, Emma giró y volvió con Andrea hasta el inicio. Al terminar, sonrió deslumbrante.

—¡Lo has hecho muy bien!

Andrea se agachó frente a ella.

—Tú lo has hecho mucho mejor.

Emma rio feliz.

—Es porque mi mamá fue modelo antes de que yo naciera. La he visto muchas veces caminar así.

Ese comentario me sorprendió, pero me hizo sonreír. Andrea también pareció sorprendida, aunque no dijo nada. Solo la miró con más atención, como si descubriera algo nuevo en ella.

Me quedé en el sofá viéndolas interactuar. Emma hablaba con Andrea con una naturalidad pasmosa, como si la conociera de toda la vida. Andrea, por su parte, parecía disfrutar del momento. Reía, le respondía con ternura. Se la veía cómoda. Y eso me conmovía.

Pensé en cómo era Fabiola con Emma: fría, distante, casi incómoda. En cambio, Andrea parecía hecha para estar allí.

—Voy a buscar mi cuaderno de bocetos —dijo Emma de repente y salió disparada hacia su habitación.

Nos quedamos solos. Andrea se sentó en el sofá, aún sonriendo, con las mejillas sonrojadas por el desfile improvisado. Me miró, y su expresión se suavizó.

—Es una niña encantadora —dijo—. Vivaracha, despierta… y se la ve muy cariñosa.

—Sí —asentí—. Es imposible no enamorarse de ella.

—Además —añadió con una sonrisa ladeada—. Se parece mucho a ti.

Solté una pequeña carcajada.

—No es mi hija biológica, pero nadie podrá negarme nunca que soy su padre.

Andrea me sostuvo la mirada. Ya no había juicio en sus ojos, ni dureza. Solo una ternura tranquila que me desarmó. Me incliné hacia ella y acaricié su mejilla con los dedos. Me moría por besarla, pero sabía que no era el momento. Apenas dejé que mi mano rozara su piel como una caricia silenciosa.

—Gracias —le dije—. Por estar aquí. Por escucharme. Por ver las pruebas. Por creerme.

Ella no dijo nada. Solo asintió, con un brillo en la mirada que me hizo pensar que, quizás, todavía quedaba una posibilidad.

Emma regresó corriendo con el cuaderno y se lo abrió directamente a Andrea.

—¡Mira! Este lo hice para una fiesta de verano. Tiene flores y brilli-brilli.

Andrea lo observó con atención, pasando páginas y comentando con sinceridad.

—Son preciosos, Emma. De verdad. Tienes muchísimo talento. Seguro que algún día serás una gran diseñadora como tu papá.

—¡No! —Rio ella—. Yo voy a ser la jefa. ¡La dueña de la firma!

Andrea y yo reímos. Yo le despeiné el pelo.

—Ya me está jubilando, y eso que todavía soy joven.

Emma sacó la lengua entre carcajadas.

La tarde se nos escapó entre dibujos, cuentos y pasteles venecianos —Andrea probó los *bussolà buranello*, los *zaeti* con pasas y los inseparables *cannoli*—, envuelta en más risas de las que yo había escuchado en semanas.

Cuando cayó el sol, pedí *pizza* y cenamos los tres en la mesa de la cocina, como si aquello fuera lo más normal del mundo.

Andrea se despidió poco después. Se levantó, cogió su bolso y me miró con una expresión que no olvidaré.

—Necesito tiempo para arreglar todo esto —le dije sin apartar la mirada de la suya.

—Ojalá te salga bien, Stefano. De verdad.

Se acercó y me dio un beso en la mejilla, suave, pausado, como si dejara una parte de sí en ese gesto.

La vi alejarse desde la puerta. Caminaba despacio, con la cabeza algo baja. Cuando se perdió en la calle, me quedé en silencio, intentando grabar ese momento en mi memoria.

Ojalá sea así. Ojalá cuando vuelva a verla sea para poder sincerarme con ella de una vez por todas. Sin miedo. Sin trampas.

—Papi —dijo Emma tirando de mi camiseta—. Es hora de mi baño.

—Cierto, princesa. Hora del baño y de dormir.

La llevé al baño, como todas las noches que se quedaba conmigo. Mientras la enjabonaba y jugábamos con los muñecos de espuma, ella me miró con su cara traviesa.

—Andrea es muy simpática. Y muy guapa también.

—Ah, ¿sí? No me había dado cuenta.

—Sí. Me gusta más que Fabiola.

Me reí bajito y le di un beso en la frente.

—A mí también, princesa. A mí también.

Capítulo 36



Andrea

Mi madre saltaba en la cama como una niña pequeña para despertarme. No, no era una metáfora. Literalmente saltaba, como si tuviera ocho años. Entre saltos y gritos de «¡Venga, que ya está el desayuno arriba!», terminé por incorporarme a medias, deseando que el café ya estuviese servido y bien cargado.

Por suerte, así era, y ya tenían en la terraza de arriba preparado el desayuno, porque decían que hoy no hacía excesivo frío.

El día anterior, cuando llegué de estar con Stefano, no había nadie. Mi madre estaba con Lorenzo y los chicos perdidos por la ciudad, y para cuando llegaron, yo ya estaba dormida.

—Hombre, la que nos tiene muchas cosas que contar —dijo Tessa al verme aparecer por la terraza y aplaudiendo con efusividad.

—Yo también tengo que contar mi último día con Lorenzo, fue el último por ahora, pero prometió que iría a verme. —Sonrió feliz, poniéndose las manos en el pecho—. Hoy quería pasarlo con vosotros, ayer ya me despedí de él. —Puso cara de angelito.

—A mí me enseñó todas las pruebas y también estuvimos con su hija… —les conté todo—. Era verdad —confesé convencida de lo que decía.

—¿Y te ha pedido matrimonio?

—Mamá —suspiré, agotada.

—Es lo mínimo que tendría que hacer.

—Déjala hablar, Sonia —intervino Tessa, con calma.

—Pues eso —continué—, que tiene mucho que arreglar en su vida y, en cierto modo, ahora mismo lleva unas cadenas que tiene que aprender a quitarse.

—Pero ¿no te dijo de veros en un futuro? —insistió.

—No, no me lo dijo —tragué saliva para no llorar—. Solo me miró con esa cara suya y me dijo que deseaba que todo se resolviera para poder hablar con libertad.

Me sostuvo la mirada un segundo y fue suficiente para entender que, de momento, no podía prometerme nada. Solo verdad cuando llegara el momento.

Se hizo un silencio mientras empezábamos a desayunar. La verdad era que me dolía profundamente todo lo que le estaba pasando a Stefano y, por fin, lo comprendía por completo. De nuevo, volvía a idolatrarlo, a ponerlo en un pedestal. Lo amaba muchísimo, demasiado, con todo mi corazón y con toda mi alma, como si ese sentimiento se me escapara de las manos y no pudiera frenarlo.

Recordaba el instante en que su hija me preguntó si yo era modelo y si iba a desfilar con los diseños de su papi. Por fuera me reí, pero por dentro estuve a punto de romperme a llorar. La niña era encantadora, vivaracha, despierta… y me trató con una ternura tan natural que me desarmó por completo. Fue como mirarme en un pequeño espejo que reflejaba lo mejor de Stefano: su lado más humano, más frágil, más real.

Y él… él no mentía. Por primera vez lo vi desnudo de toda máscara, sin disfraces ni artificios. Vi a un hombre acorralado, sí, pero también

profundamente arrepentido, con una fuerza callada que hablaba de su determinación a luchar. Y si algo me quedó claro esa noche, fue que lo amaba. Lo amaba con una intensidad tan brutal que hasta a mí misma me asustaba.

—¿En qué piensas? —me preguntó Tessa, inclinándose un poco hacia mí.

—En lo mucho que lo sigo queriendo… —confesé en un susurro—. En que, aunque no haya promesas ni fechas, yo espero. Espero que resuelva todo, que salga la verdad, que prevalezca por encima del chantaje de esa mujer que lo controla todo. Porque está claro que ella no busca justicia ni paz, solo beneficios, incluso si eso implica destruir a quien sea.

—Eso es fuerte… —murmuró Alex, con el ceño fruncido—. Y tú… ¿estás dispuesta a aguantar la espera?

—No lo sé… no quiero esperarlo toda la vida. Pero tampoco puedo fingir que ya no siento nada. Sería engañarme a mí misma. Solo quiero que, si algún día la verdad sale, yo no haya dejado de creer del todo.

—Entonces, que le den al destino —dijo Tessa con una sonrisa serena—. Tú viviste, sentiste y amaste. Y eso no te lo puede quitar nadie.

Pese a que aguantar a mi madre resultaba agotador, me apetecía pasar el último día en esta ciudad que, de alguna manera, me había dado todas las respuestas, y hacerlo junto a los tres con los que comencé el viaje. Al final, iba a tener que agradecerle a mi madre aquella ocurrencia suya de traernos hasta aquí.

Salimos y parecía que era el día más soleado de todos. Daba gusto recibir esos rayitos de sol en la cara mientras nos perdíamos por las calles de Venecia, como si la ciudad quisiera regalarnos su mejor despedida.

Paseaba sin poder sacar de mi cabeza a Stefano, con una tristeza enorme al pensar que mañana, a primera hora, regresábamos a España y que todo esto se quedaría atrás.

Tenía la sensación de que, aunque ahora no estuviésemos juntos, el simple hecho de compartir el mismo lugar que él hacía que lo sintiera más cerca, como si su presencia flotara entre las piedras, los canales y la brisa de la laguna.

—Niños, llevamos una hora y media andando y aún no nos hemos tomado un Aperol —se quejó mi madre, con ese tonillo melodramático tan suyo.

—Normal, nos has hecho parar más que una procesión y todo para que te tiráramos decenas de fotos en mil posturas distintas… en fin —resoplé, rodando los ojos.

—Hija, desde luego que te gusta atacarme —replicó ella, llevándose una mano al pecho como si yo acabara de cometer una ofensa imperdonable.

—Sí, claro, siempre el problema soy yo. —Volteé los ojos, agotada—. De todas maneras, hacemos media hora más de tiempo y ya nos sentamos para comer.

—Pues tirarme unas fotos aquí —dijo mi madre, pegándose al barandal de un puentecito que atravesaba un canal, posando como si fuera portada de revista.

—No puedo con ella —murmuré a los chicos mientras me disponía a comenzar con el reportaje. Santa paciencia, la mía.

Nos acomodamos en la terraza de un restaurante que ofrecía comida italiana casera. Pedimos unos Aperol spritz y, para comer, una lasaña boloñesa, unos canelones de marisco, cuatro *bruschette* y una *pizza* de *pepperoni*.

En ese momento me entró una llamada de mi padre, y me levanté para hablar con él, porque hacerlo al lado de mi madre significaba tenerla comentando por detrás todo el tiempo, como si estuviera invitada a la conversación.

Mi padre estaba feliz de la vida con Lola y siempre me contaba con detalle esas pequeñas cosas de ella que le llenaban el corazón. Aproveché para

ponerlo al tanto de todo lo que había pasado con Stefano, y se alegró de que, al fin, hubiera algo de peso detrás y no una maldad infinita destinada a destruir mi imagen.

—¿Qué te ha dicho el muerto en vida? —me preguntó mi madre cuando regresé a la mesa.

—No lo llames así ni hables de él con desprecio.

—Siempre lo defiendes por encima de mí —se quejó, dando un trago a su copa.

—Como des otro trago así, te lo bebes en dos veces.

—Tendré que ahogar las penas en el alcohol —me contestó, negando con la cabeza.

—Pero ¿no estabas feliz de la vida con tu Lorenzo? —le preguntó Tessa.

—Sí, pero mi hija me hizo heridas que me tocaron el corazón.

—Hija de puta, soy —dije con ironía, consiguiendo que se riese hasta ella.

Mi madre no dejaba de mirar las fotos que le habíamos hecho, escogía una de cada tanda y se la mandaba a Lorenzo. Pobre de ese hombre, la paciencia que iba a tener que echar. Lo mismo hasta la bloqueaba y listo.

Comimos tan bien, que quedamos encantados. Era un lugar alejado del bullicio turístico, con un precio muy razonable y una calidad en los platos increíble. Se notaba que todo estaba hecho con cariño, no con la prisa de complacer al turista. Le daba un diez, porque no había absolutamente nada negativo que señalar.

Terminamos paseando por una calle enorme, llena de vida, con tiendas, bares y artistas callejeros que cantaban temas capaces de sumergirte aún más en la magia de la ciudad. Nos encantó descubrirla por casualidad.

Entramos en algunas tiendas de ropa y terminamos comprándonos algún trapito. Hasta Alex se animó y adquirió un jersey de punto que, la verdad, era de lo más elegante y bonito.

Después, nos compramos una tarrina de helado cada uno para seguir paseando. A pesar de ser noviembre, todo el mundo caía en la tentación, y no era para menos: eran verdaderas delicias. Normal que tuvieran tanta fama.

—Este helado es mi religión —dijo Alex, saboreando uno de stracciatella con pistacho, con los ojos casi en blanco de lo que lo disfrutaba.

—Y yo soy la santa patrona de las tartas venecianas —respondió Tessa, señalando con solemnidad un escaparate lleno de dulces, como si fuera un altar.

—Y yo, la mártir del amor no correspondido —bromeé, dibujando una sonrisa melancólica en mis labios.

—Ay, hija, qué dramática eres. Lo tuyo con Stefano no ha terminado —soltó mi madre, sin siquiera mirarme, con ese tono suyo de certeza absoluta que tanto me sacaba de quicio.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Tienes una línea directa con el universo? —le pregunté, irónica.

—No, pero tengo un sexto sentido que no falla —dijo, mientras se sacaba otra foto, esta vez con un artista callejero que tocaba el violín y parecía encantado de servirle de atrezo.

Después de la tarrina, mi madre empezó a decir que quería merendar; y, claro, Tessa también se apuntó, así que terminamos en una cafetería, tomando unos cafés y varios trozos de tarta que pedimos para compartir.

Yo intentaba no estar ausente, pero mi mente seguía con él. ¿Cómo se podía amar a alguien con tanta fuerza? Era increíble hasta qué punto unos sentimientos podían echar raíces tan hondo, hasta el punto de doler.

Me hacía gracia que estábamos aún con la merienda y ya mi madre hablaba de la cena. Luego presumía de que se cuidaba… y no, no lo hacía; simplemente tenía la suerte de no engordar.

Pasamos la tarde paseando, descubriendo rincones nuevos y caminando sin rumbo fijo en dirección al apartamento. Habíamos decidido que cenaríamos fuera, en el primer restaurante que nos llamara la atención por el camino.

Al final terminamos sentados en uno, esta vez en el interior. A esas horas las temperaturas caían en picado y ya no se estaba a gusto a la intemperie.

Para cenar pedimos tres *pizzas* grandes y de distintos sabores. La de cuatro quesos estaba espectacular, con la masa finísima y cocida al fuego. Se había coronado como mi favorita, y eso que las otras que había probado en diferentes restaurantes también estaban de vicio. Esta vez lo acompañamos con refrescos, porque de vino ya nos habíamos puesto hasta las cejas durante estos días.

—Hija, mañana, cuando nos vayamos, podremos decir que hemos sido las reinas de Venecia.

—Sí, las embajadoras oficiales —contestó Tessa, aguantando la risilla.

—Esta niña se va a volver con la misma envidia con la que vino hacia mí, hija. ¿De verdad la ves buena compañía en tu vida?

—Yo tampoco lo veo —bromeó Alex, solo para picarla.

—Eso, tú échale más leña al fuego, como si ya no tuviera vida por sí sola.

—Él me defiende porque sabe que ha perdido al amor de su vida, ya que se la arrebató un italiano de bien.

—Pero de bien, para pagar un pastel con oro rayado… —murmuré, negando.

—Lorenzo me dio lo que merecía. No soy ninguna mindundi para que me corteje llevándome a cualquier restaurante de mierda.

—¿Corteje…? —murmuró Tessa, negando, y nos causó una carcajada.

Las pizzas estaban tan de vicio que no dejamos ni una porción. Vamos, la última, y ya a reventar, se la comió Tessa porque decía que era un crimen dejarla ahí con lo rica que estaba.

Nos fuimos al apartamento para ducharnos, dejar todo recogido y acostarnos, porque al día siguiente salíamos bien temprano hacia el aeropuerto.

Mi madre se quedó en el comedor hablando un rato con Lorenzo, mientras yo me metía en la cama y me ponía a leer algunos de los comentarios que seguían dejando en mi post, hasta que mis ojos se fueron cerrando y quedé dormida.

Lo que pude dormir fueron unas cinco horas, ya que nuestro vuelo salía tan temprano que nos tocó un buen madrugón para llegar al aeropuerto. Esta vez no lo hicimos por mar, sino en un taxi que habíamos concertado para que nos recogiera en la puerta del alojamiento.

Tal y como llegamos y pasamos el control, fuimos directos a buscar un café, que nos tomamos en la zona donde había espacio para fumadores. Aún nos quedaba un rato antes de embarcar.

—Estás muy calladita —me dijo Tessa.

—Dormida, estoy dormida.

—Y algo más.

—Sí… —suspiré, con un nudo en la garganta—. Es como si me arrancasen una parte de mí. Sé que nunca voy a tener nada con Stefano, somos de dos mundos distintos y él carga con sus propios problemas. Pero reconozco que, estando aquí, lo sentía más cerca… Ahora lo que siento es desolación, al darme cuenta de que mi tiempo aquí se ha agotado.

—Te entiendo, no sabes cuánto —me abrazó.

—Deja a mi hija, que aquí la única que le doy amor soy yo —saltó mi madre, que estaba a un lado con Alex.

—Señora, ¡qué ganitas tengo de perderla de vista a usted! —replicó él, divertido.

—Hija, mira lo que me ha dicho. ¿No vas a hacer nada?

—Apoyarlo siempre, mamá —le contesté, y ella volteó los ojos con exageración antes de empezar a negar con la cabeza, como si llevara el peso del drama sobre sus hombros.

Embarcamos y me senté de nuevo en la ventanilla del avión. Tuve que tragar saliva, como en otras ocasiones, para no llorar. Era como si me arrancaran del amor de mi vida de la manera más injusta; pero claro, él no me pertenecía, y esa era la realidad, por más que mis sentimientos dijeran lo contrario.

Durante el vuelo me hice la dormida, porque no tenía fuerzas para hablar. Solo quería refugiarme en mis pensamientos, en esas imágenes y recuerdos que yo misma iba tejiendo dentro de mi cabeza.

Ahora tocaba volver a la rutina, al trabajo, a mis titulares… e intentar dejar atrás todo lo que tuviera que ver con Stefano. Tenía que repetirme una y otra vez que eso no me iba a llevar a ningún lado, aunque el corazón se negara a aceptarlo.

Aterrizamos y nos dirigimos hacia la zona de aparcamiento de la terminal, donde estaba el coche de Alex. En este caso, la primera a la que dejaron en su casa fue a mí, porque quedaba de camino; después llevarían a mi madre.

Me despedí de cada uno con un beso y agradeciéndoles que hubiesen sido unos días muy bonitos juntos. Mi madre, cómo no, se emocionó haciendo su teatrillo y comenzó a gritarme por la ventanilla que me quería. Desde luego que me tenía que reír, aunque muchas veces me sacase de quicio con sus cosas.

Entré en la casa y sentí como si el techo se me viniera encima. Una tristeza profunda, imposible de controlar, me envolvía por completo.

Preparé mi café, ese ritual que siempre me daba la bienvenida a mi verdadero mundo. Apenas eran las doce del mediodía y me puse a cocinar, a lavar la ropa y a organizarme para retomar en serio mis temas laborales, lo que realmente necesitaba para seguir adelante.

Mi padre apareció por casa con Lola, que seguía aquí, y almorzaron conmigo, tal y como habíamos pactado. Yo había preparado pasta, sí, como si no hubiese comido suficiente en Italia.

Los puse al día de todo, les enseñé fotos y se quedaron conmigo hasta las cinco; después se marcharon porque iban al supermercado a hacer una compra.

Si algo me consolaba en esos momentos, era ver a mi padre con una mujer que lo miraba con un cariño inmenso y lo trataba como él siempre había merecido. En realidad, ambos se desvivían el uno por el otro, y eso me llenaba de paz.

Me tocaba comenzar de cero, pero con la certeza de que nada había sido en vano. Había una explicación detrás de lo que me hizo, y yo debía aceptar que la vida no siempre nos entrega aquello que deseamos o necesitamos. Resurgir… esa era mi única opción.

Capítulo 37



Stefano

Paola y yo estábamos en su cocina, sentados uno frente al otro con una taza de café entre las manos. La casa estaba en silencio. Emma dormía la siesta en el sofá, acurrucada bajo su mantita de estrellas. Habíamos comido los tres juntos, una comida tranquila, casera, que me había devuelto por un rato esa sensación de hogar.

La luz de la tarde entraba cálida por las cortinas, y el aire olía a café recién hecho y a algo más profundo, como si la calma estuviera aguantando el aliento antes de romperse.

Paola dio un sorbo lento a su taza y me miró por encima del borde.

—¿Y entonces? ¿Qué pasó después? —preguntó, con esa voz suya, que siempre tenía algo de ironía mezclada con ternura—. ¿Andrea dijo algo más antes de irse?

Negué con la cabeza, mirando mi taza, como si en el café pudiera encontrar las palabras exactas.

—No. Solo dijo que ojalá me saliera bien.

—¿Eso fue todo?

—Eso fue todo.

—¿Y tú? ¿Tú le dijiste algo? —Curioseó, y volví a negar.

Paola hizo una mueca y dejó la taza sobre la mesa con un leve golpe.

—Stefano, deberías haberle dicho algo más.

Levanté la vista, frustrado.

—¿El qué? ¿Qué querías que le dijera cuando tengo a Fabiola acechando como un depredador? No puedo hablar con Andrea de lo que siento. No hasta que me libre de ella.

Paola suspiró profundamente y se recostó en la silla, cruzándose de brazos.

—Ojalá todo esto acabe pronto. No soporto verte así. No eres feliz, y no lo disimulas. Y todo por mi culpa.

Negué, con una sonrisa amarga.

—Tú no tienes la culpa de nada. Al contrario. Gracias a ti tengo a Emma, a esa niña que me ha salvado la vida más veces de las que puedo contar. No sé vivir sin ella. Es lo mejor que me ha pasado.

Paola sonrió con una ternura que le iluminó los ojos. Me miró durante unos segundos, como si quisiera decir algo que llevaba tiempo guardándose. Al final, lo soltó.

—Ojalá en vez de ser mi mejor amigo… hubieras sido mi pareja. Porque si como padre eres maravilloso… como marido tienes que ser aún mejor.

Me eché a reír, apoyándome contra el respaldo de la silla.

—Tú lo que quieres es una noche de pasión conmigo.

—¡Pues sí! —Rio ella—. Pero solo para que después Fabiola pueda llamarme cazafortunas. ¿Te imaginas? Paola, la amiga pobre que se metió en la cama del heredero de los viñedos Marchetti.

—Mejor no tentar al diablo —dije con una sonrisa cansada.

Justo en ese momento, mi móvil vibró sobre la mesa. Miré la pantalla y vi el nombre de Fabiola en ella.

Paola puso los ojos en blanco.

—¿Ves? Es que no falla. La nombras… y aparece. Como si la hubieras invocado desde el mismísimo infierno.

Deslicé el dedo para contestar, cerrando los ojos un segundo antes de hablar.

—¿Sí?

—Voy para tu casa —dijo Fabiola, con ese tono imperativo que usaba para todo—. Estaré allí en media hora.

Y colgó. Sin más. Guardé el móvil con un suspiro largo, como si me estuviera preparando para una tormenta.

—¿Vas a irte ya? —preguntó Paola.

—Sí. Mejor que no me retrase.

Me levanté, me acerqué al sofá donde Emma seguía profundamente dormida y le di un beso suave en la frente. Su manita se movió un poco, buscando el borde de la manta, pero no se despertó.

—Nos vemos luego —dije.

Paola me acompañó hasta la puerta. Me miró un segundo antes de que saliera y habló en voz baja.

—Ten cuidado con ella.

—Siempre lo tengo —contesté.

Salí de la casa con el corazón encogido. Tenía la sensación de estar abandonando la única burbuja de paz que me quedaba en este momento de mi vida.

Llegué a mi *palazzo* justo cuando Fabiola acababa de detenerse frente a la entrada. Iba con unas gafas de sol enormes, como si ocultarse detrás de ellas la hiciera menos agresiva. Llevaba un abrigo claro que se abría con el viento y tacones que resonaban como amenazas contra el pavimento de piedra.

Nada más verme, se quitó las gafas con un movimiento dramático y caminó hacia mí como una tormenta desatada.

—Eres un descarado, Stefano.

Me crucé de brazos, preparándome para lo que sabía que iba a venir.

—¿Y ahora qué he hecho?

—No te hagas el inocente. Ya sé que esa periodista estuvo en tu casa. La española —escupió como si le supiera a veneno—. Sé que se fue tarde. ¿Qué hicisteis, Stefano? ¿Un polvo de despedida?

—Fabiola… —dije en voz baja, conteniéndome.

—¿Te divertiste? Porque te voy avisando de una cosa: no pienso esperar más a que tú pongas una fecha para la boda. Ya me cansé de tus excusas. Si no lo haces tú, lo haré yo.

—¿A qué te refieres?

—He hablado con el cura que casó a mis padres. Está encantado de celebrar nuestra boda. Así que ve haciéndote a la idea: el verano que viene te vas a convertir en mi marido.

Solté una carcajada seca, incrédulo.

—¿Tú te escuchas? ¿De verdad crees que puedes imponerme algo así?

Fabiola sonrió con esa calma cruel que tanto conocía.

—Puedo. Y lo haré. Porque si no cumples, Stefano, sabes lo que pasará. Hablaré. Contaré lo de la niña. A la prensa. A tu madre. A todos. Y acabaré con esa imagen de familia perfecta que tanto os esforzáis en mantener. El dueño de los viñedos más famosos de la Toscana, casado con la ex Miss Italia más querida… y con un escándalo familiar podrido por dentro.

Me acerqué un paso, mirándola con los dientes apretados.

—Y si haces eso, yo seré quien arruine tu carrera. Nadie querrá volver a contratarte. Tengo pruebas, Fabiola. De lo que has hecho. Del chantaje. De las amenazas. De tu manipulación. No eres tan intocable como crees.

Ella sonrió de lado, segura, desafiante.

—Inténtalo. Solo inténtalo. ¿Sabes cuántas firmas de ropa, perfumes y cosmética me respaldan ahora mismo? ¿Cuántos contratos tengo firmados con cláusulas blindadas? Me he convertido en la imagen de todo un imperio. Tú eres el heredero de un nombre, sí. Pero yo soy el rostro que vende.

Se giró para irse, pero justo antes de llegar al barco-taxi que la esperaba, se volvió una última vez.

—Piénsalo bien, Stefano. Piensa en lo que quieres para tu vida. ¿Estás dispuesto a ver sufrir a tu madre? ¿A esa niña que tanto dices querer? Porque si no te casas conmigo… todos ellos pagarán las consecuencias. Y tú también.

Me quedé en silencio, viéndola subir y alejarse sin mirar atrás.

Cuando la calle volvió a quedar vacía, cerré los ojos y respiré hondo. Fabiola no miraba por nadie más que por ella misma.

Esa mujer era capaz de hacer sufrir a una niña que no tenía culpa de nada con tal de asegurarse el apellido Marchetti. Con tal de amarrar la fama, el estatus, la posición.

Y qué diferente era Andrea.

Andrea, que después de todo lo que vivió por mi culpa, después de ver su nombre manchado en titulares llenos de mentiras, siguió comportándose con educación y respeto. Nunca se rebajó. Nunca insultó. Nunca buscó protagonismo.

Volví a abrir los ojos y caminé hacia el interior de la casa, sintiendo como si cada paso pesara el doble. Me senté en el sofá y apoyé la cabeza hacia atrás.

Pensé en ella, en Andrea. En cómo habría sido su vuelta a España. En cómo estaría ahora. En si estaría pensando en mí, siquiera una vez, después de aquella tarde. Me pregunté cuándo podría volver a verla. ¿Cuándo podría hablarle sin miedo? Sin amenazas. Con el corazón en la mano, como debí haber hecho desde el principio.

Y si cuando llegase ese momento… aún estaría a tiempo.

La casa estaba en silencio. Había pasado más de una hora desde que Fabiola se marchó, pero la tensión seguía flotando en el aire como un perfume denso que no terminaba de disiparse.

Me senté frente al ventanal del salón con una copa de vino medio servida y el móvil entre las manos. Emma no estaba en casa. Había preferido que se quedara a dormir con Paola aquella noche. No podía permitir que presenciara ni un segundo más de ese infierno que Fabiola desataba cada vez que aparecía.

Desbloqueé el móvil y, casi sin pensarlo, abrí Instagram.

No lo hacía a menudo. Las redes sociales me parecían otro escenario más donde la gente se disfrazaba de lo que no era. Pero aquella noche… necesitaba una escapatoria.

Entré en el buscador y tecleé su nombre despacio, como si al escribirlo pudiera invocarla.

Y allí estaba. La última publicación tenía solo dos días. Una galería de fotos de sus días por Venecia.

Sentí cómo el corazón se me apretaba al ver la primera imagen. Andrea en una góndola, con el cabello al viento y la mirada perdida en el horizonte. Llevaba una bufanda de lana gris claro, el mismo tono que el cielo nublado que se extendía detrás de ella.

Deslicé hacia la siguiente. Y en la tercera vi su sonrisa.

Estaba de pie frente a una pastelería veneciana, sujetando un café con ambas manos, riéndose de algo, o de alguien, que quedaba fuera de cámara. Esa sonrisa no era para mí. No, en esa foto. Pero, aun así… me caló hasta los huesos.

Sonreí también, de manera automática. Como un reflejo. Pero luego la sonrisa se apagó.

Ojalá todo hubiera sido distinto. Ojalá ese viaje lo hubiera hecho por mí. Para estar conmigo. Para vivir Venecia de mi mano, no como una turista que pasó por allí, sino como alguien que vino a encontrarse con la persona que una vez —solo una noche, pero inolvidable— le hizo sentir algo que quizás tampoco esperaba.

Recordé aquella noche en España. Nuestra única noche.

No fue solo el deseo lo que nos unió entonces. Fue algo más profundo. Andrea me miró como nadie me había mirado antes. Ni Fabiola, ni ninguna de las mujeres que habían pasado por mi vida.

Ella no veía el apellido Marchetti, ni la firma, ni los trajes, ni los flashes. Me vio a mí. A Stefano, sin etiquetas. A ese hombre cansado de fingir, de sostener un imperio con las manos desnudas, de aparentar siempre control.

Con ella, por unas horas, fui solo eso: un hombre. Uno que deseaba sentirse querido, comprendido, escuchado. No admirado, ni seguido. Solo… visto.

Cerré los ojos y respiré hondo, dejando que ese recuerdo me invadiera por completo.

No sabía si ella también pensaba en aquella noche. No sabía si para ella había significado algo.

Pero para mí… fue la grieta por donde entró la luz.

La única luz verdadera que había sentido en mucho tiempo.

Capítulo 38



Stefano

El día había comenzado con lluvia. Las gotas golpeaban los ventanales de mi casa como si quisieran colarse dentro, como si aquel gris que envolvía el cielo veneciano no fuera suficiente y necesitara meterse también en mi ánimo.

Frente al ordenador, con la espalda algo encorvada y el ceño ligeramente fruncido, intentaba concentrarme en la videollamada. Tenía a mis tres asistentes en pantalla, cada uno desde una ubicación diferente: Claudia, desde Milán; Bruno desde el taller principal en Padua y Marta desde el *showroom* de París. Todos parecían más cansados de lo habitual, pero, aun así, mantenían el tipo.

—Stefano —intervino Claudia con ese tono templado que tanto admiraba de ella—, hemos tenido un pequeño contratiempo con los proveedores de Cremona. Los tejidos no han llegado. Aparentemente, ha habido una huelga en el puerto y los materiales siguen en los contenedores sin despachar.

—¿De qué margen de retraso estamos hablando? —pregunté, frotándome la sien con dos dedos.

—Dos días, máximo tres. Pero el equipo del taller ya está adelantando trabajo con lo que tenemos —explicó Bruno—. Las modistas están centradas en el corte de las piezas más sencillas y se han puesto a punto algunas máquinas que necesitaban mantenimiento. No se está perdiendo el tiempo.

—Bien —asentí con una leve inclinación de cabeza—. Me alegra saber que se está aprovechando la espera. No podemos permitirnos un fallo con la colección de invierno. París será clave este año.

Marta, la más joven del equipo, tomó la palabra.

—Hemos preparado una campaña alternativa para redes en caso de que tengamos que retrasar las presentaciones *online*. Una especie de «detrás de las cámaras» con las costureras, el diseño, los bocetos… Para mantener la atención sin quemar la colección aún.

Sonreí con cierto orgullo.

—Eso me parece brillante, Marta. Buen trabajo.

Pero, pese a las palabras de ánimo, seguía sintiendo ese nudo en el estómago. No era solo el retraso. Era todo. Era… ella.

Andrea.

Desde que se fue, no había pasado ni una sola noche sin pensar en ella.

Terminamos la videollamada con la promesa de un nuevo informe en dos días. Cerré el portátil y me levanté despacio, con esa sensación de vacío que solía quedarme después de una reunión intensa. Fui a la cocina y me preparé un café fuerte. Muy fuerte.

Me acerqué a los ventanales que daban al canal. Las góndolas pasaban más despacio cuando llovía, como si también sintieran el peso del clima. El agua estaba grisácea, reflejando un cielo igual de sombrío. Me apoyé con el hombro en el marco y sostuve la taza con ambas manos.

Andrea…

Una semana exacta desde que se fue. Desde que la dejé marchar. Desde que no volví a acariciar su rostro ni a escuchar su risa cerca.

Había visto sus publicaciones, todas profesionales: artículos de actualidad, entrevistas. Pero ni una sola foto personal, ni una palabra fuera de tono. Nada que me indicase si estaba bien o si lo estaba pasando tan mal como yo. No había vuelto a ver esa sonrisa suya en ninguna historia, ni en sus vídeos de esos desayunos improvisados que compartía con su gente. Nada. Solo silencio digital.

Y, sin embargo… no podía dejar de mirar su perfil. Cada día. Varias veces. Lo hacía como si fuera un ritual absurdo, como si en algún momento fuese a encontrar en una foto alguna señal de que me había perdonado. De que me echaba de menos.

Recordaba con una nitidez dolorosa su última noche aquí. Su voz. Sus ojos brillando por todo lo que no podíamos decirnos. La forma en la que me aparté, sabiendo que era lo correcto y al mismo tiempo deseando haberlo hecho todo al revés.

Suspiré, dejando escapar el aire como si con él pudiera liberar parte de aquella presión en el pecho.

Fue entonces cuando sonó el móvil.

—¿Lorenzo?

—Hola, Stefano. ¿Tienes un minuto?

La voz de mi abogado y viejo amigo sonaba más seria de lo habitual. Mi cuerpo se tensó de inmediato.

—Dime. Estoy en casa. ¿Qué ocurre?

—Tengo algunas noticias sobre Fabiola… —hizo una pausa— que puede que no te gusten demasiado.

Me llevé la mano a la frente, cerrando los ojos.

—¿Qué ha hecho ahora?

—Prefiero hablarlo contigo en persona. No es un tema para tratar por teléfono.

El corazón me dio un vuelco. ¿Qué podía ser tan grave como para no poder decírmelo por llamada?

—Me estás empezando a preocupar.

—Y con razón. ¿Estarás en casa esta tarde?

—Sí. Ven cuando quieras.

—Paso sobre las seis. Hasta luego, Stefano.

—Adiós, Lorenzo.

Colgué sin saber qué pensar. ¿Otra demanda? ¿Otra trampa? ¿Más chantajes? Me dolía pensar que aquella mujer había conseguido convertir nuestra existencia en un campo de minas.

Y justo entonces, como si la vida me regalase un pequeño instante de paz entre tormentas, se abrió la puerta.

—¡Papi! ¡Ya hemos llegado!

La voz de Emma resonó por todo el salón. La niña entró como un torbellino de alegría, empapada hasta las cejas, con el pelo revuelto y una sonrisa que iluminaba todo el espacio. Me agaché a su altura y corrió a mis brazos. La cogí al vuelo y la levanté girándola sobre mí.

—¡Pero bueno, mi princesa! ¿Qué has hecho con todo el agua del canal? ¡Pareces una sirena!

—¡Es que llueve mucho y mamá me ha dejado saltar en los charcos!

—Ah, ¿sí? —La miré con fingida seriedad—. Entonces ahora tendrás que pagarme con un millón de besos.

Y ella, ni corta ni perezosa, empezó a plantarme besos por toda la cara mientras reía a carcajadas.

Paola entró detrás, cerrando el paraguas y dejando una gran bolsa sobre la mesa.

—Hemos pasado por tu restaurante favorito —dijo Paola con una sonrisa.

—¡Y hemos traído lasaña, *risotto de boletus*, albóndigas de ternera con parmesano y ñoquis con gorgonzola! —añadió Emma orgullosa, abriendo la bolsa como si fuera un tesoro.

—¿Y postre?

—Tiramisú y tarta de chocolate —respondió Emma con los ojos bien abiertos—. ¡Pero la tarta es para ti! Yo quiero el tiramisú entero.

—Ah, ¿sí? —Reí—. Ya veremos eso.

Nos sentamos a comer los tres en la cocina. Emma no paraba de hablar sobre lo que había hecho en el colegio: que si Manuel se había comido una tiza sin querer, que si Clara había pegado un chicle debajo de la mesa y la profesora se sentó encima, que si en el recreo jugó a ser una princesa guerrera del espacio.

—¿Y tú qué haces como princesa guerrera? —le pregunté.

—¡Salvo a los peluches de los planetas malvados! ¡Y luego les doy chocolate para que no estén tristes!

No sabía si era por la comida caliente, por el cariño de mi hija o por el simple placer de escucharla hablar, pero por un rato olvidé todo lo demás. Todo lo oscuro. Incluso a Fabiola.

Después de comer, recogimos juntos. Emma se fue a cambiar para la fiesta de cumpleaños de su amiga Francesca. Eligió un vestido rosa con brillos, unas botas plateadas y un lazo enorme en la cabeza. Paola no pudo evitar reírse cuando se vio al espejo.

—Estás para una pasarela —dije.

—¡Es que quiero ser diseñadora como tú, papi!

Me agaché y la miré a los ojos.

—Y lo serás, mi amor. Y mucho mejor que yo.

La acompañé hasta la puerta, me dio un último beso de esos que te curaban el alma y se marchó con su madre a divertirse en el cumpleaños de su amiguita. Volvía a quedarme solo.

Me preparé otro café y volví al ventanal. La lluvia seguía cayendo. Abrí el portátil de nuevo y vi una notificación: Andrea había subido una nueva publicación. Era un artículo bien redactado, como siempre. Pero nada de ella. Ninguna foto. Ninguna sonrisa.

Suspiré, llevándome la taza a los labios.

Y ahora esto con Fabiola. ¿Qué demonios habría hecho ahora para arruinarme la vida?

La tarde avanzaba. Y yo solo podía esperar a Lorenzo.

La lluvia no había cesado ni un instante desde que amaneció. El cielo seguía teñido de un gris pesado que parecía empeñado en filtrarse por las ventanas de mi casa. El canal, más oscuro que nunca, reflejaba ese estado de ánimo que ni el café, ni la voz de Emma, ni la comida habían conseguido disipar del todo.

Eran casi las seis. Me encontraba en el salón, sentado en el sofá, con el segundo café de la tarde entre las manos. Lo había dejado enfriar sin querer, distraído en mis pensamientos. La casa estaba en completo silencio, salvo por el leve golpeteo de la lluvia y el eco lejano de algún barco pasando despacio por el canal.

Entonces sonó el timbre. Me levanté con lentitud, como si ya supiera que lo que iba a escuchar no me iba a gustar. Abrí la puerta y ahí estaba Lorenzo,

con su abrigo empapado y una carpeta en la mano.

—Pasa —le dije, sin ceremonia.

—Gracias. ¿Tienes café? No me siento los dedos.

—Claro, ve al salón. Ahora te lo llevo.

Preparé dos tazas más, esta vez más cargadas. Necesitaba estar despierto para esto. No sabría cuánto podía afectarme lo que estaba a punto de escuchar, pero el peso en el estómago me decía que no iba a ser poca cosa.

Lorenzo ya se había quitado el abrigo, lo colgó en el perchero junto a la puerta y se sentó en el sofá con la carpeta sobre las rodillas. Le tendí el café y lo agradeció con un gesto silencioso. Tardó unos segundos en hablar.

—Stefano, lo que te voy a decir no me lo esperaba ni yo. Cuando lo supe, me costó creerlo. Por eso no quise adelantarte nada por teléfono. Primero necesitaba asegurarme.

—¿Me lo puedes soltar ya? —pregunté, con los nervios en la garganta.

—Sí. Pero te pido que mantengas la calma, ¿vale? Respira hondo.

—Lorenzo… —le advertí, entre dientes.

Suspiró, abrió la carpeta y sacó una serie de fotografías. Las colocó una a una sobre la mesa baja del salón. Me acerqué para verlas mejor.
Y entonces me congelé.

—¿Qué mierda es esto?

No me lo podía creer. En las fotos aparecía Fabiola… paseando por los viñedos de la villa de mi padre en La Toscana. No estaba sola. Estaba con él. Mi padre. Sonriendo. Caminando juntos. En una de las imágenes, Fabiola le acariciaba la mejilla. En otra, se abrazaban. En una tercera… se besaban.

Me aparté del sofá como si las fotos hubieran empezado a arder. Me puse de pie de golpe, con las manos en la cabeza.

—No. No, no, no. Esto tiene que ser un montaje. No puede ser real.

—Lo es, Stefano —dijo Lorenzo con firmeza—. Tomadas hace apenas dos semanas. Pero no es algo nuevo. Al parecer llevan viéndose desde hace año y medio.

—¿Año y medio? —solté, incrédulo—. ¿Y nadie me ha dicho nada? ¿Nadie lo ha visto antes?

—Son muy discretos. Se ven solo en la villa, no hacen vida pública como pareja. Pero alguien del servicio me contactó de forma anónima. Me dijeron que había algo raro, que Fabiola iba allí con demasiada frecuencia. Y… empecé a investigar.

—¿Y tú crees que están… juntos? ¿Como pareja?

Lorenzo asintió lentamente.

—Eso parece. No hay otra forma de explicar esas fotos, Stefano. No puedes fingir ese tipo de intimidad con alguien durante tanto tiempo. Y no creo que sea algo fortuito.

Volví a sentarme, aturdido.

—¿Tú crees que lo está chantajeando también a él? ¿Como hace conmigo?

—No lo sé. No puedo afirmarlo. Pero… conociendo a Fabiola, tampoco lo descarto. Puede que esté con él por puro interés. O que lo haya manipulado hasta conseguir lo que quería. Lo cierto es que hay un vínculo ahí, y eso podría ser muy peligroso para ti.

—Es mi padre… —susurré, como si aún tratara de convencerme de que eso no podía ser cierto—. Mi propio padre…

—Stefano, tienes que pensar en esto con frialdad. Mira el lado positivo: si esto sale a la luz, puede beneficiarte más de lo que imaginas.

—¿Beneficiarme?

—Sí. Ya tenemos documentos, grabaciones, correos. Sabemos cómo Fabiola ha utilizado a Emma como moneda de cambio. Si a eso le sumamos esta relación con tu padre… su credibilidad se desmorona. Podemos desmontar el chantaje.

Me llevé las manos a la cara. Tenía la mente en ebullición. Rabia. Dolor. Confusión. Todo se mezclaba en mi cabeza.

—¿Crees que mi padre lo sabe? —pregunté al cabo de un rato—. ¿Sabe que Fabiola me chantajea?

—No lo creo. Si lo supiera, dudo que siguiera con ella. Aunque a estas alturas… todo es posible, dados los antecedentes de tu padre, ya sabes.

Me levanté y caminé por el salón como una fiera enjaulada.

—Tengo que hablar con él. Necesito saber qué está pasando. Mirarle a la cara y preguntarle por qué.

—Hazlo. Pero con cabeza. Y después… piensa qué quieres hacer con Fabiola. Porque, Stefano, si decides ir a por ella legalmente, ahora es el momento. Tienes todo lo necesario.

Me detuve frente a la chimenea apagada. Miré las fotos otra vez. La imagen de Fabiola besando a mi padre me revolvió el estómago.

—Lo único que quiero es vivir tranquilo. Sin tener que medir cada palabra que digo o cada paso que doy. Y… —Me detuve, apretando la mandíbula—. Y ser libre. Por primera vez en mucho tiempo.

—Entonces ya sabes lo que tienes que hacer.

Lorenzo recogió las fotos, las metió en la carpeta y la cerró. Se puso de pie.

—Llámame en cuanto decidas cómo quieres actuar. Estoy contigo en esto, Stefano. Hasta el final.

—Gracias, Lorenzo.

Nos dimos un apretón de manos largo, silencioso, y luego se fue.

Me quedé solo, otra vez. Pero esta vez no era la lluvia lo que caía con fuerza. Era la certeza de una traición que me atravesaba el pecho. Mi padre. Fabiola. A mis espaldas. Durante tanto tiempo.

Me senté en el sofá y abrí de nuevo la carpeta. Volví a mirar las fotos, una por una. No con tristeza ni con dolor. Sino con determinación.

Tenía que poner fin a esto. Tenía que recuperar mi vida. Por mí. Por Emma. Y también… por Andrea.

Porque si alguna vez quería tener una oportunidad real con ella, primero tenía que cortar los hilos que aún me ataban al pasado.

Y ahora, por fin, tenía las tijeras.

Capítulo 39



Stefano

La mañana había amanecido gris en Venecia, con una lluvia fina que golpeaba con suavidad los cristales de los ventanales, como si la ciudad entera supiera que algo se iba a romper hoy, como si el propio cielo compartiera el presentimiento de que la calma estaba a punto de quebrarse. Caminaba de un lado a otro por el salón, con la taza de café en la mano y la mente agitada, llena de frases que no sabía cómo encajar ni en qué orden soltar. No era una conversación cualquiera la que iba a tener, no, era mucho más que eso. Hoy, por fin, iba a enfrentarme a mi padre, al hombre que había sido referente y sombra al mismo tiempo.

Habíamos acordado que vendría a las once. Miré el reloj y vi que solo faltaban quince minutos para que llegara. Quince minutos que parecían un castigo, un reloj de arena cruel en el que cada grano pesaba como plomo. Con cada segundo que pasaba, sentía cómo el corazón se me apretaba más y más, como si quisiera advertirme de que después de hoy nada sería igual.

Respiré hondo, tratando de centrarme, de ordenar mis pensamientos como si fueran soldados antes de una batalla. Me senté en el sofá, la carpeta con las fotos estaba sobre la mesa, cerrada, pero era como si emitiera un zumbido mudo, como si me recordara su existencia a cada instante. Esa verdad que contenía, esas imágenes que hablaban por sí solas, eran pruebas de una traición doble, asquerosa, imperdonable, y parecían mirarme desde dentro del cartón con un ojo invisible.

Cuando oí el timbre, me quedé unos segundos congelado, con la respiración suspendida. Después me levanté despacio, cogí aire como quien se prepara para sumergirse en aguas heladas y fui a abrir.

Allí estaba él, impecable como siempre, como si la lluvia no lo rozara. Traje gris marengo, bufanda de cachemir, los zapatos brillando como recién lustrados, y ese aire de seguridad arrogante que siempre le había caracterizado y que ahora me resultaba insoportable. Me miró con una leve sonrisa, como si fuera una mañana cualquiera, como si viniera a tomar café y no a enfrentar la verdad.

—Stefano —dijo, simplemente, con ese tono suyo que parecía esperar obediencia.

—Pasa —respondí, dándole espacio, aunque en realidad lo último que quería era verle caminar dentro de mi casa.

Entró, paseó la mirada por el salón como si inspeccionara un hotel de cinco estrellas, juzgando cada detalle, y luego se sentó en uno de los sillones, acomodándose con una parsimonia que me crispó aún más, como si todo esto le resbalara.

—¿Qué era tan importante como para pedirme que viniera con tanta urgencia? —preguntó, con voz grave, casi aburrida.

Me senté frente a él, apoyando los codos en las rodillas. No sabía si empezar por lo más suave o soltarlo todo de golpe. Pero opté por lo segundo. Ya estaba harto de medias tintas, de verdades a medias.

—Quiero que me expliques por qué estás con Fabiola.

La sonrisa de mi padre se congeló un instante, apenas un parpadeo, y luego volvió, más forzada, como una máscara mal colocada.

—¿Perdona? ¿Me estás interrogando?

—He visto las fotos. Sé que os habéis estado viendo desde hace más de un año. En La Toscana. En los viñedos. En lo que supuestamente era mi legado,

mi futuro.

Él frunció el ceño y se inclinó hacia delante, clavando la mirada como un cuchillo.

—¿Me estás espiando?

—¿Es a ti o es a Fabiola a quien tengo que espiar? —repliqué, con un nudo en la garganta—. ¿Sabes que me ha estado chantajeando desde hace más de dos años? Me amenaza con contar a la prensa que Emma no es mi hija... sino tuya.

Mi padre se quedó en silencio, con la mandíbula apretada, como si estuviera calibrando su respuesta. No me respondió, así que continué, incapaz de detenerme.

—Lo oyó todo una noche. En la casa de campo. Después de uno de los desfiles. Desde entonces, Fabiola ha hecho de mi vida un infierno. Me presiona constantemente, me exige casarme con ella, me amenaza con destrozarme públicamente si no lo hago. Y tú... tú la premias con cenas románticas entre los viñedos.

Mi padre me miró fijamente, los ojos como dos piedras oscuras. Durante unos segundos no dijo nada. Después se echó hacia atrás y soltó una carcajada seca, hueca, que me heló la sangre.

—Si tú estás amenazado, ese es tu problema, Stefano. Deberías aprender a controlar mejor a las mujeres con las que te acuestas. No ser tan blando. No dejar que se te suban a la cabeza con una barriga o con un secreto.

Me puse en pie de golpe. La rabia me subía por el cuello como una marea negra, llenándome hasta la coronilla.

—Tú no tienes nada que ver, ¿no? —le solté—. ¿Entonces qué cojones haces con ella? ¿Tú también eres víctima de sus chantajes o simplemente te resulta divertido jugar a hombre joven y apasionado a tus casi setenta años?

Mi padre se levantó despacio, ahora sin sonrisa. Me miró con frialdad, con ese gesto de superioridad que tantas veces había usado para hacerme sentir pequeño, como cuando era niño.

—Te lo diré una vez: no tengo por qué justificarme contigo. Lo que pasó con Paola fue un desliz. Y si esa niñata decidió seguir adelante con el embarazo, fue cosa suya. Yo no tengo una hija. Nunca la reconocí. Y tú, que fuiste tan tonto de cubrirle las espaldas, cargaste con una responsabilidad que no era tuya.

Me hervía la sangre. Las manos me temblaban.

—Tienes hasta esta tarde para contárselo a mamá. O lo haré yo —le advertí, con la voz rota por la ira.

Entonces se acercó a mí. Me miró a los ojos, sin titubeos, a escasos centímetros de mi rostro. Sentí su aliento, cargado de soberbia.

—No te atrevas a amenazarme, Stefano. Ni mucho menos a involucrar a tu madre en esto. Si le dices una sola palabra... te vas a arrepentir. Y no te lo estoy diciendo como advertencia. Es una promesa.

Se dio media vuelta y salió de mi casa sin mirar atrás, como si nada.

Me quedé allí, de pie, mirando la puerta cerrarse. Me sentía como si acabara de perder algo más que la paciencia. Había perdido una imagen, un pilar. Aquel hombre al que había admirado, el que me enseñó a amar el detalle, la precisión... ya no existía. O tal vez nunca existió.

Me dejé caer en el sillón, con las manos en la cara. No reconocía al hombre que había estado aquí. No era el padre que recordaba. No era el hombre recto, íntegro, con valores, que había sido un ejemplo para mí en mi juventud.

Era un cabrón. Un traidor. Un mentiroso. Y ahora, también, un enemigo declarado.

A las cinco en punto de la tarde, llamé a mi padre. Me había pasado todo el día repasando en mi cabeza nuestra conversación, cada palabra, cada gesto,

cada amenaza disfrazada de advertencia. Sabía que no iba a cumplir lo que le había pedido, pero necesitaba confirmarlo.

Respondió al tercer tono.

—¿Sí?

—¿Has hablado con mamá?

—Ni pienso hacerlo. Y tú tampoco, Stefano. Te aconsejo que dejes las cosas como están.

—No —le dije, seco, con la mandíbula tan tensa que casi me dolía—. Esto no se puede dejar como está. Y si tú no tienes el valor de hacerlo, lo haré yo.

—Te arrepentirás —respondió, y colgó sin decir adiós, como siempre, con esa soberbia que le salía por cada poro.

Me quedé un segundo mirando la pantalla del móvil. No me temblaba la mano, pero algo en mi pecho se contrajo como una garra invisible. Me dolía, no por él, sino por lo que estaba a punto de hacerle a ella. A mi madre. A la mujer que siempre había sido el equilibrio en nuestra familia, el pegamento que lo mantenía todo unido.

Entré en la cocina y me puse a preparar café. El ruido de la cafetera llenando la estancia fue el único sonido en la casa durante unos minutos. Ese burbujeo me pareció casi un reloj de cuenta atrás. Luego cogí el móvil y le mandé un mensaje.

Stefano: *Mamá, ¿puedes venir a casa esta tarde? Me gustaría que vieras unos diseños nuevos. Quiero tu opinión. ¿Te apetece un café?*

La respuesta llegó en segundos, como si estuviera esperando mi llamada desde siempre.

Mamá: *Claro, cariño. Dame media hora y estoy ahí. ¿Todo bien?*

Stefano: *Sí, todo bien.*

Mentí, porque nada de lo que iba a hablar con ella estaba bien. Ni un poco.

Me tomé ese tiempo para ordenar todo en el salón. Encendí la chimenea, coloqué las tazas en la mesa baja frente al sofá y dejé la carpeta con las fotos dentro, cerrada, pero al alcance. No quería lanzárselo de golpe. No era justo. No merecía recibir la verdad como un cuchillo, sino con algo de calor que amortiguara la herida.

Cuando llegó, traía una bufanda de lana gruesa alrededor del cuello y una sonrisa preciosa en los labios, esa sonrisa que siempre conseguía hacerme sentir que había un refugio en medio de la tormenta.

—Qué lluvia más pesada... Venecia, cuando llueve, parece una postal triste —dijo, dejando el paraguas cerca de la entrada.

—Pero tú haces que todo parezca un poco más alegre —respondí, acercándome a besarla en la mejilla, con un nudo en la garganta.

—Qué galante estás hoy —bromeó, con esa dulzura suya que aligeraba cualquier sala, y se sentó en el sofá.

Le pasé la taza de café y me senté frente a ella. No sabía cómo empezar. Había ensayado esta conversación mil veces, en la ducha, frente al espejo, en mis pensamientos durante la noche… pero ahora que la tenía delante, me sentía como un niño pequeño, como cuando me sentaba frente a ella con una nota mala en el colegio y sabía que iba a decepcionarla.

—Mamá... tengo que contarte algo. Algo muy serio. Y no es sobre la firma. No he sido del todo sincero contigo estos años.

Ella me miró, con la taza en las manos y el ceño fruncido.

—Me estás asustando, Stefano.

—Lo sé. Lo siento. Pero necesito que me escuches sin interrumpirme, ¿vale?

Asintió, y dejé mi taza sobre la mesa. Me incliné un poco hacia ella, bajando la voz, como si contar aquello hiciera que el mundo se rompiera un poco más si lo decía en voz alta.

—¿Recuerdas aquella noche del desfile en los viñedos? Hace siete años. El de la colección de otoño.

—Claro que me acuerdo. Fue una noche preciosa.

—Lo fue. —Sonreí apenas, con tristeza—. Pero tiempo después me enteré de que Paola y papá estuvieron juntos esa noche.

Su rostro no cambió de golpe, pero se quedó congelada y cerró los ojos un segundo, como si necesitara apartar la realidad, aunque fuera por un instante.

—Después de esa noche —continué, tragando saliva—, siguieron viéndose unos meses. Hasta que Paola se quedó embarazada. Papá se desentendió. Dijo que no iba a asumir ninguna responsabilidad. Paola me lo contó... y yo decidí hacerme cargo del bebé. No podía dejarla sola.

Mi madre dejó la taza en la mesa con mucho cuidado, como si temiera que al menor golpe todo se rompiera, y se quedó en silencio unos segundos, mirando la chimenea.

—¿Estás diciéndome que… Emma…?

—Emma no es mi hija. Es mi hermana.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no lloró. Cerró los puños con fuerza, como si esa fuera su forma de sostenerse.

—Nunca quise hacerte daño con esto. Nunca. Quería protegerte. Papá, me dijo que tú y él pasabais por un mal momento en el matrimonio en aquel entonces, que... fue algo aislado, que no volvería a ocurrir. Y cuando supe que Paola se había quedado embarazada, tuve claro que él no iba a hacer lo correcto.

—Y tú sí —susurró ella—. Tú hiciste lo correcto.

Levanté la cabeza, sorprendido. Esperaba gritos. Ira. Llantos.

—Siempre sospeché que Emma no era tuya —añadió, con un hilo de voz —. Tu padre siempre ponía excusas para no estar en casa cuando sabíamos que vendríais. Y si estaba... Paola se mostraba nerviosa, evitaba mirarle. Él tampoco era natural con ella. Siempre noté algo raro. Pero no quería creerlo. Y tú... tú has sido un padre ejemplar.

—Paola me dijo que fue un error. Uno del que se arrepiente cada día. Pero ese error le dio a Emma. Y la adora.

Mi madre sonrió levemente, con ternura.

—Yo también la adoro. Y a Paola. Siempre fue como una hija para mí. Y lo seguirá siendo. Pase lo que pase. Y tú, hijo mío... lo que hiciste te honra. Asumiste una carga que no te correspondía por amor, por lealtad.

Respiré con más tranquilidad, aunque todavía quedaba lo peor.

—Pero hay más —dije—. Mucho más. Fabiola... sabe la verdad. Me ha estado chantajeando desde hace más de dos años. Por eso no he podido romper con ella. De ahí el compromiso. Me tiene atrapado. Cada vez que intento dar un paso hacia la libertad, me amenaza con contarlo todo a los medios.

—¿Y qué vas a hacer?

—Lorenzo y yo hemos estado recopilando pruebas. Queremos acabar con este chantaje de una vez por todas. Pero hay algo que necesito que veas tú también. Porque te afecta.

Cogí la carpeta de la mesa, se la entregué y la abrió, despacio, como quien esperaba encontrar algo terrible y no quería mirar. Pero miró. Y cuando vio las fotos... sus ojos se llenaron de nuevo de lágrimas.

—Pensé que eso se había acabado —susurró, pasando una a una las imágenes de mi padre y Fabiola en los viñedos, en cenas, en paseos por La Toscana.

—¿A qué te refieres?

—Durante años... tu padre tuvo amantes. Lo supe. No preguntes cómo. Siempre lo supe. Le perdoné muchas veces porque... porque le quería. Y porque quise mantener la familia unida. Pero esto... esto es diferente. Esto no es solo una traición. Es... un desprecio total.

Cerró la carpeta con decisión y me la devolvió.

—Varias amantes. Una hija. Y ahora... con tu prometida. Con la mujer que te ha hecho daño, que te manipula, que te utiliza. Carlo Marchetti ya no es el hombre del que me enamoré.

—¿Estás bien? —pregunté en voz baja, temiendo la respuesta.

—No. Pero estaré bien. Gracias a ti. Por decírmelo. Por confiar en mí. Por protegerme todo este tiempo.

Se levantó, caminó hasta mí y me abrazó. Me estrechó con fuerza, como cuando era pequeño y venía corriendo tras caerme. Y en ese abrazo, por un instante, sentí que todavía había algo puro que salvar.

—¿Y ahora qué vas a hacer con Fabiola? —me preguntó, apartándose apenas para mirarme a los ojos.

—Acabar con esto. Con todo. Lorenzo tiene las pruebas. Esta vez no va a poder escapar. Y no me importa si intenta arrastrarme en su caída. Voy a salir de esto.

Ella asintió despacio, con una serenidad inesperada.

—Te apoyo. Siempre lo haré. Y no te preocupes por Paola ni por Emma. Son parte de esta familia. Y las querré siempre como a ti. Pase lo que pase. Porque son mi nieta y la madre de mi nieta.

Me separé un poco de ella, la miré a los ojos y sentí por primera vez en mucho tiempo que no estaba solo.

—Gracias, mamá.

Ella sonrió y me acarició la mejilla con ternura, con esa caricia que borraba miedos.

—Ve a por la vida que mereces. Y a por la mujer que realmente amas. Porque sé que no es Fabiola.

La acompañé hasta la puerta. Cuando se fue, me quedé un rato allí de pie, en silencio. Sentí algo dentro de mí que se rompía… pero al mismo tiempo se liberaba.

Una de las cadenas que me retenían se había soltado. Y ahora, no pensaba parar hasta librarme de todas.

Capítulo 40



Andrea

Dos semanas habían pasado desde que volví del viaje y la cabeza iba poniéndose en su sitio, aunque no pasaba lo mismo con el corazón.

Lo pensé muchas veces en silencio. ¿Cómo algo tan fugaz podía dejar una herida tan profunda? ¿Cómo se curaba algo que no se veía, que nadie entendía y que a veces ni tú misma lograbas explicar?

Me costó un mundo comenzar las rutinas de trabajo, de la casa y salir por las mañanas a comprar o tomarme un café, pero me obligué a hacerlo desde el día siguiente en que llegué de Italia. No podía quedarme atrás en nada y menos abandonar todo por lo que había luchado para abrirme un hueco como periodista *freelance*.

Un medio de televisión me ofreció una suma muy importante de dinero para que contase lo que realmente pasó entre Stefano y yo. Ni que decir tiene que me negué rotundamente y les dejé muy claro que ya no quería escuchar nada más, que no insistieran, que no habría ceros en el mundo para pagar por mis palabras.

En las redes la cosa se había aplacado un poco y los comentarios iban en torno a mis publicaciones sobre los temas de actualidad de los personajes públicos. Lo que venía a ser un salseo de esos que captaba la atención de mis seguidores.

El nombre de Stefano me aparecía en la mente con la misma nitidez que él lo hacía en mis sueños. Me perseguía en las madrugadas en que despertaba con el pecho apretado, con la sensación de haberle tenido entre mis brazos apenas segundos antes.

Tessa había recibido por fin y después de algún atraso las llaves de su nuevo piso que compró en promoción tiempo atrás. Estaba loca de contenta, pero lo iba a poner en alquiler porque se iba a ir a vivir con Alex, ya que él tenía su casa en la que vivía y era una amplia unifamiliar con jardín y todas las comodidades. Por fin iban a comenzar una vida en común.

El amor, cuando llegaba así de arrollador, no te pedía permiso ni te dejaba instrucciones. Solo entraba, se instalaba y, cuando se iba, arrancaba todo lo que tocó.

A veces pensaba en escribirle. Un mensaje corto. Un «espero que estés bien». Pero me mordía los dedos antes de hacerlo. ¿Qué esperaba? ¿Que me respondiera? ¿Que viniera a buscarme?

No. Él tenía un peso encima que yo no podía levantar. Su historia lo aplastaba, y yo apenas estaba aprendiendo a sostener la mía.

Y, aun así, juro por todo lo que soy que lo echaba de menos cada maldito día.

Laura, su hermana, se había distanciado de la familia y había desaparecido del mapa y de sus vidas. Es más, a su madre le acusó de mala persona, atacándola con no haberla querido nunca y mil disparates más que demostraban, una vez más, que ni tenía corazón, ni respeto por los que dieron su vida por ella.

Por descubrir, se había incluso descubierto que ni estaba embarazada: solo sacaba barriga para que pareciera que se le estaba formando, o se ponía ropa más holgada. Tessa se enteró por una amiga suya de que su hermana había «perdido» el hijo, pero otra información le confirmó que, en realidad, nunca lo estuvo gestando. La maldad de esa mujer no tenía límites. Y, como le dije, a veces hay que renunciar a la familia para ser feliz, porque la lealtad no la da la sangre, sino los hechos.

Era viernes y me había levantado consciente de que había quedado para salir con Julia, una compañera periodista con la que había cursado la carrera universitaria y con la que siempre había estado en contacto.

El caso es que Julia se casó dos años atrás y ahora se había divorciado porque no lo aguantaba. Siempre me contaba que, desde que se dieron el «sí, quiero», él se volvió un tío que pasaba de todo, que no quería compartir los quehaceres del hogar y que, cuando no estaba trabajando, estaba durmiendo o jugando a la Play. Hasta que poco a poco ella se fue quemando y terminó desencantándose del hombre con el que se había casado de lo más enamorada.

Habíamos quedado para ir a cenar y luego tomar algo. Me hacía especial ilusión ese plan porque hacía tiempo que no la veía y, más aún, que no salíamos de solteras por la vida.

Tenía que vivir, necesitaba hacer planes, salir, disfrutar y pensar menos, precisamente porque era lo que más me consumía.

Cada vez tenía más claro que lo de Stefano había marcado un antes y un después, pero era muy consciente también de que yo tenía que seguir con mi vida y no me podía quedar esperando algo que no iba a suceder. Él tenía una historia con mucho peso y yo no tenía cabida por ningún lado.

Tenía pensado estrenar un abrigo de color camel que era monísimo. Me lo compré en las rebajas de enero y desde entonces había estado en el armario sin ser usado. Sobre la cama tenía el pantalón marrón pitillo de ante, la camiseta básica blanca de manga corta con cuello de barco y un jersey de punto en color *beige* que era monísimo y que me había regalado Lola. Todo lo complementaría con unas botas altas de piel y el bolso a juego.

Costaba, pero había que seguir hacia delante…

Salí a la calle y hacía un frío que pelaba. Noviembre pensaba despedirse dejándonos unas temperaturas más bajas de lo normal, pero eso no me iba a dejar encerrada.

Me monté en el taxi que me llevó a la parte nueva de la ciudad, que era donde habíamos quedado y que se estaba poniendo de moda debido a la gran cantidad de restaurantes y *pubs* que habían inaugurado.

Allí me encontré con Julia, que llegó al mismo tiempo que yo. Nos fundimos en un fuerte abrazo del que nos costó separarnos. Estaba preciosa, con sus mechones rubios y la melena larga que siempre había llevado.

—Estás preciosa —me dijo a la vez que me comía a besos.

—Pues anda, que tú, estás que brillas.

Caminamos hasta un restaurante asiático donde habíamos reservado mesa. La verdad es que era precioso y nos acomodaron en el interior, en un rincón que se estaba de lo más cómodo y armónico. Pedimos un rollito de primavera cada una y el resto para compartir.

Levantó su copa de vino cuando nos la sirvieron y esbozó una sonrisa.

—Por mi despedida de casada y por mi nueva soltería.

—Por supuesto. —Sonreí brindando.

Julia había estado al tanto de lo de Stefano por el tema de las redes y porque nunca habíamos perdido el contacto. Me estuvo preguntando cuando pasó lo de mi publicación y todo lo que conllevó. Desde Venecia también había hablado con ella y la mantuve al tanto, aunque no entré en muchos detalles como ahora, que por fin tuve la oportunidad de hacerlo desde la tranquilidad.

Siempre tenía palabras bonitas que, aunque solo fuese un poquito, conseguían consolarme. Me dejó claro que la vida me tendría preparado algo que me haría salir de esa tristeza en la que estaba. Yo no lo veía claro, pero quería aferrarme a esa idea, a que a partir de ahora me pasasen cosas bonitas. Y no hablaba de hombres, sino de aprender a sentirme bien conmigo misma, de no dejar que mi estado de ánimo dependiera de la imposibilidad de estar con el hombre que amaba.

Disfruté mucho de la comida mientras charlaba con ella y recordábamos viejos tiempos. Julia también conocía a Tessa y habíamos salido mucho las tres juntas, pero hoy le dije de venirse y, aunque le hubiese encantado, tenía planeado ir con Alex a pasar el fin de semana al pueblo de los padres de él.

Tras la cena nos dirigimos a un *pub* que nos llamó la atención porque era el que más floja tenía la música, cosa que no venía nada mal.

Nos sentamos en un par de taburetes que había a un lado de la barra. Los abrigos los dejamos en una consigna para así no tener que cargar con ellos. El camarero nos sirvió las dos copas y noté que a Julia se le escapaba una sonrisilla.

—Es monísimo —murmuró refiriéndose a él—. Ya me lo estoy imaginando, empotrándome en el almacén del local.

—Pues sí que te veo liberada —contesté con la risa suelta.

—Dos meses decidiendo divorciarnos, otros tanto más matándonos por su pasotismo, calcula unos ocho meses sin comerme un perejil. —Se encogió de hombros.

—¿En serio me estás diciendo que habéis estado ese tiempo sin tocaros?

—Bueno, que una sabe defenderse solita.

—Me estoy refiriendo a él, no a lo que tú hagas para autosatisfacerte. —Volteé los ojos.

—Así es, nos hemos tirado mogollón de meses que hasta dormía en el sofá.

—Joder, no pensé que la gravedad fuera tanta.

—Valgo más por lo que callo que por lo que hablo —suspiró—. Pero tranquila, nada que un buen almacén no solucione. —Me hizo un guiño y miró hacia el camarero que estaba atendiendo a otros clientes.

—A la mierda todo. Quiero que seas feliz y si es dándote un revolcón con el camarero, ahora mismo lo llamo y… no hace falta. —Terminé de decir murmurando cuando él se acercó de nuevo a nuestro lado.

—¿Me dejáis invitaros a un chupito? —preguntó con una encantadora sonrisa.

—Y hasta que me enseñes el almacén —le soltó Julia con toda su gracia y en un tono intentando ser bromista.

—Me llamo Julio, ¿y vosotras? —En ese momento soltamos una carcajada.

—Si es que estás para mí. Yo me llamo Julia y ella, Andrea.

—Sí, hombre —soltó él a carcajadas.

Julia no dudó en sacar su DNI y enseñárselo. Él negaba incrédulo y riéndose.

—Soy de las que no creen en las coincidencias —le decía mi amiga mientras él seguía flipando.

—Eres de las que piensa que el destino lo tiene preparado todo, ¿no?

—Efectivamente, amigo. Así que piensa por qué estoy aquí y qué me trajo a ello.

—Mejor no nos pongas los chupitos —bromeé, porque eso daría vía libre a que mi amiga la liara más con ese descaro que se traía hoy.

—Sí, sí, ponlos —intervino ella rápido.

—¿De qué lo queréis? —Nos miraba con esa sonrisilla un tanto pícara, pero sobre todo a Julia, que era la que le estaba entrando.

—Tequila, sal y limón —le pidió ella y yo afirmé, viéndolo una buena opción.

—Uno solo, que la noche es joven —le indicó.

—Uno que tú nos vas a invitar a cada una, pero si luego te pido media docena como cliente… —Se encogió de hombros.

—También me puedo negar. —Le hizo un guiño, pero no le respondió en tono chulesco, más bien provocador y gracioso.

—Se está buscando que me lo coma —me murmuró mientras él cogía la botella para echarnos el chupito.

—Si no te lo comes tú, me lo como yo —bromeé y me tiró de la oreja.

—Retira lo que has dicho o no te la suelto.

—Lo retiro, lo retiro.

Reí y miramos hacia la barra donde Julio nos observaba sin perder la sonrisa, pero sin saber de qué hablábamos, aunque algo podía intuir por Julia, que no se cortaba ni un pelo.

Nos lo bebimos después de chupar la sal y el limón. La cara de agria que se nos puso con el trago fue digna de inmortalizar.

Y cómo no, Julia iba a por todas y exigió dos más. Julio negó y no pudo hacer otra cosa que ponérnoslo con caritas de decírnoslo todo, pero lo más grave es que esas caritas, según mi amiga, la ponían más cachonda. Lo que me estaba riendo no estaba pagado de ninguna de las maneras.

Ese segundo trago le pedimos a Julio que nos lo inmortalizase con un vídeo corto. Quedó de lo más chulo con nosotras, poniendo caras después de beberlo.

—Súbelo de historia, *influencer*. —Me picó Julia.

—Soy periodista, no *influencer*. —Volteé los ojos.

—O lo subes, o me tomo cuatro seguidos.

—Yo me los tomo contigo —dije entre risas—. Aunque no descarto subirlo, oye, que una tiene derecho también a pasarlo bien y mostrarlo al mundo.

—¡Con dos cojones!

—Mejor con ovarios —Le di un beso en la mejilla.

—¿Lo pongo o no? —preguntó Julio.

—Ya estás tardando —contesté en esta ocasión yo.

Antes de tomarlo, subí el video a la historia sin poner música de fondo porque ya estaba ambientada con la del local, en la que en ese preciso momento sonó *La bachata* de Manuel Turizo.

Nos tomamos el otro chupito, pero ya decidimos parar, no queríamos liarla y terminar a rastras en cualquier rincón de la calle. Es más, nos pedimos un refresco para rebajar un poco lo que habíamos bebido, ya que estábamos achispadas.

Julia le sacó el Instagram a él y encima hizo que la siguiera. A descarada no le ganaba nadie y es que, como ella decía, después de un matrimonio, la vida te cambia para siempre…

Nos recogimos a las cinco de la mañana, un taxi nos llevó hasta su casa y luego me dejó a mí en la mía.

Mi amiga ya le había advertido al camarero que esperaba por Instagram un mensaje privado pidiéndole una cita. Este le dijo que lo mismo hasta la sorprendía.

Llegar a casa fue un acto automático. Me quité las botas, colgué el abrigo y dejé el bolso sobre la silla.

Silencio. Ese silencio que por las noches pesaba el triple.

Saqué el móvil y abrí Instagram. El vídeo que subí con Julia ya tenía más visualizaciones que cualquier otra historia reciente. Comentarios como «¡te echábamos de menos sonriendo!», o «así se hace, Andrea» me hicieron sonreír… pero también me dolieron un poco.

¿Tan evidente había sido mi tristeza?

Pasé las historias sin pensar. Hasta que lo hice. Tecleé el nombre de Stefano. Su foto de perfil era una silueta frente al mar. Nada nuevo. Ninguna publicación desde hacía semanas.

No le escribí. No podía. No debía. Pero me quedé ahí un momento, mirando la pantalla como si fuera una ventana a algo que ya no me pertenecía.

Cerré el móvil y me tumbé en la cama sin deshacerla, mirando al techo.

¿Cómo se seguía cuando una parte de ti se quedó en un lugar del que no podías volver? ¿Cuántas noches más me dolería respirar si me acordaba de él? ¿Y si nunca dejaba de recordarlo?

Suspiré. Me tapé con la manta sin quitarme la ropa y cerré los ojos, pensando en él y esperando que el cansancio me venciera y me lo trajera de nuevo a mis sueños.

Capítulo 41



Andrea

Me costaba abrir los ojos a pesar de estar despierta. El cuerpo entero me pesaba como si cada célula protestara por el exceso de la noche anterior. Me ardía la garganta, y la cabeza palpitaba con ese ritmo irregular que solo las buenas borracheras dejan como recuerdo. La resaca que tenía era tan grande que hacía mucho que no recordaba una así, como si me hubieran pasado por encima todos los excesos acumulados de un año entero.

Tenía claro que habían sido los cuatro chupitos, porque antes de irnos nos tomamos otro después del refresco. Aunque si me ponía a pensarlo bien, los vinos que nos tomamos cenando, luego el cambio al cubata y luego los chupitos… ¿cómo quería encontrarme como una rosa? Era imposible.

Me dirigí al baño y, después de darme una ducha que apenas logró despejarme, me preparé el café, pero antes me exprimí unas naranjas para tomarme un zumo con la pastilla.

En pijama y sin salir de casa iba a pasar el día. Me apetecía, además, el día había amanecido lluvioso y el frío en el exterior era intenso, casi de esos que invitan a encerrarte y desaparecer del mundo.

Entré a ver mi historia de anoche y comprobé que Stefano la había visto, pero no le dio un corazón. No quería ponerme a pensar que le jodiese que saliese y me divirtiese cuando era precisamente lo que debía de hacer, pero

bueno, me repetí a mí misma que la vida tenía que continuar y que debía exprimirla al máximo.

No quería pensar que le molestase verme sonriendo. Pero lo hice. Lo pensé. Y eso me dolió. Porque si algo había aprendido de todo esto, era que quien te quiere, no te quiere rota. No te quiere en pausa. Te quiere libre.

Sacudí la cabeza. No podía ir por ahí de nuevo, y me repetí como si fuera un mantra que la vida seguía. Y tenía que seguir para mí, no en contra de él, sino a favor de mí misma.

Mi padre me sorprendió trayéndome un cartón de churros con chocolate, aunque se fue rápidamente para llevárselo también a Lola, que estaba en la casa. Me encantaba verlo tan feliz, tan entregado, disfrutando de ese momento tan intenso que se merecía con creces.

Lo puse sobre la mesa que tenía delante del sofá y me senté en él para disfrutar del desayuno con calma. ¿Cómo podían estar tan ricos? ¿Qué era la vida sin disfrutar de estos pequeños momentos de churritos? Me encantaban, y aunque eran altos en calorías, me los comía de vez en cuando sin sentir el más mínimo remordimiento. Aunque me gustaba más mojarlos en azúcar que en chocolate, iba alternándolos, jugando con los sabores como si fueran un capricho de infancia que nunca quise soltar.

No tardó en llegarme una foto de Tessa por mensaje en el pueblo desayunando una tostada gigante de pan de campo con zurrapa de lomo. Me tiré una foto mordisqueando el churro y se la envié también.

Tessa: *Bien te veo, hermana.*

Andrea: *No mejor que tú.*

Tessa: *¿Qué tal anoche con Julia? ¿Mucho desmadre o conseguiste portarte bien?*

Andrea: *Pasando por alto que se quiso comer al camarero y llevarlo al almacén. Me lo pasé de lujo.*

Tessa: *Pero ¿no está mal por su divorcio?*

Andrea: *Está mejor que nosotras. Ya te contará. Pero vamos, que la vi bien, feliz y con ganas de disfrutar la vida.*

Tessa: *No sabes lo que me alegro por ella. La próxima me apunto, que mi marido me deja.*

Andrea: *¿Te has casado sin que yo lo sepa?*

Tessa: *Sabes que eso no lo haría, pero que sepas que a este lo tengo ahora más atado que si tuviésemos los papeles firmados.*

Andrea: *Lo sé. Ese hombre te ama mucho. Y tú también a él.*

Tessa: *Y a ti te va a llegar un hombre que te haga sentir lo que vales. No te quiero ver cabizbaja.*

Andrea: *Tranquila, estoy cada vez mejor. Poquito a poquito. Y tú, sigue disfrutando de tu desayuno con tu familia política. Estás preciosa, cariño. Te quiero infinito.*

Tessa: *Yo también te quiero un mundo y, para guapa, tú. Nos abrazamos pronto.*

Abrazarla siempre, no quería volver a sentir la desolación de volverla a perder en mi vida. Lo pasé tan mal y la eché tanto de menos cuando me acusó de quererla poner mal con su hermana, que lo sentí como uno de los momentos más tristes de mi vida.

Cuando me di el atracón de churros, me preparé un café y me puse en la ventana de la cocina, sentada sobre la encimera, para fumarme un cigarro.

Me preguntaba qué estaría haciendo Stefano en esos momentos, si estaría jugando con su hija, si estaría lidiando contra esa mujer o enfrentándose a mil batallas más. El caso es que no podía sacarlo de mi cabeza, ni aunque lo intentara con todas mis fuerzas.

Era como una herida que no sangraba, pero que tampoco terminaba de cerrar nunca. Un corte invisible, profundo, que dolía al respirar. La clase de amor que se quedaba en forma de nudo en la garganta, apretando cada vez que lo recordaba. La historia no fue larga, pero fue intensa. Y lo peor de todo es que, para mí, fue verdadera, tan verdadera que todavía la sentía latiendo dentro de mí como si no hubiera terminado.

¿Cómo se seguía adelante después de haber amado así? No era solo atracción, ni un capricho pasajero, ni el hechizo de una noche con el hombre al que amaba en secreto desde hacía años. Lo nuestro fue mirarnos y reconocernos en lo más profundo, como si el mundo entero se callara para dejarnos oír ese instante. Fue sentir que el alma encontraba eco, que por fin alguien reflejaba lo que llevaba guardado dentro. Y esa certeza, tan breve como un destello, era también la más imposible de olvidar.

Y, sin embargo, ahí estaba yo. Con un cigarro en la mano y un pijama arrugado, preguntándome si él estaría pensando en mí o si ya me había archivado en el cajón de los amores imposibles.

El día se estaba tornando mucho más gris, y la lluvia golpeaba con fuerza contra los cristales, intensificándose con un pronóstico de que no aminoraría en todo el día. Pero a mí, en el fondo, me gustaban estos fines de semana en los que el tiempo parecía invitar a refugiarse en pijama y en casita, envuelta en esa especie de melancolía acogedora que trae el sonido del agua cayendo sin descanso en el exterior. Era sábado, pero todo indicaba que el domingo se avecinaría igual, como si el cielo también quisiera acompañarme en mi tristeza.

Cuando me duché, me puse el pantalón de un pijama de rayas rosas y blancas que iba en la cintura agarrado con un cordón; por arriba, una camiseta blanca básica de manga larga. Así era como me gustaba estar: cómoda, sencilla, con esa naturalidad que tanto agradecía en mis propios espacios. Me costaba ponerme un pijama completo, como si esa pequeña rebeldía marcara la diferencia entre sentirme encorsetada o sentirme libre, incluso en lo más cotidiano.

Estaba tan mona así y tan natural, que cogí el trípode para tirarme una foto en la cocina con la taza de café y así vestida de estar por casa. Quedó una

imagen de lo más bonita, espontánea, con esa luz tenue que entraba por la ventana, y se veía todo tan blanquito y armonioso que resaltaba el rosa de la taza y el pantalón. Era una foto sencilla, pero transmitía calma, como si hubiera querido congelar un instante de paz. La subí a mi Instagram.

Decidí cocinar unas costillas con patatas que me salían de vicio. El olor del sofrito ya iba llenando la cocina cuando, mientras estaba cortando la verdura, llegó por sorpresa mi madre, que venía con el paraguas chorreando y lo dejó en el paragüero con un golpe seco que anunció su llegada. Traía como una bolsa de viaje, de esas que ya decían por sí solas que venía con intención de quedarse.

—Mi amor —me dio un beso en la mejilla—, vengo a quedarme contigo hasta mañana. ¡Fiesta de pijamas de madre e hija! Me voy a poner el mío.

—Vale, te espero en la cocina, que estoy haciendo un guiso.

—Huele genial, pero esta noche invito yo a *pizzas* que pidamos a domicilio. Tenemos que cenar recordando lo vivido en Venecia, la ciudad donde está mi amor, que por cierto va a venir muy en breve a verme.

—Está bien. —Sonreí, negando con un gesto divertido.

No me la esperaba para nada y menos que viniese para quedarse, pero al fin y al cabo era mi madre y, pese a que no estuvo conmigo como yo me merecía, yo no le iba a pagar de la misma manera porque no me nacía ser así. Eso sí, necesitaba prepararme mentalmente para aguantarla, porque con ella siempre había una mezcla de caos y ternura que me removía por dentro.

—Hija, ¿tienes por casualidad pollo y jamón serrano de algún tipo?

—Sí, hay dos pechugas en el frigorífico y un paquete de jamón, tanto de taquitos como de lonchas. ¿Vas a hacer croquetas?

—¡Cómo me conoces! —Se echó a reír.

—Haz bastantes para que me sobren para la semana.

—Tu madre te va a hacer un arsenal hasta para que las congeles. —Me abrazó de lado y me dio un beso en la mejilla—. El guiso huele demasiado bien —gimió.

—¿Y dices que Lorenzo va a venir a verte? —Curioseé.

—Eso me ha dicho. —Sonrió, como lo haría una quinceañera.

—Te lo juro, mamá, pareces una adolescente enamorada.

—Y lo estoy. —Se giró teatralmente—. Lorenzo me trae por la calle de la amargura, pero en el buen sentido.

—¿Y cuál es ese?

—El de sonreír sola mientras hago cualquier cosa y me acuerdo de él. —Rio.

Se puso a cortar la cebolla mientras cantaba por Camela, a todo sentimiento, y me hacía gracia escucharla, con esa voz entregada que llenaba la cocina. A la vez estaba segura de que, detrás de cada verso, estaba pensando en Lorenzo.

Estas dos semanas me había hablado mucho de él, ya que estaban en continuo contacto por mensaje y por las noches hablaban un rato antes de dormir. Se la veía ilusionada, aunque yo sabía que eso ya lo había vivido en otras ocasiones con la misma intensidad. Seguramente duraría hasta que se le pasara el capricho, pero si estaba feliz, eso era lo que contaba.

Dejó muy bien picaditos, minúsculos, el pollo, la cebolla y el jamón serrano. Sofrió la cebolla y el pollo hasta dejarlos en su punto y luego le echó el jamón y seguido la harina para, luego de moverlo todo bien, echar la leche y ya tener su bechamel. También le daba su toque de sal y pimienta. El caso es que ya olía que alimentaba.

—¡Andrea! —me dijo mi madre mientras me quitaba el cuchillo de la mano, y es que poquito me faltó para hacerme un corte en el dedo—. ¿Dónde estás? Mira que te vas a hacer daño.

—Nada… en la luna. Pensando en tonterías.

—¿Stefano?

Asentí. No podía mentirle.

—¿Sabes? —dijo ella, bajando la voz— Yo creo que ese hombre no te ha olvidado.

—Mamá…

—No me digas que no, que por cómo hablaste de él, sé que la conexión que hubo entre los dos es de esas auténticas. Haz caso a tu madre, anda, que las madres somos muy sabias.

—Pues si la tuvo, no le sirvió para quedarse.

Mi madre me miró con esa mezcla de compasión y dureza que solo las mujeres que habían vivido mucho tenían.

—No todos saben amar cuando tienen la oportunidad. Algunos solo saben hacerlo cuando ya es tarde. O cuando ya no estás.

Eso me atravesó como un cuchillo. Porque sabía que, en parte, tenía razón.

—Entonces —dije en voz baja—, no me sirve. Yo quiero a alguien que se quede, no que lo lamente.

Nos quedamos unos segundos en silencio, removiendo la bechamel.

—Haz muchas croquetas —dije al fin, rompiendo el silencio—. Porque si hoy no me emborracho, me empacho.

Nos miramos serias y acabamos las dos riendo a carcajadas.

Mis costillas con patatas ya estaban listas y habían quedado con una pinta increíble. Menos mal que mi madre apareció con dos barras de pan recién hechas, porque el guiso no merecía menos.

Era temprano para comer aún, así que decidimos sacar unos picos, cortamos unos trozos de queso, pusimos unas patatas chips y abrimos una botella de vino para marcarnos un picoteo sentadas en la cocina.

Revisé la publicación que había colgado tomando el café y mirando hacia los cristales con las gotas de la lluvia cuando me di cuenta de que Stefano había reaccionado con el corazoncito. Los seguidores se habían dado cuenta y ahora no dejaban de comentar que, si habíamos hecho las paces, me tenía que reír con algunos comentarios.

Intenté sacudir los pensamientos de mi cabeza y me centré en mi madre. Entramos en un debate del que me tenía que reír con sus conclusiones, porque si lo hubiese tenido en cuenta, la hubiese terminado poniendo de patitas en la calle. Pero ella, que veía el mundo y las cuestiones desde una visión tan surrealista, lograba arrancarme carcajadas.

Disfrutamos mucho de la comida, ya que el guiso estaba para tocarle las palmas.

Vimos películas, merendamos un bizcocho de limón y nueces que hizo mi madre y pasamos el resto de la tarde montando croquetas, cincuenta y seis en total.

Decir que no me había distraído era mentirme a mí misma. Hoy no había estado tan pensativa gracias a su compañía y a las cosas que habíamos hecho juntas.

Pedimos un par de *pizzas* familiares para cenar y nos las comimos sentadas en el sofá con un refresco cada una. Ella quería vino, pero le dije que no pegaba con la *pizza* y lo aceptó a cambio de tomarnos un helado de postre que tenía en el congelador. En eso era como ella, no tenía por qué ser verano para disfrutar de uno de esos.

Exprimimos el día al máximo…

La gracia fue que, cuando me di cuenta, eran ya las siete de la mañana y nos habíamos quedado toda la noche durmiendo, cada una en un sofá, como dos adolescentes después de una fiesta improvisada.

Mi madre se levantó a lo Lina Morgan, decía que había pasado mala noche en ese cuchitril de sofá, pero la realidad es que no se había ni inmutado; de lo contrario, se hubiese ido a la cama.

Desayunamos juntas y luego se marchó con dos docenas de croquetas, diciendo que se iba a poner morada al llegar a casa. Sin tener ni idea, no sabía el bien que me había hecho.

Capítulo 42



Stefano

La lluvia seguía cayendo con la misma calma persistente de los últimos días. Venecia parecía suspendida en un estado de pausa, como si el tiempo mismo se hubiese contenido, dándome margen para prepararme. Pero no había margen suficiente cuando lo que iba a enfrentar era la podredumbre oculta tras años de silencios, traiciones y medias verdades que habían corroído nuestra historia familiar como un veneno lento.

Lorenzo llegó primero, puntual como siempre. Llevaba un maletín negro en una mano, y la expresión firme del que sabe que lo que está a punto de hacer marcará un antes y un después. Su manera de caminar era la de un hombre que carga con la gravedad de muchas verdades.

—¿Todo preparado? —preguntó al entrar, dejando el abrigo en el perchero, todavía empapado por la lluvia.

—Sí —respondí mientras servía café en dos tazas. El café era amargo, intenso, necesario. No iba a ser una conversación que aguantásemos a palo seco, y ambos lo sabíamos.

Nos sentamos en el salón. No hizo falta hablar. Él sacó la carpeta de cuero del maletín y la dejó sobre la mesa de cristal. Dentro estaban las pruebas: fotografías reveladoras, transcripciones de mensajes, llamadas grabadas con consentimiento judicial y un documento legal que Fabiola tendría que firmar

si quería salir mínimamente limpia de aquello. La carpeta parecía latir sola, como si guardara un corazón oscuro dispuesto a reventar.

A las once en punto sonó el timbre. Me levanté sin prisa, con el peso exacto de los últimos tres días alojado en los hombros. Cada paso que di hacia la puerta fue como caminar sobre un campo de minas. Abrí y allí estaba ella.

Fabiola vestía uno de sus abrigos carísimos, de esos que parecían diseñados para anunciar al mundo que su dueña no aceptaba un «no» por respuesta. Su cabello estaba perfectamente alisado, su maquillaje impecable, el perfume intenso como una declaración de guerra. Entró sin saludar, echando un vistazo rápido al interior de la casa, y cuando vio a Lorenzo, la sonrisa ensayada en su rostro perdió fuerza.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó, dejando el bolso sobre la consola de la entrada con un gesto seco, casi agresivo.

—Está aquí para asegurarse de que todo lo que vamos a hablar quede registrado —respondí, cerrando la puerta con un clic que sonó más a sentencia que a simple cierre.

—Vaya, parece que hoy vamos en plan oficial. ¿Qué ocurre, Stefano? ¿Te ha dado otro ataque de moralidad? —Ironizó, con los brazos cruzados, buscando parecer segura.

La miré directamente a los ojos, sin vacilar, firme como no lo había estado en años.

—Hoy se acaba todo, Fabiola. El chantaje. Las amenazas. El circo que has montado desde hace más de dos años. Hoy termina.

Ella soltó una risa nerviosa, una carcajada hueca que sonó más a eco que a seguridad.

—¿Qué estás diciendo? ¿Me estás amenazando tú ahora? Porque sabes perfectamente que tengo la verdad. Y créeme, la prensa estaría más que dispuesta a pagar por ella.

—¿La verdad? —dije, avanzando un paso hacia ella, con la voz baja pero cortante—. ¿De qué verdad hablas? ¿De la que tú has retorcido y usado como un puñal desde que descubriste lo de Emma? ¿De esa verdad que convertiste en cadena para atarme a ti, como si fueras mi carcelera?

Un tic se le escapó en la mandíbula. Pequeño, casi imperceptible, pero suficiente. Estaba perdiendo terreno y lo sabía.

—Tú no puedes… no puedes hacerme esto, Stefano. No, después de todo lo que hemos compartido. ¡Íbamos a casarnos!

—¡No! —la interrumpí, con una firmeza que hasta a mí me sorprendió—. Ibas a casarte con un hombre al que has destrozado por dentro. Al que obligaste a mantenerse a tu lado bajo la amenaza constante de revelar algo que ni siquiera era tuyo para contar. Y mientras tanto, te acostabas con mi padre.

El golpe fue directo. Vi cómo su rostro se descomponía, palideciendo en segundos. Sus ojos se abrieron un poco más, intentando encontrar una salida que ya no existía. Miró a Lorenzo, como si él pudiera salvarla, pero no había salvación posible.

—No… tú no tienes pruebas —susurró, aunque su voz ya no sonaba convincente.

Lorenzo, en silencio, deslizó una de las fotos por la mesa. En ella, Fabiola y mi padre aparecían en los viñedos, abrazados y besándose como dos adolescentes. Las siguientes eran aún peores: cenas íntimas, caricias, risas compartidas bajo la luz dorada de la Toscana. Cada imagen era una daga afilada.

El aire en la sala se volvió denso. Fabiola no dijo nada durante varios segundos, apenas respiraba.

—Tú no te atreverás a hacer nada en contra de mí. No te atreverás —repitió, pero ya no era una amenaza, era una súplica disfrazada de valentía.

Lorenzo sacó un documento del maletín y lo colocó también sobre la mesa, frente a ella.

—Aquí tienes un acuerdo legal. En él te comprometes a no emprender ninguna acción, mediática ni legal, contra Stefano, su familia o cualquier persona con la que él mantenga una relación en el futuro. Si lo incumples, las consecuencias serán mucho más graves de lo que ahora puedes imaginar.

Fabiola apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Me miró, y lo que vi en sus ojos fue un cóctel de odio, miedo y, por primera vez en mucho tiempo, derrota.

—Esto no se queda así, Stefano. Juro por Dios que no se va a quedar así.

—Te equivocas —le respondí, sin apartar la mirada—. Se queda exactamente así. Firmas ese papel, te marchas y no vuelves a cruzarte en mi camino ni en el de nadie a quien yo quiera. Porque si lo haces… te destruiré. Con todo lo que sé. Con todo lo que tengo.

El silencio pesó. Ella cogió el bolígrafo con mano temblorosa, firmó, dejó caer el instrumento sobre la mesa como si le quemase los dedos y, sin decir una palabra más, salió de mi casa, cerrando la puerta tras de sí.

Respiré hondo. El aire volvió a entrar en mis pulmones como si me lo hubiesen devuelto después de años de asfixia. Lorenzo se levantó, guardó los papeles en la carpeta y me tendió la mano.

—El siguiente paso ya está en camino. ¿Preparado?

—Por fin —dije—. Ahora sí.

El salón parecía más grande, como si la casa hubiese recuperado su aire. Me acerqué a la ventana. Las gotas de lluvia resbalaban por el cristal como lágrimas que querían borrar el rastro de todo lo que había hecho Fabiola durante tanto tiempo. El canal, oscuro y agitado, reflejaba la tormenta que por fin había terminado.

Hoy ganaba yo. Hoy por fin rompía el silencio.

Lorenzo dejó la carpeta cerrada en la mesa y se apoyó contra el respaldo de un sillón.

—¿Y ahora? —me preguntó—. ¿Qué vas a hacer con esto legal y públicamente?

Giré la cabeza para mirarlo, el café ya frío en la taza entre mis manos.

—Voy a emitir un comunicado. Hoy. Lo haré público. No solo para protegerme, sino para que se sepa toda la verdad. Que se sepa que ella ha mentido, que ha manipulado, que ha usado a mi familia.

—¿Y Paola? —preguntó Lorenzo con cautela.

Sentí un nudo al escuchar que la mencionaba. Paola… mi amiga de siempre, la mujer que confió en mí, la madre de quien siempre sería mi hija.

—Yo la protegí todo lo que pude. Pero ya no quiero que viva en esa mentira tampoco. Sé que me apoya y que lo que decida hacer, a ella le parecerá bien.

Lorenzo asintió, comprendiendo que había más en juego que mi orgullo.

—Tienes razón.

Me levanté, caminé hasta la chimenea y me apoyé sobre la repisa. Recordé las fotos de mi padre sonriendo con Fabiola, los besos robados, las cenas, las miradas cómplices. Aquello no era solo un golpe personal: eran pruebas, armas que me ayudarían a mantener a Fabiola lejos de mí para siempre.

La tensión seguía en el aire, como un eco que no se disipaba. Fabiola me había robado mucho más de lo que creía: me había robado verdades, me había hecho vivir bajo la sombra del rumor, con la amenaza siempre presente. Y yo había soportado. Hasta ahora.

Lorenzo rompió el silencio.

—¿Has pensado ya en la reacción de ella? De su entorno. De los medios. De todos esos que siempre estuvieron esperando algo así de parte de ella.

—Lo sé —contesté, sin apartar la mirada de la chimenea—. Pero tengo que hacerlo. No solo por mí, ni por tu apoyo legal. Lo tengo que hacer por mi hija, por Paola, por mi madre. Porque ya no quiero vivir con miedo.

Ese fue el punto en el que entendí que no había marcha atrás. Respiré hondo, apreté la mandíbula y le señalé a Lorenzo la carpeta cerrada.

—Recoge todo esto. Testimonios, fotos, mensajes, llamadas grabadas… Prepárate para cualquier demanda. Quiero que todo esté blindado.

Lorenzo asintió. Se puso de pie, buscando su abrigo.

—Te recomendaría que descanses un poco. Que pienses bien qué vas a decir esta tarde. Que no te arrastres a provocaciones innecesarias.

—Lo haré —dije—. Pero sabes que no aguanto más retrasos, ni embustes, ni mentiras.

El aire fresco que entraba por la rendija de la ventana me hizo estremecer. Bajé la mirada hacia mis manos: cansadas, con ganas de paz, pero llenas de coraje.

No supe cuánto tiempo estuvimos así, Lorenzo y yo, en silencio, compartiendo ese instante de tregua después de la tormenta. Entonces, le pedí que se quedara un poco más.

—Quiero que te asegures de que no haya filtraciones mientras no hago público nada —le confesé—. No podemos permitir que Fabiola intente adelantarse con versiones retorcidas.

—Cuento con ello —respondió—. Lo que has hecho hoy tiene valor. Y será firme.

Me senté de nuevo en el sofá. El peso de lo que acababa de hacer me produjo un mareo interior. Tenía la certeza de que Fabiola podría intentar

algo, pero también la claridad de que ya no me dejaría intimidar.

Miré el reloj. Se acercaba la hora. Lorenzo se despidió, dejando la carpeta cerrada sobre la mesa. Me estrechó el hombro con firmeza.

—Nos vemos mañana.

—Sí —respondí—. Gracias.

Él salió y me quedé solo. El salón estaba silencioso. Solo roto por la lluvia sobre los ventanales, el leve eco del canal y mi respiración lenta.

Miré la carpeta, la tapa de cuero desgastada, los bordes algo deteriorados por el uso. Pensé en todas las noches que no había dormido por miedo, por lo que creía que ocurriría.

Pero hoy… hoy algo se había soltado dentro de mí. Hoy me reconocía de nuevo. No como el hijo obediente, ni como el hombre atrapado, sino como alguien que reclamaba su verdad.

La tarde avanzaba lenta, pesada. Afuera, el cielo seguía cubierto de nubes y Venecia parecía envuelta en un silencio casi reverencial, como si la ciudad entera supiera que algo importante estaba a punto de ocurrir.

El salón olía a café recién hecho y a madera pulida. Lo había ordenado todo: cojines bien colocados, velas encendidas, la mesa despejada. Quería que la entrevista se sintiera íntima, sincera, como lo que era: una conversación con peso de confesión.

Me pasé las manos por el rostro justo cuando el timbre sonó. Emma ya estaba en su habitación con sus lápices de colores, y Paola, en la cocina con mi madre, preparaba café. Todo estaba en calma. Por ahora.

Abrí la puerta y sonreí al ver a Claudia Bertolucci, la periodista. Amiga de mi madre desde hacía años, directora de una de las revistas de estilo de vida más leídas de Europa, y una mujer que siempre había demostrado respeto hacia mi familia. Venía acompañada de un fotógrafo y una asistente. Todos con rostros amables, sin ese brillo carroñero que tanto abundaba en el mundo del espectáculo.

—Gracias por venir, Claudia —le dije al estrecharle la mano.

—Gracias a ti por confiar en mí, Stefano. Sé lo que significa esto.

Nos sentamos en el salón, frente a frente. Ella sacó una pequeña grabadora, un cuaderno con notas previas y me sonrió.

—¿Estás preparado?

—Nunca se está del todo preparado para esto. Pero sí. Vamos a empezar.

Ella asintió, pulsó el botón de grabar y esperó. Respiré hondo. Y comencé.

—Durante los últimos meses han circulado muchas versiones sobre mi vida privada. Algunas ciertas, otras no tanto. Lo que quiero hoy es hablar con claridad. Explicar mi verdad, no para justificarme, sino para cerrar un capítulo que ha durado demasiado tiempo.

La grabadora zumbaba de fondo, silenciosa. Claudia asentía de vez en cuando, sin interrumpirme.

—Hace años, después de uno de los desfiles más importantes de mi firma celebrado en los viñedos de mi familia, en La Toscana, disfruté de una noche especial… quizás demasiado. Paola, mi mejor amiga desde la adolescencia, estaba allí.

»Debía estarlo porque en aquellos entonces era la imagen de mi firma, una de las mejores modelos del momento. Una cosa llevó a la otra. Supongo que el cansancio, la euforia del éxito, el vino… nos llevaron a cruzar una línea que nunca habíamos considerado cruzar.

Claudia frunció un poco el ceño, pero seguía en silencio.

—Durante unos meses, Paola y yo mantuvimos una relación. Íntima, discreta. Hasta que acabó. Ambos sabíamos que nos queríamos muchísimo, pero no como pareja de futuro. Fue un periodo raro… bonito, en algunos aspectos. Cálido. Pero también confuso.

Apreté las manos, sintiendo la tensión, recorrerme los brazos.

—Poco después, supimos que estaba embarazada. Y, aunque sabíamos que lo nuestro no iba a funcionar como relación sentimental, decidí estar presente, ser el padre que esa niña necesitaba. Paola no me lo pidió. Fui yo quien dio el paso. Y jamás, ni un solo día, me he arrepentido.

Tragué saliva, notando el nudo ya habitual en la garganta. Era una mentira bien formada desde hacía años, una mentira que mantendría hasta el fin de mis días para el resto del mundo.

—Emma es mi mundo. Le he cambiado pañales, he curado sus rodillas, he ido a sus funciones del cole… La he llevado de la mano por este mundo desde que nació. Y lo seguiré haciendo, siempre.

Claudia levantó la vista de su cuaderno. Tenía los ojos ligeramente húmedos.

—¿Y qué me puedes decir sobre Fabiola? —preguntó en voz baja—. ¿Qué ha pasado entre vosotros?

Asentí. Sabía que llegaría esa parte.

—Fabiola fue, durante años, una compañera, una socia en lo profesional y, sí, una pareja ante los medios. El compromiso fue una consecuencia lógica... o eso parecía. Pero en privado, la historia era distinta. Había tensiones, desconfianza. Y desde hace un año y medio, infidelidades.

Claudia se incorporó ligeramente.

—¿Infidelidades?

—Sí. Hace unos días descubrí que Fabiola llevaba una relación paralela con otra persona. No voy a dar nombres. No es mi estilo, y no quiero convertir esto en una guerra. Pero lo cierto es que esa traición fue la gota que colmó el vaso. Ella estaba haciendo exactamente lo que, no hace mucho, me acusó a mí de haber hecho.

Nos quedamos en silencio unos segundos.

—La relación está rota. El compromiso, anulado. Y hoy, aquí, quiero dejar claro que lo que me importa, lo que siempre me ha importado, es mi familia. Mi madre, mi hija, Paola. Ellas son el pilar de todo lo que soy.

Sonreí un poco al mirar hacia la puerta que daba al pasillo.

—Y en mi hija tengo ya a la heredera perfecta de mi firma. Porque Emma, con seis años, ya diseña vestidos para sus muñecas. Es una pequeña soñadora con un corazón enorme. Y yo no dejaré que nadie manche eso.

Justo en ese instante, como si lo hubiese oído, Emma salió corriendo del pasillo y se lanzó a mis brazos.

—¡Papi, ya he terminado mi dibujo! ¡Es un vestido para mamá!

Claudia rio con dulzura. La escena era tan perfecta que parecía guionizada.

—¿Podemos tomar una foto para el artículo? —preguntó ella—. Solo si tú quieres, claro.

—Sí —asentí—. Pero no solo con Emma. Quiero que estén también mi madre y Paola. Por el momento son las tres mujeres de mi vida. Y quiero que el mundo lo vea.

La foto se tomó en el centro del salón. Emma en mis brazos, Paola sentada junto a nosotros, mi madre de pie detrás, con una mano en mi hombro. Sonreíamos todos. Por fin.

Después de despedir a Claudia y a su equipo, cuando la puerta se cerró tras ellos, el silencio regresó.

Emma volvió a su habitación a seguir dibujando, y nos quedamos los tres en el salón.

—Cuando Fabiola vea esto, va a entrar en cólera —dijo Paola, con media sonrisa.

—No me importa —le respondí con tranquilidad—. Que entre en cólera. Yo he recuperado mi vida.

Mi madre, sentada en el sillón, se encogió de hombros.

—Tranquila, hija, que Fabiola ya tiene quien la consuele —dijo, y los tres acabamos riendo.

Paola se giró hacia mi madre, con el rostro algo más serio.

—Elisa… siento lo que pasó con Carlo. Sé que no tengo excusas.

Mi madre la miró con ternura y se acercó para acariciarle la mejilla.

—No te preocupes por eso, cariño. Nunca te lo voy a tener en cuenta. Porque debido a ese error… nosotros tres tenemos lo más bonito de nuestras vidas. A Emma.

Paola bajó la mirada, emocionada. Yo las observaba con el pecho encogido de emoción.

Entonces, Paola me miró directamente.

—¿Y qué vas a hacer con Andrea? Porque está claro que va a ver esto.

La imagen de Andrea apareció en mi mente, nítida, luminosa. Su voz, su sonrisa contenida, su manera de mirarme como si pudiera atravesar todas mis capas y llegar al centro. Y sonreí, por primera vez, con certeza.

—Voy a hacer lo que debería haber hecho mucho antes.

Capítulo 43



Stefano

El cielo estaba cubierto por un gris suave, casi melancólico, y la lluvia fina resbalaba con pereza por el enorme ventanal de la *suite*. Me quedé allí de pie, con las manos en los bolsillos del pantalón, observando cómo las gotas competían por llegar primero al borde. Finales de diciembre en España… quién me lo iba a decir.

Fuera, el mundo parecía envuelto en esa calma densa que a veces antecede a los encuentros decisivos.

Había pasado más de un mes desde la última vez que vi a Andrea. Y ni uno solo de esos días había logrado apartar de mi cabeza aquella noche. La única noche. La única que, por algún motivo, se había quedado grabada en mi memoria con una intensidad que aún no me sabía explicar.

Desde entonces, lo único que había sabido de ella eran retazos: artículos firmados con su nombre en revistas, posts relacionados con esos textos y, de vez en cuando, alguna historia en redes sociales, una foto robada de lo cotidiano. Fragmentos. Trozos de una vida en la que yo no existía.

Y, sin embargo, allí estaba. De nuevo en el mismo resort donde todo empezó. En la misma *suite*.

No sabía si volver a verla era un gesto brillante o una estupidez impulsiva, pero había algo que necesitaba decirle. Algo que llevaba semanas

quemándome dentro. Un nudo que no se deshacía con el tiempo, sino que se apretaba más y más.

Miré el reloj.

Las manecillas parecían moverse con una lentitud cruel, pero ya casi era la hora. Unos minutos más y estaría allí, en la cafetería del centro, con su madre, tomando café, tal como me había dicho Lorenzo.

Lorenzo. Qué vueltas daba la vida.

Me giré hacia el perchero y cogí el abrigo. Me lo puse despacio, con cuidado, como si cualquier movimiento brusco pudiera desbaratar lo que había planificado con tanto esmero. Salí de la habitación, crucé el vestíbulo del resort, decorado con luces cálidas y árboles de Navidad en cada rincón, y sentí cómo la humedad del aire me envolvía, apenas puse un pie en la calle.

Todo estaba precioso. Las luces navideñas colgaban de farolas y balcones, las tiendas mostraban escaparates temáticos, y en el aire flotaba ese olor entre castañas asadas y chocolate caliente que siempre me hacía pensar en mi infancia.

Caminé despacio. No quería llegar tarde, pero tampoco quería parecer desesperado. Aunque quizá lo estaba. No de manera evidente, no con esa desesperación ruidosa y patética que lo complica todo, sino de otra forma: la silenciosa. La que se nota en los ojos.

La cafetería estaba en una esquina, con una pequeña terraza aún decorada a pesar del frío, y un interior acogedor donde siempre olía a café recién hecho y bollería artesanal. Me detuve al otro lado del ventanal, fuera de su alcance. Allí estaba ella. Andrea. Sentada frente a su madre, con las manos rodeando una taza humeante, sonriendo.

Dios. Esa sonrisa.

Sentí cómo algo en mi pecho se agitaba. La había echado de menos. Más de lo que me había permitido admitir. Más de lo que era razonable.

Respiré hondo, me pasé una mano por el pelo y crucé la calle.

Entré en la cafetería sin hacer ruido, con el corazón golpeando con fuerza, como si no hubiera sabido hasta ese momento que seguía vivo.

Andrea fue la primera en levantar la mirada. Se quedó quieta. Petrificada. Como si hubiera visto un fantasma. Su madre giró el rostro y me sostuvo la mirada unos segundos.

—¿Stefano? —preguntó con una ceja arqueada.

Asentí con una leve sonrisa. La mujer sonrió también y se levantó con calma, dejando la bufanda sobre la silla.

—Bueno, yo me marcho ya.

Andrea la miró, desconcertada.

—¿Por qué te vas?

—He cumplido con mi parte. Ahora os dejo solos.

Y sin añadir nada más, me dio un leve apretón en el brazo al pasar a mi lado y salió de la cafetería como si todo aquello estuviera ensayado. Tal vez lo estaba.

Me senté frente a Andrea. Ella seguía mirándome, intentando entender qué demonios estaba ocurriendo.

—¿Qué ha querido decir con eso? —preguntó al fin.

—Lorenzo —dije—. Él es mi abogado. En Venecia le pedí que se acercara a ti de manera discreta para decirme dónde podría encontrarte. Pero se ve que tu madre le echó el ojo… y viceversa. —Sonreí con ironía—. Le pedí que le dijera a tu madre que viniera contigo hoy aquí, a esta hora. Necesitaba hablar contigo.

—¿Me estás diciendo que… que Lorenzo y mi madre están juntos por tu culpa?

—No —negué de inmediato—. Lo suyo es real. Yo solo pedí que os encontrara. No contaba con que los dos sintieran algo. Eso pasó solo.

Andrea me miró con los labios apretados. Quería enfadarse, lo notaba, pero estaba demasiado sorprendida.

—¿Y qué quieres?

Inspiré despacio. Era ahora o nunca.

—Quiero hablar contigo. Ahora, que puedo hacerlo sin cadenas. Libre. Sin amenazas.

Ella no dijo nada, pero no apartó la mirada. Esperé un segundo más.

—Vi la entrevista —dijo al fin—. Me pareció elegante que no dejaras mal ni a tu mejor amiga ni a tu padre. Y que siguieras diciendo que Emma es tu hija… eso te honra.

Le tomé la mano sobre la mesa, temiendo que la apartara. Pero no lo hizo.

—Andrea, estoy aquí porque se acabó todo. Las amenazas de Fabiola, el miedo, las represalias… todo ha terminado.

Le conté la verdad. Lo de Fabiola con mi padre. Que seguían juntos. Que mi madre ya lo sabía, que había perdonado demasiadas infidelidades, pero que con esta había dicho basta. Que se divorciaban. Que ya no había mentiras. Ni cadenas.

Y que estaba allí por ella.

—Pero no quiero decírtelo aquí —añadí—. ¿Vienes conmigo?

Ella dudó. Me miró. Y luego, muy despacio, asintió. Salimos juntos de la cafetería. Y caminamos hacia la *suite*.

El camino de regreso al resort fue silencioso, pero no incómodo. Andrea caminaba a mi lado con el rostro serio, como si intentara ordenar todas las

piezas recién recibidas. A ratos sus dedos rozaban los míos, aunque ninguno de los dos se atrevía a entrelazarlos. El aire estaba impregnado de dulces navideños, pero yo apenas percibía nada. Mi mente solo podía centrarse en ella.

No había cambiado. O sí, pero no en lo esencial. Seguía teniendo esa mirada limpia que me desarmaba. Seguía irradiando esa mezcla de fuerza y sensibilidad que la hacía distinta a todas.

Cuando entramos al vestíbulo del resort, se detuvo un segundo, como si dudara.

—¿Es la misma habitación?

—Sí —respondí sin vacilar—. La misma.

Asintió sin mirarme y siguió caminando en silencio. Sentí su respiración a mi lado, pausada, profunda, como quien se prepara para algo inevitable. Y yo igual. Como si todo lo no dicho en aquel mes se estuviera acumulando detrás de nuestros labios.

Al entrar en la *suite*, se detuvo en medio del salón. No dijo nada. Recorrió el lugar con los ojos, como si cada rincón le devolviera un recuerdo. Yo cerré la puerta despacio y me quedé observándola, sintiendo una tensión creciente, no incómoda, sino intensa. Como si el aire mismo se hubiera cargado de algo imposible de manejar.

—No he dejado de pensar en ti —dije al fin—. Ni un solo día.

Ella giró la cabeza hacia mí, lentamente.

—Pero no era libre. Tenía demasiadas cadenas a mi alrededor. Por Emma, por Fabiola, por mi familia… Pero, sobre todo, porque tenía miedo de que tú sufrieras por mi culpa.

Andrea se acercó al ventanal, justo donde yo había estado horas antes, y miró hacia afuera. Su reflejo en el cristal se mezclaba con las luces de

Navidad del exterior, y por un instante me pareció una escena sacada de una película antigua.

—Y ahora, ¿lo eres? ¿Eres libre?

—Sí. —Me acerqué, colocándome detrás de ella, dejando apenas un poco de espacio—. No solo legalmente. También emocionalmente. Por primera vez en años.

Ella giró ligeramente el rostro. Nos separaban apenas unos centímetros.

—¿Qué quieres de mí, Stefano?

La miré a los ojos, sabiendo que no podía mentirle.

—Quiero que me dejes conocerte de verdad. Quiero descubrir qué puede salir de esto que empezó sin que ninguno lo buscara. Quiero pasar tiempo contigo. Mirarte sin miedo. Tocarte sin culpa.

Se quedó callada unos segundos.

—Yo pensaba que no volvería a saber de ti. Que no querrías volver a verme.

—Lo pensé muchas veces. Pero no pude. —Me acerqué un poco más—. Te juro que intenté olvidarte. Pero no funcionó.

Andrea volvió a mirarme. Tenía los ojos brillantes, aunque no sabría decir si de emoción o de dudas.

—¿Y Emma? —preguntó en voz baja—. ¿Ella lo sabe?

Asentí.

—Sabe lo suficiente. Sabe que ya no estoy con Fabiola. Que papá tiene una amiga a la que quiere ver de nuevo. Que es una persona buena. Que me hace sonreír.

Andrea bajó la mirada.

—No me esperaba esto.

—Yo tampoco me esperaba enamorarme de ti. Pero pasó.

La confesión salió más fácil de lo que pensaba. No fue una declaración dramática ni ensayada, solo una verdad. Cruda. Limpia.

Andrea cerró los ojos unos segundos. Luego los abrió y me sostuvo la mirada de frente.

—No sé si estoy preparada.

—No te estoy pidiendo nada más que una oportunidad. Un sí pequeño. Un «vamos a ver» —dije, con la esperanza de que la mujer a la que no podía arrancar de mi cabeza después de una única noche me dijera que sí.

Capítulo 44



Stefano

Permanecimos así un instante. En silencio, mirándonos, con los corazones en vilo.

Y entonces, ella se acercó. Fue un movimiento sutil, pero definitivo. Apoyó su frente en la mía y exhaló despacio.

—He tenido miedo, Stefano. De ti. De todo esto. De lo que sentí aquella noche. Fue demasiado.

—Lo sé —susurré—. Para mí también lo fue.

Pasé mis brazos alrededor de su cintura con cuidado, y ella no se apartó. Al contrario, apoyó las manos en mi pecho, como si necesitara tocarme para confirmar que era real.

—Dime que no es un juego —pidió, apenas audible.

—No lo es. Nunca lo fue.

La besé. Despacio. Sin urgencia. Un beso largo, contenido, pero lleno de significado. Ella respondió, y en ese instante supe que algo había cambiado. Algo se había desbloqueado entre nosotros.

El deseo estaba ahí, como siempre, desde el principio. Pero ahora se mezclaba con algo más: la necesidad de tocarnos no solo con la piel, sino con el alma. De conectar de verdad.

Sin máscaras. Sin mentiras. Sin miedo.

Nos quedamos así unos segundos, besándonos con suavidad, como si estuviéramos comprobando que el otro seguía allí, que no era una ilusión más de las que trae el invierno. El silencio en la habitación no era incómodo. Era denso, envolvente, como una manta que te cubre justo cuando más la necesitas.

Me separé apenas unos centímetros, lo justo para mirarla a los ojos sin perder el contacto.

—Si no quieres seguir, dímelo. Lo entenderé. —Mi voz salió más grave de lo habitual, quebrada por la sinceridad—. Pero si te quedas…

—No me he movido —respondió ella en un susurro—. Y tampoco he dicho que me vaya.

Sonreí. No lo pude evitar. Una sonrisa distinta, de esas que no se dan todos los días.

Andrea se apartó con delicadeza y volvió a recorrer la *suite* con la mirada, como si ahora la viera con otros ojos. Caminó hacia el dormitorio, no con seguridad, sino con una mezcla de curiosidad y prudencia, como si cada paso pesara. La seguí en silencio, dándole espacio, pero sin alejarme demasiado. Ella lo notaba. Lo sentía. Como yo la sentía a ella.

Se detuvo frente a la cama. La misma de aquella noche. Apoyó los dedos en la barandilla de madera del pie, sin sentarse aún.

—No sé qué pasará después de esto —dijo de pronto—. No sé si nos va a salir bien, si vamos a poder con todo lo que viene detrás… Pero si ahora mismo no hiciera lo que deseo, me estaría mintiendo a mí misma. Y ya lo he hecho demasiadas veces.

Su voz era clara, firme. No había duda en sus palabras. Me acerqué a ella con calma. Ya no hacía falta hablar. Le acaricié el rostro con la yema de los dedos, y ella cerró los ojos, dejándose llevar por el contacto. Luego bajé la mano hasta su cuello, sintiendo el calor de su piel bajo el abrigo. Le ayudé a quitárselo con lentitud, con una delicadeza casi ritual. Andrea me imitó, y nuestras manos se encontraron varias veces en el proceso.

No nos besamos de inmediato. Fue más bien una forma de desnudarnos primero por dentro que por fuera. Cada mirada, cada roce, era un modo de decir «te veo, estoy aquí, no huyo».

Finalmente, ella se sentó en el borde de la cama y me miró, como esperando una señal. Pero no hacía falta ninguna. Ya la habíamos dado los dos.

Me senté a su lado, cogí su mano, entrelacé nuestros dedos y me incliné hacia ella.

—No tienes idea de cuánto te he echado de menos.

—Sí —dijo—. Porque me ha pasado lo mismo.

Nos quedamos así unos segundos más, en una calma tensa, antes de que el mundo comenzara a desdibujarse alrededor y solo quedáramos nosotros.

El deseo, contenido durante tanto tiempo, empezó a abrirse paso con una naturalidad inesperada. Sin torpeza. Sin prisas. Todo fluía.

Me incliné y la besé, esta vez con más profundidad. Ella respondió de inmediato, como si lleváramos un mes entero esperando exactamente ese momento. Mi mano se deslizó por su espalda, lenta, firme, sintiendo cómo su cuerpo se adaptaba al mío, como si lo conociera desde siempre.

Andrea llevó sus dedos a mi camisa y comenzó a desabotonarla, uno a uno, sin apartar la mirada. Yo la observaba, fascinado por la seguridad de sus gestos, por cómo cada movimiento suyo llevaba impreso el deseo contenido, la entrega total. Cuando su mano tocó mi piel, cerré los ojos, dejándome invadir por esa calidez que tanto había extrañado.

La tumbé suavemente sobre las sábanas, inclinándome sobre ella. Sus labios buscaron los míos con más urgencia. Mis dedos exploraban su cuerpo con respeto y hambre al mismo tiempo, como si cada centímetro de su piel fuera sagrado y, a la vez, imposible de resistir.

La ropa desapareció entre suspiros, caricias y palabras susurradas que no necesitaban traducción. Andrea tenía la piel suave, cálida, con un aroma dulce que me recordaba a aquella noche… y a algo completamente nuevo.

Cuando la miré desnuda bajo mi cuerpo, no desvió la mirada. Me sostuvo los ojos, segura, entregada, como si me dijera sin palabras, que no tenía miedo, que quería estar ahí conmigo.

—Eres preciosa —le dije, con la voz ronca por el deseo.

Ella sonrió y me acarició la mejilla.

—Haz que valga la pena haber esperado.

Y lo hice.

Nuestros cuerpos se encontraron con la naturalidad de lo inevitable. No fue una explosión torpe de urgencia, sino una danza lenta, profunda, donde cada movimiento tenía sentido. Andrea me recibía con los ojos cerrados, los labios entreabiertos, la espalda arqueada en busca de más contacto, más piel, más de mí. Y yo se lo daba todo.

La habitación se llenó de jadeos, respiraciones entrecortadas y palabras entre suspiros que solo tenían sentido en ese universo de dos.

Sus uñas se clavaban en mi espalda mientras mis labios se perdían por su cuello, su clavícula, la curva de sus senos. Ella me llamaba por mi nombre, entre gemidos, con esa mezcla perfecta de placer y ternura que me volvía loco.

No supe cuánto tiempo pasó. Solo que cuando nuestros cuerpos temblaron al unísono, cuando llegamos juntos al clímax, algo en mí se rompió y se reconstruyó al mismo tiempo.

Caí sobre ella con suavidad, el pecho agitado, la frente apoyada en la suya, y sentí sus brazos rodeándome, sosteniéndome ahí. Como si quisiera asegurarse de que no me iría. Como si yo tampoco quisiera moverme jamás.

Pasaron unos minutos antes de que alguno hablara.

—¿Y ahora qué? —preguntó Andrea, en voz baja, aún abrazándome.

Me incorporé un poco, sin apartarme del todo, y la miré.

—Ahora… ahora nos damos una oportunidad. Si tú quieres.

Andrea asintió, y por primera vez en mucho tiempo, vi en sus ojos algo parecido a la paz.

Me giré y la atraje hacia mí para que se acomodara sobre mi pecho. Ella apoyó la mejilla en mi piel y se quedó en silencio, dibujando con los dedos pequeños círculos en mi abdomen.

—¿Cuándo vuelves a Venecia? —preguntó al fin, y sonreí.

—Todavía no. He venido para quedarme unos días. Y no he venido solo.

Andrea levantó la cabeza, sorprendida.

—¿Cómo que no has venido solo?

—Emma está conmigo. Y también Paola. Y mi madre. Las dos quieren conocerte.

Ella me miró, sin palabras, por unos segundos.

—¿Estás diciendo que están aquí? ¿En este resort?

—En otra planta. Paola insistió en tener su propia *suite*. Mi madre también. Emma se quedó con unos libros, pero está deseando verte otra vez. Paola y mi madre están deseando conocerte.

Andrea me observó en silencio, intentando procesar todo lo que eso significaba. Luego sonrió. Y su sonrisa fue lo más bonito que había visto en semanas.

—Estás loco.

—Tal vez. —Le besé la frente—. Pero no quiero perder más tiempo.

Andrea no respondió. Solo volvió a besarme, con una intensidad renovada, y entonces lo supe: el día no había terminado. Ni mucho menos.

Nuestros cuerpos volvieron a buscarse con más ganas, con más confianza, con más hambre. Y esta vez, el amor se mezcló con el deseo, como un incendio imparable.

Y así, con las luces navideñas brillando a través del ventanal y su cuerpo fundido con el mío, supe que aquello no era el final.

Era el comienzo.

Capítulo 45



Stefano

La noche había caído temprano, como solía hacerlo en diciembre, y desde la terraza del resort se extendía un espectáculo de reflejos dorados, plateados y anaranjados que danzaban sobre la superficie del mar. Eran las luces navideñas del paseo marítimo, ya encendidas, que parecían multiplicarse en el agua como si miles de estrellas hubieran decidido descender a la tierra para celebrar la víspera. Dentro de la *suite*, todo estaba en calma. Una calma especial, de esas que no son silencios vacíos, sino pausas densas que anuncian que algo importante está a punto de suceder. La calma que precede a una velada que, incluso antes de empezar, sabes que se grabará para siempre en la memoria.

Me acerqué al ventanal con una copa de vino en la mano, y dejé que mi mirada se perdiera en el horizonte que se confundía entre la negrura del cielo y el mar. Había sido un día intenso, lleno de acontecimientos, pero sobre todo un día cargado de emociones bonitas, necesarias, de esas que cicatrizan heridas. Pensé en la tarde anterior, en el momento en que Andrea por fin conoció a mi madre y a Paola. A Emma ya la tenía ganada desde el primer instante en que se vieron tiempo atrás en Venecia, pero ver cómo las tres mujeres más importantes de mi vida la aceptaban sin reservas, sin prejuicios, con esa naturalidad que solo tienen los vínculos verdaderos, fue algo que me desarmó por completo y me dejó sin palabras.

Mi madre, con su elegancia sobria, casi aristocrática, había quedado fascinada con Andrea. Hablaron de arte, de libros, de viajes, de ciudades, como si el mundo se abriera entre ellas con un mapa compartido. Paola, que siempre había sido más pragmática, directa hasta rozar la brusquedad, le soltó al cabo de diez minutos: «Vale, me gustas. Eres lista y no te haces la interesante. Aprobada». Andrea se rio tanto con aquella sentencia inesperada que terminaron compartiendo una copa de prosecco y confidencias, riendo como si llevaran años de amistad acumulada.

Pero fue Emma quien más brilló ese día.

Nada más cruzar Andrea, la puerta de la *suite* donde estaban mi madre y Paola, la niña corrió hacia ella y le agarró la mano con la espontaneidad de quien no necesita pensarlo. Le enseñó sus dibujos, sus muñecas nuevas, le contó con todo detalle que se había portado muy bien y que por eso Santa Claus le iba a traer muchísimos regalos. Y entonces, muy seria, con esa sinceridad brutal que la caracterizaba, soltó algo que ninguno esperábamos escuchar.

—Tú eres la novia de mi papi, ¿no?

Andrea la miró sorprendida, se agachó a su altura, y respondió con una sonrisa tímida que escondía ternura y nervios.

—Bueno… digamos que estoy conociendo a tu papi.

—Ah, vale —dijo Emma, satisfecha con la explicación—. Pero me gustas más que la otra. Tú eres más divertida. Y más cariñosa. —Y añadió, bajando la voz como si fuera un secreto de Estado—. Y hueles mejor.

Andrea y yo estallamos en carcajadas. Esa niña tenía la capacidad de desarmar a cualquiera. Su sinceridad era tan pura que nadie podía enfadarse con ella.

En aquel momento, mientras me ajustaba el cuello de la camisa blanca frente al espejo y colocaba bien la chaqueta de traje azul marino, no podía evitar pensar en lo rápido que todo se había alineado. Lo natural que se sentía

cada paso, a pesar del caos y del miedo que habíamos vivido apenas unas semanas atrás.

Andrea apareció entonces por la puerta del dormitorio. Y fue como si el aire cambiara. Llevaba un vestido rojo oscuro, elegante, con un brillo discreto que la hacía parecer una ilustración viviente de aquellas postales navideñas antiguas que siempre se quedaban grabadas en la memoria. Su cabello caía en ondas suaves sobre los hombros, y sus labios pintados en tono cereza me obligaron a tragar saliva.

—¿Estoy bien así o es demasiado? —preguntó, girando sobre sí misma con una mezcla de timidez y coquetería.

—Estás… perfecta —respondí, y lo decía de verdad, sin exageración ni adorno.

Me acerqué y le di un beso en la mejilla, cuidando de no estropearle el maquillaje. En ese instante, Emma salió corriendo de su habitación como un torbellino blanco. Llevaba un vestido con pequeños copos de nieve plateados bordados, unos zapatos brillantes que hacían «clic, clic» en el suelo, y una sonrisa tan grande que parecía iluminar la estancia.

—¡Vamos, que nos esperan abajo! —gritó emocionada—. ¡Hoy cenamos todos juntos!

Y sí. Sabía que aquella cena sería especial.

Bajamos juntos al comedor privado del restaurante del resort, un espacio reservado solo para la familia esa noche. El lugar estaba decorado con guirnaldas verdes entrelazadas con luces cálidas, velas encendidas en candelabros de cristal y un gran árbol de Navidad cubierto de bolas doradas, lazos de terciopelo rojo y estrellas plateadas que parecían brillar por sí mismas. La atmósfera era íntima, acogedora, casi mágica. Se respiraba un aire de celebración y complicidad, como si incluso las paredes quisieran guardar silencio para no estropear la armonía.

Allí nos esperaban ya todos. Mi madre y Paola estaban sentadas, charlando entre ellas con sus copas en la mano. En la mesa también estaban el padre de

Andrea, acompañado de su pareja, Lola, y la madre de Andrea con Lorenzo. Fue Emma, con su energía inagotable, quien se encargó de saludar uno a uno a todos los presentes, dándoles un beso con la naturalidad de una anfitriona experimentada.

—Hoy tengo cuatro abuelos más —anunció con orgullo, como si hubiera descubierto un secreto maravilloso.

Lola, divertida, se inclinó hacia ella y le contestó con cariño inmediato:

—Pues claro, mi amor. Yo soy la abuela Lola, ¿vale?

La madre de Andrea, con una sonrisa luminosa, añadió enseguida:

—Y yo la abuela Sonia. Llámame así siempre que quieras.

Emma asintió feliz, sin un ápice de duda, y de inmediato giró la cabeza hacia Lorenzo y Alfonso, el padre de Andrea, que la observaban atentos.

—¿Y vosotros sois mis abuelos también? —preguntó, arqueando una ceja con la misma expresión inquisitiva que solía usar su madre.

—Por supuesto que sí —dijo Lorenzo, con una sonrisa amplia.

—Siempre que no me hagas correr detrás de ti todo el tiempo —añadió Alfonso, fingiendo un cansancio teatral que provocó una nueva ronda de carcajadas.

La cena comenzó entonces entre risas, brindis y anécdotas. Emma, en su papel de centro de atención, no paraba de saltar de un lado a otro, de bailar cuando sonaba música de fondo y de lanzar frases memorables como: «¡Hoy no hay normas, es Navidad!». Sus ojos brillaban con la misma intensidad que las luces del árbol, y cada gesto suyo parecía contagiar alegría.

Andrea, sentada a mi lado, no dejaba de sonreír. Yo la miraba de reojo y pensaba que nunca la había visto tan relajada, tan cómoda en un entorno nuevo y tan abiertamente feliz.

—Mi padre me dijo hoy que parece que mi madre ha cambiado desde que está con «ese italiano» —me susurró de repente, inclinándose hacia mí para que solo yo la oyera.

No pude contener una carcajada.

—¿A mí también me llama así? ¿«Ese italiano»?

—Solo cuando cree que no lo escucho —respondió Andrea con complicidad—. Pero te aseguro que te tiene aprecio. Se le nota en la mirada, aunque intente disimularlo.

Observé alrededor y confirmé lo que ella decía. Sonia y Lola compartían una copa de vino, charlando como viejas amigas que recuperan el tiempo perdido. El padre de Andrea bromeaba con Lorenzo con tanta naturalidad que parecía que se conocieran de toda la vida. Y pensé en lo mucho que me había advertido Andrea sobre la relación de sus padres, sobre lo imposible que era tenerlos juntos en un mismo espacio sin que saltaran chispas.

—¿Exageraste cuando me dijiste que tus padres no se soportaban? ¿O era que querías meterme miedo? —le pregunté en broma, inclinándome hacia ella.

Andrea abrió los ojos, ofendida en apariencia, aunque con una sonrisa inevitable en los labios.

—Te juro que no. No exageré nada. Yo misma estoy sorprendida… algo ha pasado, quizá la Navidad los ha ablandado. O quizá simplemente han madurado con los años.

—O quizá tú eres el punto de unión —añadí, mirándola con ternura.

Ella se quedó callada un momento, sosteniéndome la mirada, con esa expresión que no necesitaba palabras. Y justo entonces, Emma, que jugaba con su muñeca al final de la mesa, levantó la cabeza y lanzó la pregunta que heló el aire durante un instante.

—¿Entonces tengo que llamar «mamá» a Andrea? Es que Fabiola me dijo una vez que, cuando se casara con mi papi, tendría que llamarla así.

El silencio cayó de golpe. Todas las miradas se dirigieron a la niña. Andrea, con una dulzura que me rompió por dentro, respondió con voz suave, acariciándole el cabello.

—No, cielo. Tú ya tienes una mamá que te quiere muchísimo, y es a ella a quien tienes que llamarla así. Yo estaré aquí siempre que quieras, acompañándote, pero no necesitas llamarme, mamá.

Emma asintió con seriedad, como si aquella respuesta hubiera resuelto un enigma, y enseguida volvió a su juego como si nada hubiera pasado.

Fue entonces cuando Sonia, incapaz de mantenerse en silencio, se levantó de golpe con gesto teatral.

—¡He oído ruidos! —exclamó con los ojos abiertos de par en par—. Seguro que Papá Noel ya ha dejado regalos cerca del árbol.

—Yo también escuché algo… ¿Serían los renos? —añadió mi madre, guiñándome un ojo con complicidad.

Emma soltó un chillido que casi hizo vibrar las copas de la mesa.

—¡Los regalos! ¡Vamos, vamos, vamos!

Todos nos levantamos entre risas. La montaña de paquetes envueltos en papeles de colores, con lazos brillantes y etiquetas escritas a mano, era desproporcionada, casi absurda. Pero nadie protestó. Emma, por supuesto, era la más afortunada: los suyos ocupaban medio salón.

La montaña de paquetes parecía infinita: cajas grandes, bolsas de papel grueso con lazos rojos, paquetes pequeños con papeles brillantes en tonos verdes y dorados, algunos tan blandos que delataban ropa en su interior y otros tan rígidos que escondían juguetes prometedores. La niña los miraba como si contemplara un tesoro incalculable que había estado esperando todo el año.

—¡Empiezo yo! ¡Por faaaaavor! —suplicó, con las manos juntas, como si estuviera rezando.

Paola, que tenía una copa de champán en la mano y esa sonrisa socarrona que siempre la acompañaba, levantó una ceja con fingida severidad.

—Está bien, pequeña emperadora. Pero uno a uno, ¿eh? Y nada de arrancar el papel como si fueras una fiera salvaje.

Emma puso cara de traviesa, levantando un dedo como quien hace una promesa poco fiable.

—¡No prometo nada, mamá! —gritó, y acto seguido se abalanzó sobre el primer paquete.

Todos nos acomodamos alrededor, en sofás, sillas y sillones, formando un círculo casi perfecto. Era como estar dentro de una escena sacada de una película navideña: luces cálidas, risas, copas tintineando, el árbol iluminado y, en el centro, una niña contagiando a todos con su felicidad. Andrea se acurrucó a mi lado en uno de los sillones, entrelazó su mano con la mía y apoyó la cabeza en mi hombro. Verla allí, integrada, tan natural en medio de mi familia y de la suya, me desbordaba por dentro de una manera que no sabía explicar.

Emma abrió el primer regalo con tanta rapidez que los trozos de papel volaron por el aire como confeti. Dentro había una caja enorme de lápices de colores, junto con cuadernos de hojas gruesas y papel de acuarela. La niña chilló de alegría. Después vinieron más: un juego de construcción con piezas enormes que parecían ladrillos, una muñeca que hablaba en varios idiomas, un vestido de princesa con corona a juego y, finalmente, un conjunto de ropa de invierno que le había regalado Paola.

Emma lo sostuvo en alto y exclamó con teatralidad:

—¿Me puedo poner esto ahora mismo? ¡Voy a parecer una esquiadora rica!

Las carcajadas fueron tan intensas que mi madre estuvo a punto de atragantarse con el vino.

Mientras tanto, los adultos también iban intercambiando regalos. Lola y Sonia se pasaban bufandas, cremas y libros, riéndose como si fueran adolescentes compartiendo secretos. Lorenzo abrió una caja de puros que Paola le había traído desde Italia, y el padre de Andrea le entregó a mi madre una novela firmada por su autor favorito, detalle que la conmovió visiblemente. Todo era armonía. Risas. Familias de orígenes distintos que, contra todo pronóstico, encajaban como piezas de un puzle improbable pero perfecto.

Andrea se inclinó hacia mí y me susurró, con una mirada cómplice:

—Te has superado con esta Navidad. Has montado una película de sobremesa.

—Solo falta la nieve —bromeé.

—Y una sorpresa final —dijo ella, arqueando una ceja con picardía—. Lo huelo.

La miré con una sonrisa ladeada. Qué poco se imaginaba lo que estaba por venir.

Esperé pacientemente a que Emma terminara de abrir el último paquete, una caja de herramientas de juguete que la hizo gritar:

—¡Ahora puedo arreglar la lámpara del baño!

Las carcajadas resonaron de nuevo, y cuando todo parecía haberse calmado, me levanté despacio. Metí la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y saqué una pequeña caja rectangular, envuelta en papel negro con un lazo rojo. El murmullo en la sala se fue apagando poco a poco. Andrea, desde el sillón, ladeó la cabeza con curiosidad.

—¿Eso es…?

—Para ti —respondí, con voz firme, pero con un nudo en la garganta.

Me acerqué hasta ella y, sin decir nada más, me arrodillé frente donde estaba sentada. El silencio se volvió absoluto. Todos dejaron lo que tenían entre las manos. Emma se levantó sin hacer ruido y se colocó al lado de Paola, observando con los ojos muy abiertos, como si intuyera que algo grande iba a ocurrir.

Andrea me miraba confundida, con una sonrisa nerviosa.

—¿Qué haces?

Abrí la caja con suavidad y mostré un llavero de cuero marrón del que colgaban unas llaves plateadas que brillaban bajo la luz del árbol.

—No es lo que parece —dije divertido, anticipándome a su reacción—. Todavía no.

Andrea se llevó la mano al pecho y soltó una carcajada nerviosa.

—Casi me matas, Stefano. Pensaba que…

—Lo sé —interrumpí con ternura—. Y llegará, si tú quieres, claro. Pero esto —dije señalando las llaves— es una invitación. Quiero que te mudes conmigo. Me gustaría que vinieras a vivir conmigo a Venecia.

Andrea abrió los ojos de par en par, sorprendida, y luego los cerró, riendo entre dientes. Alrededor, las reacciones eran un reflejo de la emoción: Lorenzo aplaudía en silencio, y Sonia posaba una mano sobre el brazo de Lola, que sonreía enternecida. Mi madre contenía las lágrimas y Paola, que rara vez mostraba emociones, apretaba los labios como si no quisiera romper el momento.

—¿En serio? —dijo Andrea—. ¿Quieres que me mude contigo?

—Sí —contesté sin titubear—. Y no solo porque sea lo que deseo desde que volví a encontrarte. Sino, porque sé que allí, contigo, mi casa dejará de ser solo paredes y muebles, y se convertirá por fin en un hogar.

Andrea me miró unos segundos, como si quisiera asegurarse de que no era un sueño. Y entonces, su madre, incapaz de quedarse callada ni siquiera en un momento solemne, exclamó con teatralidad:

—¡Vete, hija! ¡Que lo estás deseando! ¡Y así nos haces viajar a Venecia más a menudo!

Las risas estallaron en la sala como un brindis colectivo. Andrea negó con la cabeza, divertida, y con los ojos brillantes respondió al fin:

—Está bien. Me iré a vivir contigo.

El aplauso general fue inmediato, y Andrea se echó a reír, llevándose las manos a la cara. Pero yo sabía que aún quedaba algo más. El verdadero momento que había estado esperando.

Me puse en pie lentamente, con la pequeña caja aún en el bolsillo del pantalón. Sentí que el corazón me golpeaba con fuerza, como si cada latido quisiera salir de mi pecho. Cogí la mano de Andrea, respiré hondo, y volví a arrodillarme ante ella.

El silencio se volvió más intenso que nunca. Andrea me miró como si no entendiera nada, hasta que bajó la vista y vio cómo sacaba de mi bolsillo una caja cuadrada más pequeña. La abrí, y el brillo del diamante iluminó la sala entera.

Andrea llevó la mano a la boca, temblorosa.

—Por Dios, Stefano… —susurró con la voz quebrada.

—Sé que te pedí tiempo —dije, con la voz temblando—. Que te dije que quería conocerte. Y lo sigo creyendo. Pero también siento que ya te conozco desde aquella noche, desde esa primera conversación aquí en el resort, desde que vi la forma en que miras a Emma, desde que descubrí cómo encajas incluso con mis partes rotas.

Respiré hondo, tragando saliva.

—Andrea, quiero casarme contigo. No porque sea lo lógico, sino porque no puedo imaginarme el resto de mi vida sin ti.

Los ojos de Andrea se llenaron de lágrimas. Y antes incluso de escuchar la respuesta, supe que era un sí.

—Sí —dijo con un suspiro entrecortado—. Demuéstrame que el amor existe.

Las lágrimas ya no eran solo suyas. Sonia lloraba abiertamente, Lola se secaba los ojos sin pudor, Paola intentaba disimular, y mi madre, en silencio, sonreía con esa expresión que solo tienen las madres cuando saben que su hijo, por fin, ha encontrado lo verdadero.

Entonces, como si no pudiera contenerse ni en los momentos más solemnes, Emma gritó con todas sus fuerzas:

—¡Mi papi se casa!

Las risas explotaron junto con aplausos y gritos de «¡bravo!», que llenaron el comedor. La niña corrió al centro del salón, levantó los brazos y anunció con entusiasmo desbordado:

—¡Quiero diseñar el vestido de novia!

Andrea la tomó en brazos, riendo entre lágrimas.

—Claro que sí, mi amor. Algún día serás la mejor diseñadora de vestidos de novia y de fiesta del mundo.

Yo rodeé la cintura de Andrea con el brazo y la atraje hacia mí. Ella apoyó la cabeza en mi hombro mientras Emma seguía hablando sin parar de telas, encajes y lentejuelas. Me incliné y le susurré al oído:

—Gracias por aceptarme con todo lo que hay en mi vida.

Andrea no respondió con palabras. Simplemente, apretó mi mano con fuerza, como quien da una promesa silenciosa.

Y en ese instante, con ella a mi lado, con Emma desbordando alegría, con nuestras familias unidas en una noche mágica, supe con una certeza absoluta que no me faltaba nada.

Nada en absoluto.

Capítulo 46



Stefano

Había algo en aquella noche que lo hacía todo, parecer más mágico, más intenso de lo habitual, como si incluso el aire tuviera memoria y supiera que estábamos despidiendo algo grande para dar la bienvenida a algo aún mejor, más limpio, más nuestro.

Era la primera vez que iba a pasar la noche de fin de año lejos de mi hija, de Paola y de mi madre, ya que ellas habían regresado el día anterior a Venecia. Recuerdo con claridad el momento de la despedida: los abrazos largos, las promesas de llamadas a medianoche y la emoción contenida de Emma, que se fue feliz porque sabía que nos veríamos en unos días. Tanto Paola como mi madre me habían repetido lo mismo antes de marcharse: que me quedara, que disfrutara de ese instante con mi futura esposa, que no dejara pasar la oportunidad de empezar un año al lado de la mujer a la que amaba. Y eso, exactamente, era lo que iba a hacer.

Las luces tenues de la *suite* del resort parpadeaban suavemente, reflejándose en los destellos dorados y plateados de la decoración navideña que Andrea y Tessa habían colocado con entusiasmo contagioso desde primera hora de la tarde. Había globos en las esquinas, serpentinas cayendo como cascadas de colores desde las lámparas, velas aromáticas perfumando el aire con notas dulces, y una enorme bandeja de uvas perfectamente dispuestas sobre la mesa, junto a una cena preparada al detalle que

combinaba platos típicos españoles con otros italianos, como un puente simbólico entre nuestras dos vidas.

Andrea estaba preciosa. No encuentro otra palabra. Llevaba un vestido negro, sencillo, pero elegante, de esos que no necesitan adornos, porque la mujer que lo lleva ya lo dice todo. La espalda descubierta me dejaba sin respiración, y sus labios rojos, perfectos, me tenían completamente hipnotizado. No habían pasado ni diez minutos desde que nos sentamos a cenar y ya le había cogido la mano tres veces bajo la mesa, como si necesitara asegurarme una y otra vez de que realmente estaba allí, conmigo, en ese instante. Y cada vez que lo hacía, ella me regalaba una sonrisa suave, cómplice, que me desarmaba por completo.

—Stefano, si la miras un poco más así, te va a salir humo por las orejas —dijo Tessa, rompiendo la magia y arrancándonos a todos una carcajada.

—Déjale, mujer —intervino Alex, sirviéndose más vino y encogiéndose de hombros—. Que el pobre lleva embobado desde que entró por la puerta.

Andrea, divertida, me miró de reojo, arqueando una ceja.

—¿Tanto se nota?

—Más que el confeti de Tessa, y eso que ha puesto como tres kilos por toda la *suite* —respondí, llevándome su mano a los labios y besándola con suavidad.

—¡Era necesario! —Se defendió Tessa, alzando una copa de champán como si fuera un trofeo—. Si no hay confeti, no hay fin de año. Es ley universal.

La cena transcurría con esa ligereza que solo aparece cuando todo está bien, pero bien de verdad. Tessa y Alex me habían caído fenomenal desde el principio, y me alegraba que Andrea los tuviera en su vida. Charlaban, discutían entre risas sobre qué serie verían al día siguiente con la resaca, y Andrea no paraba de reírse cada vez que Alex imitaba al camarero que nos había atendido por la tarde. Yo, mientras tanto, me limitaba a observar, a

grabar en mi memoria cada gesto, cada mirada, cada carcajada. Quería guardarlo todo, como si pudiera conservarlo intacto para siempre.

No podía dejar de tocarla. A veces le acariciaba la mano, otras rozaba apenas su brazo o le apoyaba la palma en la espalda. En ocasiones, simplemente descansaba mi mano sobre su rodilla mientras conversábamos, y ella entonces se inclinaba hacia mí para susurrarme alguna tontería al oído que me hacía sonreír como un adolescente. Dios… esa mujer era todo lo que no sabía que necesitaba. Y verla allí, con ese anillo brillando en su dedo anular izquierdo, me parecía casi irreal, como si fuera un sueño que de pronto se hubiera materializado.

—¿Tú te lo imaginabas hace unos meses? —dijo Tessa de repente, mirando a Andrea—. ¿Aquí, así, con ese anillo en la mano?

Andrea levantó la mano con cierta timidez, como si aún le costara creérselo, y sonrió al mirar la joya.

—Ni en mis mejores sueños, la verdad.

—Pues ya ves. Ahora resulta que tenemos una boda que organizar —añadió Tessa con un guiño—. ¿Y mi anillo *pa' cuándo*, Alex? —Canturreó después, imitando la canción de Jennifer López, moviendo las cejas de forma provocadora.

Andrea y yo nos echamos a reír, y Alex, con toda la paciencia del mundo, alzó su copa y dijo:

—Cuando aprendas a cocinar sin quemar el arroz. No pienso casarme con una criminal de la paella.

—¡Eso ha dolido! —gritó Tessa, fingiendo indignación.

—Solo digo la verdad —insistió Alex, divertido—. Pregunta a Stefano, que lo ha probado hoy.

—Prefiero no pronunciarme —respondí riéndome.

Andrea me dio un codazo suave.

—Cobarde.

—Realista. Solo quiero sobrevivir a la última noche del año.

Las risas llenaron la *suite* como si no existiera más mundo fuera de esas paredes. Y quizás era cierto. Al menos en ese momento, éramos solo nosotros. Felices. Completos.

A falta de cinco minutos para la medianoche, encendimos la televisión para ver las campanadas. Emma estaba pasando aquella noche con mi madre y Paola. Me mandaron varias fotos por mensaje: una con un gorrito de reno, otra dormida con su muñeca favorita abrazada al pecho. Esa niña era una bendición. Y saber que Andrea formaba ya parte de su mundo me hacía sentir como si el universo se hubiese reorganizado por completo.

—Venga, venga —dijo Andrea, repartiendo las uvas en cuencos pequeños —. ¡A ver si no nos atragantamos este año!

—Yo lo logré el año pasado, ¿eh? —dijo Alex, muy orgulloso.

—A duras penas. —Apuntó Tessa—. Conociéndote, seguro que te atragantaste con la quinta y la escupiste en la copa de vino.

—Por Dios, ¿aún recuerdas aquel año? —resopló él.

—Venga, silencio —pedí—. ¡Que va a empezar!

La cuenta atrás comenzó. Doce campanadas. Doce deseos.

Nos miramos entre bocado y bocado, y Andrea me dedicó una sonrisa traviesa cuando se atragantó con la cuarta uva. Yo estaba igual. Cada uva era un deseo, sí, pero también una imagen de Andrea riendo.

Llegó la última campanada y, antes de que nadie pudiera decir nada, la atraje hacia mí y la besé con todo el alma. Un beso largo, profundo, cargado de todo lo que no sabía expresar con palabras.

—Feliz año nuevo —le susurré, rozando su boca.

—Feliz comienzo de vida nueva —me respondió.

Y los dos nos echamos a reír, pegados, abrazados, como si no existiera mejor lugar en el mundo.

La televisión seguía sonando de fondo con música festiva y fuegos artificiales, pero nadie le prestaba atención ya. Nos habíamos quedado en una especie de burbuja, abrazados, con las copas en la mano y una sonrisa tonta dibujada en los labios. Andrea apoyó la cabeza en mi hombro mientras Tessa daba saltitos con un gorro de cotillón absurdo y Alex abría otra botella de champán.

—¡Año nuevo, burbujas nuevas! —gritó Tessa, y al descorcharla, el tapón salió disparado, rebotó en la lámpara y cayó en la ensalada.

—¡Perfecto! —Rio Alex—. Ahora tenemos ensalada al champán.

—Siempre innovando —dijo Andrea entre risas.

Yo no podía dejar de mirarla. Tenía el cabello algo revuelto, las mejillas sonrosadas por el vino y la risa fácil de quien se sentía en casa. Aún tenía el sabor de su beso en mis labios y el calor de su cuerpo en mi memoria reciente. Me incliné hacia ella y le besé la sien con calma, con esa lentitud que uno se permite cuando ya no hay prisa por nada.

—¿Sabes qué? —le dije bajito, solo para ella—. Creo que ya no tengo que pedir deseos. Están todos aquí.

Andrea giró el rostro y me miró con ternura. Su dedo acarició el borde de mi camisa y luego bajó la vista hacia su mano, donde el anillo de compromiso brillaba bajo las luces cálidas de la *suite*.

—Me cuesta creerlo aún —susurró—. A veces pienso que en cualquier momento voy a despertarme en mi cama, con todo esto siendo un sueño ridículo.

—Entonces será un sueño compartido —respondí, rozando su nariz con la mía—. Porque yo tampoco termino de creérmelo. No después de todo lo que ha pasado.

Ella asintió con una pequeña sonrisa, como si en sus recuerdos aún quedaran resquicios del miedo y el caos que vivimos no hacía tanto. Pero ahora, rodeados de amigos, en paz, abrazados, lo único que importaba era esto.

Tessa se sentó a los pies del sofá, con las piernas cruzadas, y levantó su copa.

—Propongo otro brindis.

—¿Otro? —bromeó Alex—. ¿Por qué brindamos ahora? ¿Por no habernos atragantado?

—Por el amor —dijo ella, con gesto solemne y luego una sonrisa pícara—. Por las sorpresas que da la vida. Por las vueltas que da el mundo. Porque si hace tres meses me dicen que íbamos a estar aquí, con estos dos tortolitos organizando boda y nosotros planificando nuestras vacaciones conjuntas, me parto la caja de risa.

Andrea se rio mientras chocaba su copa con la de Tessa.

—¿Y tú no eras la que decía que yo necesitaba algo de caos? —Le recordó.

—Y lo has tenido, nena. Pero del bueno. Del que te revuelve por dentro para luego ponerlo todo en su sitio.

Yo levanté mi copa, la choqué con las suyas y añadí:

—Por eso mismo. Porque a veces, el caos es el principio de la calma.

—¡Brindo por eso! —dijo Alex, levantándose como si fuera a dar un discurso en el Parlamento—. Y por las cenas sin ex raros.

Las carcajadas volvieron a llenar el aire.

La noche siguió con confesiones ridículas y esa ligereza que solo se conseguía cuando estabas rodeado de las personas correctas. Jugamos a decir tres deseos para el nuevo año. Tessa pidió un anillo y una Thermomix. Alex pidió un coche nuevo y una semana sin dramas laborales. Andrea, algo sonrojada, pidió «tranquilidad, amor y muchas risas con Emma». Y yo solo dije:

—Salud, para todos. Porque si eso no está, lo demás se va al carajo.

Andrea me miró de lado y me acarició la mano con los dedos.

—Y tú… ¿No pides algo más?

—¿Más? —Reí—. Si estoy viviendo lo que soñé desde que te fuiste de aquel resort la primera vez.

Hubo un segundo de silencio entre los dos. Una pausa llena de significado. Andrea me miró fijamente, como si intentara decirme muchas cosas sin palabras, y luego apoyó su frente en la mía.

—Te quiero —dijo simplemente.

Y ahí estaba. La frase más sencilla del mundo, pero que tenía un eco brutal en mi pecho.

—Y yo a ti —respondí sin dudar—. Más de lo que puedes imaginar.

—No, creo que lo imagino.

Nos besamos otra vez. Un beso lento, cómplice y natural. Como si fuéramos dos piezas que llevaban demasiado tiempo buscando su sitio.

Tessa nos lanzó un cojín desde el otro sofá.

—¡Vale, basta de escenas románticas! Que me vais a hacer llorar y no me he puesto rímel *waterproof*.

Andrea rio contra mis labios.

—Yo no tengo la culpa de tener un prometido tan mono.

—Y tan pegajoso —bromeó Alex—. Parece que no puede separarse de ti ni para respirar.

—No puedo —dije, encogiéndome de hombros—. ¿Qué quieres? Estoy enamorado.

Andrea se tapó la cara con las manos, riéndose como una niña.

—¡No digas esas cosas así, que me derrito!

—Entonces ven y derrítete conmigo.

Y la atraje hacia mí, fundiéndonos en otro abrazo, entre bromas, copas medio vacías y el calor de una *suite* donde todo, absolutamente todo, estaba en equilibrio.

Hasta que decidimos salir para vivir esa última noche del año, divirtiéndonos, bailando y brindando.

La ciudad estaba viva. Las luces navideñas seguían encendidas, las calles llenas de gente que salía a pasear, a brindar. Y finalmente llegamos a un local que tenía música en directo, copas con nombres absurdos y mantas sobre las sillas para combatir el frío.

Alex les pasó las cartas de cócteles y yo pedí la primera ronda. Andrea eligió algo con frutas tropicales, Tessa un mojito, Alex un *whisky* solo y yo, una copa de vino. Al primer brindis, Tessa levantó su vaso gritando:

—¡Por las noches que empiezan con una copa y acaban con un «te amo»!

Andrea se rio y me miró. Chocamos nuestras copas sin decir nada, pero en su mirada estaba todo.

La música fue subiendo de volumen, el local se llenaba poco a poco y las primeras risas fuertes comenzaban a mezclarse con las canciones de moda y los clásicos que no fallaban. Las chicas pidieron una ronda más, y Tessa se

levantó para ir a hablar con el DJ o algo parecido. Andrea me miró con media sonrisa, divertida.

—¿Debería preocuparme?

—Si es Tessa… probablemente, sí.

No tardamos en averiguarlo. Porque de pronto empezó a sonar *El Anillo* de Jennifer López, y Tessa volvió al centro de la pista bailando como si fuera una estrella del videoclip, señalando a Alex mientras cantaba aquello de *«¿Y el anillo pa' cuándo?».*

La gente alrededor se rio, algunos se unieron al ritmo, y Andrea se tapó la cara de la vergüenza ajena mientras reía sin parar.

—Está fatal —dijo.

—Y él la adora —añadí.

Alex se levantó al fin y fue tras ella, rodeándola por la cintura y bailando con ella mientras ella le gritaba que no aceptaba menos de un diamante. La escena era de comedia, pero también de ternura. Se querían. Se picaban. Pero se querían.

Andrea me cogió de la mano y tiró de mí suavemente.

—Vamos a bailar nosotros también. Antes de que suban la intensidad y no se pueda mover un pie —me dijo al oído.

—¿Qué quieres bailar?

—Una bachata.

Me dejé llevar. La pista no era muy grande, pero la gente había dejado algo de espacio, quizá por cortesía, quizá por curiosidad. El DJ, que parecía encantado con Tessa, puso una canción lenta, suave, con el ritmo justo para bailar pegados.

Rodeé con mis brazos a Andrea y ella apoyó las manos en mis hombros. Nuestros cuerpos encajaron sin esfuerzo. Nos movimos al ritmo de la música, de forma lenta, sensual, como si el mundo se hubiese detenido para nosotros.

Su mirada estaba fija en la mía, sus labios entreabiertos, su respiración acompasada. Mi mano bajó por su espalda hasta la cintura, y ella se acercó más, rozando mi mejilla con la suya.

—Bailas mejor de lo que recordaba —susurró.

—Es que ahora bailo con el corazón lleno.

—Dices unas cosas…

—Verdaderas. Solo eso.

La canción seguía envolviéndonos, y yo me dejé llevar por el calor de su cuerpo, por el vaivén suave de sus caderas, por la forma en que su mirada me atravesaba sin esfuerzo.

—Andrea —dije, cerca de su oído—. Te amo.

Ella se detuvo un segundo, solo uno. Luego volvió a moverse al ritmo de la música, despacio, mientras sus dedos me acariciaban la nuca.

—Yo también te amo —respondió, tan bajito que solo yo pude escucharlo —. Y estoy lista para todo contigo.

Me detuve, tomé su rostro entre mis manos, la miré fijamente… y la besé. Un beso profundo, lleno de deseo, pero también de ternura. De entrega. De certeza.

Cuando nos separamos, tenía los ojos brillantes.

—Estoy deseando vivir contigo en nuestra nueva casa —susurré.

Ella apoyó la frente en mi pecho, rodeándome con los brazos, y respondió.

—Y yo estoy deseando construir una vida contigo, Stefano. Día a día. Bailando así siempre, aunque sea en el salón de casa.

Capítulo 47



Andrea

Viajaba en la primera clase de un avión que me llevaba rumbo a comenzar una nueva vida junto al hombre que amaba con todo mi corazón. ¿Podía pedirle más a la vida?

Stefano era de esa clase de persona que no solo sabía tocar el corazón, también acariciaba el alma. Me había demostrado que era de esos hombres que se vestían por los pies y que merecía la pena arriesgarse a todo junto a él.

—¿En qué piensas? —Me sacó de mis pensamientos, y giré la cabeza, ya que estaba mirando por la ventanilla.

—Estoy feliz, más de lo que puedas llegar a imaginar. Deseando hacerme a la nueva vida. Pero no creo que me cueste mucho. —Sonreí, mientras él me acariciaba la mano y me hacía sentir que a su lado podía sentirme segura.

—Venecia se diseñó para ti…

Esa frase, con esa mirada, me sacó una sonrisa de esas que iban acompañadas de baba. Con él, todo era tan perfecto e idílico que cualquier tipo de miedo se me pasaba por completo.

Aterrizamos y nos dirigimos a la zona del embarcadero, donde nos esperaba un bote que, sorprendentemente, llevaba su nombre. Me hizo un

guiño y sonreí, a la vez que el piloto nos daba la bienvenida y un trabajador de él venía con el equipaje. Lo tenía todo de lo más coordinado.

—Hay personas tirándonos fotos —le dije, impactada, porque todo el mundo lo reconocía.

—En un rato estamos en todas las noticias. ¿Tengo que contarte cómo van los medios en los que tú también trabajas? —Mordisqueó mi labio y me salió una risilla.

—No hace falta —negué, acomodándome para el trayecto.

Su cara de felicidad era el reflejo de lo bien que se sentía a mi lado, hecho que llevaba demostrándome desde que apareció por mi vida y no solo para estar de paso, sino para que compartiésemos una vida en común.

Al tomar el canal principal, nos internamos por canales pequeños hasta un embarcadero privado, a la misma puerta de la nueva casa —la que ya llamaba nuestro hogar—. Su fachada, hermosa y cubierta de flores frescas, me dejó impactada.

Sonreí al bajarme del bote y plantarme ante una puerta que me causaba un cosquilleo impresionante. Era tan romántica que daban ganas de tirarse una foto ante ella, y no me extrañó que algún turista que pasaba por la acera del frente del canal se detuviera a dejarla plasmada.

—¿Preparada? —preguntó antes de abrir la puerta.

—Pinta de ser un zulo, no tiene. —Me mordí el labio y aguanté la risa mientras lo miraba con timidez.

—Bienvenida a casa. —Abrió por completo, apartándose para que entrase.

El pasillo era amplio; las paredes de ambos lados, de color blanco acrílico, le daban un aspecto limpio y luminoso. En cada uno de los laterales colgaba un cuadro de cristal enorme que resaltaba con las pinturas que contenía: de Venecia y de mi ciudad. Casi me caigo de culo al ver esos detalles tan significativos para nosotros.

No pude contener las lágrimas, y su cara fue el fiel reflejo de la felicidad, al saber que me había emocionado.

—¿Quieres seguir viendo la casa o nos quedamos en el pasillo a vivir?

—Pues mira, con una buena cama no se estaría nada mal —bromeé entre lágrimas—. Gracias por este precioso detalle.

—Sigamos —dijo, mientras cerraba una puerta, ya que uno de los chicos trajo el equipaje al pasillo y se marchó.

Lo siguiente con lo que me encontré fue un espacio impresionante. La zona se componía, de izquierda a derecha, por el salón, el comedor y, por último, la cocina tipo americana, grande y con isleta, en la que no faltaba ni el más mínimo detalle. Era toda una maravilla.

Todo lo que veía era de estilo minimalista, sobrio y elegante, pero con mucho carácter personal. La esencia de Stefano se apreciaba por todas partes, no me hacía falta preguntarle. En conjunto, era el mejor diseño de interiores que había visto en mi vida; ni siquiera se podía comparar a los de las revistas que se dedicaban a mostrar lujosas viviendas.

Me parecía una fantasía, y más al ser yo la afortunada que lo disfrutaría.

Desde la cocina, a través de una puerta situada a un lado, se accedía a una despensa gigante que era la parte trasera de la entrada. Estaba completamente llena de comida y de productos de limpieza; hasta había una bodega con una gran variedad de botellas de vino.

Cerca del salón, detrás de la pared de la izquierda del pasillo, se encontraba otra puerta que correspondía a un baño gigante completo. Tenía una bañera de ensueño que me dejó con la boca abierta. Era un espacio que te daba ganas de llenar con productos y potingues de todo tipo.

Hacia el lateral derecho, antes de llegar a la cocina, había una escalera de estilo moderno con forma de caracol. Los peldaños eran de madera y contrastaban con la barandilla completamente de cristal y con el pasamanos de aluminio.

En el hueco de la escalera había unas puertas, también de cristal, que daban al interior de un elevador que llevaba hasta la terraza, pasando por las dos plantas superiores.

El tono de la madera de la escalera era el mismo que el de las puertas y los muebles, lo que resaltaba sobre el blanco de las paredes. Toda la casa estaba pintada de ese color, proporcionándoles a los espacios mucha claridad y más amplitud visual de la que ya tenían. Gracias a ello, a pesar de la infinidad de detalles que marcaban el mismo estilo interior, no se veía recargada. Era demasiado bonita.

La primera planta se distribuía, para empezar, en dos habitaciones situadas a cada lado del pasillo, con sus respectivos baños privados. Al fondo se abría un precioso salón con tres balcones que daban al canal. Según me dijo Stefano, esta planta era para los invitados.

La segunda estaba destinada a ser la estancia familiar, así me la describió cuando subimos y yo esbocé una gran sonrisa. La habitación que iba a convertirse en nuestra se encontraba hacia la derecha. ¿Cómo describir algo tan bonito y delicado, cuidado en detalles?

Conforme entrabas, y en el centro de la pared derecha, había una puerta que daba acceso a un impresionante vestidor. Este se dividía en dos zonas, una para él y otra para mí. No faltaba de nada, tampoco un mueble justo en medio para joyas, relojes…

De vuelta a la habitación, había una cama gigante vestida en tonos crudos, con dos mesitas de noche a los lados que salían de la pared. Colocado justo enfrente, había un mueble con cajones que estaba decorado por un jarrón de cristal sobre la superficie, el que contenía un ramo precioso, natural, de flores blancas y hojas verdes. Era idéntico a los que adornaban la mesa del salón y la cocina.

Se notaba que a Stefano le gustaban las flores, las velas y los aromas para el hogar, y a mí me encantaban sus gustos.

En la pared en la que reposaba el cabecero de la cama, apartado por unos metros, se encontraba el baño. Imponía por la gran pieza doble de lavabo que

había en un lateral; tenía una superficie que se extendía hasta la ducha. Tampoco faltaban varias velas aromáticas y un jarrón de flores frescas.

En el lado opuesto había una bañera espaciosa, de esquinera; era aún más perfecta que la de la planta baja. Cerca, también había un bidé, además de una puerta como del oeste que ocultaba el váter para tener privacidad.

Salimos de la estancia y continuamos con el recorrido por la segunda planta. En el pasillo había dos puertas más que daban paso a habitaciones que tenían vestidores y baños propios. Una de ellas era de su hija Emma; la otra, según palabras de Stefano, sería para nuestro futuro hijo. Esas palabras me causaron un cosquilleo grandísimo en el estómago.

Hacia el fondo nos encontramos con un salón que compartía espacio con una mini cocina, en la que predominaba una cafetera. La zona tenía grandes sofás en los que cabían tumbadas cinco personas, como mínimo. No, no estoy exagerando. Había una pantalla gigante de televisor colgada en la pared de delante de los sofás, una mesa que servía tanto de auxiliar como para comer y un escritorio ubicado en un rincón. En la superficie de este reposaba un portátil cerrado.

—Ven —me pidió, tirando de mi mano hacia esa última parte—. ¿Te gusta?

—¿El escritorio y el ordenador? —le pregunté, observándolos—. Son tan bonitos como todo lo que he visto hasta ahora —le confirmé, sin saber qué tenían de especial.

—Esta parte es para ti.

—¿Cómo? —Levanté la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Tanto la mesa, el portátil Apple que estás viendo y los cascos, el lapicero y los cuadernos que están ocultos en los cajones, todo es para ti. Ya lo pondrás a tu gusto.

—¿De verdad? —Me asombré, y su sonrisa me lo confirmó.

Di un pequeño saltito —provocando que Stefano riera— y presté un nuevo interés a lo que veía. Rodeé el escritorio, acariciando con los dedos la madera y la tapa cerrada del ordenador, y abrí con curiosidad los cajones. Fui encontrándome con lo que me había mencionado: tanto el lapicero, con todo lo que contenía, como los cuadernos, eran de unos tonos muy armónicos. Incluso los cascos conjuntaban.

—Me encanta —susurré, emocionada.

Cuando volví a mirarlo, me hizo un guiño y extendió la mano hacia mí. Se la agarré y continuamos. Ya tendría tiempo de encender el ordenador, de poner la mesa a mi gusto y de sentarme en la silla que daba la sensación de ser muy cómoda.

Y, al igual que en la primera planta, en esta segunda había tres balcones mirando hacia el canal, que hacían las delicias para la vista.

La tercera planta, la última, era una terraza. ¡*Mamma mia*…! Era lo más parecido a un patio andaluz, con azulejos mozárabes de los que se usaban donde yo vivía. Contaba con un par de sofás, un balancín y una gran mesa rectangular de madera, acompañada por confortables sillones alrededor.

En un lateral había como una cocina con todo lo esencial: fregadero, encimera, fogones y frigorífico. Estaba cubierta por un techado y unas puertas correderas, por si querías aislarla. La parte central de la terraza también estaba techada, pero podía recogerse cuando querías disfrutar del buen tiempo y del sol. Para deslizarla solo necesitabas pulsar un botón.

La elegancia y el modernismo estaban presentes en todo momento.

Me dejó colocando todo el tema de equipaje en el vestidor y se marchó hacia abajo. No tardé mucho porque me había traído algunas cosas; el resto de mis cosas y ropa me llegaban al día siguiente por mensajería.

Me esperaba con dos Aperol spritz y una bandejita con cuatro *bruschette* de tomate con queso fundido sobre la isleta de la cocina. Su sonrisa, el mejor de los recibimientos, aunque solo me hubiera ausentado por unos minutos.

Justo en ese momento comenzó a sonar la canción de Eros Ramazzotti, *Più bella cosa*, y, mientras me ofrecía la copa, me miraba cantándola en acto de dedicármela de esa manera. ¿De verdad que aún existían hombres así, capaces de conquistar el mundo con un solo gesto?

Mientras disfrutábamos el aperitivo, sacó un par de langostas del frigorífico y comprobé que estaba como recién colocado todo. Me confirmó que Paola se había encargado de hacer la compra con su madre. Era un acto muy bonito de apoyarnos con esos detalles. Eso sí, me recalcó que la lista la hizo él.

—Dios mío, hasta las sartenes son elegantes y bonitas. —Eran en dorado y tenían un brillo impresionante; el mismo color que todos los utensilios para cocinar—. Te debe de haber costado una pasta.

—No tanto, lo compré en una de esas páginas chinas que ya tienen de todo. La del fondo naranja. —No quería decir el nombre.

—Sí, hombre, y yo me lo creo. Alguien como tú comprando ahí. —Me dio un golpe de risa.

—¿Piensas que me voy a gastar el dinero en pagar una marca?

—Pero eres rico.

—Por eso, sé cuidar mi dinero. —Me hizo un guiño.

—Pero tú vendes una firma.

—Y el que la consume es porque quiere aparentar. —Carraspeó.

—¿Me estás diciendo que todo esto lo has comprado en esas páginas de bajo coste, en serio?

—Totalmente. Y ahora que te lo he dicho, ¿me vas a decir que no tienen una buena presentación? Y de calidad, te garantizo que no anda mal. Lo bueno de todo esto es que, si te aburres, te pides otra colección y asunto arreglado.

—Pero tú no eres una persona tacaña.

—Para nada, puedes pedirme lo que quieras. —Me hizo un guiño.

—No lo digo por eso. Es que, no sé… Tan bonito todo: tu propio barco, tu firma, una casa de película y ahora resulta que la batería de cocina es de una página china. —Me eché a reír.

—La batería, los utensilios, la cubertería, la cristalería y todo lo que no sean muebles y electrodomésticos de la cocina.

—¿Siempre te vistes de tu firma?

—Por supuesto, no voy a consumir otra marca ni darle mi dinero a nadie. Hasta la ropa interior.

—¿No tienes nada, nada, nada, de otra firma que no sea la tuya en ropa?

—No. —Se reía de verme con esta incredulidad—. Los ricos no dan de comer a los ricos porque no les hace falta aparentar.

—A mí no me vayas a vestir solo de tu firma porque me niego.

—Ya lo veremos.

—No hay nada que ver, porque yo compro en tiendas del ciudadano de a pie. No tiro de firmas más que para algunas cosas.

—Ya lo veremos —repitió, apretando mi nalga—. Porque tengo preparada para la primavera una colección especial inspirada en ti. Creo que he captado tu esencia.

—¿Una colección especial inspirada en mí?

—Lo has oído bien. —Me besó la mejilla.

Sofreía el ajo para, acto seguido, poner las langostas. Yo estaba en *shock*, totalmente impactada. No podía dejar de salir de mi asombro.

Había hecho una colección inspirada en mí…

Mientras comíamos, me puse a revisar las redes y noticias, ojeando todos los titulares que se hacían eco de que habíamos llegado juntos a Venecia y cómo nos montábamos en su barco privado.

Era una pasada los comentarios que hacía la gente, algunos, como siempre, intentando herir o menospreciar todo, diciendo que estábamos en complot para sacar tajada. ¡Ni que a Stefano le hiciese falta!

Capítulo 48



Andrea

Despertaba por primera vez en la cama que, a partir de ese momento, se convertía en nuestro refugio. Miré hacia el lado y vi que no estaba, pero rápidamente escuché su voz.

—Buenos días, bella.

—Buenos días, cariño. ¿Cuántos cafés te has tomado ya?

—Un par de ellos, mientras revisaba algunas cosas de la empresa. Te he preparado un delicioso desayuno. —Se sentó a mi lado y me dio un beso, a la vez que acariciaba mi mejilla.

—Me acabas de terminar de conquistar. Sonreí y me levanté para lavarme la cara.

—Pensé que me lo ibas a poner más difícil. —Me dio una nalgada.

—Soy un amor, si es que más suerte no has podido tener. La única mujer del mundo que merece la pena y la tienes a tu lado —bromeé, a la vez que cogía todo para lavarme los dientes.

—Estoy conforme en eso. Te espero abajo y voy sirviendo los cafés.

—No tardo.

Sonreía mirándome al espejo, y veía en mí un brillo especial. Estaba viviendo un momento tan bonito que era imposible no sentirme la mujer más dichosa de toda la tierra.

Me lo encontré esperándome de pie y separó la silla para que me sentara. El desayuno era espectacular, a base de tostadas con queso fundido y una mermelada por encima. El contraste era brutal; jamás lo había probado así y había sido todo un hallazgo. Stefano se puso muy contento de haber acertado de pleno.

Después de desayunar, me puse en mi rinconcito a trabajar en noticias, mientras él se fue a recoger a Emma, que se venía a pasar con nosotros el fin de semana.

Tenía un titular sobre una *influencer* española que iba a desatar todo tipo de polémicas, así que intenté cuidar todo al más mínimo detalle para no echar más leña a lo que ya en sí traía la noticia.

Terminaba de trabajar cuando apareció Stefano con su hija, que venía directa hacia mí.

—¡Andrea! —gritaba con los brazos abiertos.

—¡Mi niña preferida! —exclamé, abriéndolos.

—Papá, me acaba de comprar esta pulsera que quería. Hemos ido a la tienda. —Me enseñaba su muñeca con ella puesta y era de Disney.

—Hombre, en ti sí consume otras marcas —dije riendo, y a él se le volvieron los ojos y se le escapó una sonrisilla.

—Sí, me mima mucho, pero siempre y cuando estudie, me porte bien y sea una niña responsable. —Me hizo un guiño, la muy pillina sin que el padre la viese, y tuve que aguantar la carcajada que estaba a punto de salirme.

—Claro, para que crezcas llena de valores y brilles en la vida —le contesté y, como el padre estaba abriendo el frigo, le hice un guiño que le provocó una sonrisilla más.

—Me voy a poner el pijama como tú, quiero estar cómoda.

—Vale, cariño. —Le acaricié la cara.

Se fue escaleras arriba y yo me quedé con Stefano, que estaba abriendo una botella de vino y cociendo unos mejillones para tapear.

—Ve planteándote qué tipo de vestido quieres para tu boda, o te dejas aconsejar por mis profesionales. Quedan unos meses por delante hasta el verano, pero no quiero que se te eche el tiempo encima. —Me acarició la mejilla con su dedo pulgar y besó mis labios.

—¿Tiene que ser de tu firma? —pregunté bromeando.

—Tengo los mejores diseñadores del mundo. ¿Qué esperabas? —Carraspeó.

—Un vestido acorde a mí, solo eso. —Me reí.

—Cuando veas la línea que he creado inspirándome en ti, sabrás que te conozco mejor que tú a ti misma.

—Y no sé por qué tengo la sensación de que así será…

—Ni lo dudes. —Chocamos las copas y le dimos un trago.

Colocó los mejillones en la misma sartén sobre la mesa y apareció la pequeña con un pantalón de pijama y una camiseta blanca, imitándome a mí. Me hizo mucha gracia.

—¡Qué guapa! —Me llevé las manos a la boca.

—Igual que tú, que yo ya soy casi una adolescente —me dijo con esos siete años que tenía recién cumplidos hacía unas semanas y en los que ya se sentía mayor.

—Claro que sí, cariño —le dije, dándole un beso en la coronilla.

Emma era una niña muy aplicada y no tardó en poner sus cuadernos y libros sobre la mesa del salón para ir estudiando y haciendo deberes.

La pequeña estudiaba en un colegio privado muy elitista, donde los niveles estaban por encima de la media de esos cursos. A tan corta edad ya hablaba un inglés casi fluido; eso fue una de las cosas que me dejó más loca. Y no solo eso: el español lo hablaba a la perfección.

En mi caso, el italiano se me daba bien; el parecido entre las palabras y lo que estudié por mi cuenta —impulsada por el interés que siempre me despertó Stefano— hacían que no me resultara difícil.

Stefano y yo nos dispusimos a preparar juntos la comida, mientras disfrutábamos de un Aperol spritz con la música de Eros Ramazzotti de fondo.

Hicimos la masa de *pizza* para dejarla reposar un buen rato y luego darle forma y contenido. Íbamos a preparar tres: la de salmón y champiñones que le gustaba a su hija, la de jamón serrano, salchichas y cebolla que me gustaba a mí, y la de varios quesos, que era la favorita de Stefano.

—Vengo con una noticia de ultimísima hora —dijo Emma, entrando en la cocina y aparentando ser una periodista. Nos echamos a reír.

—Sorpréndenos, reportera —le dijo el padre.

—Redactora, soy redactora. —Lo corrigió con dos narices, y me salió una carcajada brutal.

—Venga, redactora. —Rectificó Stefano, volteando los ojos y soltando un suspiro.

—No quiero destrozar parejas, pero… —Se llevó la mano a la cara—. He buscado información en Google y he visto que allí, en España, las periodistas se casan con toreros, futbolistas, cantantes y hasta con el Rey del país.

—Es buena buscando información, sí —murmuré, apretando los dientes.

—¿Tú has aparecido para que mi padre, que es diseñador, no se quede sin su periodista? —Hizo un carraspeo y puso cara de estar pensando.

—Efectivamente, yo también me he apuntado a la moda —respondí a risa suelta.

—Me voy a seguir estudiando, porque estoy haciendo un trabajo de cultura internacional y este tema me viene como anillo al dedo.

—Sácala ya de ese colegio y métela en uno más normalito, porque si con siete años ya hace eso, con catorce se hace alcaldesa de Venecia.

—Es el mejor momento para ejercitar su mente. —Me apretó la nalga.

A la hora de la comida decidimos hacerlo en el salón, en plan cómodos, en el sofá, como nos apetecía. Emma no paraba de frotarse las manos, mirando hacia las *pizzas*, mientras se le hacía la boca agua.

—Papi, mañana vamos a quedarnos todo el día también aquí hasta que me vaya con mamá.

—No, mañana vamos a ir con Andrea a comer a un restaurante muy bonito.

—Seguro que yo he estado —decía para sonsacarle.

—Claro, pero no podemos dar pistas para sorprenderla.

—¿Es el de la cueva?

—Además de inteligente, adivina —le contestó él, riendo.

—A mí esta niña me está dando miedo —murmuré, mirándola con cara de terror, mientras ella se reía, cogiendo una porción de *pizza* sin esperar a que se enfriase.

—Eso no es cierto, Andrea. No te doy miedo; te doy cariño, amor, sonrisas, besos y enseñanzas en algunas cosas.

—Lo retiro, no la cambies de colegio, directamente déjala en casa. —Me tiré hacia atrás del sofá, abrazándome con mis manos, mientras me moría de la risa.

Las risas eran impagables, y la pequeñaja, cada vez con más soltura, iba decidida a demostrar que también estaba a la altura de cualquier charla, como si en realidad ya fuese una adolescente.

—Una pregunta por curiosidad: ¿tú qué quieres ser de mayor?

—Política —contestó sin dudarlo—. Y diseñadora ocasional. Ah, y asesora de la firma de mi padre. Si tú tienes una niña o niño, seremos hermanos y le comentaré los planes para que juntos llevemos el imperio por el mismo camino que lo llevó su fundador. —Señaló con la mano a su padre.

—¡Toma ya! Que ya tiene pensado lo que harán sus hermanos de mayores. —Me reía a carcajadas, a la vez que me daban ganas de comérmela de lo bonita que era.

—Siempre seré la hermana mayor; seré como la futura reina, y ellos serán los príncipes o princesas. Hay que respetar los puestos, como siempre se hizo en todas las dinastías.

—No me quiero imaginar a un hijo mío hablando así. —Me tapé la cara con las manos mientras lloraba de la risa.

—Será peor, porque tendrá la educación del colegio al que va mi hija y, encima, tendrá el aprendizaje de la sabiduría de su hermana. —La miró y le hizo un guiño.

—Papá, me siento orgullosa de cómo hablas —le dijo ella, devolviéndole el guiño y dejando el diminutivo de siempre a un lado, para mostrar que poco a poco se iba haciendo más mayor.

No sé en qué momento se sincronizaron, pero se tiraron encima de mí y comenzaron a hacerme cosquillas, hasta darse cuenta de que por poco me ahogo de la risa.

Capítulo 49



Stefano

El sol de la tarde se colaba a través de los cristales de la terraza, como si intentase quedarse a vivir entre las tazas de café, las risas suaves y los recuerdos que flotaban en el ambiente. Aquella casa era completamente distinta a la que recordaba de mi infancia: luminosa, silenciosa, casi íntima. Nada que ver con la villa familiar, donde el eco de los pasos siempre se mezclaba con discusiones lejanas o con el ajetreo de las visitas que mis padres organizaban ocasionalmente. Aquí, en cambio, la calma era una elección.

Mi madre se había comprado la casa poco después del divorcio, utilizando el dinero que le correspondía tras aquel proceso largo y amargo que, aunque inevitable, había dejado cicatrices. Ella decía que había elegido este rincón de Venecia por las vistas y la tranquilidad, pero yo sabía que también lo había hecho por ella misma. Por primera vez, vivía en un espacio que no debía compartir ni justificar. Y se le notaba.

El salón, decorado en tonos claros con pinceladas de azul marino, tenía una elegancia natural, sin ostentación. La terraza acristalada donde nos encontrábamos era su lugar favorito, no lo decía, pero lo sabía. Desde allí se podía ver el canal, tranquilo a esas horas, con las góndolas deslizándose sin prisa, como si hasta el agua respetara su necesidad de paz.

Estaba sentada frente a mí, con las piernas cruzadas y una taza entre las manos. El aroma del café recién hecho se mezclaba con el del jazmín que

colgaba en una maceta en la esquina de la terraza.

—Estás muy callado, Stefano —me dijo con una sonrisa—. Se te nota en la cara… Estás enamorado hasta las trancas.

Sonreí, algo avergonzado, y llevé la taza a mis labios. El café estaba perfecto, como todo lo que hacía mi madre cuando quería demostrar que estaba bien.

—¿Tanto se me nota?

—Muchísimo. Y me encanta, verte así de feliz. Ya era hora, hijo.

Asentí, dejándome llevar por la calidez de ese momento.

—Con Andrea es diferente, mamá. No sé… no solo estoy enamorado. Siento que todo lo vivido hasta ahora tenía sentido solo porque me ha llevado hasta ella. Estoy deseando que llegue el día de la boda. Me levanto cada mañana pensando en eso.

Ella me miró con ternura, dejando su taza en la mesa de cristal.

—Se te ve en los ojos, Stefano. Y créeme, no hay nada que una madre desee más que ver a su hijo así de pleno. Con Fabiola te vi bien, sí, pero solo los primeros años. Después… bueno, ya sabes. Ahora entiendo tus motivos. Me apena que hayas tenido que pasar por todo eso.

Suspiré y bajé la mirada, jugueteando con el asa de la taza.

—Lo hice por vosotras. Por ti y por Paola. Porque sois mi familia. Y por mi familia haría cualquier sacrificio. Lo sabes.

Ella me cogió la mano con un gesto suave, apretándola con cariño.

—Y por eso estoy tan orgullosa de ti. No te pareces en nada a tu padre. Recuerdo perfectamente el día en que le dijiste que querías dedicarte a la moda y el diseño. La forma en que te miró… Como si fueras una decepción viviente.

Levanté la cabeza y la miré. Aún me dolía recordar aquello, aunque ya no tanto como antes.

—Aquel día le escuché decir que te iba a desheredar —continuó ella—. Y yo le dije que, si lo hacía, me perdía para siempre. Porque dar de lado a un hijo es mil veces peor que una infidelidad. Y créeme, de esas soporté muchas. Pero aquello… aquello no iba a consentírselo.

Asentí con un leve gesto de cabeza, sintiendo la fuerza de sus palabras como un escudo que aún me protegía después de tantos años.

—Ahora que estáis divorciados, igual me deshereda de verdad.

Ella soltó una pequeña carcajada, irónica.

—No lo hará. Tiene las de perder. Si te quita el derecho a seguir con el legado de tu abuelo, ese que tanto te quiso desde siempre hasta el final, me encargaré personalmente de hablar con la prensa. Y créeme, tengo mucho que contar. Lo de sus múltiples amantes dejaría a Carlo Marchetti como lo que siempre fue: un mentiroso y un farsante, por mucho que vendiera esa imagen de esposo fiel y hombre honorable.

Sonreí con cierta amargura.

—A veces no entiendo cómo pudiste aguantar tanto tiempo con él.

—Por ti —respondió, como si repitiera mis propias palabras—. Pero cuando firmé el divorcio, me aseguré de dejarlo todo atado. Incluido el testamento. Parte de las acciones de los viñedos y las bodegas irán a tus hijos. A los que tienes y a los que lleguen. No iba a permitir que Emma se quedara sin lo que le corresponde. Para algo él la engendró, aunque no haya ejercido ni de padre ni casi de abuelo.

La miré, profundamente conmovido.

—Si antes te admiraba como mujer y madre, ahora te admiro aún más. Te honra no haber dado de lado a Paola por aquel error. Ni a la niña.

Ella negó con la cabeza.

—Ellas no son culpables de los actos de Carlo. Conozco bien a mi exmarido. Y sé exactamente cómo consiguió que Paola se fuera a la cama con él. Siempre usó el mismo método: contarle a la otra lo mal que lo pasaba en su matrimonio. Una víctima encantadora, de esas que provocan lástima. Y Paola era muy joven, muy vulnerable en aquel momento…

Guardamos silencio unos segundos. El canal parecía detenerse, como si también escuchara.

—Pero basta —dijo finalmente, con un gesto de la mano—. Dejemos de hablar de ese viejo decrépito que se cree que aún tiene veinticinco años. Vamos a centrarnos en lo importante. —Sonrió—. La boda.

Me reí, aliviado por el cambio de tema.

—Los preparativos van bien. No te preocupes, porque estoy cuidando cada detalle. El vestido de Andrea sigue siendo un secreto de Estado, incluso para mí. Estoy seguro de que su intención es sorprenderme… o provocarme un infarto el día que la vea.

Ella rio con ganas, como hacía tiempo que no la oía.

—Te auguro un matrimonio feliz, Stefano. De los de verdad. Adoro a Andrea. Me encanta cómo trata a Emma. Ese cariño sincero, ese amor… como si fuera su propia hija.

Justo en ese momento, sonó el timbre. Mi madre se levantó con tranquilidad, dejándome solo en la terraza. Mientras escuchaba sus pasos alejándose hacia la entrada, sentí cómo vibraba mi móvil. Era un mensaje de Andrea.

Andrea: *Amor, si puedes, tráete una tarta de chocolate al volver. Estoy trabajando como loca y me he comido una tableta entera sin poder evitarlo.*

No pude evitar reír. Esa mujer tenía el poder de hacerme sonreír incluso desde kilómetros de distancia. Pensé que no podría amarla más, ni aunque me

lo propusiera.

Unos instantes después, mi madre regresó, esta vez acompañada por Paola y Emma. La niña, al verme, salió corriendo y se lanzó a mis brazos con la energía desbordante de sus siete años.

—¡Papá, papá! —gritó mientras me abrazaba y me llenaba de besos.

—¿Qué tal lo has pasado en el cumpleaños de tu amiguito?

—¡Muy bien! —dijo con entusiasmo—. Había un payaso que hacía globos con formas, ¡y hasta un mago! Ha hecho desaparecer al perro de Piero durante diez minutos, y cuando lo han encontrado, se estaba comiendo una de las *pizzas* que la madre de Piero había preparado para la merienda. ¡Tan tranquilo!

Nos reímos todos, incluso Paola, que se mantenía un poco más al margen. Le di un beso en la mejilla a Emma, que enseguida me miró con ojos suplicantes.

—¿Puedo ir a cenar con vosotros? Andrea dijo que iba a hacer tortilla de patatas y me encanta cómo la hace…

Miré a Paola. Ella sonrió y asintió sin decir palabra. Entonces miré a Emma.

—Claro que sí, princesa.

Ella dio un pequeño salto de alegría, feliz como solo puede estarlo una niña con un plan de cena perfecto. Después de un rato más, nos despedimos de mi madre, que abrazó a Emma con ternura. Luego, ya en la calle, Paola también se agachó para despedirse de su hija.

—Pórtate bien, ¿vale? Y no le des muchos dolores de cabeza a Andrea.

—Yo siempre soy buena, mamá. Pregúntaselo a Andrea si quieres, seguro que dice que es verdad.

Paola suspiró y la abrazó con fuerza.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Me despedí de Paola con un beso en la mejilla y quedamos en que al día siguiente vendría a comer a casa con nosotros, y ayudaría a Andrea con algunas cosas de la boda. Sonreí al pensar en lo bien que habían conectado Paola y Andrea, y lo feliz que me sentía de que así fuera.

Caminábamos despacio por las calles estrechas de Venecia, bajo una luz dorada que lo envolvía todo con una calma casi irreal. Emma iba a mi lado, con su mochila pequeña colgada de un hombro, hablando sin parar, saltando de un tema a otro, con la ligereza de quien no conocía el peso del tiempo ni las preocupaciones adultas.

La cogí de la mano mientras sorteábamos a unos turistas despistados que caminaban como si el mundo fuera suyo. En cierto modo, les entendía. La ciudad tenía ese efecto, te atrapaba.

—¿Sabes una cosa, papá? —dijo de repente, mirando hacia arriba con sus enormes ojos, iguales a los de Paola.

—¿Qué?

—Que Andrea mola mucho.

Me hizo sonreír.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque es divertida, y me deja ayudarla a cocinar, y me enseña palabras raras que dicen en España, y nunca se enfada si dejo los juguetes por medio. Solo me dice que los recoja antes de cenar, pero sin gritar. Y me da besos en la frente como los tuyos.

Apreté su manita entre la mía.

—Andrea es increíble, sí. A mí también me gusta mucho, ¿sabes?

—¡Ya lo sé! Es tu novia.

Me reí, aunque me encantaba cómo lo decía, con esa naturalidad que solo tenían los niños cuando el mundo aún era un lugar sencillo para ellos. Nos detuvimos frente a una pequeña pastelería, de esas de toda la vida, con escaparates llenos de dulces que parecían sacados de un cuento. Empujé la puerta y sonó una campanita, como siempre. La señora que la regentaba, una mujer mayor con el cabello recogido en un moño impecable nos saludó con una sonrisa.

—Buenas tardes, Stefano. ¿Lo de siempre?

—Hoy una tarta de chocolate, por favor. Andrea la ha pedido.

Emma se subió de puntillas para mirar a través del mostrador.

—La de chocolate con virutas por encima, ¿verdad? Esa está buenísima.

La señora rio.

—Esa misma. Menuda memoria tienes, jovencita.

Mientras preparaban la caja, Emma se acercó a mí y me tiró de la camisa con suavidad.

—¿Puedo decirte una cosa?

—Claro.

Me miró muy seria, como si fuera a confiarme el secreto del universo.

—Me alegro de que Andrea sea tu novia. Porque Fabiola era muy mala.

Me quedé quieto. No esperaba eso.

—¿Por qué dices eso?

—Porque un día la escuché hablar por teléfono. Yo estaba en mi cuarto y tenía la puerta entreabierta. Dijo que, si fuera por ella, me habría mandado a un internado lejos de Venecia. Uno donde no pudiera verte más. Pero que como estaba mamá por medio, pues no podía hacerlo.

Sentí un nudo formarse en mi estómago. Me agaché a su altura, apoyando una mano en su hombro.

—Emma… quiero que sepas algo. Nunca habría permitido que hiciera una cosa así. Jamás.

Ella asintió con total seguridad.

—Lo sé. Porque tú eres mi papá. Y me quieres mucho. Aunque también quieres a la abuela, a mamá y a Andrea… yo sé que siempre voy a ser la mujercita de tu vida. Como me dijiste una vez.

Me eché a reír, emocionado y conmovido. La abracé fuerte, sin apretar demasiado, porque no quería que sintiera el peso de mi emoción. Solo el calor.

—Así es, pequeñaja. Y nadie dirá jamás lo contrario.

Nos entregaron la tarta y salimos de la pastelería con el dulce metido en una caja que Emma insistió en llevar ella sola. La sujetaba como si fuera un tesoro, y de alguna forma, lo era.

Seguimos caminando en dirección a casa, atravesando puentes de piedra y callejones tranquilos donde el murmullo del agua era el único sonido. El cielo comenzaba a teñirse de tonos rojizos, y la ciudad se preparaba para entrar en esa calma melancólica que la hacía aún más hermosa.

La miré de reojo mientras caminaba junto a mí, con su mochila, su caja de tarta y su pequeña sonrisa de orgullo. Y pensé que, aunque no la había engendrado, desde el momento en que supe que estaba en la vida de mi familia, aquella niña fue mía. Y lo sería hasta el último día de mi vida. Hasta mi último aliento.

Capítulo 50



Andrea

Llevaba tres meses instalada en Venecia, y ya sentía que una parte de mí le pertenecía a esta ciudad. Lo mismo que decía mi madre, que ya llevaba aquí viviendo con Lorenzo un mes justo.

El día que llegó, lo hizo con toda la casa a cuestas, tanto que había alquilado la suya. Había conseguido la jubilación anticipada, aunque perdió algo de pensión, pero le importó poco. Alquiló su piso, que lo tenía pagado, y eso le dejaría todos los meses también un dinerito.

Amanecía un precioso día de abril en el que estaba en mi primera prueba del vestido de novia. Sí, después de dos meses diseñándolo con una de las mejores diseñadoras que tenía Stefano, dimos con lo que, para mí, era el vestido más impresionante para vivir mi día en una ciudad como lo era Venecia.

—Te queda perfecto, solo hay que esperar a quince días antes para saber si hay que soltarlo un poco o cogerlo. Por experiencia, las novias tienden a engordar o adelgazar antes de su enlace. —Sonrió Jennifer—. Pero te confieso que este vestido va a dar mucho que hablar. Es toda una joya y se te ve más guapa de lo que ya eres de por sí.

—Estoy demasiado contenta. Jamás imaginé que el resultado fuese así.

—Vas a impresionar a Stefano.

—Eso espero, o de lo contrario, nos mata a las dos —bromeé riendo.

No había permitido que nadie viese mi vestido. Sí, atípico en una novia que suele esperar la opinión de sus padres o de sus amigas más próximas, pero en mi caso, preferí que no fuese así y la sorpresa fuese para todos al mismo tiempo.

Salí de lo más contenta cuando Stefano apareció para recogerme y nos fuimos paseando a comer.

No dejábamos de ser noticia, y ya la prensa y el mundo tenían claro que él era el padre de una niña, pero nunca estuvo casado. La verdad es que se nos trató con mucho cariño y respeto, a pesar de que siempre estábamos en la actualidad, ya que había sido una historia con mucha repercusión.

Mi vida con Stefano estaba siendo como un cuento de hadas; estábamos disfrutando de esos sentimientos que nos proporcionábamos el uno al otro.

El mes anterior fue la presentación de la nueva colección, y me sacó a la pasarela junto a él después del desfile de la presentación de la colección especial inspirada en mí. Me quedé en *shock*. ¿Cómo podía conocerme tanto? Acertó de pleno en la colección de pijamas de primavera y verano, además de la casual. Ya la tenía toda en mi vestidor colgada y la iba usando. Al final me lo fue llenando de ropa de su firma que no me daba lugar a estrenar.

Llegamos a uno de nuestros restaurantes favoritos, que tenía un patio precioso y una terraza más exclusiva en la primera planta, semicubierta, y donde nos acomodaron.

—Por lo poquito que nos queda para que seas mía completamente —dijo, sosteniendo la copa y acercando su cuerpo hacia mí para brindar.

—¿Necesitas un papel firmado para sentir que soy completamente tuya?

—Sí, lo necesito —murmuró, sonriendo, a la vez que me besaba y chocábamos las copas.

—Eres más valiente de lo que yo pensaba. —Negaba con la cabeza mientras sonreía.

En Italia, o te casabas por bienes gananciales o por separación de bienes, como en España. En este caso, Stefano, y dado el patrimonio que aportaba, lo íbamos a hacer por separación de bienes, pero firmamos días atrás en notaría unas capitulaciones que él exigía y a las que me negué por completo, pero no me quiso escuchar.

Las capitulaciones estaban preparadas de la siguiente manera: la vivienda conyugal en la que estábamos viviendo pasaba a ser mía por completo y, en caso de separación, obtendría cincuenta mil euros por cada año que hubiera durado el matrimonio. Además, en ese caso, si nos pillara con niños por medio, se vería obligado a pagar los colegios y actividades, aparte de una manutención de tres mil euros por cada uno de ellos. Eso es lo que habíamos firmado, sí, y, como decía Tessa, este matrimonio era un chollo.

Por otro lado, había que ser realistas: para alguien como Stefano, era tan simbólico en su fortuna que lo notaría menos que si a mí me sacasen diez euros de la cuenta. El caso es que fue por insistencia suya porque, de lo contrario, se negaba a seguir conmigo, pero a mí lo que menos me importaba era su dinero, de ahí a que no tuviera ni la más mínima intención de abandonar mi trabajo en ningún momento, más que nada porque lo amaba, disfrutaba viendo crecer mi comunidad y me encantaba ganar mi propio dinero con los artículos.

—Se me acaban de mojar las bragas —murmuré, causándole una carcajada cuando el camarero nos dejó sobre la mesa una bandeja de ostras y otra con dos tostas de pescado con caviar y salsa de ostras, que era una locura.

—Dime que es por mí o me puedo frustrar por completo.

—Pues empieza. —Me reí y cogí una, a la que le eché limón por encima, antes de comerla y no dudar en gemir.

—Si todo te lo comieses con las mismas ganas…

—¿Qué dices? ¡Tendrás tú quejas! —Me reí, observando la risilla tan bonita que tenía.

—Me estoy planteando tener siempre a mano alguna para ponérmela de adorno en esos momentos.

—¡Stefano! —Me reía a carcajadas.

—Es que no te ves tu propia cara.

—¿Orgásmica?

—Multiorgásmica. —Me hizo un guiño—. Por cierto, te he preguntado por el camino dos veces y cambiaste de tema. ¿Qué tal la prueba?

—Por favor, qué rica está la tosta —gemí, obviando por tercera vez la pregunta, a la que no le iba a dar ni ápice de nada. El vestido en sí ya hablaría hasta de mis sentimientos por lucir esa joya y no quería expresar nada de nada; todo me lo iba a guardar para mí.

—Al final voy a tener que presionar para que me lo enseñen —bromeó, ya que yo confiaba en él.

—Eso sería más deslealtad que ponerme los cuernos, así que piénsatelo muy bien, sin joder los sentimientos… ¿No te comes la tosta? Se va a enfriar.

—Si no fuera porque te amo, te tiraba hoy al canal. —Se echó a reír.

—Lo único que me pasaría es que tendría que nadar; lo grave sería cuando saliese, que no ibas a tener canal para salvarte.

—Me acabas de poner muy…

—¿Una ostra? —Le ofrecí, causándole una risilla—. Por cierto —se la dejé en su plato—, ahora tenemos que pasar por el súper, que tengo anotadas las cosas que nos faltan.

El caso es que yo hacía la compra grande por Internet y me la traían hasta la casa, pero lo que iba faltando lo íbamos comprando. Además, nos gustaba ir al mercado a comprar verdura, pescado y marisco fresco.

Para terminar la comida, nos pedimos un limoncello con hielo. Me encantaba; era mi bebida favorita para después de un atracón.

Stefano pasó diez minutos al teléfono con Paola, escuchándola con atención. Al final, solo le dijo que hablaría con la niña al día siguiente y que la recogeríamos a la salida de la escuela para ir a comer con ella. Pagó, y salimos del restaurante rumbo al supermercado.

—Paola me llamó para contarme que la niña tuvo un percance en el colegio.

—¿Qué pasó? —Me preocupé por completo.

—Han llamado a Paola para decirle que Emma desafió al profesor con la teoría de que la Tierra es plana y no quiso entrar en razón. Es más, le dijo que entendía lo que el sistema le quería enseñar, pero no por eso le iban a derribar sus teorías, a no ser que le presentaran otras que le demostrasen que la suya no tenía razón ni lógica.

—Es de la teoría del terraplanismo. —Me eché a reír—. Yo qué quieres que te diga, pero lo que han visto como una provocación por su parte fue toda una defensa a lo que ella cree. Y ojo, que no todo está demostrado y puede tener totalmente la razón.

—Y no se la quito, ni dejo de estar orgulloso de ella, pero, como le he dicho mil veces, unas cosas son sus teorías y otras, que las aplique cuando se tiene que estudiar lo que el sistema educativo le pone por delante.

—Sí, pero oye, que también tiene derecho a exponer.

—Nadie le pidió que expusiese su teoría, sino la científica y única avalada hasta ahora.

—Que sí, que sí, lo que tú digas.

—¿Me estás dando la razón por dármela?

—Obvio, ¡anda que no se nota! —Le hice una burla.

Capítulo 51



Stefano

La noche se había instalado en la ciudad como un suspiro largo y profundo. Venecia, con su habitual ritmo pausado, parecía contener la respiración para no romper la intimidad que nos envolvía en casa. Las luces del salón, suaves y cálidas, acariciaban las paredes.

Andrea terminaba de colocar las copas en la mesa del comedor, junto a las velas encendidas. Aunque habíamos decidido cenar en casa, queríamos que la noche fuera especial. De esas que se recuerdan sin necesidad de haber hecho nada extraordinario.

Yo había preparado la cena: pasta fresca con salsa de setas y trufa —su favorita—, acompañada de una botella de vino tinto que habíamos reservado hacía semanas para una ocasión así. En el aire flotaba el aroma a parmesano recién rallado, al vino abierto con mimo, y a ese perfume suave que Andrea solía ponerse cuando quería dejarme sin palabras.

La observé en silencio mientras caminaba descalza sobre la alfombra del salón, con un vestido ajustado color crema que delineaba sus curvas sin pretensiones. El cabello suelto caía en ondas suaves sobre los hombros. Y esa sonrisa… la sonrisa que guardaba solo para cuando estábamos los dos, lejos del mundo.

—Todo listo —dijo, girándose hacia mí—. ¿Seguro que no prefieres que lo haga yo?

—Ni hablar. Esta cena es por y para ti. Tú ya haces demasiado.

—¿Demasiado? —Arqueó una ceja, divertida.

—Demasiado bien todo. Me estás malacostumbrando.

Andrea soltó una risita y se sentó a la mesa. Me acerqué para servirle el vino y luego tomé asiento frente a ella. Alzamos las copas.

—Por nosotros —dije.

—Por lo que viene —añadió ella.

Chocamos las copas con suavidad. El cristal emitió un tintineo breve, como si celebrara con nosotros. Bebimos despacio, dejando que el vino llenara el silencio cómplice que se instaló unos segundos entre los dos.

—¿Estás nerviosa? —le pregunté al comenzar a cenar.

Andrea me miró por encima de la copa.

—¿Quieres la verdad?

—Siempre.

—Sí. Estoy hecha un manojo de nervios. Y al mismo tiempo, no puedo esperar a que llegue el día.

—¿Qué te pone más nerviosa? ¿Que algo salga mal?

—No… bueno, un poco eso también. Pero creo que es la emoción. Es como si todo lo vivido hasta ahora nos hubiera llevado a ese momento. Como si fuera un nuevo comienzo.

Asentí, comprendiendo cada palabra. Yo también lo sentía así. La boda no era solo una celebración: era una promesa, un salto hacia delante, una forma de poner nombre a todo lo que ya éramos.

—¿Y tú? —preguntó.

—Estoy tranquilo… pero cuando pienso en ti caminando hacia mí con ese vestido que te niegas a describirme, tengo que recordarme que debo respirar.

Andrea se sonrojó. Me encantaba verla así, con las mejillas encendidas, como si aún no se creyera que alguien pudiera mirarla con tanta devoción.

—¿Sabes lo que más me gusta de ti? —le dije.

—¿Mi trasero? —respondió, y ambos reímos.

—Eso también. —Concedí—. Pero lo que más me gusta es que contigo la vida es fácil. No es sencilla, ni libre de complicaciones. Pero es fácil de amar. Fácil de compartir. Fácil de caminar.

Andrea dejó los cubiertos y me tendió la mano por encima de la mesa.

—¿Y sabes lo que más me gusta de ti?

—Ilústrame.

—Que cuando estoy contigo me siento a salvo. Como si el mundo pudiera desmoronarse a mi alrededor y, aun así, yo estaría bien. Porque tú estás ahí.

Sentí un nudo en la garganta. Apreté su mano y la besé con ternura. El resto de la cena transcurrió entre miradas largas, frases suaves y silencios que no pesaban. Terminamos los platos y dejamos las copas a un lado.

Me levanté sin decir nada, rodeé la mesa y le tendí la mano. Andrea me miró como si ya supiera lo que estaba a punto de suceder. Sonrió, y cuando cogió mi mano, saqué el móvil del bolsillo, pulsé un botón y, segundos después, la música comenzó a sonar.

Por ti me casaré, de Eros Ramazzotti. La melodía llenó el salón, y Andrea rio, sorprendida.

—¿Tú has planeado esto?

—Desde hace días.

La atraje hacia mí y empezamos a movernos despacio. No era un baile ensayado ni elegante, pero sí sincero. Su cuerpo encajaba con el mío de manera natural, como si hubiera estado hecho para ello.

Sus brazos rodearon mi cuello, yo la abracé por la cintura. Su frente descansó en mi hombro, su respiración se acompasó con la mía.

Pensé en todo lo vivido. En las veces que nos perdimos y volvimos a encontrarnos. En las noches en vela, en las conversaciones eternas, en los silencios compartidos. En Emma, en lo bien que se entendían, en la forma en que Andrea la cuidaba como si fuera suya. Y pensé que por ella haría cualquier cosa.

Por Andrea rompería todas las reglas. Lucharía contra cualquier obstáculo. Renunciaría a todo, menos a ella. Porque su felicidad era la mía. Porque verla sonreír daba sentido a todo lo demás. Porque su amor era mi hogar.

La música seguía sonando y yo deseaba que ese momento no acabara nunca.

El último acorde se desvaneció, y en el silencio que lo siguió, como un suspiro contenido, nuestras bocas se buscaron con la naturalidad de quienes ya se habían besado mil veces y, aun así, seguían deseándolo como la primera.

El beso fue lento, tierno al principio, como si quisiéramos saborearnos, recordar quiénes éramos cuando empezamos y todo lo que habíamos recorrido desde entonces. Mis manos se deslizaron por su espalda, marcando el contorno de su cuerpo con un respeto cargado de deseo. Andrea dejó escapar un pequeño suspiro contra mis labios, y esa pequeña rendición fue el detonante.

Nos besamos más profundo, con más hambre. Y no era solo física, era emocional. Era ese tipo de hambre que llegaba cuando habías esperado tanto por algo que, al fin, estaba entre tus brazos. Mis dedos se enredaron en su

cabello mientras ella pasaba los brazos por mi cuello, acercándose más a mí, buscando ese lugar exacto donde encajábamos a la perfección.

—Llévame contigo —susurró.

La miré en silencio, sin dejar de acariciarle la mejilla con el dorso de mi mano. No dije nada, solo asentí, y entonces cogí su mano y la guie hacia el dormitorio. Cruzamos el pasillo casi en silencio, pero cada paso parecía cargado de electricidad. Cerré la puerta tras de nosotros sin perder el contacto con su mirada.

Andrea se quedó de pie junto a la cama, mirándome como si estuviera viendo algo sagrado. Me acerqué sin prisas, tomándome el tiempo de observar cada centímetro de su piel iluminada por la luz tenue de la lámpara. Le aparté con suavidad un mechón de cabello del rostro y acaricié su mejilla.

—Eres preciosa —murmuré.

Ella sonrió, con esa mezcla de timidez y deseo que me volvía loco.

—Hazme tuya, Stefano.

No esperé más. Mis labios se posaron de nuevo sobre los suyos, esta vez con una pasión más urgente. Mis manos bajaron lentamente por su cuello, sus hombros, hasta el lazo del vestido que descansaba en su espalda. Lo deshice con cuidado, sintiendo cómo la tela cedía y caía lentamente, dejándola solo en ropa interior.

Andrea tembló apenas. La rodeé con los brazos y la besé en el cuello, descendiendo lentamente hasta su clavícula. Ella echó la cabeza hacia atrás y soltó un suspiro largo, lleno de anticipación. Llevó sus manos a mi camisa, desabrochándola con dedos temblorosos, como si necesitara sentirme ya, piel con piel. Me la quité y dejamos que cayera al suelo.

Nos quedamos frente a frente, semidesnudos, expuestos. Ella me acarició el pecho, la mandíbula, bajando lentamente por mi abdomen. Su tacto era fuego. Calor puro. Se acercó para besarme de nuevo, más profundo, más salvaje, y su cuerpo se pegó al mío como si necesitara fundirse conmigo.

Retrocedimos hasta que sus piernas tocaron el borde de la cama. La hice sentarse con cuidado, y me arrodillé frente a ella. Le besé el vientre por encima de las braguitas, con devoción, como si cada parte de ella fuera sagrada. Andrea se dejó hacer, apoyando las manos en mis hombros, con los ojos cerrados y la respiración acelerada.

—No dejes de mirarme —le pedí.

Abrió los ojos, brillantes, encendidos. Le quité lentamente la prenda interior y me tomé el tiempo de contemplarla. Su cuerpo, su expresión, su entrega. Me incliné sobre ella y la besé en el muslo, y acabé jugando con mi lengua en el centro de su placer. Ella seguía mirándome mientras jadeaba y gemía, mientras se movía en busca de más placer y yo se lo daba.

Llevé dos dedos a su vagina y comencé a penetrarla mientras seguía lamiendo y mordisqueando su clítoris, hasta que noté cómo se estremecía, lista y preparada para el clímax. No tardó en llegar ese momento y el grito que escapó de sus labios mientras dejaba la cabeza caer hacia atrás, resonó en la habitación.

Volví a besarle el muslo y después en el centro de su vientre, subiendo por su cuerpo hasta besarle en el pecho, desabrochando con cuidado el sujetador. Andrea me rodeó con las piernas, atrayéndome hacia sí con urgencia.

—Te necesito —susurró, jadeante—. Hazme sentir tuya.

Y lo hice.

Nos tumbamos sobre la cama, entre caricias suaves y besos húmedos. Nuestros cuerpos se buscaron con una sincronía natural, como si hubieran sido diseñados el uno para el otro. Me deshice del resto de la ropa mientras ella me acariciaba la espalda con las uñas, arañando suavemente, marcando su territorio. Me coloqué sobre ella, apoyando mi frente contra la suya.

—Te amo —le dije, con la voz rota por la emoción—. Y nunca, jamás, dejaré de hacerlo.

Andrea me acarició la cara, y sus ojos se llenaron de lágrimas brillantes.

—Yo también te amo, Stefano. Con todo mi corazón.

La besé con ternura, y entonces nos fundimos. Entré en ella despacio, mirándola a los ojos, queriendo grabarme para siempre ese momento. Andrea soltó un gemido entrecortado, y me aferró con fuerza. Comenzamos a movernos al unísono, con un ritmo lento, profundo, que no buscaba el clímax inmediato, sino el viaje, el compartir cada sensación, cada latido.

Nos susurramos cosas al oído. Secretos, promesas, palabras dulces entre jadeos. Ella me dijo que nadie la había hecho sentir así. Que conmigo sentía que todo encajaba. Que el amor era esto, exactamente esto. Y yo le repetí que la adoraba, que era mi todo, que no existía nada más fuera de esa cama, de esa habitación, de esa noche.

Aceleramos el ritmo poco a poco, llevados por la intensidad del momento. Su cuerpo se arqueó bajo el mío, y yo la sujeté con una mano en la cadera, mientras la otra le acariciaba el rostro. Su boca se abrió en un gemido ahogado cuando llegó al orgasmo, y yo la seguí segundos después, dejándome caer sobre ella, exhausto, feliz, lleno.

Permanecimos abrazados, jadeando, sin decir nada, solo sintiendo. Su piel contra la mía, su pecho subiendo y bajando lentamente, su corazón latiendo cerca del mío. —¿Estás bien? —le pregunté al oído.

—Estoy mejor que nunca.

La abracé más fuerte y besé su hombro, su frente, su nariz.

—No quiero que esta noche termine.

—Entonces no dejemos que se acabe —murmuró, acariciándome el cuello.

Cerré los ojos y sonreí. Porque en ese instante, no necesitaba nada más. Ni futuro, ni pasado. Solo a ella. Solo a Andrea.

Capítulo 52



Andrea

Los meses habían volado y ya nos encontrábamos a tres días de un primero de julio en el que se celebraría nuestro enlace.

Stefano había cerrado durante una semana todo un hotel en todo el centro de Venecia únicamente para nuestros invitados. Así podrían disfrutar de los días anteriores y posteriores a la boda.

En el hotel ya se encontraba mi padre con Lola, Tessa con Alex, Julia con Julio, sí, el camarero con el que se intercambió el Instagram y con el que comenzó un tonteo que los llevó a irse a vivir juntos unas semanas atrás —*quién nos lo iba a decir*, pensé y sonreí—.

Mi madre y Lorenzo estaban viviendo una auténtica luna de miel y eso que aún no se habían casado, pero tenían intención de hacerlo y en breve. Jamás la vi tan ilusionada como con su italiano, como ella decía, y hasta me daba la sensación de que con él había llegado la definitiva. Habían tenido una pedida preciosa en la que Stefano y yo fuimos partícipes.

Emma había aprobado el curso con matrícula de honor, no era de extrañar, dada su alta dosis de cultura e intelectualidad, y supe que así serían los años venideros con mi niña preferida.

Me tenía de lo más enamorada y, aunque no era mi hija, la sentía como si lo fuese, pero siempre respetando el lugar de Paola, su madre. Ese equilibrio,

esa ternura, lo eran todo.

Todo brillaba, como estos días de verano que lo hacían con más intensidad que nunca y que parecía que estaban ahí para recibir nuestro momento, ese que estaba deseando que llegase, ya que los nervios iban aumentando por días. Cada amanecer era una cuenta atrás; cada tarde, un suspiro más profundo.

Aquel día teníamos cena con todos los nuestros, una preboda, según Tessa y Julia, que venían dispuestas a echar a arder los canales, como decían en este caso las dos.

Para ese día, Stefano me había traído de su nueva colección un impresionante vestido tipo Marisol, como yo lo bauticé, y que era toda una cucada. Sin mangas, cuello de barco, pegado al cuerpo con corte en la cintura y caída hasta las rodillas en forma de princesa. Era en tono marfil y lo acompañaría con unas sandalias que obviamente también eran de su firma en tono dorado, como todos los complementos de joyería. Él iría a juego con mis tonos. Casi podía verme reflejada en ese dorado, radiante y nerviosa.

Habíamos quedado a las seis en un restaurante de un antiguo palacete que era una joya de la elegancia y distinción de la ciudad. Obviamente, mi futuro marido lo había cerrado para nosotros.

—Estás preciosa. —Se acercó a mí, acariciando mi mejilla y sonriendo con una felicidad que le salía sola.

—Tú también, mi amor. —Cerré los ojos acercándome para besarlo.

—Si no fuese porque ya nos están esperando afuera, te diría que el vestido volvería a caer sobre la cama.

—¡Vamos! —Tiré de él riendo.

Su barco nos recibió para llevarnos hasta el evento donde ya habrían llegado en otros los demás. Iba un tanto nerviosa, pero del momento tan bonito que estaba viviendo, y eso que era previo a nuestro enlace. No me

quería ni imaginar cómo estaría ese día. El estómago, un nido de mariposas; el corazón, un tambor.

Llegamos hasta la puerta del palacete y nos esperaban todos en doble fila para hacernos el paseíllo. Los primeros dos camareros que abrieron con dos copas con las que nos agasajaron para un primer brindis.

Emma no dejaba de tirarnos besitos mientras todos aplaudían. Me la tenía que comer, esa niña me tenía de lo más enamorada, perdida.

No faltaba ninguno de los que queríamos que estuvieran en este momento: Mi madre con Lorenzo, mi padre con Lola, Julia y Julio, Tessa y Alex, Paola con su niña y mi suegra, esa maravillosa mujer que se había convertido en mi segunda madre y que estaba ahí siempre de la manera más incondicional.

—¡Vivan los que van a joder esta noche! —gritó Julia y su pareja le dio una colleja mientras todos nos echamos a reír, incluso los camareros que la entendieron alto y claro.

De fondo comenzó a sonar la canción de *Soy un italiano*, cantada por Sergio Dalma, para dar un toque a los dos países. Fue de lo más emocionante. Canción italiana muy famosa, cantada por uno de mis cantantes favoritos.

Comenzamos a hacer el paseíllo mientras todos cantaban…

«Quiero cantar muy alto, con la guitarra en mano…»

Lloraba de la emoción de vivir ese momento, de la mano de mi gran amor, ese que siempre fantaseé y soñé. Ahora estaba aquí viviendo la historia de amor más bonita del mundo y cantando ese tema que se volvería todo un icono de lo nuestro.

De repente apareció un camarero con un precioso ramo de flores que tomó Stefano y me entregó entre aplausos y bailes a ritmo de la canción y luego nos fundimos en un gran beso que me llevó hasta a echarme hacia atrás, sujeta de su brazo.

Momentazo para empezar una noche que se tornaba de lo más especial y bonita, como el patio interior en el que habían puesto una mesa gigante y redonda en el centro con un centro de flores y todo de una manera elegante y delicada que era toda una locura para la vista.

Para comenzar, pusieron una selección de entrantes inspirados en el marisco y con guiño hacia mí, que era la tonta de todo lo que tuviera que ver con el mar. Julia y Tessa estaban flipando y no dejaban de echar foto a todo.

—Hoy quiero hacer un brindis —dijo mi padre levantándose y sorprendiéndonos a todos, ya que él era muy de mantenerse en un segundo plano y no querer llamar la atención.

—¿Quién iba a decir que mi ex iba a dar unas palabras? —soltó mi madre, causando la risa de todos.

—Bueno, pues las daré. —Sonrió a la vez que arqueó la ceja.

—Dejadle hablar o mato a alguien —dijo Tessa señalando con su cuchillo.

—Lo primero —se le escapó una risilla por lo de Tessa—, quiero dirigirme a mi hija, nuestra hija. —Miró a mi madre.

—Menos mal que has rectificado o el cuchillo te lo clavo yo —le contestó mientras nuestras risas iban en aumento.

—Hija, es un orgullo para nosotros tenerte en nuestras vidas.

—Sobre todo en la mía, que la hice la mujer que es.

—¡Qué te calles! —le grité riendo a mi madre y Tessa se bajó de la silla al suelo a reír dobladita perdida.

—Pues claro que la cuidaste, con el corazón —le dijo a mi madre, negando y riendo.

—Con el corazón, dice el desgraciado.

—Te lo has buscado —le contestó Lorenzo tapándole la boca. Hasta los camareros lloraban de la risa mientras rellenaban las copas de vino.

—Gracias, don Lorenzo —le dijo mi padre.

—Lorenzo, sin más, amigo —le contestó él.

—Pues eso, hija, que eres nuestro orgullo, nuestra fuerza y la que consigue que pongamos pasión en todo lo que ronda a tu alrededor. Te quiero muchísimo, tu madre también, lo digo ya antes que le destape la boca y me diga que por qué no la nombré, ¡como si no la conociera! —Nos reímos todos —. Qué estamos muy felices —miró a una Lola emocionada y le acarició la mejilla— de que tu sueño se haya hecho realidad y que hoy, podamos estar contigo —señaló a todos— viviendo este momento.

—¡Me lo como! —gritó Julia y se puso a aplaudir. Todos la siguieron.

—Ahora quiero dirigirme a ti, Stefano, mi yerno. ¿Quién me iba a decir a mí que iba a tener al magnate de la moda en mi familia? Nadie, pero ten por seguro algo. Tu corazón es mucho más grande, humilde y leal que toda esa fortuna que amasas, porque el verdadero valor lo tienes tú y no tu cuenta bancaria. Estoy seguro de que vas a hacer inmensamente feliz a mi hija, al igual que no me cabe la menor duda de que ella a ti también.

—Qué me sueltes, coño —le dijo mi madre a Lorenzo quitando la mano.

—Se lo ha dicho en francés —murmuró Tessa, causando la risa en todos.

—Gracias, suegro. Es un honor y orgullo tenerte en la familia.

—¿Y a mí qué, desgraciado? —le preguntó mi madre a Stefano— Que a esa la parí yo por mis partes, que no la cagué.

—Ya sabes que te adoro —le contestó él riendo.

—Quiero continuar, por favor —pidió mi padre riendo—. Ahora quiero dirigirme a ti. —Miró a mi madre.

—Yo a mi Lorenzo no lo dejo, que tiene más pasta que tú.

—Tranquila, que no se me ocurriría. —Volteó los ojos—. A pesar de todo, hoy estamos aquí para acompañar a nuestra hija con todo el amor de padres del mundo. —Mi madre cogió la servilleta y comenzó a emocionarse—. Quiero que sepas que eres una de las cosas más bonitas que pasó por mi vida, porque gracias a ti, la tengo a ella. —Me señaló y mi madre y todos ya estábamos llorando de la emoción.

—Hoy te lo has ganado. —Se levantó y se fue para él con los brazos abiertos y se fundieron en un abrazo lleno de besos en la mejilla y emoción.

Me puse a llorar como una niña pequeña, pero al ver a todos, no era la única que lo hacía.

—Y si me dais un momentito más, quería dirigirme ahora a Lola.

—Menos mal, ya me iba a marcar un «novia a la fuga» —dijo en bromas y todos nos reíamos.

—Te quiero, bien sabes lo que siento por ti. —Se puso a su lado e hincó la rodilla, sacando un anillo ante la mirada de sorpresa de todos—. Quiero casarme contigo, porque desde que te conocí, comprendí que la bondad, amor y cariño que transmitías solo podía convertirse en mi calma. ¿Aceptas convertirte en mi mujer?

—¡Pues claro! —dijo ella saltando encima de él y consiguiendo que terminasen en el suelo haciendo la croqueta mientras todos aplaudíamos.

Le colocó el anillo y sellaron su amor con un beso entre nuestros aplausos. Era tan bonito lo que estaba viviendo que la emoción que estaba experimentando era de lo más intensa.

La madre de Stefano también se levantó después de que todo en la mesa volviera a la calma.

—Me toca, no puedo ser menos —dijo con timidez, sonriendo y sacando el lado más tierno de todos.

—Claro, mamá, estamos deseando escucharte.

—Lo primero, quiero dirigirme a mi nuera, y con permiso de su madre, a la que siento ya como una hija, sin quitarle a ella su lugar en ningún momento. —Señaló a mi madre.

—Tranquila, la compartimos, así nos dividimos los dolores de cabeza —soltó quedándose tan ancha y causándonos otro momentazo.

—Cariño. —Me miró sonriendo—. Siempre deseé para mi hijo lo mejor, pero jamás pensé que lo mejor pudiese ser tanto. Eres lo más bonito que podía entrar en nuestras vidas. Te quiero.

—¡Y yo, mi bella! —Me levanté para abrazarla.

—Y a ti, hijo, que eres la bendición más grande del mundo. Que eres la mejor persona que he conocido y que, aunque por poco me muero en el parto, tuve la mejor de las recompensas. Te amo de aquí al infinito…

Se dieron un precioso abrazo que nos emocionó a todos. Era tan bonita la relación de ellos que traspasaba todos los límites.

—Y, por último, con perdón de los novios. —Miró a Paola y a la niña.

—No hay nada que perdonar, suegra, hazlo —le dije emocionada y con lágrimas en los ojos.

—Gracias por haberme dado esta preciosa nieta que quiero con todo mi corazón y lo sabes. Para mí no solo serás siempre la madre de mi nieta, sino que también eres como una hija para mí. Que os quiero a las dos con locura y que sois mis bendiciones también. —Se abrazaron las tres llorando, como también lo hacíamos los demás.

—¡Me toca! —gritó Tessa levantándose, pero tal como se levantó, Alex la sentó.

—A este paso cenamos en el desayuno —dijo la pequeña—. Por cierto, yo sí voy a decir algo —soltó captando la atención—. Andrea, abuelita y mamá,

os quiero un mundo. —Sonrió.

—¿No te has olvidado de alguien? —dijo el padre después de un carraspeo.

—No, porque ahora me iba a dirigir a ti —sonrió—, pues a ellas las quiero un mundo, pero a ti un firmamento. Te amo mucho, papá —dijo con la voz entrecortada, haciendo que la emoción volviera con intensidad.

Se fue hacia él corriendo y lo abrazó con todas las fuerzas. Luego se fue hacia su madre y se la comió a besos, luego hacia su abuela y, por último, a mí, que casi me tira al suelo del abrazo tan gigante que me dio.

—Eres mi segunda mamá —me dijo al oído y por poco me desmayo.

—Eres de las cosas más bonitas que tengo en mi vida. Te quiero, cariño —le dije abrazándola muy fuerte.

La cena fue intensa y no faltaron platos de alta cocina a base de marisco. Esta preboda era eso, algo íntimo, bonito y personal. Había merecido la pena hacerla así para vivir estos momentazos de risas y emociones.

Para los postres fue todo un deleite de degustación de tartas y helados que acompañamos con limoncello, algunos, y otros con otras bebidas.

Justo antes de comenzar a levantarnos para irnos, Stefano se levantó y me entregó un regalo. No me lo esperaba.

—Espero que te guste.

—No me esperaba nada más —murmuré emocionada.

—Eso me gusta, que pueda sorprenderte. —Acarició mi mejilla.

Era una bolsita de la parte de joyería de su firma. Dentro había una cajita tipo joyero que, al destaparla, descubrí que había una preciosa pulsera de oro blanco que era rígida y tenía labrados y brillantes.

—Qué bonita. —Lo miré con lágrimas de emoción.

—Solo se hicieron tres. Una se la regalé a mi madre por darme la vida. La otra se la regalé a Paola por ser una madre y persona ejemplar, y la tercera la tenía guardada para regalársela a la mujer que fuese capaz de enseñarme, lo que significaba la palabra amor en todo su abanico. Hoy puedo decir que te tengo, porque era a ti a quien siempre busqué. Te pertenece. —Me la colocó en la muñeca.

—Me emociona más la historia de la pulsera que haberla tenido en exclusividad. Una vez más demuestras que se puede dar amor de diferentes formas y que tu nobleza supera a la ficción. Te amo, hoy y siempre.

Capítulo 53



Andrea

Amanecía un día cargado de emociones que me tenían a flor de piel desde bien temprano. Me casaba con el amor de mi vida y, desde fuera del hotel donde celebraríamos nuestro enlace, los medios retransmitían cada detalle.

Era uno de los hoteles más mágicos, lujosos y exclusivos de Venecia. Stefano lo había cerrado toda la semana solo para nosotros, y allí se alojaban nuestros amigos, familiares e invitados.

Yo despertaba en una de las dos *suites* de la última planta. En la contigua lo hacía Stefano, pese a su negativa a marcharse, hasta que finalmente lo eché.

A las siete de la mañana ya estaba en mi terraza, disfrutando de un café y de un desayuno de película, como todo lo que se avecinaba y lo que ya estaba viviendo. Desde allí podía observar a los medios apostados alrededor del canal, enfocando sus cámaras hacia el hotel, aunque sin posibilidad de verme.

Las noticias no dejaban de repetirlo: la boda del año, algunos incluso se atrevían a llamarla la boda del siglo. Yo sonreía al leer titulares como:

«Llegó el día en que la periodista española dará el "sí, quiero" al magnate italiano de la moda.»

«Hoy Venecia se viste de gala para la boda que más expectación está causando a nivel internacional.»

«La periodista Andrea Paredes dará el "sí, quiero" al CEO italiano Stefano Marchetti.»

«A pocas horas de producirse la esperada boda mundial entre el magnate de la moda italiano y la periodista española.»

«El amor triunfa hoy entre la moda y el periodismo con el enlace de Stefano y Andrea, los personajes más populares de la actualidad.»

«Medios internacionales esperan retransmitir cualquier detalle sobre la boda en Venecia.»

Cientos de titulares y miles de publicaciones en redes hablaban sobre nosotros y la boda. Era increíble, emocionante, y me arrancaba una sonrisa. Porque después de aquellos primeros enfrentamientos públicos, ¿quién iba a pensar que la historia acabaría en esto…?

Algo dentro de mí se removió y recordé que yo también era periodista. Me levanté, me asomé a la barandilla de la terraza y saludé a todos los que estaban allí concentrados.

Sí, estaba en pijama. Pero era un conjunto precioso: camisa de manga y pantalón corto de raso con elastano, blanco, elegante. Mi cabello lucía perfecto. Y pensé que aquel era el mejor regalo que podía hacerles: regalarles una instantánea en pijama, con la mejor de mis sonrisas y un saludo con la mano. La reacción fue inmediata. Se emocionaron tanto que comenzaron a aplaudir incluso antes de lanzar sus cámaras hacia el cielo.

Me gritaban un montón de cosas bonitas en todos los idiomas. Eran mis compañeros, los conociera o no. Yo había vivido momentos en los que habría dado lo que fuera por recibir un gesto así. Se lo debía.

Regresé al sillón para seguir disfrutando del desayuno y del café, esta vez acompañado de un cigarrillo. Fumaba muy poco y no todos los días, pero hoy lo necesitaba.

Un mensaje me sacudió de mis pensamientos. Sonreí al ver que era de mi inminente esposo.

Stefano: *No vuelvas a dejarme ni una noche más solo. He conocido la desolación y la tristeza, la falta y la necesidad. He sentido un vacío que no quiero volver a experimentar en mi vida. No me faltes nunca. Te amo.*

Lo que me acababa de escribir era precioso, pero me estaba creando serias dudas del tono en el que estaba escrito. Empezaba expresando enfado, luego rabia, para terminar pasando por la tristeza y el desahogo.

Andrea: *Que te jodan…*

Ya, ya lo sé. No era lo más correcto ni bonito para contestar, pero como lo conocía, me temía que estaba triste o cabizbajo y sabía que, con esa sola respuesta y conociéndome, le había sacado una carcajada. Y no tardó en contestarme.

Stefano: *Si no fueses así, no te amaría tanto. Me muero por verte y abrazarte.*

Andrea: *Te amo, mi vida, te amo. Deseando estoy de convertirme en tu mujer. Y como dice una cantante que me gusta tanto… ¡Yo me caso contigo!*

En el grupo de mis amigas ni entraba; de hecho, prohibí que nadie me viera hasta que mi padre me llevara al altar. No quería a nadie a mi alrededor. Era mi momento. Llamadme egoísta, pero necesitaba vivirlo sola, conmigo misma. Ni siquiera quería leer lo que me escribían: solo deseaba conectar con este instante tan importante y disfrutar de mis últimas horas de soltera.

Llamé a la recepción del hotel y ordené que preparasen para la prensa cafés y un desayuno completo, y que les permitieran ocupar la terraza exterior, cerrada ese día al público. No dudaron en aceptar mi petición.

A las diez de la mañana llegó la peluquera, que también era maquilladora. Una de las mejores de Italia, venida expresamente desde Milán por petición de Stefano, que sabía que era una de mis favoritas y a quien seguía con devoción en las redes.

Se llamaba Giovanna y venía tan nerviosa que no dudó en confesarme que estar allí para prepararme era uno de los mayores logros de su carrera. Me

sentí muy halagada.

El cabello me había crecido muchísimo y ya casi rozaba mi cintura. No lo cortaba desde el año anterior, salvo para sanear las puntas.

Decir que Giovanna hizo con mi pelo, una maravilla era quedarme corta. Lloré al ver el resultado y besé aquellas manos que habían conseguido que ese día mi melena brillara como nunca. El peinado era suelto, natural, de lo más bonito: suaves ondas que caían con delicadeza y unas horquillas a cada lado del flequillo, finas y preciosas, creadas especialmente para mí por la firma de Stefano.

Luego pasó al maquillaje, en tonos naturales, con un pequeño brillo rosa dorado en las mejillas que quedó brutal. Amaba lo que veía en el espejo: era yo, pero con todo resaltado, sin exceso, sin ruido de color.

Llegó Jennifer para ayudarme a vestirme. Era la única que conocía el diseño, pues ella misma lo había creado, inspirándose en lo que yo deseaba. Estaba radiante, lista para la boda. Entre los invitados habría unas doscientas personas, muchas de ellas celebridades del mundo entero.

Jennifer y Giovanna me ayudaron a colocarme el vestido, y la emoción se reflejó en sus rostros al verme completamente lista. Yo misma estaba mejor de lo que había imaginado y tuve que contenerme para no llorar y arruinar el maquillaje, aunque era fijo y resistente al agua.

El vestido era una fantasía delicada que brillaba por sí mismo: un finísimo encaje al cuello, sin mangas, con escote barco, ceñido hasta la cintura y una falda de tul que caía con una pequeña cola, no muy pronunciada. Nada recargado. Las joyas de la firma aportaban la sobriedad y el equilibrio perfectos como complemento.

Mi padre apareció guapísimo, con un ramo de flores precioso que me entregó con manos temblorosas. Después de impregnarme de su olor y de hacernos una foto, lo dejé sobre la mesa y me agarré de su brazo mientras me repetía lo guapísima que estaba y lo orgulloso que se sentía de mí. Sus ojos, inundados de lágrimas, lo decían todo.

Salimos hacia el jardín interior, donde todos estaban ya colocados para la ceremonia. Al vernos llegar, estallaron los aplausos y, a lo lejos, me encontré con la mirada de Stefano. Casi me quedé en *shock*: el italiano más guapo del mundo, con ese traje impecable que me dejó absolutamente impactada.

Su rostro, cargado de emoción y a punto de romper en lágrimas, era la señal inequívoca de que le gustaba lo que veía en mí. Stefano era muy pulcro con su firma, perfeccionista hasta el detalle, pero en ese instante reflejaba con claridad que sí, habíamos acertado de pleno.

Entonces me di cuenta: en un ala del pasillo, más allá de los invitados, estaban todos los periodistas. Había sido decisión de Stefano, en honor al respeto que yo sentía por mi profesión. Me pareció un gesto tan hermoso que no dejaba lugar a dudas: me estaba casando con el hombre perfecto.

—¡Viva la madre que te parió! —Se escuchó a la mía a la vez que todos rompieron en una carcajada y aplaudían. La miré a modo de reprimenda, pero con una risita.

Stefano sonreía al lado de su preciosa madre, viendo cómo llegaba hasta ellos, bajo el tema de Eros Ramazzotti, *Por ti me casaré*. Sonreí porque ese hombre no dejaba de sorprenderme. Estaba claro que, después de haberlo hecho en aquella cena con esta misma canción, esa noche en la que después me amó como si fuera la primera vez, esta se iba a convertir también en la canción de nuestra vida.

«Y tenemos en común más de un millón de cosas»

Me cantaba, a la vez que llegaba hasta él, ver que la emoción no podía con nosotros dos, que a estas alturas ya llorábamos a mares hasta enlazar nuestros cuerpos en un abrazo improvisado.

—Te amo, mi vida. Eres la novia más bonita del mundo —me decía sonriendo y llorando, acariciando mi cara y sin poder evitar en darme un beso en los labios.

—Yo también, Stefano.

—¡Guapos! —Escuchamos la voz de Emma, que estaba en primera fila como una princesita, y mirándonos anonadada.

La miramos y, rompiendo todos los protocolos, la llamamos para que viniera y la colocamos entre los dos. Ella era parte de su historia, y de la mía también, igual que su madre, a la que yo sentía como una auténtica amiga.

La ceremonia fue breve, pero intensamente emotiva, y la sellamos con un beso en medio de la efusividad de los aplausos de los invitados. Incluso la prensa, que respetó su lugar sin invadir, se sumó a esa oleada de emoción. Les lancé un beso al aire y vi cómo sus rostros se iluminaban.

Su madre me abrazó llamándome, hija y repitiéndome de mil maneras lo preciosa que estaba. No podía ser más buena, más cálida ni más cariñosa.

Hicimos el pasillo de la mano mientras sonaba de nuevo Sergio Dalma versionando *Soy un italiano*. De inmediato, todo el mundo comenzó a corearla a pleno pulmón, brazos en alto, dejándose llevar por la energía del momento. ¡Qué instante tan grandioso, Dios mío!

Stefano me sorprendió una vez más: no solo había permitido la entrada de los medios, sino que les había dispuesto mesas y participación en igualdad, como si fueran invitados más. Un gesto enorme, lleno de generosidad.

Brindamos con todos antes de que comenzaran a servir los entrantes y nos regalamos un rato para disfrutar del ambiente, ligeros y felices, antes de sentarnos a comer.

Mi madre no dejaba de posar para los medios, y ellos se lo estaban pasando en grande con ella. La verdad es que era una loquita adorable.

La comida fue preciosa. Y digo preciosa porque cada plato parecía una obra de diseño, elaborado al detalle. No faltaba absolutamente nada: los mejores vinos sobre la mesa invitaban a disfrutarlos y el ambiente era tan cálido que se reflejaba en los rostros satisfechos de todos los presentes.

Estábamos en pleno banquete cuando, de repente, apareció lo que claramente era un coro rociero. Las voces llenaron el salón y la sorpresa me

dejó sin aliento. Ellas vestían trajes de flamenca que, en cuanto los vi, supe que eran diseños de la firma de Stefano. La clase tenía nombre propio: el suyo.

Boquiabierta, aún sin reaccionar, lo miraba a él mientras escuchaba cómo me cantaban *La niña* del grupo Ecos del Rocío, unas sevillanas que me calaron el alma.

«Esta tarde se casa mi niña, yo no sé si reírme o llorar…»

Mi padre se acercó a mí y me sacó a bailar aquellas sevillanas. Nunca lo había contado, pero él las bailaba de maravilla… y yo también, porque de pequeña siempre me había tenido en academias de baile.

El público se emocionó al vernos, y los aplausos estallaban al final de cada copla. Fue un momento tan bonito que hasta los camareros se detuvieron, hipnotizados, disfrutando de aquel espectáculo tan nuestro, tan español.

Al terminar de bailar, me dirigí hacia un rincón donde me esperaban seis ramos de novia idénticos al mío, listos para ser entregados.

Llamé a Paola, Tessa, Julia, Lola, mi madre y hasta a mi suegra. A cada una le di un ramo, y todas rompieron a llorar de la emoción, entre aplausos, abrazos y lágrimas compartidas.

Capítulo 54



Andrea

El ambiente seguía cargado de magia, como si Venecia entera nos hubiera prestado su alma para celebrar el amor. Yo me sentía en una especie de limbo, suspendida entre la risa, el asombro y la incredulidad de pensar que, sí, ¡me estaba casando con Stefano Marchetti! Ese hombre que, apenas unos años atrás, aparecía en mis reportajes como un personaje inalcanzable, casi mítico, ahora me miraba como si yo fuera su mundo entero. Y lo mejor era que yo sentía exactamente lo mismo por él.

Después de repartir los ramos y recibir abrazos de medio mundo —y medio Hollywood también, porque allí estaba desde una actriz ganadora del Oscar hasta un *influencer* que parecía más emocionado que mi propia madre —, decidimos dar un pequeño paseo los dos solos por los jardines del hotel. Bueno, «solos» es un decir, porque a los dos segundos se nos unieron Emma, dos palomas blancas, un violinista y el perrito de una de las invitadas, que al parecer también decidió que merecía formar parte del momento.

—¿Te das cuenta de que esto es de película? —le dije entre risas mientras caminábamos.

—Andrea, mi amor… —respondió con voz grave y seductora— esto es mejor que cualquier película. Porque tú eres real. Y estás aquí, conmigo.

—Ay, por favor, no empieces… que lloro, y todavía tengo que aguantar como cinco horas más con el maquillaje intacto.

—No prometo nada. —Me guiñó un ojo y me dio un besito rápido en la nariz—. Aunque el maquillaje te lo destrozaré esta noche, lo sabes, ¿verdad?

—¡Stefano! —Le pegué con el ramo de flores en el hombro, riéndome como una adolescente—. ¡Que está Emma!

—¡Pues Emma también se irá a dormir! —protestó él haciendo un puchero digno de meme.

Emma nos miraba desde una distancia prudencial, jugando con pétalos y enseñándole al perrito cómo hacer una reverencia. Una reverencia. ¡Yo no podía más!

Volvimos al salón principal, donde nos esperaba la siguiente fase de la fiesta: los discursos.

Empezó mi padre, claro, con su emoción contenida y su voz temblorosa.

—Mi niña… tú siempre fuiste diferente. Tenías ese brillo en los ojos que decía que ibas a llegar lejos. Pero ni en mis mejores sueños te imaginaba casándote con un italiano, en un hotel de Venecia, rodeada de famosos, prensa y gente con nombres que ni sé pronunciar.

Todos rieron y lloraron a la vez. Entonces, mi madre gritó:

—¡Se llama Stefano, hombre! ¡Y pronúncialo bien!

Mi padre suspiró, entre la emoción y la risa, como quien intenta asimilar que su pequeña había cumplido un destino aún más grande de lo que él había soñado.

—Lo intento, mujer, pero con los nervios se me cruza la lengua... ¡Stefino! ¡Estufano! —bromeó, aunque en realidad pronunciaba el nombre de mi marido a la perfección—. ¡Stefano! ¡Ese es!

Aplausos, carcajadas y una palmada cómplice de Stefano sellaron la escena.

Después llegó el turno de mi suegra, mi dulce madre italiana, que se levantó con elegancia para hablar:

—Cuando mi hijo me dijo que estaba enamorado de una española, pensé: *¡Ay, madre, esta sí que viene con carácter!* Pero cuando la conocí, me enamoré yo también. Andrea, eres el regalo más bonito que la vida le ha dado a mi hijo. Bueno… después de mí, claro. Pero tú en segundo lugar. Muy cerca. Muy, muy cerca.

—No, no, abuela, en tercer lugar, que la segunda soy yo. —Saltó Emma con picardía, y no pude evitar reírme a carcajadas.

—Yo me la como —dije mirando a Stefano, y él me dedicó una preciosa sonrisa y me dio un beso rápido en los labios.

—Yo sí que te como a ti, preciosa. —Entre su tono de voz y esa mirada que me estaba dedicando… debía admitir que mi ropa interior corría grave peligro de desintegrarse.

Y entonces llegó el momento de los discursos libres. Aquí ya no había control… y se notó. Mi madre se levantó, copa de vino en mano y mirada intensa.

—¡Hola a todos! Soy la madre de la novia y sí, estoy como una cabra, pero ¿qué queréis? ¡He parido esta maravilla de criatura! —Levantó los brazos como quien presenta a la ganadora de Eurovisión—. ¡Y ahora es la señora Marchetti! ¡Toma ya! ¡Que tiemble Italia!

La prensa aplaudía como si estuvieran en la final del Mundial. Uno incluso gritó: «¡Viva la suegra!», y le lanzó un beso.

Y entonces llegó la sorpresa: Stefano me tomó de la mano y me sacó a bailar.

—¿Bailamos como si no hubiese cámaras? —susurró.

—¿Qué más da si hay cámaras? ¡Nos hemos casado! —le respondí alzando la copa.

Y bailamos como dos locos. Improvisamos pasos que no sabíamos, nos giramos sin sentido, cantamos a gritos. En un arrebato, Stefano incluso se subió a una de las sillas y gritó:

—¡La amo! ¡Amo a mi esposa! ¡A esta periodista que vino a poner mi mundo patas arriba!

Yo me reía tanto que casi me caigo, y él me agarró como un superhéroe.

La tarta nupcial fue otro momentazo. Era de cinco pisos, decorada con detalles dorados, perlas comestibles y flores naturales. Pero lo mejor no fue eso. Lo mejor fue cuando fuimos a cortarla y… Stefano me llenó la nariz de crema.

—¡¿Pero tú estás loco?! —le dije con cara de drama.

—¡Locamente enamorado! —contestó él mientras se escapaba corriendo con la espátula en la mano.

Lo perseguí por medio salón hasta que lo atrapé, y terminamos los dos con la cara llena de tarta, muertos de la risa, regalándonos besos dulces y abrazos pegajosos.

El salón estalló en aplausos. Incluso los camareros nos animaban como si fueran parte de la fiesta. Y yo pensaba: «Esto no es una boda, es una película escrita por el destino».

Después, mientras anochecía y las luces comenzaban a reflejarse sobre los canales, subimos a una góndola privada, solo para nosotros. Allí, por fin, el bullicio quedó atrás y tuvimos un instante de silencio.

Él me miraba. Yo lo miraba. Y todo lo demás simplemente desapareció.

—Andrea —dijo bajito—, ¿te acuerdas la primera vez que me viste en persona?

—Claro. Estabas tan guapo y me quedé tan impactada, que creí que me iba a desmayar delante de ti. Perdí hasta la voz, no te digo más. —Reí.

—Y tú eras peligrosa. Podías desarmar a un imperio con una sola pregunta. Me asustaste.

—¿Y ahora?

—Ahora… —me cogió las manos— ahora sé que nací para encontrarte. Todo lo que construí, todo lo que viví, fue para llegar a ti. Andrea Paredes, mi amor eterno, mi compañera de aventuras, mi escándalo favorito… Te prometo amarte más cada día, incluso cuando me robes el edredón por las noches o grites al ver una cucaracha.

—Eso me pasa una vez cada dos años…

—O cuando dejes la tapa del váter abajo y me caiga medio dormido a las tres de la mañana.

—¡Eso te lo estás inventando!

—Te lo juro. Pero te amaré igual. Con cada locura. Con cada palabra. Con cada silencio. Te prometo que jamás caminarás sola. Seré tu casa. Tu paz. Tu aliado en cada batalla. El padre de tus sueños, el guardián de tu risa… y el hombre que siempre, siempre, verá en ti a la mujer más maravillosa del mundo.

No pude hablar. Las lágrimas me nublaban los ojos. Le apreté las manos, solté una carcajada llorosa y lo besé como si el mundo se acabase.

Él me acarició la mejilla, la que estaba ya mojada por mis lágrimas, y añadió, bajito, al oído:

—Lo que un día fue un sueño para ti, hoy es mi realidad más feliz. Y juro, Andrea, que jamás dejaré de luchar para que siempre seas así de feliz. Hasta el último día de mi vida, y aun después… juro que seguiré siendo tuyo.

En ese momento supe que todo era verdad. Que los sueños sí se cumplían. Que a veces tardaban, que a veces parecía que se olvidaban, pero llegaban. Y cuando llegaban, lo hacían con tanta fuerza que te cambiaban el alma.

Stefano Marchetti, el hombre que un día vi en una revista, el que pensé que jamás conocería, se convirtió en el amor de mi vida.

La góndola volvió al muelle privado del hotel, y nosotros desembarcamos aún con las emociones a flor de piel. Nos esperaban luces colgantes, velas flotantes y una pista de baile montada en el jardín interior, sobre una plataforma de cristal que dejaba ver el agua iluminada por debajo. Un auténtico cuento de hadas con presupuesto ilimitado.

Emma nos esperaba, tan preciosa que parecía una figurita de porcelana, pero con esa mirada pícara que ya me tenía alerta. La conocía, y lo hacía demasiado bien.

—¿Qué tramas, pequeña? —le pregunté con la ceja arqueada.

—Nadaaaa… —respondió, alargando la palabra como hacían los niños cuando estaban ocultando algo.

Stefano la miró igual de desconfiado, pero ella simplemente sonrió… y se fue hacia el DJ.

—No puede ser… —dije en voz baja.

—Oh, sí puede —respondió Stefano mientras se llevaba la copa a los labios—. Esa es la cara que pone antes del caos.

Y así fue.

El DJ, con una cara mezcla de «me van a despedir» y «esto va a ser buenísimo», asintió y de repente la música cambió. Se apagaron las luces y se escuchó una voz infantil por los altavoces.

—Atención a todo el mundo. Aquí habla Emma. Esto es una boda, ¿verdad?

—¡Síii! —gritaron todos, incluso los periodistas.

—¿Y los novios se aman?

—¡Síií! —gritamos Stefano y yo, entre risas.

—¿Y yo puedo hacer lo que me dé la gana porque soy una niña adorable vestida de tul?

Risas y un «¡Claro que sí!» generalizado, siguieron a sus palabras.

—Entonces… ¡Que empiece la fiesta de verdad!

¡Boom**!** El DJ puso *La Macarena*.

Emma se subió a una de las mesas, vacía, gracias a Dios, y comenzó a bailar con una precisión de TikTok que hizo que todas las cámaras se giraran hacia ella. El perrito de antes se unió al baile, ladrando al ritmo de la música. Yo no sabía si llorar de emoción, reírme hasta caerme o unirme al espectáculo.

Stefano me miró.

—¿Tú sabías que ella bailaba así?

—¡Yo la he visto bailar con Pocoyó, pero esto es otro nivel!

Los invitados rompieron en carcajadas, empezaron a grabar con sus móviles y, en un abrir y cerrar de ojos, medio mundo estaba bailando *La Macarena* en la boda más glamurosa del siglo. Desde celebridades de la moda hasta políticos, pasando por mi madre, que ya había sacado un abanico y lo agitaba como si estuviera en una feria andaluza.

Incluso una de las diseñadoras de moda más famosas internacionalmente se levantó, se quitó los tacones y se puso a bailar descalza. Stefano la miraba en *shock*.

—Mi carrera acaba hoy —dijo con una mano en el pecho—. Donatella descalza bailando *La Macarena*. Esto es el apocalipsis.

—No, amor… esto es tu nueva colección Primavera-Verano: Caos y Amor.

Nos reímos, y la fiesta siguió desatada por un buen rato. Emma, como premio por su gran «intervención artística», fue levantada en hombros por Alex y Julio, que la adoraban, y paseada como si fuera una estrella de rock infantil. Ella saludaba con la mano como una princesa pop.

Pero entonces llegó el momento más bonito de la noche. Un pequeño descanso, las luces bajaron de intensidad, y una de mis amigas, Tessa, se acercó a mí con una copa de champán en la mano y una sonrisa conspiradora.

—Andrea… ¿Te apetece que hagamos algo juntas todas las mujeres?

—¿Algo tipo de karaoke?

—No… algo tipo himno de amor, para decirles a estos hombres lo afortunados que son.

—Oh, me gusta. ¿Y qué canción?

Ella me mostró su móvil, vi cuál había elegido y sentí un nudo en la garganta.

—Es perfecta.

Nos fuimos pasando el mensaje de mujer a mujer, y pronto todas las invitadas, desde mis amigas hasta la madre de Stefano, pasando por actrices, diseñadoras y periodistas, se unieron en una conspiración maravillosa.

Y entonces… empezó a sonar.

«Contigo aprendí… que existen nuevas y mejores emociones…»

El clásico de Armando Manzanero, cantado a coro por más de cien mujeres, llenó el jardín. No había ensayo, ni micrófonos, pero sí corazón. Al unísono y afinadas, como lo hacía el alma cuando cantaba con amor.

«Contigo aprendí… a conocer un mundo nuevo de ilusiones…»

Cada una miraba a su pareja. Yo miraba a Stefano, que estaba completamente hipnotizado. Nunca lo había visto así, tan quieto, tan vulnerable. Ni en sus entrevistas más íntimas había tenido ese gesto de entrega total.

«Contigo aprendí… que yo nací el día en que te conocí…»

Y ahí, en ese instante, los hombres empezaron a aplaudir, a llorar, a ponerse de pie. La canción terminó con un silencio reverente y, después, con un estruendo de aplausos que parecía un trueno de emoción.

Yo corrí a los brazos de Stefano y él me abrazó como si quisiéramos fundirnos.

—No sabía que un corazón podía estallar así… de tanta felicidad —me susurró.

—¿Te das cuenta de todo lo que hemos vivido en un solo día?

—Sí… y no me canso. No me canso de ti. Ni lo haré nunca.

Emma se acercó con un ramo de flores que había «tomado prestado» de un jarrón.

—Andrea, papá… ¿Puedo dormir con vosotros esta noche?

Estallamos en carcajadas.

—Esta noche no, mi amor. Pero mañana, ¡maratón de películas y helado!

—¡Prometido!

Se fue corriendo, satisfecha con el trato. Y yo, aún abrazada a Stefano, lo miré con una ternura que no sabía que tenía guardada.

—Gracias —le dije— por este día, por tu amor, por tu locura, por hacerme sentir la mujer más querida del mundo.

Él me cogió de las mejillas, mirándome con esa intensidad que lo volvía irresistible.

—Andrea… te juro por mi vida, por cada palabra que te he dicho, que este amor no conoce final. Que serás mi presente, mi futuro, mi hogar. Que cada día despertaré agradeciendo que existas, que me mires, que me ames.

»Y que si algún día dudas, quiero que cierres los ojos y recuerdes esto: No importa cuántos años pasen, ni cuántas veces tenga que decirlo… siempre seré el hombre que vio el universo entero en tu sonrisa. Te amaré hasta el último latido. Y aun después, seguiré buscándote en cada estrella.

No pude decir nada. Solo llorar.

Y pensar que sí. Que a veces los sueños tardaban, pero cuando llegaban… lo hacían para quedarse para siempre.

Epílogo



Andrea

Veinte años después…

—Mamá, ¿no me digas que no me queda bien esta falda? —Apareció Rosella lista para salir con sus amiguitas.

—Preciosa, hija. Te queda impresionante.

Rosella era la única hija que tuvimos en común, Stefano y yo, acababa de cumplir dieciocho años. Se convirtió en la muñeca preferida de su hermana Emma, esa que aún seguía pendiente de ella como si fuera su madre, pero con la relación de dos hermanas que se tenían total confianza.

No, no fue de un embarazo, fue adoptada. Sí, así se lo pedí a Stefano y le pareció algo tan bonito que no dudó en comenzar a moverlo todo.

La historia del origen de Rosella nos conmovió por completo, tanto fue así, que no puedo saltarme esa parte para poneros en contexto y que conozcáis un poquito el principio de su vida.

Su madre biológica fue una niña que creció en un centro de acogida tras quedarse huérfana a los once años, una edad en la que resultaba difícil encontrar una familia adoptiva. Allí conoció al que más tarde sería su novio, un chico en una situación similar, con quien terminó quedándose embarazada de Rosella.

El caso es que, cuando iban camino del hospital para que naciera la bebé, sufrieron un accidente de coche. Él perdió la vida en el acto y ella ingresó muy grave. Consiguieron sacar a la niña, pero minutos después también falleció su madre.

Dado el historial de ambos y la ausencia total de familiares, los servicios sociales —sabiendo que estábamos en espera— nos la propusieron para adopción. Al escuchar la historia, supimos sin dudarlo que esa bebé debía ser parte de la nuestra.

Nos la entregaron con apenas diez días de vida y, desde ese momento, transformó por completo nuestro mundo. Fue lo mejor que nos pudo pasar junto a Emma.

Rosella estaba estudiando Periodismo, fascinada por una profesión que yo aún ejercía a través de mis redes y mi comunidad, que superaba ya los sesenta millones de seguidores.

Emma, mi niña —porque así lo sentía en el corazón—, había terminado su carrera de Finanzas y realizado un máster en la universidad más prestigiosa del mundo.

Llevaba dos meses trabajando en la dirección de la empresa de su padre y, según él, su profesionalidad no tenía límites. Estaba claro que sería el futuro de la firma porque, incluso diseñando, era toda una eminencia.

Paola se casó cuatro años después que nosotros con Rosauro, un hombre que se convirtió en parte de la familia y que se ganó ese lugar a pulso. Era lo mejor que le había pasado a ella, sin duda: la hacía feliz cada día de su vida. Juntos formaban nuestro círculo social más íntimo.

Mi madre… bueno, a ver cómo lo digo. ¡Seguía felizmente casada con Lorenzo! Sí, el italiano consiguió ser ese hombre que nunca permitió que a ella se le apagara el gusanillo. Vivían felices en la ciudad y venían a vernos todos los días para dar su paseíto.

Elisa, la mejor persona y suegra del mundo, no volvió a encontrar el amor, pero sí la calma. Falleció sin sufrir, un año atrás, y todavía llorábamos su

ausencia casi como el primer día. Haber coincidido con ella y disfrutarla durante dos décadas había sido un auténtico regalo de la vida.

Carlo, el padre de Stefano, siguió distante de su familia tras el divorcio con Elisa. Continuó siendo ese hombre al que el amor y la lealtad parecían no importarle en lo más mínimo. Durante unos años estuvo con Fabiola, aquella mujer que tanto hizo sufrir a Stefano, hasta que se cansó de ella cuando dejó de ser la modelo codiciada por todas las firmas. La cambió, simplemente, por otra.

Falleció hacía ya ocho años y, al menos, cumplió con la palabra que le había dado a su exmujer: respetar el testamento que ella le obligó a redactar en el momento del divorcio. Gracias a ello, los viñedos y bodegas de la familia Marchetti pasaron a Stefano, y tanto Emma como Rosella heredaron acciones y beneficios anuales que serían un respaldo valioso para su futuro.

Stefano decidió continuar con el legado de su abuelo, ese hombre que siempre lo quiso y al que recordaba con especial cariño. Aunque no dirigía personalmente los viñedos ni las bodegas, puso al frente a personas responsables de su gestión. Aun así, se interesaba por cada detalle, acudía a reuniones mensuales y continuaba celebrando allí las presentaciones de las nuevas colecciones de su firma, una vez que pasaron a ser suyas.

Mi padre ya estaba muy mayor, pero se valía por sí mismo. Lola, más joven que él, también seguía aferrada a la vida, y parecía que aún les quedaba mucho por vivir. Su historia era todo un ejemplo en muchos sentidos. Residían en España, lo que siempre nos daba la excusa perfecta para viajar a verlos con frecuencia.

En el caso de Tessa y Alex, su matrimonio apenas duró un año. Ella se enamoró de un compañero de trabajo y lo dejó devastado, perdido. Tardó tiempo en recomponerse, pero hoy en día era feliz con su nueva mujer y con su hijo, también llamado Alex, a quienes yo tenía el placer de conocer.

Con Tessa mantuve el contacto, aunque ese nuevo amor la transformó por completo. No se trataba solo de que hubiera dejado a Alex de aquella manera, después de toda la historia que compartieron, sino de que lo hiciera sin pestañear, como si de un día para otro ya no le importara absolutamente nada.

Nos dejó a todos incrédulos, fuera de juego. Seguimos en contacto, sí, pero su llegada a la vida de Tessa cambió incluso la relación que yo tenía con ella. Me dolió mucho tiempo aceptar lo que había pasado.

Julia y Julio nunca llegaron a casarse, prefirieron hacerse pareja de hecho y vivían felices, trabajando en su proyecto común, que no era otro que el de las redes sociales. Se convirtieron en auténticos *influencers* culinarios, compartiendo recetas y conquistando con ellas a una comunidad que no paraba de crecer.

Y luego estaba yo, con mis cuarenta y ocho años, enamorada de mi marido hasta la médula y viviendo un amor que parecía destinado a ser eterno.

Stefano era unos años mayor que yo, pero seguía estando hecho todo un bombón capaz de volver locas a las féminas. Un auténtico icono de elegancia, sensualidad y belleza. De hecho, apenas dos años atrás, la prensa lo había coronado como el hombre más atractivo del año.

Esa misma prensa nos adoraba y nos tenía un respeto inmenso, un cariño que sentíamos real, porque nos lo habíamos ganado a pulso con el trato cercano y amable que siempre ofrecimos. Además, se divertían con nosotros, con la naturalidad con la que respondíamos a todo, sin artificios ni poses.

Hoy nos preparábamos para un viaje a solas, como cada año. Ese capricho era nuestra forma de alimentar el coqueteo que nunca se apagó entre nosotros. El resto del año estaba dedicado a la familia y a viajar con ellos, así que lo vivíamos sin la menor culpa.

Amaba mi vida, y cada día me recordaba que había valido la pena arriesgarlo todo por mi CEO italiano.

RRSS

Facebook: Ariadna Baker
Instagram: @ariadna_baker_escritora
Amazon: relinks.me/AriadnaBaker
Twitter: @ChicasTribu